

NIKY MOLIVIATIS

Solo Tú

*Tercera parte
de la serie*
Hamilton



Nova Casa Editorial

NIKY MOLIVIATIS

Solo

Tú



Nova Casa Editorial

Índice

Agradecimientos

As de corazones

Bai Whole London Race

Respira

¡Juguemos!

Querida resaca

Motoscott

Woodgate

Querida paciencia

Complicated

Despierta, campeón

Un cuento de terror

Agua fría para el alma

En pocas palabras

¡¿Listos?!

88IR

El uno en las venas

¡Maldita carrera!

Y aquí vamos

Bonjour

El sistema

Por el uno que corre en mis venas

La entrevista

La recta final

Rompiendo las reglas

Mentiras, mentiras

Soledad

Dímelo a los ojos

Bienvenida al mundo mortal

Ok

Una política vieja

Regresando el tiempo

Amanecer

Señor Hamilton

Locura fraternal

Cita doble

Las elecciones

Desde tiempos remotos

El dictamen

Linaje y jerarquía

Mr. & mrs.

Agradecimientos

Y llegamos a la última entrega de la trilogía Hamilton y al cuarto libro publicado con esta fantástica editorial.

Nova Casa Editorial, gracias por hacer el sueño una realidad, sobre todo a ti, Joan. Daniel, gracias, en grandes cantidades, cuatro años teniéndote como editor, corrector y mano derecha en toda esta aventura. Gracias a mi Panda, Mario, Jess, Silvia y demás equipo de nce, que estuvieron involucrados en cada libro publicado de la trilogía. Gracias a todas esas personitas que me siguen desde los inicios, todas aquellas que, con sus votos y lectura, lograron que esta trilogía fuera posible. Aún no me creo que tqst llegara a dieciséis millones de lecturas.

Gracias, mis Dushys, por nunca dejarme caer, me encanta estar con ustedes en mis peores y mejores momentos, aun cuando sabemos que siempre se ríen de mí. Normal.

Este año (2019) fue un año de cambios, pero, sobre todo, de aprendizaje. Gracia a mi mamá, incondicional como siempre, enseñándome la humildad de ser humano. Mi papá, que, con el mismo carácter, me enseñó la fuerza de ser mejor. Mis hermanos, que son mis compañeros ilimitados y amigos fieles. Mi abuelita, que fielmente lee mis libros (no crean, me da una pena que ella los lea, pero le hacemos ganas), Susy, Ale, Luis e Irini y demás familia que nunca dudan en estar ahí para apoyarme.

¡No! Jamás podría dejar de mencionar a mi Gaby Franco, porque sin ella hace ratos hubiera tirado la toalla. A Daniel Vickers, por ser mi Rees Hamilton y prestarme su espalda para ser mi portada. A mis vengadoras (Darlis, Chime, Niam, Zela, Nerea, Sam, Jess y Alex) y a mis demás compañeras de letras de Nova Casa Editorial.

Podría mencionar y mencionar y jamás terminar, pero si algo quiero recalcar en estos agradecimientos, es a esas personas que no voy a mencionar, pero esas que me dieron la inspiración de nuevo, aquellos que formaron y están a punto de formar parte de mi vida, aquellos que se fueron y ahora son recuerdos, y aquellos que me sacaron las mejores sonrisas en estos últimos meses.

Tengo que hacer mención honorífica a mi lectora más grande; Amanda Alou. Con casi cien años y un apoyo enorme que me da, no me siento más que feliz de tenerla en mi vida.

Ser escritora es un sueño y todas las personas que me rodean, me enseñan cosas que luego puedo tomar para escribir, bien dicen: ten cuidado de lo que le cuentas a una escritora, de lo que le enseñas y, sobre todo, de romperle el corazón, lo más probable es que termines dentro de una historia.

Por siempre y para siempre
Siempre suya,
Niky Moliviatis

.

Para mis Dushy's
Y todas esas personas que nos hicieron olvidar
en algún momento que teníamos el corazón roto.

As de corazones

Rees

Siempre pensamos en cómo será nuestro primer amor, siempre pensamos que será eterno y desde el primer momento en que nos enamoramos creemos que ahí está la persona indicada, la correcta en todos sus aspectos. Ella se vuelve nuestro talón de Aquiles, nuestra maldita debilidad. Siempre creí que yo era de esos que no buscaría el amor en nadie hasta estar ciento por ciento seguro de que era ella. Una vez casi la cago entregando mucho de quien era yo y solo paré dándome cuenta que las personas son crueles cuando entregas tu corazón. Te lastiman porque eres vulnerable, te lastiman porque saben que tienen el poder de hacerlo.

Yo creía que nadie podía romperme, pero estaba completamente equivocado, siempre existe esa persona que viene a enseñarnos qué es el dolor. Nos enseña que no existe un balance y que toda esa mierda es para los idiotas que creen en el amor eterno. Algo así le pasó a mi hermana gemela, Holly, y también eso estaba a punto de pasarme a mí.

Mis padres, William y Abigail Hamilton, tampoco la tuvieron muy sencilla que digamos, pero gracias a ellos las oportunidades se volvieron posibles dentro de la élite y yo no era quién para desperdiciar esas oportunidades. Iba a salir con la mayor cantidad de chicas que pudiera hasta encontrar la correcta. No vuelvo a cometer el maldito error que hice con Charlotte.

Ella era peligro desde que la conocí, maldito peligro y, aun así, me metí en esa relación en la que lo único que saqué fue que la condenada me engañara. Por mi parte, siempre intenté estar al nivel

de cualquier caballero, papá me enseñó a cuidar lo que es mío, me enseñó que las personas que amamos son como cristales y uno debe ser cuidadoso con todo. No me puedo quejar y eso es porque ellos me dieron el ejemplo de ser una buena persona para el día en que esa chica especial llegara, podría ser todo lo que ella esperara.

Cuando descubrí que no solo estaba conmigo, sino con otro par más, decidí no volver a creer en esa porquería. No soy estúpido para caer en juegos como ese. Ella me enseñó a mandar a la mierda la elección de Agapi hasta que de verdad esté seguro de lo que quiero, lo bueno es que no era ella, ni sería ella.

No envidiaba a mi hermana, o a ninguno de mis amigos que tenían una relación. Oh, no. Sentía lástima por ellos. Porque el amor era de lo más complicado que había y no estaba dispuesto a dejar el juego aún.

—¡Por mi vida! —dije al ver la nueva moto que papá me acababa de comprar.

Hace unos meses tuve un accidente de la puta madre en la que casi me mato. Por eso mis padres se negaban a comprarme una nueva motocicleta, pero seamos sinceros, esta cosa de dos ruedas es mi vida.

—Si te vuelves a caer y la destruyes, no te compro otra —dijo papá viendo la motocicleta negra con detalles en azul último modelo.

—Si me vuelvo a caer, corro el riesgo de matarme. ¿Sabías eso?
—Lo dije en broma, pero me arrepentí en ese momento al ver la cara de papá caer tres mil veces al suelo—. ¡Lo siento! Fue una broma, papá. Sabes que tendré... ¡Papá! Regresa aquí. ¡Era una broma! ¡William!

Papá se había llevado las llaves de la motocicleta, estaba regresando a la casa negando con la cabeza. ¡Pero que sí la cago más! Corrí detrás de él, hace meses que no monto una, sentía la urgencia de hacerlo, sentir el aire pegar en mi piel, la adrenalina de la velocidad.

—William, era broma —insistí—. ¡Vamos, papá! Prometo ir despacio.

—Ni por una mierda. ¿Sabes lo que pasamos por ese accidente? ¿Sabes lo mucho que sufrió tu madre, lo que sufrí yo?

Bajé la vista sabiendo a qué se refería. La había metido completa por impulsivo, pero cuando vi lo que estaba pasando con Adam y Holly fue la gota que rebalsó el vaso. No medí la velocidad, no medí absolutamente nada, estaba molesto y quería despejar mi mente. Fue la decisión más estúpida de mi vida, no voy a negarlo. Manejar sin casco a alta velocidad es un riesgo que nadie debería tomar, menos cuando estás más enojado que psicópata dentro de prisión.

Meses atrás, me enteré que a mi hermana gemela le pegaba su novio, o, mejor dicho, exnovio. Fue la peor experiencia que puede haber vivido, era mi hermanita y la protegía como mi vida. Verla tirada en una sala llena de sangre. El maldito casi la desfigura. No pude controlarme, le regresé el favor de dejarlo más feo de lo que era el hijo de puta, a tal punto que le quebré la nariz y dos dientes.

Para mí no fue suficiente, si me lo ponían cerca, le volvía a patear el culo hasta que no existiera absolutamente nada de él. Me alegraba saber que estaba lejos, muy lejos de mi vista en una sala de rehabilitación para enfermos mentales. El odio hacia él jamás se iría, y el diagnóstico de trastorno mental me lo pasaba por los huevos. Si lo veía, no prometía mantener mis manos guardadas dentro de los bolsillos del pantalón.

—Lo siento, en verdad, papá. Prometo tener cuidado.

Finalmente, con mala cara, me entregó las llaves. Tenían un llavero negro con letras plateadas que decían «race». Le sonreí en modo de agradecimiento, tenía que aprender a controlar más mi boca frente a mis padres, no quería que tuvieran esas malas sensaciones.

—Solo no puedo perderte, hijo. Cuando seas papá me entenderás. Eres mi vida al igual que tu hermana y tu madre.

—Lo sé, lo siento. —Volví a disculparme por décima vez. Esta vez no dijo nada, regresó a su estado político todopoderoso, dejándome en la entrada solo con esta bebé. Definitivamente, algún día quería ser como él. Respetado por toda la élite, con el poder en mis manos.

Observé la nueva Honda. ¡Malditamente hermosa! Estaba enamorado de ella. Nunca sentiría este amor por ninguna mujer, solo por esta bebé que necesitaba de toda mi atención. No existe un éxtasis más grande en mi vida que conducir una motocicleta mientras el viento me acaricia el rostro. Esta bebé se llamaría Hamil Race, al igual que las demás. Ya está, ahora tengo que bautizarla con aire fresco.

Tomé mi casco, mi chaqueta de cuero, me monté en mi nueva y mejorada gsx. Fue amor a primera vista. Repasé con mi dedo índice las letras que papá había mandado a grabar, eran iguales que las del casco y el llavero.

La nueva gsx tenía una nueva tecnología en las llantas para evitar que se derrapara. Me gustaba mucho ver cómo iba mejorando la tecnología con el tiempo. Al ver las motocicletas en la época de mi padre me ocasiona un poco de risa y ternura.

Mía, solo mía.



Cuando regresé a casa, mamá había preparado un desayuno de campeones. A Holly, mi hermana gemela, y a mí nos encantaba la Nutella, por lo que este desayuno era toda una poesía bien escrita. Lamentablemente, sería solo mi desayuno, mi hermana se casó hace tres meses.

Fue una ocasión bastante extraña, una sorpresa para todos, incluso para mí, ya que Renny Scott, una chica no de élite, accedió a ir conmigo a la boda de mi hermana. Perdió una apuesta y esa fue la única razón por la que fue conmigo. Renny era todo lo que no era la élite y eso me llamaba la atención. Esa noche fue la primera vez que la besé. También fue la última, no voy a mentir, porque la muy caprichosa desde ese día ha hecho todo para evitarme. Tres malditos largos meses.

Era absurdo pensar en ese momento como un recuerdo tan vívido, uno que no podía quitarme de la cabeza. Su vestido negro, su cabello rojo como el fuego, los tatuajes en su piel blanca. Seductor, como el diablo encarnado llamándome a pecar.

—No hagas esto, Rees —dijo Renny, alejándose de mí en la pista de baile. La seguí por todo el lugar como un idiota. Había intentado darle un beso en la pista de baile y ella se alejó viendo alrededor. No reaccioné hasta que vi la manera en que muchas de la élite la veían. No

me importaba para nada ser sincero, pero tampoco quería que todo el mundo se percatara de que esta mujer me tenía loco.

Cuando salimos a los jardines, la brisa de la gran fuente principal nos llegaba como lluvia de verano. Me acerqué a ella tomándola de la mano, llevándola cerca del agua, la tomé de la cintura y, de golpe, la cargué. Si iba a estar con esos lloriqueos más valía que valieran la pena.

La escuché quejarse y removerse en mis brazos. Subí a la fuente de un salto, era muy bueno que la mujer no pesara absolutamente nada. Gritó un par de veces que la bajara, pero no estaba dispuesto a hacerlo por las buenas.

—¿Vas a calmarte y dejar de pelear? —pregunté antes de dar el último paso. A este punto no me importaba, me iba a meter en la fuente para hacer esto una locura más grande de lo que ya era.

—¡Me estoy mojando!, ¡mierda! —Me gustaba que usara palabras tan poco comunes en la élite.

—Eso no es mojarse. Esto... —dije antes de dejarnos caer al agua. La escuché gritar al momento en que el agua fría tocó nuestra piel. De verdad estaba fría como hielo en la Antártida. Creo que fue una pésima idea.

—¡Está helada! —Renny intentó separarme de su cuerpo, dándome pequeños golpes.

La tomé con fuerza para que supiera quién diablos era el que mandaba, estaba cansado de sus arrebatos y que se hiciera la imposible cuando sabíamos que los dos queríamos.

Tomándola del cabello, llevé sus labios a los míos. Pensé que me iba a pegar, o me iba a empujar, para mi sorpresa no hizo nada, al contrario, me tomó con fuerza los brazos como si la excitación no pudiera con ella.

—Tienes cara de imbécil, ¿lo sabías?

Levanté la vista para ver a mi mejor amigo que ahora es mi cuñado, Louis Montgomery. Nuestra relación cercana nunca cambió ni siquiera sabiendo que se acostaba con mi hermana. Incluso, varias veces los había escuchado gritar de placer y eso me dio náuseas. ¡Descarados! No esperaban a que no hubiera nadie en su apartamento para hacer sus cosas.

—Cállate, estúpido. ¿Me vas a ayudar con la mudanza?

—¿Qué crees que hago aquí? No es que venga a verte la cara solo porque sí.

Observé las cajas con mis cosas. Tomé la decisión de mudarme a vivir solo cuando me di cuenta de que ni Louis, ni Holly estaban en casa. Mamá y papá accedieron después de una hora de explicarles que esto ayudaría a mi proceso de madurar. Papá fue el primero en apoyarme, mamá tardó un poco más diciéndome que era un niño. Realmente no podía decirme eso, ellos se mudaron a vivir juntos más o menos a la misma edad que yo tengo.

—Bueno —levanté una caja pesada que supongo tenía mis libros de leyes—, movamos todo el culo a mi nuevo y lindo apartamento. — No lo vas a destrozar en el primer fin de semana, ¿verdad?

—No, qué va. Esta semana, no, aún tengo que instalar todo para destruirlo.

Le regalé una sonrisa pícaro a Louis. Esta aventura estaba a punto de empezar y yo era el espécimen más emocionado. Necesitaba mis juegos de realidad virtual avanzada, mis libros, ropa y cosas que mamá compró para que tuviera en la cocina. Si dependiera de mí, eso hubiera sido lo último en lo que hubiera pensado.

Guardé la caja en la maleta del automóvil, le hice señas a uno de los encargados de mudanza y dejé que ellos se encargaran del resto.

Bai Whole London Race

Rees

Primera y última vez que me mudo de casa. Todo el cuerpo me dolía sin mencionar que la cabeza me iba a estallar. Mi madre y hermana se dedicaron a la tarea de arreglar los detalles. No les discutí absolutamente nada, no estaba para decirles que era mi apartamento, no de ellas. Las paredes eran blancas con cuadros de marco negro pegados a las paredes sin ningún relieve. El sistema de sonido y luces conectadas a mi dispositivo móvil, de igual modo, en la seguridad en chapas y ventanas.

La sala la habíamos convertido en una sala de realidad virtual para mis videojuegos y mis dispositivos de entrenamiento. Al menos podía ejercitarme desde la sala de mi casa cuando no podía ir a las pistas. Malditas lesiones que me interrumpen mi vida.

Mi habitación era mi santuario de comodidad. La cama con edredón blanco, el sistema que se conectaba a las paredes para crear un ambiente como de estrellas en el cielo. ¡Era genial! Louis me lo regaló en junio para mi cumpleaños y no dejé de traerlo a esta casa. Incluso, podías colocar sonidos característicos de paisajes naturales, de selva, con su fauna, o de riachuelos y cascadas para ayudarte a dormir. En mi caso era totalmente funcional por mis problemas de sueño.

Mañana tenía una pequeña carrera y necesitaba guardar mis energías de la mejor manera. Era de carreras cortas de motocross de un día, la Bai Whole que se efectuaba cada tres meses. Solo por ser una carrera sencilla, me animé a competir. Estaba fuera de la jugada

por tanto tiempo en cama y aún tenía ciertos dolores de rodilla cuando me esforzaba mucho.

Cerré los ojos después de poner música ambiental de meditación para entrar con mi conexión espiritual interna, encontrar mi paz y prepararme mentalmente. Tenía que ganar y demostrar que, a pesar de este par de meses inactivo, aún soy el mejor. Tenía enemigos en la pista que necesitaban un recordatorio.

Debí quedarme dormido porque a las cuatro de la mañana que sonó mi despertador aún estaba con la ropa de ayer. Suspiré colocando diez minutos más en la alarma, típico de cualquier ser humano: desear esos diez minutos más. Solo diez más.

Me levanté con pesadez y mucha hambre, me dormí sin cenar y obviamente mi estómago parece león enjaulado. Tomé espinaca y una manzana, la corté en trozos pequeños, los puse en el extractor y preparé mi jugo verde con las proteínas energéticas que necesitaba para hoy. Preparé cuatro huevos revueltos con pan de rodaja y tres minúsculos pedazos de tocino. Había regresado al gym y eso quiere decir que la dieta es parte de la rutina diaria, excepto por los fines de semana, claro está.

Dejé los platos sucios en el lavaplatos y decidí revisar un poco las redes para ver qué se decía sobre mi regreso. Como era de esperarse, la multitud estaba emocionada al igual que yo. Me acerqué a la ventana sin camisa y tomé una selfie.

La subí, colocando en la descripción de la fotografía: «Buen día para regresar a la pista. Nos vemos en unas horas». Sabía que eso levantaría más el ánimo de las multitudes y, sobre todo, a mis enemigos

de pista. No iba a demostrar que estaba un poco ahuevado por todo, pero ya era hora de regresar.

Tomé el teléfono y llamé a Charly, mi entrenador. Tenía que corroborar mi hora de llegada.

—¿Qué dice el campeón de campeones? —esa era una buena manera de contestar el teléfono, es una lástima que solo él lo haga.

—Listo para un título más. Mis patrocinadores están desesperados por mi regreso.

—Totalmente. ¿Estás seguro de que quieres que esta sea tu primera carrera?

Casi nunca corría estas carreras por ser cortas y no me gustaba quemarme como corredor. Evidentemente, mi entrenador aún tenía dudas de esto.

—¡Claro, coach!, estoy más que listo. Además, son carreras cortas.

—¿Dormiste bien? ¿Desayunaste bien? —Es parte de su trabajo asegurarse que todo esté normal conmigo.

—Tengo ya una semana en dieta y gimnasio intenso. Además, no dejé la fisioterapia en ningún momento. Así que sí, estoy listo.

—Está bien. Nos vemos a las nueve en la carpa de Boom Energy. Mandaré a traer tu motocicleta al taller, ya está revisada y con llantas nuevas. No llegues tarde.

—Claro, coach, nos vemos ahí.

Mi emoción se intensificó. Elevé mi mano con mi celular y di un golpe al aire. Extrañaba tanto esto, estar conectado con mi Race interno listo para patear culos era todo lo que necesitaba.

Mandé un mensaje al grupo de la familia avisando de mi carrera y colocando una nota muy larga explicando que estaba listo. El primero en contestar fue Louis, estaba de turno por lo que no me extrañaba que estuviera despierto a las seis de la mañana.

Louis M: Tú puedes, campeón.

Me pasé a una conversación privada para decirle buenos días como se debe sin que mis padres me saquen la madre por vulgar.

Rees H: Pedazo de popo humano. ¡Buenos días!

Louis M: Popo, tú. ¿Ya estás listo?

Rees H: Como es costumbre.

Louis M: Veo que hasta te levantaste temprano en extremo. Ya tenías unos meses de ser un haragán de primera.

Rees H: Ya era hora de regresar. ¿A qué hora termina tu turno?

Louis: Tarde. No dormí nada, estuvimos en emergencias y estuvo crítico.

Rees: Bueno, me cuentas si te veo mañana o me vas a ignorar como siempre.

Louis: Idiota, trabajo como imbécil y tu hermana me exige el poco tiempo que tengo, pero sí. Nos vemos estos días.

A la hora que llegamos a la pista mi corazón estaba acelerado como la mierda. Tenía tanto de no sentirme de esta manera. Los gritos, las chicas de tetas grandes y miniblusas caminando por todo el lugar importándoles poco el polvo que ocasionaban las llantas al dar vueltas en la pista de tierra. Cerré los ojos unos segundos escuchando el rugir del motor de numerosas motocicletas al mismo tiempo. No había mejor sonido que ese.

—No puedes perder, Race —me susurró mi entrenador provocando que abriera los ojos.

—Nunca pierdo. —Esa era una gran mentira, había perdido un par de veces en el pasado, pero desde que comencé a ser el campeón no dejé que nadie fuera adelante de mí.

—Como sea, tienes una fila de chicas que quieren foto contigo. No seas mierda y ve a dar un poco de espectáculo.

—Es mi momento de...

—Race, necesitas de las fans. Estuviste fuera mucho tiempo y los patrocinadores no estaban contentos. Ahora, ve.

Me acerqué a ellas dándoles mi mejor sonrisa. No voy a negarlo, esto me encantaba. Solo que necesitaba la paz antes de la carrera para

tener mi mente en eso y solo en eso. Lo único bueno es que conocía esta pista como la palma de mi mano ya que solía entrenar aquí. ¿Lo malo? Muchos de mis contrincantes también lo hacían.

Esperaba ver a Renny por algún lado, mi corazón me lo pedía y eso no era nada bueno.



Me quité el casco sintiendo cómo las gotas de sudor descendían por todo mi rostro, estaba con la respiración malditamente acelerada. Mi corazón estaba a punto de salir saltando como un conejo en estado de ebriedad. Vi el tablero en el que me anunciaban una vez más ganador del torneo internacional de motocross Bai Whole London Race. Un título más para alardear ante todos estos novatos.

Las chicas locas gritonas de faldas cortas me rodearon. En un pasado hubiera disfrutado tanto de esto, en un pasado, incluso, Louis hubiera estado presente, listo para tomar a una de mis chicas. Como cambiaban las cosas.

Quién diría que estaría aquí, en media carrera de motocross viendo a la chica de tatuajes, pantalones bajos, zapatos enormes nada femeninos y blusa pequeña que enseña el ombligo. ¿Quién diría que esa mujer me tendría loco?

—¡Race! —me gritó Billy Blen desde el otro lado de la pista—. ¡Fiesta en la fraternidad en tu honor, cabrón!

Asentí, sabiendo que Renny Scott estaría allí. Ella era de esas pequeñas problemáticas que no se perdían una fiesta, menos una en mi honor. Cuando me acerqué al podio, después de haberme quebrado los huesos en la pista, estaba listo para ser premiado. Definitivamente me encantaba regresar a la pista y seguramente mis patrocinadores estarían contentos con el resultado sin mencionar que mi entrenador se tragaría sus palabras.

Me colocaron la medalla de oro que decía «Campeón Internacional de Racing, Número Uno». Estaba acostumbrado a ser el número uno, nunca el dos. Esa es una de las razones por las que Charlotte se fue muchísimo a la mierda. Ella me dejó de segundo en su engaño y yo no aceptaba un dos por respuesta. El único dos en mi vida aceptable, era el hecho de que mi hermana gemela nació primero.

Levantando el puño al aire, celebré con mis seguidores el grito y canto de la victoria.

«Por el uno que corre en mis venas, por el uno que nadie me quita, por ser malditamente invencible. ¡A la victoria siempre!».

Bajé del podio pasando junto a Renny que no mencionó absolutamente nada, me di media vuelta tomando su brazo, me acerqué un poco y susurré con cariño.

—Definitivamente el verde claro te luce —dije, bajando la vista a su pequeña camisa que se tallaba a la perfección en su busto. ¡Vaya! Era hermosa.

—¿Te han dicho que hueles a sudor? —respondió con una cara de asco. ¡Ah, señorita! Te enseñaré a jugar.

—Sé que mi sudor es el único aroma mezclado con sexo que quieres oler, pequeña rebelde. Te veo en la fiesta.

Ignorando el hecho que quería correr, besarla, abrazarla y consentirla, respiré y seguí caminando como si no existiera. Odiaba hacerlo, pero de ese modo entendería cómo superar todo. Necesitaba lograr conocerla mejor y ella aún no me dejaba ver un poco de quién era ella.

Este era mi reto personal. Uno que me costaría un riñón y la mitad del otro.

Respira

Me acosté en el sillón pensando en la fiesta que tenía hoy en la fraternidad de motociclismo. Jamás se me hubiera ocurrido ir a un lugar como ese, pero Renny estaría ahí y mi orgullo no podía dejar de pasármela por la cabeza. Con el tiempo había hecho varios amigos en este mundo, uno que era muy diferente al de la élite ya que era el único que hacía motocross como deporte profesional.

Una vez había ido a una fiesta de fraternidad y fue una locura, tenía 18 años y solo estaba pensando a quién besaría y cómo le entraría a la chica. No había necesidad de pensar mucho en eso, las mujeres todas borrachas se te tiraban encima con desesperación por tenerme — sin ninguna diferencia a la élite—. Era un caos donde hombres y mujeres se metían más alcohol del que podían aguantar y terminaban en el jardín vomitando todo. Era un asco.

Pensé que jamás iba a repetir esta experiencia y aquí estaba, acostado en el sillón pensando qué debía ponerme. No podía ir de saco o de camisa formal como acostumbraba en la élite, esto era otro maldito nivel. Aquí dejaba de ser Rees Hamilton y me convertía en Race Hamilton.

—Kyle, ¿crees que está bien ir? —pregunté a mi compañero de carreras, cada vez que teníamos una carrera de relevos, él era mi compañero de fórmula.

—Te la vas a pasar bien, princesa. Créeme que esta fiesta será más tranquila que las demás. No es una de esas con sombreros y vestidos

de monja a los que estás acostumbrado, esto es una maldita fiesta de la fraternidad de Londres en motociclismo, ¡te va a encantar!

Estaba más que seguro de que no me iba a encantar ir a ver cómo hombres borrachos se aprovechaban de mujeres borrachas, con poco sentido común de alejarse de chicos tan patéticos como ellos. No es que estuviera lejos de la élite, aun cuando éramos más formales y con alta educación en etiqueta, más de algún imbécil como Adam —el exnovio de Holly—, se metía en la jugada.

—Se sintió bien regresar —aclaré. Hace mucho que estaba deseando volver a una carrera, dos veces al mes había competencias de entrenamiento y cada tres meses empezábamos torneo. Si no estaba en carrera de velocidad, estaba en motocross o en freestyle, que eran mis carreras favoritas.

—Ya era hora, Race, la tribuna te extraña. Estos cinco meses fueron la cagada más grande.

Le di una sonrisa a este idiota.

—¡Aww, corazón! —dije, haciendo voz de buena dama—, ¿me extrañaste?

—Dije la tribuna imbécil, pero, sí, también te extrañé. Ver al idiota de Brat ganar las carreras y lucir su culo en toda la pista no es lo mejor del mundo. Maldito.

Brat Minch, mi peor enemigo en la pista de *motocross y freestyle*. Era una mierda de uno noventa de estupidez, ganaba todas las carreras hasta que yo entre al juego. Mi vida eran las carreras de velocidad.

Después de competir dos veces consecutivas en la legendaria carrera de la isla de Man, decidí probar suerte en el motocross y poco a poco fui subiendo a *freestyle*. Desde los 10 años practicaba a nivel profesional. Amaba la velocidad desde pequeño y me subí a mi primera motocicleta a los 8.

Ese día me caí y mi hermana quería que prometiera que nunca más me subiría a ninguna otra. Lo siento, Holly, pero desde esa caída, me enamoré de la adrenalina que da este deporte.

—¿Vas a competir en la competencia de resistencia y *freestyle* en Madrid? —preguntó Kyle.

—No, no puedo aún por la rodilla, solo motocross y moderado. Caída más mierda, de verdad que destrozó mi existencia, hermano.

—Bueno, tenemos tres meses de preparación para las eliminatorias del próximo año.

Di una sonrisa de aprobación, iba a prepararme para el otro año ser el campeón de *freestyle*. Meses atrás, Louis sería el que estaría aquí conmigo diciéndome a qué carreras asistir y a cuáles no. Sé que en dos días aparecería en mi puerta. Los domingos eran religiosos para nosotros y cuando digo religioso no me refiero a ir a la iglesia. Todos los domingos hacemos cena en su casa, por primera vez ofrecí la mía para darle la bendición a mi nuevo hogar. Por más raro que suene, así es. Espero que no quieran comida preparada, tampoco es que pueda cocinar, les compraré una pizza y espero eso sea más que suficiente.

Dos horas después, estaba frente al espejo viendo mi atuendo. Pantalón de lona, camisa blanca en v y chaqueta de cuero negro. Mi

cabello, como era costumbre, estaba desordenado en ondas negras. Sí, quizá estaba vestido como imbécil, pero este estilo me gustaba. Eso de los pantalones de tela, camisas de botones y sacos, era para la élite.

Hoy no era parte de la realeza, no era parte de ninguna tontería de esas. Hoy solo era Race Hamilton, corredor profesional y simple ser humano que va a salir a beber. Cualquiera de la élite que escuche eso no me lo creería ni en pedo.

Le tiré sus llaves a Kyle, su motocicleta era una Ducati, muy parecida a la que hice tres pedazos hace unos meses. Yo llevaría a mi nueva bebé, tenía que lucirla. Tenía cuatro motocicletas sin contar la que ahora está en la chatarrería descansando en paz. Mi moto de motocross, la de *freestyle*, de racing y, por supuesto, mi nueva Honda.

Cuando llegamos a ese lugar, el cual tenía una pinta de burdel barato, la gente salía de la puerta como hormigas. Los autos parqueados como si los tickets de tránsito fueran una broma y el sonido estridente mataba los tímpanos de cualquier persona que se acercara a la bocina. Me sorprendió ver que las chicas no estaban tan mal vestidas como veía en los bares americanos, estas eran un tanto más decentes.

Pensé en las fiestas españolas y, definitivamente, Inglaterra tenía estilo. La música sonaba como si no hubiera tope tan alto. Me pregunto qué dirán los vecinos de eso, de seguro si fuera uno de la élite ya lo hubieran demandado. Por otro lado, las canciones eran muy parecidas, conocía unas cuantas y eso me hacía sentir mejor. No estaba tan perdido después de todo.

—¡Race! —escuché la voz de una chica—. No puedo creerlo. ¡Es Race!

Numerosos gritos de chicas se extendieron por el lugar acercándose como las típicas chicas fanáticas a las cuales ya estaba acostumbrado. Les di una sonrisa de esas que sabía las mataba, me acerqué a ellas y accedí a un par de fotografías. La verdad es que me encantaba tener a estas pequeñas gritando y exigiendo fotos, me hacían sentir importante.

—Bueno, bueno —dijo Kyle llamando al orden—. Si quieren que Race aparezca más seguido, tienen que darle espacio.

Muchas de ellas se quejaron, pero accedieron al cabo de un par de fotografías más. Me acerqué a una mesa donde había una cantidad absurda de alcohol, vasos rojos de plástico y hielo en cubetas que tenía tomar.

—Yo que tú, tomaría de estas —dijo una rubia de tetas de campeonato tomando una cerveza—. Son más seguras y casi nadie las elige.

Una buena cerveza era la solución a todos mis problemas, definitivamente esta chica tenía cien puntos. Destapando la cerveza con la orilla de la mesa, le di un trago largo, sintiendo lo amargo deslizarse a través de mi garganta y bajar hasta mi estómago dejando frío todo su trayecto.

—¡Gracias! —dije, extendiendo mi mano—. Race Hamilton.

—Bree Vance —me dio una sonrisa enseñando sus dientes completamente blancos y rectos.

—Es un placer, Bree. ¿Quieres salir al balcón para poder platicar mejor?

Valía la pena entablar conversación con alguien, al fin y al cabo, a eso vine. Tenía que salir más, despejar mi mente de la pelirroja que hacía mi vida un infierno. No la conocía lo suficiente para decir que estaba loco por ella, enamorado, pero sí estaba enojado y molesto por su rechazo. Bree era agradable y, en cuestión de segundos, estábamos más que metidos en una estupenda conversación de tipos de llantas. Este tipo de pláticas no las podía tener con nadie de la élite, menos con una dama.

—¡Renny Ren Scott! —escuché a alguien decir. No dudé en girarme con el corazón palpitando como conejo drogado.

En la parte de abajo, cerca de la piscina, donde se encontraba Brat «Maldito» Minch estaba tomándola de la cintura. ¡Carajo! Espero que no regresen en este tiempo. Brat era el exnovio de Renny, para ponerle la fresa al pastel. ¡Era su exnovio! Por toda la vida pura... ¡Su ex! Y el tipo era un asco bien hecho.

Me incliné un poco para verla cómo empujaba a Brat, como si guardara su distancia. ¡Aleluya! Si la veía besándolo me iría al infierno por matar a Brat en un ataque de... Un momento... ¿Celos? No, jamás. No estoy clavado de ella para sentir celos, definitivamente esto me está costando mi coherencia.

—¿Te pasa algo? —preguntó Bree, acercándose a mí. Le di una sonrisa viendo una vez más el área de la piscina. Renny tenía los ojos clavados en mí, le di una sonrisa antes de dar media vuelta y tomar a Bree de la mano llevándola adentro de la casa una vez más.

Así es Renny Ren, así es como se juega, yo también puedo hacerlo.

¡Juguemos!

Rees

Salí para buscar un poco de aire, esas ocho cervezas estaban empezando a hacer efecto en mi estómago, sin mencionar los jueguitos de quién toma más. ¡Malditas cartas! Según sabía, solo se usaban para póker.

Por primera vez en muchísimo tiempo, me sentía relajado. Bueno, desde mi viaje a Grecia con Louis. Aquellos recuerdos, no me importaba nada más que tomar y pasarla bien. Recuerdo muy bien cómo empezaba a sentir cosas por Charlotte, era divertida y graciosa, la pasábamos bien y el sexo era de dioses egipcios y griegos calientes. Aún no entiendo el punto de lastimar a las personas. Me hizo daño, no voy a ocultarlo.

Lo bueno es que la superé rápido y no me quedé en casa pensando en cómo había podido engañarme. No me gustaba sentirme vulnerable en cuestiones del corazón, miren a Holly, se entregó y salió como colador de esa relación. Aun así, el dolor era un recordatorio de que estaba vivo.

Aclaración, no quiero sentirlo nunca más. Una vez es suficiente.

Tomé un par de bocanadas de aire antes de regresar a la sala, donde todos mis conocidos estaban sentados en círculo con las cartas del infierno. Resulta que dependiendo de qué carta te salga, te toca una penitencia. ¡Kings! Me recordé a mí mismo, quizá algún día pondría a todos en la élite a jugarlo.

Tomé mi asiento junto a Bree, envolviendo mi brazo alrededor de su cintura. Sentí una mirada antes de caer en la cuenta que Renny estaba justo frente a mí. ¿Qué hace aquí?

—¿Renny? —pregunté, viéndola fijamente.

—¡Oh, Dios! ¿La conoces? —preguntó Bree, acercándose un poco más a mí—. Estamos juntas en clases. ¡Es increíble!

—Cálmate, Bree, te vas a caer de la silla. Ya estás borracha.

Escuchar su voz era como un balde de agua fría. Maldición. ¿Por qué provoca esto en mí?

—No, no lo estoy —sí, el primer paso es negarlo. Claro que estaba borracha y yo la estaba alentando a estarlo.

Renny puso los ojos en blanco antes de levantar una carta. La vi cómo se mordía el labio, concentrada, el punto no era sacar las peores cartas y sabía de antemano que la peor era el siete —la puta—, en la que tú escogías a alguien para que te pusiera hacer lo que él o ella querían.

No tuvimos esa suerte con Renny, le tocó un dos de corazones. Las mujeres levantaron su trago dando un brindis. Esas penitencias eran las peores. Mujeres toman, hombres toman, todos toman. Eran las menos interesantes.

Erika tomó la siguiente carta, gritó, ¡bomba!, y todos gritamos tirándonos al suelo. Era algo divertido de hacer, realmente estos juegos de mortales eran únicos y divertidos. En la élite todo era muy cuadrado. Si te tirabas al suelo de ese modo todos te verían raro y

pensarían que eras un ridículo, pero aquí, viendo a todos reír, era increíble, diferente.

Cuando fue mi turno de agarrar carta, calenté mis manos como si estuviera a punto de hacer un truco de magia, ahora yo estaba siendo un idiota, pero era divertido. Levanté la carta revelando mi número favorito cuando no estaba en mi contra.

—Siete de diamantes —dije y mostré la carta que todos querían sacar.

—¡Putas! —gritó Kyle, señalándome emocionado—. Puedes elegir a tu puta, hermano.

—¿Tiene que hacer lo que yo quiera? —pregunté sabiendo la respuesta.

—Claro, hasta que salga la otra puta. Pero será tuya durante ese tiempo. Puedes pedir lo que sea.

Me quedé viendo la carta unos segundos, ya sabía a quién quería. No solo porque podría convencerla de hacer lo que yo quisiera, con esto podía demostrarle que aún tenía el maldito control. Me encantaba enseñarle que yo mandaba. ¡Maldición! Me encantaba que lo entendiera.

Levanté la vista para ver esos ojos verdes, su cabello rojo, perfecto. Le di una sonrisa para que supiera que es lo que estaba pensando. Oh, sí, Renny Ren, serás mi maldita puta. Un momento... ¡Qué boca la que me estoy cargando en estos momentos!

—Ni por un infierno, Hamilton, estás loco —dijo poniéndose de pie.

—Reglas son reglas, Renny Ren, eres mi puta. Ahora, ven y siéntate a la par mía. Bree, cambia de lugar con ella.

—¡¿Qué?! —gritó Bree, bastante sorprendida. Si creyó que la elegiría a ella estaba muy equivocada.

—Ya sabes las reglas, mujer —dijo Kyle señalándome—. Eres su puta.

Su cara se transformó en ira. La princesa estaba enojada, quería tirarme al suelo y reír como estúpido dando vueltas por todo el sucio suelo, lleno de colillas de cigarro y bebida derramada.

Claro, solo en eso pensaba, reír hasta orinarme en mis pantalones. Ella, la rebelde Renny, estaba a mi merced.

¡Alguien que lo grabe! Esto no iba a volver a suceder.

Acerqué mi mejilla, señalándola con mi dedo índice. Muchos del grupo gritaron «¡beso!» y eso era exactamente lo que quería. Me encogí de hombros, golpeando otra vez con el dedo. De esta no se escapa.

—Vas a pagarla, Hamilton —dijo antes de darme el beso bastante babeado. Me hubiera dado asco de ser alguien más, pero por algo extraño, no me molesto.

—Me encanta tu saliva, señorita Scott. Así que no te preocupes.

Esta hizo un gruñido antes de tomar su siguiente carta. Estaba a segundos de decir algo cuando le dio la vuelta a la carta, suspiré aliviado al ver que era k de diamante. Fondo blanco de un trago bien fuerte, pensé que le tocaría tomárselo a ella, pero resulta que tenía que dárselo a alguien. Cuando me tiró la carta poniendo el vaso frente a mí entendí que estaba pagando mi parte por haberla escogido. Definitivamente este traguito me mandaría a la mierda.

—¡Fondo, Race! —gritaron las chicas colocando sus ojos encima de mí. Ya, maldición. Aquí vamos.

Empecé a tragarme esa porquería, el alcohol quemaba toda mi garganta con un sabor a menta y naranja. Estaba asqueroso. Paré unos segundos tapando mi boca, pensé que vomitaría enfrente de todos si no paraba un segundo. Como si no fuera lo suficientemente estúpido, me lo bajé con la cerveza que tenía enfrente. Renny señaló el vaso que aún estaba a la mitad.

—Te falta, Hamilton.

Sí, maldita sea, me faltaba, pero no estaba acostumbrado a este tipo de tragos. ¿Esta gente no tenía hígado? Suspiré, sintiendo cómo el sabor etílico se removía en mi boca, antes beber una vez más, reaccioné. Ella era mi puta.

—Renny —dije y señalé el vaso—. Acábatelo por mí.

—¡¿No?! Eso es trampa.

—No, no lo es. Eres mi puta y quiero que te lo acabes.

La risa de nuestros compañeros de juego se hizo presente, incluso Adrián somataba la mesa como si les hubiera echado «cagadinis de risa» en los tragos. Me sentí orgulloso, para ser nuevo en esto lo estaba haciendo bastante bien.

Ren tomó el vaso con mala cara tomándose lo todo en un nanosegundo. ¿Qué?, ¿acaso no tenía garganta? Cuando se lo terminó, bajando el vaso hizo el mismo gesto de taparse la boca con el dorso de la mano como si también fuera a vomitar. Sí, cariño, así se pagan las cosas.

Me arrojó el vaso a la cara, el cual logré esquivar, y dio media vuelta para ver a Sergio, un corredor español que estaba en Londres haciendo unas prácticas. Este tomó la carta que le correspondía siguiendo el juego. Dos vueltas pasaron, y el bendito siete que quedaba seguía sin aparecer.

Fui testigo de chicas tomando vasos completos de licor, de chicas quitándose la blusa, de hombres haciendo lo mismo, solo que a ellos no les ponía atención. Renny estaba riendo a pesar de que le pedía cosas simples donde no quedara en ridículo ni pareciera que me aprovechaba de ella. Había hecho que hiciera un par de locuras más como bailar sobre la mesa y darles un beso en la mejilla a todos, lo cual me parecía gracioso. No la trataba mal en comparación con los primeros que fueron puta en la jugada.

Logré tomar su mano unas tres veces y ella lo permitió. Ni idea si era por el juego o porque le gustaba, pero con toda la bebida que tenía encima ya no sentía nada.

Renny levantó su carta dándome una sonrisa en la cara, era la última y mi cabeza no procesaba que no había más cartas después de esa.

—Race, eres mi puta —dijo poniéndose de pie—. Como es el final del juego, mi última orden es que durante una hora y en el siguiente juego hagas lo que yo quiera. Sin excusas, porque yo hice exactamente lo que querías.

—¡Vaya mujer! —gritó algún idiota detrás de mí.

—¡A la Cama Ren! —dijo alguna chica poco decente.

Suspiré y asentí en silencio. Ya que más da, no quería que se apartara y esta hora nos daría tiempo para estar juntos. Me puse de pie tomando su mano. ¡Joder! Estaba emocionado.

Subimos las escaleras, mi cabeza daba vueltas, estaba poco consciente de lo que pasaba a mi alrededor. Incluso, el suelo se movía esporádicamente y tropezaba detrás de una Renny que reía como yo lo hacía. La música sonaba a todo volumen, mucho más que antes, quizá era yo el que estaba más sensible que antes.

—¡Me gusta esa canción! —dije tomando a Renny de la cintura y dándole vueltas en el segundo piso, cerca del balcón.

—¡Bájame, Race! —gritó Renny riendo como una loca.

Negué, no quería bajarla, aunque esas fueran sus órdenes. Quería bailar. Le di una vuelta moviendo mis caderas con poca coordinación,

en estos momentos nada en mí estaba en perfecto equilibrio. Estaba bastante borracho, eso no era algo que pudiera ocultar.

Para mi sorpresa, Renny comenzó a bailar, un baile demasiado perfecto para ser verdad. Sus caderas formaban un ocho, mientras restregaba su culo en mi parte más íntima. Como buen hombrecito, borracho, este se paró con un poco de estimulación. ¡Vaya!, no le llevo ni tres restregadas, y Big Rees de verdad la deseaba.

—¿Me llevas a tu apartamento? —sus palabras me dejaron frío.
¿Qué?

—No —dije negando en silencio—. No quiero aprovecharme de ti borracha.

—No, idiota, sé que no vas a hacer nada, confío en ti. Pero si no me voy contigo, tendré que pasar la noche en la fraternidad, no quiero, siempre me da... Miedo pasar la noche aquí con tanto hombre...

Tenía que protegerla o cuidarla. No la dejaría aquí, yo podía tenerla en casa y no... ¡Mierda! ¿Cómo iba a controlarme si estaría durmiendo en el cuarto de visitas? No, no podía. Cerré los ojos, intentando pensar con claridad.

—Sabes qué, olvídalo. Sloan quizá vaya a casa, no lo sé, nunca sé en que esta ella. Solo tengo sueño. ¿Me puedes cuidar en lo que encuentro una habitación desocupada?

¡Oh, no! Ni loco. La tomé de la mano, con o sin Sloan, ella estaría conmigo. Caminamos hasta mi motocicleta. Ya va la irresponsabilidad.

Manejar borracho, con esta princesa era una pésima idea. Muy mala para ser verdad.

Tomé el teléfono y marqué el número de Louis. Ya sé, me va a sacar la madre, pero prefiero eso a tener otro accidente y romper mi promesa. No pasaron ni veinte minutos cuando Lou apareció con Holly y la camioneta para mis carreras. Montamos mi moto en la parte trasera, mejor dicho, Lou montó la moto y la aseguró. Dándome el típico sermón de qué diablos hacía tan borracho. Renny tomó mi mano cuando íbamos camino a mi apartamento.

—Eres un irresponsable, Rens, tienes que aprender a medirte, tomar menos. No es un campeonato para ver quién toma más.

—Si fuera irresponsable se hubiera subido a la moto. ¿No lo creen? —Me sorprendió horrores cuando la voz de Renny se escuchó defendiéndome de mis hermanos.

—¿Y tú? —dijo mi hermana dando media vuelta para verla a los ojos—. ¿No deberías ir a tu casa o llamar a tus padres para que vengan por ti?

La voz de mi hermana sonaba fría y dura. ¡Maldición, Holly! El cuerpo de Renny se tensó por completo, eso me hizo desear abrazarla con más fuerzas, pero el único contacto que tenía era su mano. Vamos, Holly, ¡cierra la boca!

—Sí, ojalá pudiera pedirles que vinieran por mí —respondía, desviando la mirada a la ventana.

—A la próxima vez ya sabes qué hacer. —El colmo. ¿Desde cuándo Holly es tan poca dama para tratar así a otra?

—Suficiente, Hol, ella no tiene la culpa. —San Louis al rescate. Le sonreí por el retrovisor al tiempo que él negaba moviendo apenas su cabeza en señal de amistoso reproche.

—Tengo una hermana celosa, celosa, ce-lo-sa.

—¡Cierra la boca, Rees!

—La amo, la amo, la amo, pero, Hol, eres un dolor de huevos.

La risa de Louis y Renny invadió la camioneta ocasionando que Holly sacara su hermoso dedo de en medio en mi dirección. Realmente estaba muy borracho.

Nos estacionamos enfrente de mi apartamento, no bajaríamos la moto, nos llevaría veinte minutos quitar los seguros. Ya mañana iría por ella. Despidiéndome de ellos, agradecí que llegaran por mí.

Entramos a mi apartamento, donde todo estaba ordenado, menos mal pago para que alguien mantenga esto impecable. Prendí el interruptor guiando a Renny dentro, el efecto estaba pasando, eso no evitaba que las ganas de besarla crecieran como nunca antes.

—Toma. —Le tendí una botella de agua bastante fría, seguramente amanecería con mucha sed.

—Gracias —se dio media vuelta caminando al sillón que tenía en la sala. No entendí lo que estaba haciendo hasta que acomodó los

cojines. Me acerqué a ella tomándola de la cintura, la coloqué como costal en mi hombro cargándola a la habitación de invitados. Esta alegó durante todo el trayecto diciendo que no se acostaría conmigo. ¡Por favor! No voy a aprovecharme de ella. La dejé caer en la cama, la cual era muy cómoda.

–Habitación de invitados. ¿Qué creías?

–No estoy acostumbrada a tener amigos con lujos. Sí fueras otro, me harían dormir en el piso, no es la primera vez.

Quería procesar lo que acaba de decir, pero me quedé en la parte de amigos. ¡Me llamó amigo!

–Así que soy tu amigo, ya era hora que lo admitieras, Renny Ren.

–No quise... No me refería a...

No la dejaría terminar, no quería que arruinara mi momento con alguno de sus comentarios sarcásticos de mierda. No cuando la tenía en mi cama. Bueno, en la cama de visitas.

–Buenas noches, nena. Descansa.

Cerrando la puerta, caminé mi habitación. Tenía dos opciones para quitarme la calentura que esa dama provocaba en mí. Un buen baño de agua fría, o masturbarme durante un muy buen rato.

Opté por las dos opciones, ya que ninguna fue suficiente.

Querida resaca

Rees

Me levanté con un dolor de cabeza monumentalmente estúpido, todo me daba vueltas, me sentía desorientado sin acordarme cómo exactamente es que paré en mi cama. Tomé la botella de agua dando varios tragos en pequeños sorbos. Me acosté tapando mi cara con el dorso de mi brazo. Pero ¿qué mierda?

«Querida resaca, sal de este hermoso cuerpo que ahora no te desea», pensé. Constaté que a nadie le gusta tener resaca, era algo demasiado desagradable. Recordé los shots, las cervezas y los vasos rojos con tragos asquerosos que me hicieron tomar ayer en el juego de Kings. Tenía náusea solo de pensar en el alcohol, tanto que me dio reflujos por un momento eructando de la forma más repugnante posible.

El aroma a café recién hecho fue lo que hizo que moviera mi culo hasta la cocina. Renny estaba sentada en el sillón observando la ventana con vista a Hyde Park. Amaba este lugar, era céntrico, pero al mismo tiempo lleno de naturaleza. Admito que escogí venir por estos rumbos para salir a correr al parque, sin mencionar que la mitad de las cosas me quedaban a mano y no tenía que perder tiempo en el tráfico.

—Buenos días, Renny Ren —me acerqué al café recién hecho. Me serví una taza y me uní a la chica aún perdida en la vista del apartamento.

—Este lugar es increíble. —Si su voz no la hubiera delatado, sus ojos lo hacían, estaba impresionada. Eso era más de lo que cualquiera podía pedir, una reacción de esta mujer indescifrable.

Tenía su cabello rojo revuelto en una cola alta, su cara sin una gota de maquillaje, eso hacía que sus ojos resaltaran mucho más que la capa gruesa de negro que le colocaba, que si me lo pensaba bien no me gustaba tanto. El maquillaje natural era mil veces mejor en una mujer que tiene facciones de muñeca de porcelana. Observé sus ojos llorosos y las ojeras marcadas, Renny estaba no solo desvelada, sino también con resaca. Es más, yo creo que sigo borracho porque no siento mis pies.

—¿Quieres ir a desayunar o podemos pedir algo? —pensaba en mil cosas que podíamos hacer. Comida era la mejor opción.

—Lo siento, puedo acompañarte, pero no tengo dinero para salir a comer.

Me quedé observándola unos instantes. ¿En verdad estaba sugiriendo no ir por falta de dinero? ¡Mierda! Nunca conocí a nadie que me mandara a freír huevos solo porque no tenía para pagar un desayuno. Además, no quería que lo pagara, yo iba a invitarla. ¿Qué eso no hacían las personas en una cita? ¡Dios! Esto ni siquiera es una cita. ¿Qué diablos estoy diciendo?

—¿Piensas que te voy a pasar la cuenta? —negué con esa sonrisa que mantenía con ella, la inexpresiva.

—No me gusta que me inviten. Me gusta pagar por mis cosas, no quiero que pienses que es por aprovecharme de ti. Ya mucho hiciste dejándome dormir en tu casa.

—¡Pensabas dormir en esa puta fraternidad! Ni de loco iba a dejarte allí, Ren, vamos, estaba lleno de borrachos y drogadictos.

Renny se mordió el labio como si contuviera una risa que de seguro venía con una burla. No lo hizo, no se burló, ni rio, todo lo contrario, ella simplemente se sonrojó. ¡Maldición! El color rojo en sus mejillas era demasiado tierno. ¿Por qué putas se pone de ese modo?

—Rees, no sería la primera vez que me quedo en la fraternidad, no me gusta, pero lo hago porque me molesta regresar a casa y pelear con Lucy. —Lucy, su hermana, la cual suponía era adoptada o algo por el estilo, nunca entendí bien esa relación, fue mi doctora cuando el accidente, así fue cómo conocí a Renny.

—Lucy es un ángel. De seguro debes de ser tú la que le da problemas. Eres una chica problema, Renny Ren —volví a sonreír antes de darle un trago a mi café.

—Y tú eres un idiota —riéndose de mi comentario, me arrojó un cojín con la bandera de Inglaterra. Sí, soy algo patriota, pero amo mi país.

Terminamos nuestro café, que estaba demasiado suave, insípido. De seguro Renny no logró programar la máquina, la cual era demasiado sencilla de usar. Incluso, tenía un comando de voz que te preparaba lo que quisieras solo diciendo las indicaciones.

Después de varios intentos, logré convencerla de desayunar juntos en Picadilly, una de mis avenidas favoritas. Siempre había de todo tipo de comida, mi favorita del área era la china. Tenía cierta fascinación por la comida oriental y aún no entiendo el porqué. Debe ser herencia de mi padre.

—Nunca imaginé que te gustara China Town —Renny tomó un bocado de uno de los taquitos chinos.

Dim sum, el mejor desayuno del mundo, lo peor, casi nadie me acompañaba porque no les gustaba. ¡Vaya amigos los que tengo! Debería de empezar a juntarme más con personas que pudieran acompañarme con mis gustos. Louis y Holly me acompañaban con frecuencia por estos rumbos.

—Me encanta, solo que no tengo con quién venir, no es como si los miembros de la élite fuesen apasionados de la comida callejera, menos la china.

—Definitivamente sabemos que no lo son, imagino restaurantes de primera, en los que se ofrece en el menú caviar, salmón y exquisiteces como esas. Se colocan una servilleta en las piernas y toman mimosas en lugar de café.

—¡Vaya, vaya!, al parecer Renny Ren conoce más de lo que creí acerca de mi mundo.

Esta levantó las cejas como si me retara a preguntarle algo. ¿Cómo es que sabía tanto de nuestra vida matutina? No es como si fuéramos divulgando nuestros desayunos de alta. Más que saber de la

élite, sabía cuáles eran mis platillos favoritos. Fruncí el ceño extrañado por su comentario, pero era mejor no decir nada.

—Mi padre... Ammm. —la vi pensarse un momento sus palabras—. Trabajó en el Gobierno.

—¿Ya no trabaja más para ellos? —esto se ponía interesante.

—No, ya no más —dijo, tomando otro taquito con los palitos chinos.

Deseaba saber más acerca de su vida y todo acerca de ella, pero no quería arriesgarme a que me sacara la madre. Si su padre no trabajaba más en el Gobierno, debió de haber pasado algo para que quisiera salirse. Normalmente, si es un puesto importante, la paga es genial, el nivel socioeconómico es alto y Renny no pasaría las penas de no tener dinero si quiere salir a desayunar.

Seguimos hablando de temas triviales. La vi cómo reía, sin tener pena que fuera demasiado escandalosa. La manera en que su cabello estaba recogido en un desorden arriba de su cabeza, sus vaqueros rotos y la sudadera que le presté antes de salir del apartamento.

Renny no estaba intentando ser perfecta, no estaba intentando encajar en la vida de nadie. Estaba siendo ella, nada más y eso me gustaba mucho. Estaba acostumbrado a las chicas plásticas, en la élite todas querían encajar a la perfección. Cuando nos dábamos el espacio de conocernos sin apariencias, era mil veces mejor de lo que era normalmente.

—¿Alguna vez te has enamorado? —preguntó Renny. Esa pregunta me hizo parar repentinamente cerca de una venta de *bubble tea*. Estaba a segundos de entrar a ese lugar, pero esa pregunta me desorientó.

—¿Qué? —pregunté como si fuera un imbécil. ¿Acaso no era suficientemente clara la pregunta?

—Oh, Dios, Rees —se quejó—. Hablo de amor. ¿Te has enamorado?

Le dediqué una sonrisa. Renny Ren estaba hablando de amor conmigo. ¿Quién lo iba a decir? Amor, maldito amor. Nunca la imaginé preguntando cosas como esas, pero ahora que lo había hecho, mi ego estaba elevado a la máxima potencia.

—Creo que amor como tal, no. Quizá emoción, ilusión y cariño por alguien, sí. Amor solo el que le doy a mi familia.

—¿Crees que te vas a enamorar alguna vez? —Renny «Curiosa» Ren Scott. ¿Acaso le interesa mi vida personal tanto para hablar de este tema?

—Creo que más pronto de lo que imagino. No estoy cerrado a no enamorarme. —Pero ¿qué...? Acabo de decirle a Renny que estaba abierto a amar cuando internamente no lo demostraba. A veces realmente creo que soy un idiota.

Renny me dio una sonrisa triste y emocionada. Era un caso extremo porque nunca iba a poder amar a alguien como ella. La élite estaba de por medio, la élite y mil cosas más que nos podían impedir

esto. Si mi vida fuera diferente, ella podría ser parte de mí, sin duda alguna. No voy a mentir y decir que no era una gran fantasía tener a alguien como ella en mi vida.

Papá siempre decía que encontraría a la adecuada dentro, que era cuestión de salir con la que más me identificara, pero, para ser sincero, con ninguna me sentía completo, ni siquiera con Charlotte. Observé unos minutos más a Renny mientras señalaba la venta de bubble tea que tanto me gustaba. Quería cambiar de tema, pero de esta no se escapaba.

—Dos por favor, con té chai —observé a Renny levantar la ceja. No le pregunté qué era lo que quería, no tenía que hacerlo, algo en mí me decía que ella era amante del maldito té chai al igual que yo.

—¿Cómo lo sabías? —Sí, la sorprendí.

—Es mi favorito, solo quería que lo probaras, pero al parecer... Una vez más tú y yo, señorita Scott, disfrutamos de los mismos placeres.

Encogiéndose de hombros, me dio un empujoncito señalando la plaza principal de Picadilly, cruzamos la calle, esquivando cada carro que intentaba atropellarnos. Llegamos al otro extremo con la respiración acelerada. Ren se dejó caer en la banca viendo los automóviles y buses de doble piso pasar. Realmente Londres era una ciudad elegante, llena de paz y tranquilidad.

Suspiré viendo mi oportunidad. Era ahora o nunca.

—Y tú, Renny Ren. ¿Te has enamorado?

—¡¿Qué?! —preguntó sorprendida—. No voy a decírtelo.

—Claro que lo vas a hacer, yo te dije mi parte.

La pequeña negó al tiempo que daba un sorbo de su *bubble tea*. Tragó una de las pelotitas de tapioca y la vi masticar con tanto esmero que inmediatamente supe que me estaba evadiendo la pregunta. ¡Maldición!

—Morder la tapioca lentamente no te salvará de responder mi pregunta —dije, observando cómo trituraba una segunda pelotita.

—Me gusta chuparlas, no morderlas. —Me sonrió al tiempo que enseñaba su lengua con la pelotita intacta.

Esas palabras fueron mi perdición y antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo o siquiera pensando, ya estaba abriendo la boca y no de la mejor manera que digamos.

—Yo tengo algo que podrías chupar también. —Llevé mis manos a la boca por la falta de respeto que acababa de hacer, pero ¿qué me pasa? Sinceramente estaba empezando a considerar que mis valores volaron a la mierda. Debía juntarme menos con motociclistas patanes.

Renny abrió los ojos sorprendida, negó con la cabeza poniéndose de pie repentinamente. No pensé en mil años que se me saldrían esas palabras, menos delante de una dama, o al menos eso creía de Renny.

Dándole vueltas a su bebida, me bañó completamente en líquido blanco con pelotitas negras. Me puse de pie para apartarme del ataque

imprevisto de Ren. Pero ¿qué diablos? Sacudiendo el exceso de agua de mi chaqueta de cuero.

—Pero ¿qué te pasa, Renny?

—Aprende a no faltarme el respeto. ¡Chuparte otra cosa! Eres un cerdo, Rees.

La vi alejarse, molesta, muy molesta por mi comentario. En un principio pensé que su actitud era completamente exagerada, porque... ¡Vamos! No tiras un perfecto té chai a alguien solo por hacer una mala sugerencia.

Tomé mi vasito que aún tenía la mitad, no iba a dejarlo por ahí tirado, me lo acabaría de camino al apartamento. Necesitaba ir a bañarme y quitarme toda la mierda líquida pegajosa. Esperaba por Dios que mi chaqueta no se arruinara, era buen cuero italiano.

Motoscott

Rees

—Eres un vulgar —dijo Louis sentándose a la par mía.

Holly estaba metida en su computadora haciendo ciertos trabajos universitarios que yo debería de estar haciendo también, simplemente no tenía los ánimos de hacerlos, ya faltaba poco para cerrar las clases y estaba desesperado. Un par de semanas más y mi vida en esta porquería acaba, dando inicio a nueva etapa.

—No fue mi intención, de verdad que no sé cómo es que le dije eso.

—Es porque eres un idiota, Rees, no tratas a una mujer de ese modo —intervino mi hermana por primera vez en mucho tiempo.

Levanté la vista para verla pegada en el dispositivo, escribiendo, la muy descarada ni siquiera se tomó la molestia de mirarme cuando hablaba. Negué y volví mi atención a Louis, necesitaba consejos para que me volviera a hablar, no estaba dispuesto a echar todo a perder por una pequeña cagada. No señor.

—¿Ahora qué hago? No creo que me vaya a querer hablar, tampoco tengo su número de teléfono para comunicarme con ella.

—¿No tienes su número? ¿Cómo diablos no tienes su número? Es lo primero que se le pide a alguien si te gusta.

Recordé como la conocí, Renny entró a la habitación del hospital buscando a Lucy, mi doctora. Me molestó su actitud, sus comentarios y cómo llegó a interrumpir mi paz. Estaba enojado con ella hasta que mencionó las llaves de su motocicleta, Renny Ren, la chica enojada ¡tenía una motocicleta! En ese momento quedé estúpido.

He conocido a muchas mujeres que montan, corren y hacen trucos impresionantes en *freestyle*. No es cosa del otro mundo cuando te dedicas a este mundo, incluso, he competido y perdido frente a algunas de ellas, pero algo en Renny me dejó una sensación diferente. A pesar que tenía chaqueta y pantalón de cuero, un atuendo de una completa chica mala, algo dentro de ella gritaba dulzura. Al menos eso creí hasta que abrió la boca y me tragué mis palabras.

Renny Scott era una persona privada que quería descubrir, tenía que hacerlo o me volvería loco. No entendía por qué, pero, sí, estaba desesperado por saber más de ella.

—No se lo pedí. No estaba pensando en... No lo sé, Lou, sabes que no puedo, involucrarme con ella es imposible.

—¿Porque es una mortal? —preguntó Holly sin apartar la vista de su portátil.

Esa palabra era tan molesta, odiaba que todos en la élite se creyeran la tercera maravilla del mundo, que se creyeran invencibles o superiores a los demás. Papá y mamá siempre nos enseñaron a que éramos iguales a todos. Yo lo aprendí muy bien, pero mi hermana al parecer adquirió las mierdas de mis abuelos, anticuados y elitistas.

—Sabes, Hol —me puse de pie señalándola—, las mejores personas que conozco no pertenecen a tus putos inmortales elitistas de mierda.

Holly cerró su portátil de un golpe, levantándose de la silla para igualar mi altura. Subió su mano señalando mi dedo con su dedo. Estaba seguro de que en estos momentos nos veíamos iguales, solo que en versión femenina y masculina. Lou soltó una carcajada, definitivamente así era como nos veíamos, no hay duda.

—Ni se te ocurra, Rees, no estoy para tus cosas en estos momentos.

—No los entiendo. —Lou jaló a Holly para sentarla en su regazo—. Tienen meses peleándose por cualquier cosita, creo que deberían salir un día solo los dos a comer pizza y tomar cerveza para despejar su mente y recordarse de lo bien que se llevan.

Me quedé en silencio, sentándome en el sillón frente a ellos. Tenía razón, últimamente solo discutíamos por todo, no había paz entre nosotros. Mi hermana era mi todo, la protegía, la cuidaba, la apreciaba, era mi mejor amiga y podía hablar con ella de cualquier cosa que pasara por mi mente. No sé qué diablos nos pasaba. Después de lo de Adam todo se fue al carajo.

—Lo siento, Hol, no debí gritarte.

La vi suspirar, levantándose del regazo de Louis. Se acercó a mí dándome un beso en la frente antes de acomodarse en mis brazos para que la tomara de la forma sobreprotectora de siempre. Holly siempre fue débil, un alma frágil. Nunca pensé a qué extremo lo era, no hasta

que la vi en una camilla de hospital porque un imbécil le sacó hasta el último suspiro de su alma.

—¿Pizza? —preguntó con una sonrisa.

—Sí, de igual manera tenemos que organizar nuestro cumpleaños el otro fin de semana, creo que una ice party quedaría perfecta.

—¡Fiesta de cumpleaños! —gritó dando vueltas por toda la habitación. Le encantaban las fiestas.

Cuando llegamos a la pizzería, Holly estaba emocionada contándome de su última prueba de admisión a esa dichosa academia de música y arte dramático al que tanto quería entrar a trabajar. Mi hermana se preparó toda la vida para ser modelo y actriz. Ha desfilado en varias pasarelas y ha aparecido en un par de revistas, pero porque mis papás han sido un poco protectores con eso de las revistas, seguramente ahora empezará a salir en muchas más. No creo que Louis se lo prohíba o algo por el estilo.

Es raro pensar que este es nuestro último año universitario y literalmente solo por un par de clases más, al menos yo tenía menos clases, ya que era un excelente estudiante a comparación de Holly. Recordé viejos momentos y saqué de la bolsa de Holly mi pequeña cámara para tomarle un par de fotografías.

Holly era coqueta y rio, dejando que la cámara hiciera su magia. Le gustaba que le tomara fotografías para sus redes, para su portafolio y para que el mundo la viera. Incluso, mi página como fotógrafo tenía demasiadas de ella.

Esta semana le diría que hiciéramos un Photoshop para mi portafolio. Hace mucho que no lo he actualizado con retratos de personas, solo vistas de todo Londres. Esa es mi otra pasión, la fotografía. Amaba captar una sensación por medio de imágenes, contar historias, transportar a las personas a ese momento de la captura.

Es algo extraño, ya que no es como un video que tiene movimiento, es solo una imagen que transforma la mente humana.

Nos sentamos en la misma mesa de siempre, era alta con una buena panorámica. A Holly y a mí nos gustaba la atención, no era un secreto que valga la pena ocultar. Desde muy pequeños, nuestras abuelas, con sus reglas muy a la antigua, nos enseñaron que los ojos de todo el mundo estaban encima de nosotros, más por ser gemelos. Yo creo que la verdadera razón de todo esto, es porque mis padres rompieron las reglas tantas veces para estar juntos que cambiaron el sistema completo. Nosotros éramos resultado de corromper ese sistema, sin mencionar a Louis.

Louis Montgomery es hijo de Lui Montgomery, es realeza pura, pero Mary, la mejor amiga americana de mamá, conquistó a Lui permitiéndole tener a su hijo a los 21 años. El detalle está en que mi tío tenía los días contados por una estúpida enfermedad que acabó con su vida sin ni siquiera conocer a Louis. Es una historia triste, nunca la entendí de pequeño hasta que crecí. Por esa razón es que empecé ver a los mortales, como despectivamente les llamamos a la gente no real, como iguales.

Nadie es más poderoso que otro, nadie es más solo por el hecho de tener un título. Yo aprendí eso de Louis, por su madre, por lo que

una parte de él era. Era estúpido que Holly, siendo su esposa, no lo entienda.

Ordenamos una pizza grande de queso, dos cervezas Mcfarlad y tostaditas dulces para el postre. Comíamos como si fuera el último día de nuestras vidas, después nos arrepentiríamos de por vida y nos iríamos a meter al gimnasio tres horas. Era una gran rutina.

—Así que política... —dijo Holly, metiéndose un pedazo de pizza a la boca.

—Sip, siguiendo los pasos de papá. Tengo un puesto asegurado en el consejo y de seguro uno muy grande en el parlamento.

Papá no solo era uno de los miembros más jóvenes del parlamento, también estaba luchando por llegar a ser un día el primer ministro del Reino Unido. Un cargo que mi abuelo dejó hace unos pocos meses. Cuando mi abuelo falleció, papá se vino abajo un tiempo. No sé qué es perder a un padre, pero sí a mi abuelo.

Perder a tus seres queridos es un dolor insoportable, es la idea de no volver a verlos, su risa, su voz y en mi caso... Sus regaños.

—De seguro serás bueno. ¿Ya escogiste dónde harás tu maestría?

—No. Estoy viendo aún eso, y tú, *mademoiselle*, tienes planes para conquistar el mundo de la moda, ¿no es así?

—Sir Hamilton —dijo en estilo muy antiguo, como esa, su época de Shakespeare que tanto le gustaba jugar cuando éramos niños—, una

dama como yo no presume de sus talentos con tanta facilidad, pero os aprecio mucho el comentario.

—*Mademoiselle*, pero no es un comentario, le he preguntado por sus increíbles talentos por conquistar el mundo.

—Sir Hamilton, el mundo ya lo tengo conquistado. ¿Qué me dice de usted? ¿Acaso puedo conquistarlo?

Cualquiera en la faz de la tierra diría que mi hermana y yo teníamos cierta atracción el uno hacia el otro, siempre bromeando acerca de coquetear. Mi hermana era eso, era mi clon y pensaba que era la mujer más hermosa de la tierra por el simple hecho de ser igual a mí, mejor dicho, yo a ella. ¡Diablos con los minutos que nos separan!

—Disculpen —levantamos la vista a la chica que estaba en nuestra mesa parada con un celular en la mano. Estaba con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Race Hamilton?

Preguntó solo por compromiso, porque esa chica sonaba muy segura. Asentí, regresándole la sonrisa al ver que se emocionaba haciéndoles señas a dos amigas más. Estas se acercaron rogando por una fotografía. No tenían que rogar, igual me la tomaría. Tomé a la rubia por la cintura y a la del cabello pintado por el otro.

Estaba acostumbrado a esto, aun así, era extraño cuando le pedían a Holly que se unieran, los gemelos Hamilton éramos muy conocidos en Inglaterra, tanto por mis carreras como por la carrera de modelaje de Holly.

—No puedo creerlo, Race Hamilton. Una locura la fiesta en la fraternidad, te vimos con Renny Scott, no quisimos interrumpir. Ella nos da un poco de miedo —dijo la rubia observándome con esos ojos saltones completamente maquillados. Las chicas eran bonitas, pero su comentario no me gustaba para nada.

—Ella es dulce —dije, regresando a mi asiento.

—¿Dulce? —Las tres soltaron una carcajada—. Fría y perra es la palabra correcta.

Me di la vuelta para verlas a las tres. No quería que nadie hablara de Renny, menos cuando no estaba para sacarles la madre por lo que estaban diciendo. Suspiré antes de señalar a Holly que ya exhibía una sonrisa. ¡Vaya hermana la mía! Estas mujeres eran de lo peor, tal vez por eso no las entendemos. Entre mujeres se entienden y se odian la mitad del tiempo.

—¡Qué tengan feliz tarde, señoritas!, si nos permiten, regresaré a mi hermana.

—Claro, no queríamos interrumpir. —La rubia seguía con su tono seductor, como si quisiera que la invitara a salir. Dándome un beso en la mejilla, dejó una servilleta en la mesa que estaba seguro contenía su número de teléfono.

Cuando las chicas se fueron, Holly soltó una carcajada, observando el pedazo de papel que no tomaría. No pude ocultar mi vergüenza mientras arrugaba la servilleta, las chicas aún me estaban observando, pero me valió madres. No estoy para el tipo de mujeres

que andan de perras por todos lados y hablando mal de otras mujeres, eso no es fino.

—Entonces, quedamos en fiesta de hielo —dije para desviar la conversación.

—Sí, ya sabes que el alcohol es tu responsabilidad, yo veré la decoración con mamá y la comida.

Nos metimos en una conversación acerca de los preparativos, de cuáles cosas especiales tener y como arreglaríamos todo. La verdad es que me gustaba muchísimo celebrar mi cumpleaños, ponerle temática y hacerlos especiales. Quizá era más por Holly, pero ya tenía esa costumbre.

—Vestido azul como de bailarina con unos tacones impresionantes y tú, un traje blanco con azul. Louis se pondrá uno también.

Creo que optaría por uno blanco con negro, un poco más varonil que el celeste o azul. Seguramente a Renny le gustará más el negro, el azul sería objeto de burlas. No reaccioné hasta que Holly mencionó algo acerca de las invitaciones, no podía invitar a Renny. La boda fue una excepción, pero no podía simplemente seguir con eso de llevarla a todas partes.

Cerré los ojos unos segundos tragándome la maldita idea de mi realidad, mañana tenía una cita con Amber Woodgate, no era una de las favoritas de papá por ser pariente de Harry Woodgate, el que en algún pasado remoto intentó quitarle a su novia. Cuando hablo de

novia, hablo de mamá, ya se imaginarán que a papá no le gusta para nada esa familia.

Con excepciones, Cora, la hermana de Harry que está casada con Blake, el mejor amigo. En su época, William, Lui y Blake eran invencibles y muy unidos. Algo al estilo de Holly, Louis y Rees, solo que mis dos invencibles se casaron y me dejaron como un solitario eternamente metido en medio de ambos.

¡Genial!

Le mandé un mensaje a Kyle para ver si él podía conseguir el número de Renny, definitivamente tenía que pedirle perdón. Si no fuera por Louis, seguiría pensando que su reacción fue bastante exagerada. Pero, ¡vamos! Le falté el respeto completamente, me merecía que me tirara el té chai y arruinara mi chaqueta.

Woodgate

Rees

Le di otro trago a mi vino tinto, eso era lo único que podía mantenerme cuerdo en estos momentos. Esta mujer no cierra la maldita boca. Amber Woodgate se la ha pasado hablando toda la tarde desde que nos juntamos en un café cerca del Royal. La invité a salir como era debido, porque era la siguiente en la lista, de todas con las que había salido desde que la lista llegó a casa hace un año tengo que admitir que esta es la peor.

Si sus conversaciones fueran un poco más interesantes no estaría emborrachándome a las cuatro de la tarde con vino tinto de alta calidad, ni siquiera estaba disfrutando de los aperitivos que el mesero sirvió en esos platitos de porcelana. Normalmente, disfrutaba muchísimo comer, también disfrutaba de las pláticas de muchas de las chicas de la élite, pero de esta, paso.

—La cosa es que Yon, el instructor chino que estaba el año pasado, fue un grandísimo pesado con todo mundo, fue por eso que lo sacaron del Royal.

¡Maldición! ¡Ya no la aguanto! Está hablando una cantidad de idioteces en las que ella cree que tiene la razón como todos en esta puta élite. Si se me permite opinar, eso no es ni la cuarta parte verdad. Yon era genial y se fue por otras razones y no porque fuera pesado.

Odiaba que criticaran a las personas sin una base sólida, era desesperante que todo se basara en cotilleos que dejaban mucho que desear.

—Era coreano y se regresó a su país. No era pesado, solo es su forma de ser. —Me puse de pie empujándome la copa a fondo blanco. Al diablo con el Rees paciente. Esta era mi octava copa y ya estaba surtiendo efecto—. Te invito a una copa al bar de la esquina, ya me aburrí de este lugar.

El bar de la esquina era nuestro frecuente con Kyle, no era un lugar al que una chica o chico de élite iría. El vino me había dejado con ganas de más, necesitaba alcohol o deshacerme de ella. Una de dos.

—¿Bar? ¿Un lunes por la tarde?

—Bueno —tomé mi chaqueta—, si no quieres venir, no vengas, yo iré. Adiós, *Annie*.

—¡Es Amber! —dijo, poniéndose de pie, molesta—, y si voy a ir, Rees. Es mi tarde contigo, no voy a desperdiciarla solo porque estás siendo un idiota.

Me encogí de hombros ignorándola al tiempo que dejaba un par de billetes en la mesa. Quizá era más de lo que la cuenta valía, pero al diablo, quería irme de allí lo más rápido posible. Caminando hasta el bar, como era de esperarse, estaba abierto con un par de hombres llenos de tatuajes y barbas largas jugando al billar. Me senté en el taburete buscando a Kyle. Hace media hora que le mandé el mensaje, ya debería estar por aquí.

—Este lugar apesta a vómito —dijo la chica a mi lado. ¡Dios, de verdad no se calla!

—Puedes irte si no te gusta. Nos harías un favor a los dos, sabemos que no va a funcionar.

—Quiero mi beso. —Amber se acercó a mí más de lo debido. Me hice para atrás justo a tiempo antes que sus labios impactaran con los míos—. Dicen que besas como los Dioses, Rees.

—Lo siento, ahora sí que la cagaste. No me meto con fáciles, Amber. La salida está por allí. —Señalé la puerta. Me encontraba un poco más grosero de lo que debía, pero el vino me puso en mi peor modo.

—¡Te odio, Rees Hamilton! —gritó tan fuerte que mi cabeza dio media vuelta recibiendo sus palabras que importaban poco. Eso estaba bien, si me odia no estará esperando a que la llame más tarde.

Necesitaba una cerveza, o whisky para calmar esta actitud de las mujeres que me sacarían el cerebro. Aún no entiendo por qué Charlotte salió demasiado fácil. Ella era perfecta, una dama bastante guapa. Su carácter se acoplaba al mío de una manera difícil de explicar. Dudaba encontrar a otra como ella en la Élite.

—Eso fue duro, Hamilton —levanté la vista sorprendido ante el tono de voz que me hablaba al otro lado de la barra.

—¿Renny? —Negué con la cabeza al tiempo que veía que colocaba una cerveza frente a mí—. ¿Qué haces metida en un bar?

Esta soltó una carcajada tirando la tapita al bote de basura. Esto definitivamente no me cuadraba. Tenía puesta la blusa blanca tallada que enseñaba el estómago, los pantalones cortos eran demasiado

cortos y sus brazos enseñaban sus tatuajes. Incluso lograba ver una frase en su hombro izquierdo y el del brazo derecho en su totalidad.

Contemplé los aretes que resaltaban en toda su oreja derecha, como si fueran pequeños brillantes. Renny realmente era todo lo opuesto a mí, llena de tatuajes y aretes.

—¿Qué parece que estoy haciendo? Supongo que viendo alguna serie tonta en la televisión.

—Renny, tú y yo...

—Ahórratelo, Race. Estoy en el trabajo y definitivamente no quiero hablar, no con un vulgar como tú.

¿Trabajo? ¿Por qué diablos trabaja en un bar? ¡Carajo! Tomé la cerveza dándole un trago bastante largo. No me gustaba pensar en Renny trabajando en un bar, uno en el que todos estos borrachos le estarían viendo el culo. Me pregunto si va al gimnasio, de ser así, ¿a cuál? Me gustaría verla más seguido. Podría cambiarme a... ¡Oh, no, Hamilton! No me gusta la manera en que mi cabeza está trabajando en estos momentos. Es una pesadilla.

—¡Race! —Kyle entró meneando su cabello rubio para quitar el exceso de agua. ¿Agua?

—¿Está lloviendo? —pregunté sin poder ver afuera, el bar era completamente tapado y oscuro.

—Claro que está lloviendo. ¿Qué creías? Que me derramé una botella de agua para entrar haciéndome el dramático. Estás en Londres, idiota. ¿Qué esperabas?

Sí, bueno, estaba acostumbrado a que empezara a llover de la nada. No sé por qué todavía se lo pregunto a este hombre que tiene cerebro de manilla. Quitándose la chaqueta, la colocó en el colgador, donde sería bueno ir a colocar la mía, ni siquiera me la he quitado.

Regresé mi atención a la barra, donde Renny hablaba con otro de los trabajadores que cargaba una charola de botellas vacías de cerveza. Ella reía de la misma manera que estaba riendo conmigo en China Town. Entrecerré los ojos, no me gustaba ver que ella estuviera disfrutando de las palabras de otro, ¡Jesús! No me gustaba para nada.

Tampoco me gusta cómo me estoy sintiendo de atraído por ella. Debe ser porque no puedo besarla y cogérmela así de fácil.

—Vamos, Race, quita esa cara. Estás a un segundo de que haga una intervención antes que Ren vea tu cara.

—Solo... ¿Por qué está coqueteando con él? No es como si fuera alguien —lo señalé de forma dramática—. Vamos, míralo.

Kyle le dio una mirada al chico. Tenía una camisa polo con el logo del bar. Su bandeja, ahora vacía, y su cara de saber exactamente lo que quería de la pequeña Renny Ren, como si fueran íntimos. Hasta este momento, lo poco que sabía de Renny era casi una nada. Ella era un misterio completo.

—Tiene un mes trabajando aquí, él casi un año. Son amigos nada más. Tienes que controlarte un poco, voy a empezar a pensar que te estás enamorando de Scott.

—¡Enamorarme! ¡Vaya mierda, Kyle! Sí que eres ocurrente. Eso nunca pasará y lo sabes.

Una parte de mí me gritaba que estaba loco, que ya estaba en picada con esta mujer, pero la parte cuerda de mi cabeza me decía que todo estaba bajo control. No iba a caer por ella, solo tenía que salir de la duda de quién era Renny Ren. Quitarle el encanto del misterio que la rondaba.

—¡Renny! —gritó Kyle—. La más fría que encuentres.

Estaba a segundos de preguntarle a qué se refería con fría y qué le estaba pidiendo a ella. No le estaba especificando nada. ¿Cómo diablos iba a saberlo? A pesar de que estaba perdido, Renny entendió a la perfección. Tomando una cerveza fría, la destapó y entregó a Kyle con una sonrisa. Esté se la agradeció, regresando su atención a mí. Este debe ser lenguaje de bar, uno que en mi vida había escuchado antes.

Kyle empezó a contarme sobre las alineaciones en la carrera de la próxima semana, a la cual no podría asistir por no haber estado en la primera ronda hace un mes. Estaba esperando a que empezaran otra vez para sentir la adrenalina en mi piel. Necesitaba regresar a la pista de una manera más formal y no en una pequeña carrera de entrenamiento.

—Allí está mi mujer —la sonrisa de Renny desapareció inmediatamente con un gesto de rechazo en el rostro. Brat se acercaba

a ella de un modo posesivo. La tomó de la cintura con ademanes sobreprotectores, algo dentro de mí se despertó en ese instante. ¿Enojo? ¿Celos? No lo sé, solo que esta sensación estaba a punto de estallar.

Renny saludó a todo el grupo de hombres, todos con esa actitud de machos que tanto odiaba. Los conocía a todos, eran lo peor del motocross. Dos de ellos corrían en mi categoría, Brat y Jack, el resto en categorías menores, pero en algún momento nos juntamos en la pista.

—Lo odio —dije, desviando la mirada.

—Es raro. —Kyle se acercó a mí para que nadie más pudiera escuchar—. Pensé que habían terminado su relación, al parecer...

Me puse de pie sin pensarlo, caminando en dirección a ellos. Renny se sorprendió cuando me vio. Sí, señorita, no estoy del mejor humor, menos cuando te veo con otro.

—Brat —saludé con un movimiento de cabeza—, chicos. Tengo una pregunta que hacerte. —Toda mi atención estaba puesta en Renny. Le hice un movimiento invitándola a salir de ese grupo. Ni siquiera sabía que iba a preguntar, lo único que necesitaba era sacarla de allí. ¡Lejos de él, maldición!

—Estoy trabajando, tendrá que ser en otro momento.

Renny dio media vuelta para entrar a la barra una vez más. El otro empleado llegó para dejar las cervezas en la mesa de cada uno.

Contuve la respiración al ver que Brat y compañía se reían del rechazo olímpico que me hizo Renny.

—Sigue riendo, idiota —dije señalándolo con el dedo—, cuando ella sea toda mía, estarás llorando por haberla perdido.

La risa de todo el grupo se intensificó. Todos a su alrededor gritaban vulgaridades y me insultaban, en ese momento me sentía bien con sus insultos, quería decir que lo había hecho bien. Estaba acostumbrado a ellos, nunca nos llevamos bien, pero tampoco nunca me involucré con nadie en este lugar.

—Renny es simplemente sexo fácil —me detuve a medio camino, analizando sus palabras que sonaban una y otra vez en mi cabeza—. Le encanta retorcerse en mis brazos de placer, le encanta gritar mi nombre cuando se viene. ¿Crees que puedes superarme?

Seguía asimilando sus palabras, no estaba seguro si era el alcohol, si era la subida de adrenalina o qué diablos estaba tomando posesión de mí. Me di media vuelta dejando que Race Hamilton saliera en toda su maldita expresión. Observé a Brat con su cara de imbécil.

Nadie va a hablar mierdas de Renny, no en mi presencia. Odiaba a gente como él, me recordaban a Adam, maldito Adam. Como lastimó a mi hermanita, seguramente todo empezó con palabras, no quería esperar a ver si Brat le pegaría después.

Mi puño dio directo en su mandíbula. Brat se hizo para atrás por el impacto, pero un golpe no era suficiente. Estrellé mi codo en su ojo metiendo el pie por detrás para que perdiera el equilibrio. Este se dio de bruces en el suelo, quedándose completamente inmóvil. Todos

gritaron un «Ouch» y un «Ohhh, estás en problemas», pero me importó poco.

—Llama a Renny «sexo fácil» otra vez y te juro por mi vida que te mato. ¡Hijos de pu...!

—¡Race! —la voz de Renny me trajo a la realidad. Me estaba observando con esos ojos verdes llenos de miedo. Se rehusó y pensé por un minuto que se lanzaría a mis brazos como si fuera su superhéroe. Una vez más, las cosas no son como las películas de Marvel. Me tenía miedo, eso no era bueno.

—Voy a tener que pedirle que se retire, señor —dijo el guardia de seguridad.

—Pero él era el que...

—Race —Renny se acercó a mí—. Vete, por favor, necesito este trabajo, no puedes venir y pegarle a cualquier persona que hable de mí.

—¡Claro que puedo! —me acerqué a ella escuchando las quejas de este gran imbécil.

—¡Madura, Hamilton! Ahora sal de mi lugar de trabajo antes que le pida al guardia que realmente te saque. No puedes criticarlo por hablar de mí cuando tú literalmente hiciste lo mismo ayer.

¡Por la mierda! Sinceramente me había portado como un imbécil ayer por la mañana. En mi mente seguía siendo una pequeña broma, pero a los ojos de Renny fue completamente una falta de respeto. Sonreí, asintiendo, tenía razón en todo lo que dijo, la diferencia era

que yo sí podía ser un caballero, podía merecerla, pero Brat jamás lo haría. Ella iba a ser mía costara lo que costara y al parecer esta no me la perdona fácil.

Querida paciencia

Rees

La profesora estaba hablando de historia de Inglaterra, algo relacionado con los reyes y reinas a través de los siglos, enfocándose en Isabel I. Para ser sincero, me encanta saber sobre nuestros antecesores y cómo manejaban todo en el siglo XVIII. No es de extrañarse que fuera un método severo para mantener el orden político. Nos damos cuenta cómo la política ha ido decayendo a lo largo del tiempo y cómo el respeto a la autoridad en países latinoamericanos y algunos europeos eran una mierda.

Lo único que no me agradaba de esa época eran los trajes incómodos que utilizaban. Por un minuto me imaginé con esos cuellos de acordeón y sentí lástima por todos ellos, eran espantosos y ridículos.

Intenté poner atención a lo que decían, pero no podía concentrarme en la clase, estaba perdido en mis pensamientos, en mi reacción de ayer. ¿Acaso me estoy volviendo violento? No puedo creer que le pegara a Brat. Solo esperaba que no vinieran a acusarme otra vez de comportamiento agresivo, la última vez logré quitarme la ley encima por mi padre, advirtiéndome que sería la última vez que me perdonarían ese comportamiento, la siguiente vez tendría repercusiones.

La ley era la ley, y si algún día quería ser un político exitoso, tendría que seguirla a capa y espada para ser un ejemplo para las demás personas. Tendría que empezar a controlar mi temperamento para no hacer algo de lo cual me pudiera arrepentir de por vida.

Cerré los ojos unos segundos, recordando la cara de Renny, tan seria y sincera al decirme que yo también le había faltado el respeto. Lo peor es que era verdad, nunca debí decirle eso, no cuando consideraba que ella era diferente a lo que le mostraba a la gente.

—¿Rees Hamilton? —levanté la cabeza para ver a la profesora viéndome con ojos de «Pon atención».

Me encogí de hombros regresando la vista a la pizarra donde la imagen de Isabel i estaba en su máximo esplendor con ese traje antiguo y ridículo, apretado y nada cómodo a los ojos. Doy gracias al cielo por la evolución de la moda.

—¡Rees! —la mujer volvió a llamarme. Giré para ver a mi hermana viéndome con ojos de «¡Te hablan, Rees!», pero no me percaté de que me estaba hablando hasta que volvió a preguntarme. ¡Vaya mierda! Sí estaba distraído.

—¿Puede repetirla? —pregunté algo nervioso, odiaba que me preguntaran cosas.

—Ana Bolena, la madre de Isabel i. ¿Por qué la mataron? —El tono de la profesora era exhausto, como si me hubiera hecho la pregunta al menos unas siete veces.

¡Carajo! Intenté bajar de mi cabeza cada detalle de las hermanas Bolena, recuerdo haber visto la película y leído acerca de ellas para un examen la semana pasada. Natalie Portman lucía bastante bien el traje, fue una escena dramática donde al final la mataban de forma trágica.

—Fue ejecutada por no tener hijos varones. Aunque si se pone a pensar es algo estúpido que la mataran a ella. ¿No se supone que es el hombre el que determina el sexo del bebé? Y en todo caso sus hermanos murieron y así fue como la hija ilegítima queda como Reina del Reino Unido e Irlanda, Isabel I. Es algo enfermo que siempre tenía que estar un hombre al frente.

—¡Marica! —gritó uno de mis compañeros en la parte de atrás, no tenía que ser un genio para saber que había sido Sebastián. Sospechaba que todo empezaba por mi comentario sobre las mujeres, pero era verdad.

Esto no era ni un secreto, me gustaba la igualdad de género. Siempre la defendía dentro de las clases. La profesora intentó callarlo, pero era demasiado tarde, yo ya estaba abriendo la boca para defender mi postura.

—¿Cuál es el problema y qué tiene de marica eso? ¿Acaso no fue tu madre la que te dio a luz? ¿La que te cambió los malditos pañales cagados? Cierra la boca, Sebastián, y respeta a tu madre y a las mujeres en tu familia.

—Regresando al tema... —la profesora intentó regresar a la clase, pero yo ya estaba molesto y cuando estaba molesto, quién me cerraba la boca.

—Sí, regresando al tema... Ella no tiene la culpa que le cortaran la cabeza y la acusaran de bruja, si se ponen a pensar, las brujas ahora son sexys y no estamos cortándoles la cabeza por creencias estúpidas.

Respiré hondo cuando escuché las risas de mis compañeros, debía aprender a cerrar la boca. Tomando asiento vi cómo Holly se retorció en su silla haciendo gestos de desaprobación, su risa era contagiosa, la única que me importaba en este lugar. Le sonreí de regreso guiñándole un ojo. Una de sus amigas soltó un suspiro de deseo, lo sabía muy bien, las volvía locas a todas.

Pensé en Renny y en que hubiera pensado de mi postura, era estúpido pensar en ella en algo tan trivial y extraño como Ana Bolena e Isabel I. Mi vida se había vuelto tan extraña gracias a Renny y no estaba contento de cómo se estaba tornando mis pensamientos y mi forma de actuar.

La semana pasó como debía pasar, iba al Royal University, estudiaba en las mañanas, iba al bar en la tarde para ver a Renny, me rechazaba como siempre y paraba en casa maldiciéndome por haber ido a buscarla. De miércoles a viernes fue la misma historia. Lo único bueno, terminé las tediosas clases y ahora no quedaba nada más que la entrega de proyecto final antes de la graduación.

Por ser viernes, estábamos todos por reunirnos en The Royal Center para celebrar que esto se había acabado para muchos de nosotros, aquellos que seguimos religiosamente con las clases y en mi caso y el de Holly, sacamos todo en tiempo récord. Ella en Comunicación y yo en Ciencias Políticas.

Realmente este fin de semana sería una locura en la élite.

Me observé en el espejo viendo el traje negro que tenía puesto. Era bastante formal, pero todo en la élite era de este modo. Me gustaba

vestir como era debido, me gustaba mantener el protocolo, aunque muchas veces me daba dolor de cabeza.

—¿Estás listo? —preguntó Holly desde la puerta de la habitación de casa. Era como si por un minuto todo esto fuera un flashback. Ella no estaba casada con mi mejor amigo y yo no vivía solo, por un instante me creí con la idea que todo era como antes, sin Renny que jugara con mi mente.

—No necesito estar listo. Yo siempre soy irresistible a los ojos de cualquiera.

—Creído.

—No, hermanita, se le llama ser sincero.

Holly negó con la cabeza al tiempo que yo caminaba detrás de ella. Louis estaba en la parte de afuera esperándonos en el deportivo. Mamá y papá tomaban fotos como si eso fuera importante. No era ninguna fiesta de graduación, simplemente iríamos a emborracharnos por haber terminado clases. ¿Por qué tanta emoción?

Al llegar al lugar, Holly salió corriendo detrás de sus amigas, todas se abrazaron comentando los vestidos de todas. Cosas de chicas que jamás entendería. Louis y yo, por nuestra parte, caminamos hasta llegar a una mesa cerca del bar. Varios de mis compañeros estaban allí.

Inmediatamente, todos se pusieron como locos a platicarme acerca de cuándo regresaría a las carreras, todos iban a verme a pesar de que el motocross y las carreras de racing no eran parte de las actividades de la élite.

—¿Estás bien? —Louis se acercó a mí tendiéndome un vaso con whisky, casi no había tomado, casi no había hablado. Estaba distraído, muy distraído para ser verdad.

—Es una mierda, Lou. Estoy confundido. Hace un par de meses esta era mi vida. Amaba ser parte de este grupo, quería encontrar una Agapi y estar feliz como tú, pero ahora simplemente no... No encajo como antes.

—Solo estás confundido, Renny realmente...

—Esto no tiene nada que ver con ella, me agrada como amiga, eso es todo. Ella y yo somos imposibles.

Lou soltó un suspiro acercándose a mí, esto se iba a complicar mucho más de lo que pensaba. Si todo fuera fácil, tendría una Renny para mí dentro de la élite. De ese modo podría sentirme sin la carga de encontrar a un polo tan opuesto a mí.

—Me voy de aquí —dije dando media vuelta en dirección a la salida.

—No hemos terminado de hablar, además, ¿a dónde vas?

Quería ir a casa, a reflexionar en todo lo que estaba pasando, necesitaba sacarla de mi cabeza, relajarme un poco. La migraña nocturna que ahora conservaba constantemente se estaba haciendo presente. Tengo que irme ahora de este lugar.

—Hola, chicos. —Me quedé inmóvil, viendo a Lou abrir muchos los ojos. No quería dar vuelta, me negaba a dar vuelta. ¿Qué diablos hace aquí?

—Hola, Charlotte. —Lou me esquivó para saludarla, pero yo seguía sin dar media vuelta.

—¿Rees, no vas a saludarme?

Quería gritarle que no, no iba a saludarla, al menos eso quería mi organismo. Realmente Charlotte me había lastimado. Creí en ella, me abrí para que entrara completamente. Agradecí al Dios todo poderoso que dejara una duda en todo esto y no me hiciera entregarme por completo a alguien como ella. Si me hubiera enamorado por completo, estaría tres veces más destruido de lo que estaba.

Opté por ser educado y saludar, siempre sería de ese modo. Mi educación ante todo.

—Hola —dijo sin expresar ninguna emoción—, bueno, los dejo.

Comencé a caminar hacia la puerta cuando una vez más la voz de Charlotte me detuvo. No quería tener nada que ver con ella. Su vestido rosa pálido hasta las rodillas era demasiado para mis ojos, su cabello recogido y esa mirada de picardía eran mi perdición. Era hermosa, no había duda de eso.

—¿Qué te pasa? Acabo de regresar del intercambio y tú te enfocas en huir de mí. ¿Qué?, ¿acaso no quieres saber cómo me fue?

Levanté una ceja, pensativo, como si de verdad me lo pensara.

—No. Si me permites... —comencé a caminar una vez más, ya estaba cansado de esto.

—Rees, ¡espera! Déjame explicarte, nunca me diste la oportunidad de decirte lo que pasó.

No había nada que explicar, yo la vi. Él la tenía de la cintura, tomándola con fuerza y ella... Ella estaba revisándole los dientes con su lengua, era obvio que no había nada que explicar. Caminé mucho más rápido hasta la puerta, quería tomar mi Honda nueva y largarme de este lugar. Cerré los ojos... ¡Mierda! Vine con Louis y Holly.

—Ya pasaron siete meses, supéralo, Hamilton, y regresa conmigo. Los dos sabemos que no vas a encontrar otra Agapi a tu altura. Mis papás son duques, al igual que los tuyos y sobre todo si quieres que tu padre llegue a ser primer ministro tienes que tener una mujer que sea de lucir y no de...

—¡Basta! —dije enfrentándola—. Prefiero bajarme de nivel a estar con alguien como tú. Te vi meterle la lengua hasta la garganta, te vi, Charlotte. Lo deseabas con todas tus fuerzas así que no me miento cuando te digo que no quiero tener nada que ver contigo.

—Me amas, Rees Hamilton, y lo sabes muy bien.

—¿Amarte? —solté una carcajada escandalosa—. Nunca en mi vida he amado a alguien que no sea mi familia y a mí mismo, porque me amo es que te necesito lejos. Me engañaste cuando yo te estaba dando mi corazón, ahora simplemente no quiero saber de ti. ¿Lo entiendes?

Esto se estaba pasando. Mi falta de filtros al decir las cosas estaba siendo aún mejor que nunca. Definitivamente, juntarme con Kyle y los chicos de la fraternidad, estaba acabando con mi paciencia elitista.

Maldije en voz alta por haber viajado con Louis y Holly y no haber traído mi Honda. ¡Genial! Tomé el teléfono y llamé a papá. No tenía ánimos de quedarme a esperar a Holly. Tenía que irme a casa y tenía que irme ahora.

Finalmente, cuando llegué a mi apartamento, me tiré en la cama pensando en qué haría con mi vida. Quería que Renny fuera mañana conmigo a mi cumpleaños, quería que estuviera a mi lado cuando cumpliera 22, la quería como mi perfecto regalo de cumpleaños, quizá algo interesante podía llegar a pasar en la madrugada. A la mierda con la élite, iba a invitarla.

Tomé el teléfono y marqué el número de Kyle, él me diría si ella estaba trabajando a estas horas en ese maldito bar. Estaba sobrio y muy consciente de lo que tenía que decirle.

—¿Race? —Kyle contestó al segundo timbre.

—¿Dónde estás? —Estaba seguro de que estaba en alguna fiesta por la música de fondo y las pláticas en voz alta.

—En el infierno —dijo riéndose como idiota, The Hell era un buen nombre para un bar—. Aquí está Renny Ren, hermano, supongo que para eso llamas.

—Llego en diez minutos.

Tomé mi chaqueta y salí corriendo para la moto. Necesitaba llegar allí lo más rápido posible. Iba a ganarme a **Renny Ren** en menos de dos horas para que me acompañara a mi fiesta de cumpleaños y si alguien tenía algo que decir dentro de la élite, lo mandaría tres mil veces a la mierda.

Complicated

Rees

Entrecerré los ojos al ver el quinto shot que Renny se metía en el organismo. Pensé que estaría trabajando, después de todo, este es su lugar. Esta vez estaba equivocada, Renny estaba con varios chicos, sentada, riendo tranquilamente mientras hablaba y se metía una cantidad de alcohol que me daba náuseas. A este paso pararía inconsciente antes que le pidiera perdón.

Era cuestión de tomar un poco de valor para acercarme a ella, pero aún no me animaba. Brat no estaba en la mesa, pero el séquito de imbéciles sí que estaba allí. No quería problemas, no esta vez. Mis problemas con la ley estaban contados, no quería provocar otro incidente que de verdad me llevara a la cárcel por un par de días.

Levanté la mano para que uno de los trabajadores se acercara a nosotros con dos cervezas más. No estaba en el modo de tomar, en verdad quería irme a casa y dormir. El dolor de cabeza se estaba intensificando. Ver a Renny de ese modo no ayudaba para nada, al contrario, me molestaba de una manera estúpida.

—Tienes que dejar de verla de ese modo, Race, solo te estás obsesionando. Todos sabemos que no es amor.

—¿Perdón? —en algún momento de la plática de Kyle me perdí.

—Sí, ya escuchaste, todos sabemos que eres Race Maldito Hamilton, el hombre con corazón de hierro. Nadie te ha logrado conquistar.

Pensé en Charlotte, realmente me gustaba, pero nunca me había sentido como si mi vida dependiera de ella, tampoco lo hacía por Renny ni por nadie. Quizá tenía razón, era solo un capricho. Hace meses cuando la vi por primera vez, pensé que era una ruda sin control que quería cogermé encima de la motocicleta, hasta el primer día que realmente le hablé. Ese día cambió todo.

—No, nunca va a pasar, al menos por ahora —dije sin apartar la vista de Renny.

—Imagino que... —Kyle chasqueó los dedos frente a mi cara para que le pusiera atención—, mierda, Race, concéntrate cuando te hablo.

—Solo no entiendo. ¿Por qué finge con ellos? Se nota tremendamente que no encaja en su mundo.

Kyle levantó una ceja como si realmente se lo planteara en todas las formas posibles.

—Renny tiene una infancia muy difícil, antes solíamos ser muy amigos, pero después del accidente Renny se vino abajo.

—¿Accidente? —ahora este estúpido tenía absolutamente toda mi atención.

¿De qué accidente estaba hablando y cómo es que no lo sabía? Insistí un poco para que me contara acerca del accidente, pero Kyle se negó. Era algún tipo de acuerdo entre ellos. Una promesa que no diría. ¡Maldición! Ni siquiera le habla.

—Algún día te enterarás de todo, pero por ahora mi boca está sellada con un candado. —Kyle levantó su copa en dirección a Renny que lo veía con una sonrisa—. Se lo prometí.

Kyle y Renny eran tan opuestos, exactamente como era yo con ella. Solté un suspiro viendo sus pantalones flojos y la blusa verde pegada. Al parecer ese es su color favorito. No voy a mentir, me encantaría que le hicieran un arreglo completo. Esa mujer con un par de vestidos, con el cabello planchado o recogido, se vería como una princesa.

La observé unos minutos más antes de tomar el puto valor que necesitaba.

Me tragué mi orgullo y a Rees Hamilton, cuando estaba cerca de ella, Rees debía esconderse en la habitación más profunda en mi subconsciente. Respiré hondo antes de sacar a Race.

—Señoritas —dije con una sonrisa de medio lado—, ¿podría llevarme a esta princesa a bailar?

Mi técnica era sencilla, le di una mirada a la chica rubia que estaba al lado de Renny y luego mis ojos viajaron a ella concentrándome en el verde de sus ojos tres segundos antes de deslizar mi mirada por el resto de chicas.

—No, gracias —dijo Renny con toda su pesadez.

—Lo lamento, cariño, le hablaba a esa rubia que tiene cara de ángel en el infierno. ¿Me permites? —le tendí la mano para ver cómo todas las demás chicas se mataban con la mirada. Justo en el anzuelo.

Una de las mujeres empujó a Carla, según logré escuchar que susurraban. La tomé de la mano llevándola hasta una pista simulada donde algunas parejas borrachas bailaban la música electrónica como si fuera música latina.

Tomé a la chica por la cintura, obligándola a bajar y a subir. Le daba vuelta para sobar esas pequeñas curvas. Su culo se pegaba a mi parte íntima de una manera muy natural. Encajaba bien y había caído justo donde quería que estuviera.

Un par de sus amigas se unieron a la fiesta privada que estábamos formando. Todas levantaban las manos al ritmo de la música a tiempo que otra llegaba con el camarero a ofrecer tequila. Detestaba los shots de damas, dulces y melosos, pero estas mujeres estaban tomando grandes ligas, el tequila quemaba el puto estómago hasta dejarte inconsciente. Intenté rechazar el primero, pero me fue imposible, el segundo sí fue un no rotundo con la excusa de tener que regresar en moto.

Por momentos intentaba ver a Renny de reojo, su mirada estaba clavada en nosotros, como si una parte de ella quisiera unirse, pero la conocía en cierta parte, no lo haría. Kyle intentaba hablarle, pero ella, al igual que yo, lo ignoraba.

—¿Alguien quiere ir por Renny? —lo mencioné con un tono preocupado, como si no me importara.

—Oh, no. Renny no baila —una de ellas respondió como si yo hubiera dicho la peor cosa del mundo.

—Sí, nunca baila, ni siquiera cuando está rebotando de borracha. Ella es del tipo de chica a la que se llevan a casa para que los mande a la mierda a los segundos.

—¡Exacto! Creo que aún es virgen. —Mi corazón se detuvo tres mil veces en un palpitar. ¡Jamás! Renny no era virgen, yo sabría si lo fuera. Se veía con mucha más experiencia que ninguna otra con la que hubiera estado.

—Creo que se me antojó quitarle la virginidad. —Mis palabras eran totalmente reales, no las quería decir en voz alta, pero sabía que de ese modo seguirían hablando.

—Puedes quitarme la no virginidad a mí, Race. Prometo portarme como es debido. —Carla se acercaba tocando mi cuerpo más de lo digno.

Definitivamente, esto estaba de más. Intenté alejarme un poco viendo cómo Renny gritaba con todos los hombres haciendo un escándalo esencial. Alguien gritó para silenciar a todo el bar al tiempo que tres hombres se subían a la tarima jalando a Renny con ellos. Pero ¿qué diablos?

Los siguientes segundos fueron todo un caos. Entre las chicas comenzando a gritar, Renny tomando una guitarra y el resto del grupo colocándose en sus respectivos lugares. Pero ¿qué diablos era esto?

Cuando la banda empezó a tocar algún tipo de música extraña, yo ya estaba estúpido viendo cómo Renny entonaba las primeras palabras de una canción que nunca en mi vida había escuchado.

Hipnotizado por lo que estaba viendo, me acerqué a donde estaba ella tocando su guitarra de un modo especial.

—Se llaman The Power of Ren, tienen al menos unos cinco años tocando. Es lo único que conservo de su antiguo yo. —Kyle me tomó del hombro señalando a Renny—. A veces extraño a esa Renny, la despreocupada que vivía su vida, no la amargada que sigue la corriente a todo.

—¿Qué accidente?, ¡maldita sea, Kyle!

Este solo negó con la cabeza tendiéndome la cerveza que había dejado en la mesa.

—Vas a tener que llevarla a tu casa si no quieres que alguien le pare haciendo algo, solo te escuchará a ti, la conozco muy bien.

Señaló al escenario justo al tiempo que ella se empujaba la botella de ron, levantándola para brindar con toda su gente. ¡Vaya mierda! Era como estar en un concierto de power pop o punk.

Hasta cierto sentido, verla de ese modo hacía mucha más lógica a mi mente. Su ropa era como de una corredora profesional los días que estaba en las carreras, pero cuando estaba en estos lugares, era una skater en su genuina expresión. No era un estilo que en lo personal me gustara, pero era algo en Renny que me recordaba a alguien del pasado, alguien a quien quise mucho y desapareció de mi vida. Intenté intensificar el recuerdo de esa época de niños, pero simplemente no podía ponerle detalles a lo que había pasado.

Transcurrió una hora completa, una en la que la vi ser otra persona, cantando y disfrutando de lo que hacía. Tal y como Kyle lo dijo, bajó como si ella sola se hubiera bebido un litro de ron. Para mi sorpresa, Kyle fue el que la ayudó a llegar a mis brazos, esta reía descontroladamente.

—Pero sí es Race Hamilton al rescate.

—¿Qué pasa Kyleen, ya te aburraste de mis mierdas? —¡Jesús! Esta sí huele a alcohol etílico.

—Race te va a llevar a su casa, es el lugar más seguro por ahora.

—¿Race? —Esta se acercó en su intento de seducirme. Por un minuto fantaseé con que realmente lo intentara. Sería bueno verla expresar su interés por mí por una vez en la vida.

La tomé de los hombros para lograr que no aterrizara de culo frente a todos. Ren me tomó la cara, la recorrió con sus dedos flacos y atravesó mi mandíbula.

—Algún día voy a chupártela tal y como querías, Race. Para enseñarte que puedo hacerlo mejor que todas esas —señaló al grupo de ¿amigas? Ya ni siquiera sé si son sus amigas de verdad.

—¿Vas a demostrarlo, Renny Ren? —Kyle tenía una sonrisa en la cara como si supiera que la estaba provocando.

—Así es como se hace.

La pequeña «virgen» a las que sus amigas estaban mencionando hace unos minutos desapareció, en lugar de eso estaba Ren Scott llevándose dos dedos a la boca. La vi cómo succionaba sus dedos con muy poca habilidad, pero eso bastó para que mi respiración se parara, admitiendo que no fue lo único que se me paró. Creo que era una pésima idea llevarla a casa.

Me mordí el labio intentando concentrarme en que estaba borracha y no sabía lo que estaba haciendo, pero cuando volvió a meter sus dedos y succionar una vez más, ya estaba perdiendo el control.

La guinda del pastel fue el arete de la lengua. Le tomé la mano para evitar que siguiera con esa tortura, yo estaba caliente y muy seguramente Kyle también lo estaba. Contuve la respiración rogándole a quien sea que tenga el control de mi cuerpo en estos momentos, que mi erección no se notara.

—Es bueno saber que te irás con Race a casa.

—No... —Empezó a removerse en mis brazos intentando escabullirse—, voy a la fraternidad, sé que puedo... ¡Hip...!, mierda, ¿tengo hipo?

—Si no es hipo, estás a punto de vomitarte encima campeona, ahora... Race... —Me tendió las llaves de su carro.

—Eres un pésimo mejor amigo, Kyle. —Renny intentó sacarle el dedo, fallando totalmente.

Me tomó unos segundos darme cuenta de toda la conversación. Tomé a Renny como si fuera costal llevándola al baño, si iba a vomitar

que lo hiciera aquí, eso sí era asqueroso y por nada del mundo quería verlo, mi cariño por ella no era para tanto.

—Sal cuando termines de vomitar. —Me di media vuelta viéndola como perdía el equilibrio. La tomé del brazo antes de que aterrizara sobre su culo cerca del lavabo. A este paso se abriría la cabeza.

—No estoy borracha, además no vomito imbé... ciill. Acaso tengo cara de vomiti... vaaa o algo... ¡Hip! A la mierda este hipo.

La vi agacharse poniendo su pelo de cabeza. Se veía tan extraña. La sostuve al tiempo que la escuchaba suspirar. Un recuerdo remoto me vino de la nada. Renny estaba usando el método de las abuelitas de ponerse de cabeza y aguantar la respiración para quitar el hipo. No pude evitar soltar una carcajada ante ese gesto.

—Cierra la boca, Race, siempre fun... Funciona.

Todo pasó en cámara lenta o, mejor dicho, demasiado rápido para reaccionar. Renny levantó la cabeza golpeándose en el lavabo. Intenté agarrarla al tiempo que esta caía al suelo completamente desmayada, pero su cuerpo flácido y la sorpresa pudieron más que Race Hamilton.

Intenté esquivarla para no caer encima de ella, pero fue imposible, lo único que logré fue darme en la mandíbula con un hierro mal ubicado que estaba en esa miseria de baño.

¡Mierda! Eso sí había dolido, dolido como nunca antes. Me puse de pie sosteniendo mi labio y mandíbula. El sabor metálico me indicó que estaba sangrando. Importándome poco que Renny estuviera

inconsciente, examiné mi cara en el espejo. ¡Maldición! Me reventé el labio, nada grave, pero Renny escucharía de mí mañana.

La levanté del suelo, acomodándola en mis brazos como si fuera una princesa. Kyle aguardaba afuera, un tanto nervioso, pero no estaba para preguntas estúpidas en estos momentos.

—Revisale la cabeza. ¿Tiene sangre? —dijo con ansiedad.

Kyle, en silencio, revisaba a Renny con paciencia.

—No veo nada.

—Llévame a tu carro. —Empecé a caminar para la entrada. La mirada de todos estaba en nosotros, de seguro se preguntaban qué había pasado con mi maldito labio. Joder con Renny... ¿Cómo llegaría mañana a mi fiesta con el labio de este modo?

—Te hablo mañana para darte el auto y me devuelvas mi moto. Por favor, Kyle, cuídala como tu vida.

—¿A Renny o la Honda?

—La Honda, idiota. Yo me llevaré a Renny por lo que no me voy a preocupar por eso ahora.

Metiendo a la señorita borracha en la parte trasera, la llevé una vez más a mi apartamento, solo que esta vez, inconsciente.

Despierta, campeón

Rees

Desperté ante el constante movimiento de la cosa que tenía en los brazos, en un principio me asusté porque hasta dónde sé no tengo perros. Pero no era un perro, era ella, Renny. Intentando liberarse, el cual estoy seguro era bastante fuerte.

Anoche, entre su locura de perder el conocimiento, cuando estábamos en la seguridad de mi apartamento, Renny comenzó a llorar silenciosamente. Un llanto que si no hubiera estado tan cerca de ella quizá no lo hubiera escuchado. En ese momento algo se quebró en mí, verla tan vulnerable y herida.

No aguanté más, me metí en la cama de visitas, la abracé con tantas fuerzas que el llanto se volvió un grito de lamento sin palabras. Permanecimos en esa posición hasta que finalmente los dos, entre lágrimas y palabras de calma, nos quedamos dormidos.

—Vamos, Renny —me quejé, apretándola más a mi pecho. Quería sentirla y jamás dejarla ir, quería cuidarla—. Quiero dormir.

—Entonces, sigue durmiendo, pero suéltame, Hamilton, necesito ir al baño —la sentí moverse una vez más con desesperación, sabía que si la dejaba ir no regresaría a mis brazos.

—Solo si prometes regresar a la cama conmigo. —La sostuve con más fuerza al tiempo que Renny Ren soltaba un grito desesperado.

—¡Dios, no! Pero déjame ir, juro que no aguanto.

—Promételo. —No iba a ceder.

—¡Mierda, Race! Está bien, déjame ir, por favor.

Liberando mis manos, mi princesa del baño salió corriendo como si de verdad le fuera a explotar algo allí abajo. Me puse de pie sabiendo que incluso yo tenía que usar el baño, regresando a mi habitación, me quité la camisa que apestaba a cigarro, me cepillé los dientes, tomé un cepillo nuevo y regresé al cuarto de visitas para encontrar a Renny hecha una bolita en la cama.

Le tiré el cepillo nuevo, esta lo vio, se removió un poco antes de tomarlo con un quejido y regresar al baño. Esa mujer era imposible, me quité la camisa para dejarla sin respiración y da la tremenda sorpresa que no se tomó el tiempo de levantar la mirada.

Coloqué dos botellas de agua fría en la mesita de noche, seguramente tendría mucha sed por todo lo que tomó ayer. A ciencia cierta lo sabía, la resaca de hoy sería extremadamente absurda. Cuando Renny salió, la vi algo incómoda. Para ser sincero, me importaba poco lo que dijera. Le tiré una camisa que estaba seguro cubriría todo lo necesario.

Renny hizo gestos de enojo, como si le fastidiara que no le diera toda la ropa de una buena vez. Regresó con la playera blanca, que tapaba casi todo, si levantaba los brazos, seguramente le vería todo el culo.

—¿Resaca? —pregunté con una sonrisa en la cara, no podía evitarlo, cuando supiera todo lo que hizo ayer le daría un ataque del corazón.

—Me duele la cabeza. —Se llevó las manos a la parte trasera de su cabeza, donde sabía que ayer se lastimó con el lavabo.

—Créeme, te dolerá durante todo el día. ¿Tienes algún otro golpe?

Esta soltó una carcajada sentándose frente a mí, esas piernas definitivamente eran una distracción, más ese tatuaje en el tobillo de una mariposa azul. A pesar de los tatuajes que manchaban el cuerpo de Renny, era preciosa. Quería besar cada uno de los tatuajes, quitarle mi camisa y hacerla mía en estos momentos.

No iba a pasar ni en mil años, menos con el dolor de cabeza que de seguro tiene Renny.

—El idiota del labio reventado eres tú, Race.

—Renny, Renny, Renny. Si tan solo supieras...

—¿Vas a contarme que paso ayer? —Sus ojos estaban llorosos y ojerosos, signos de una buena resaca, sin mencionar el delineador corrido.

—No creo que quieras saberlo, Renny Ren, fue muy vergonzoso.

Llevándose las manos a la cabeza, soltó un suspiro que entendía a la perfección era de frustración. No recordarte de las cosas que hiciste

el día anterior era una porquería, sinceramente es como perder el valor. Por otro lado, existían caballeros como yo que nunca, pero nunca, se burlarían de... Al diablo. Esto va a ser muy gracioso.

—Morías por chupármela —dije, cruzándome de brazos.

—¡No es verdad! —para mi sorpresa no estaba enojada. Eso me dio un poco más de confianza para seguir.

—Oh, sí, incluso, te metiste los dedos y te los chupaste. —La vi abrir los ojos como si fuera búho. Las mejillas se le pusieron rojas, como si no reconociera mis palabras—. Luego pensé que vomitarías y te llevé al baño, te dio hipo y utilizaste un extraño método en el que te...

—¿Tapas la nariz y respiras hondo? —me interrumpió antes de que pudiera decir algo más—. ¿Me pegué con el lavabo no es así?

—¡Vaya!, pensé que no te recordabas de nada.

Renny maldijo en voz alta poniéndose de pie, debatiéndose una batalla interna. Cuando se dio por vencida, regresó a la cama, aún roja como un tomate. Se tocó la cabeza una vez más y maldijo en voz baja.

—¿Qué más?

Me encogí de hombros apretando los labios para no reír enfrente de ella. Aún tenía que invitarla hoy en la noche, no iría sin ella y haberla dejado que pasara la noche aquí era el mejor gancho que tenía.

Sonriendo, la observé cómo se preparaba para el «¿Qué más?». No había pasado absolutamente nada más, y no estaba dispuesto a contarle acerca de su ataque de anoche, de cómo lloraba sin control. Quizá eso me traería problemas y quería que lográramos ir comunicándonos poco a poco.

—Tengo una fiesta hoy en casa, llegarán unos amigos. ¿Quieres ir?

—¿Fiesta de qué?

Me lo pensé unos segundos antes de responder, no quería decirle que era mi cumpleaños, se sentiría muy comprometida y sabría que sería una gran fiesta de élite y se negaría sin duda. Iba a llevármelas tranquilo para no presionar.

—Solo unos amigos llegarán a casa, es una fiesta de hielo, ya sabes, la élite y sus cosas.

Renny soltó una carcajada, la cual me hizo sentir infantil cuando mencioné la temática. Holly había preparado mi traje, camisa blanca y vaqueros claros. La chaqueta celeste era el toque de hielo que tanto le gustaba a mi hermana.

—Tengo que trabajar, lo siento —la vi morderse el labio, como si fuera un gesto nervioso. Si nunca en mi vida me hubiera preparado para ser político, me la creería completamente.

—Mientes, tus pupilas lo dicen, además te muerdes el labio como un tic nervioso.

—¡Vete a la mierda, Hamilton!

Esta chica era imposible, pero de ese modo era como me gustaba.

—Con mucho gusto. ¿Vienes conmigo?

Ella intentaba encajar en el mundo de un modo que no era ella. No sabía mucho de psicología, solo saqué un curso en la universidad, pero hasta yo que no soy un experto sé que ella no está bien, está encerrada en sí misma y no deja que nadie logre llegar a ella.

—No tengo ropa apropiada, lo siento.

Si quiere darme excusas, estas son de las peores que puede inventarse. Tomé mi celular antes de decir algo más, eran solo las ocho de la mañana, los centros comerciales no abrían hasta dentro de dos horas.

—Tenemos dos o tres horas antes de ir de compras, tú decides. ¿Vuelves a la cama para que esa resaca se te pase o la sufres hablando conmigo? No tienes una opción que no implique estar juntos.

Impresionantemente, Renny se acercó, acostándose a mi lado. Me acomodé, acercándola a mis brazos como amanecimos hace una hora. Aspiré su aroma, en el fondo se percibía lo dulce de ella, lo único mezclado con olor a cigarrillo y alcohol.

Cuatro horas después, cuando por fin logré despertar a Renny y convencerla de que se arreglara un poco para ir al centro comercial, almorzamos algo en uno de los restaurantes cerca de Westfield.

Tenía planes de buscar un vestido corto, blanco de preferencia, que fuera diferente a lo que estaba acostumbrado, solo para variar un poco. La observé cómo tomaba su café al tiempo que caminaba señalando varias tiendas a las que ni de loca entraría. Era increíble ver que mencionaba todas aquellas en las cuales quería meterla, de ser Holly hubieran sido sus primeras opciones.

—Vamos a hacer un trato —dijo finalmente cuando le expliqué lo que quería para ella.

—Soy todo oídos, cariño.

—No me llames cariño y, sí, tengo un trato. Querías un puto vestido blanco el cual no me pondría ni porque me pusieran una pistola en la cabeza, pero estoy dispuesta a hacerlo con tal de verte a ti con mi ropa.

Un momento, ¿qué?, no iba a usar ropa de mujer, no estaba loco para tanto, si quería ir vestida con su ropa de siempre no me importaría en absoluto. Pero ¿ropa de mujer? No.

—¿Cómo voy a ponerme ropa de mujer? Renny estás...

—No seas idiota, Race. Me refiero a mi estilo. Será divertido, es como si yo fuera élite y tú, mortal.

Me lo pensé un momento, Holly iba a matarme, pero... ¡Qué importa! Esto va a ser demasiado épico. Le di la mano antes de meterla en una de las tiendas a las que nunca entraría. La vi abrir la boca como si quisiera decir algo, pero al segundo la cerró sin decir absolutamente

nada. La emoción de sus ojos era lo mejor de ver, ninguna mujer rechazaría estas tiendas.

La señorita corrió a nosotros, saludándome por mi nombre. Era obvio que tenían que conocerme, más si mi hermana estaba en este mundo. Le expliqué lo que necesitábamos y la mujer se fue a buscar mis indicaciones. No fue hasta que Renny se probó el primer traje de mangas largas.

—¿Chanel? Sinceramente, Race, esto es demasiado. No podría pagar Chanel ni porque ahorrara por un año.

—Es bueno que lo esté pagando yo, no tú. Ese no me gusta. —Casi no enseñaba piel, quería verle la maldita piel tatuada y no que pensara que intentaba ocultarlos.

Chanel no funcionó, incluso parecía que ninguno de los dos lo disfrutaba. Esto era tan cuadrado. Quería algo en lo que ella se sintiera una princesa, se sintiera hermosa. Quería darle joyas y todo eso que nunca se podría comprar.

—Vamos a Carola —dijo Renny señalando una tienda enorme que definitivamente vendía cualquier cosa.

—No, primero tú, después yo.

—Seguramente encuentro algo súper subido aquí, vamos, no seas un aguado, Race.

Moví la cabeza tímidamente reprobando la falta de respeto a nuestro acuerdo, pero no pude decir que no. La sonrisa de Renny

cambió repentinamente, como si se sintiera en su complemento. No podría decirle jamás un no a esa sonrisa. Jalándola adentro de la tienda, la vi gritar de emoción viendo una camiseta con una calavera que de seguro me tendría que probar. Tomando una cantidad absurda de ropa.

Ninguna diferencia, Holly habría hecho exactamente lo mismo, solo que otro tipo de ropa.

Ella se perdió en la sección de hombres, buscando cosas que ponerme encima. Intentando hacer lo mismo, la tomé de la mano para ir dentro de la sección de damas. Las manos de ambos estaban llenas de camisas de botones de rayas y cuadros, los pantalones pegados negros y los sombreritos de lana era todo lo que ella me presentaba.

Colocando toda la mierda en una canasta, la llevé a su dolor de cabeza. Enseñándole varios vestidos, de todos los colores y formas. Todos eran un rotundo no, pero ignoré sus quejas colocando lo que a mí me gustaba.

Pasamos por el área de zapatos donde terminé con unas Vans y Renny con unos botines negros. Unos que Holly diría que eran espectaculares y combinaban con cualquier cosa.

Nos probamos la ropa simultáneamente, cada traje que sacábamos era una risa constante. Renny lucía bien con cada atuendo, unos más que otros. Sobre todo, los que marcaban su cintura. Por mi parte, no dijimos lo mismo. Esto era todo un caos eterno. Nada me quedaba bien, incluso Renny se daba cuenta.

—Ya sé, quédate aquí. —Con uno de los vestidos puestos, Renny corrió de regreso a la tienda. Me preguntó si se recuerda que anda con un vestido rosado de *ballet*.

Mucha gente a nuestro alrededor estaba pendiente de nosotros, jamás se me ocurrió que nuestros pasos estaban siendo documentados en las malditas redes. Malditas redes sociales que esclavizan nuestra vida.

—¡Perfecto! —gritó, entregándome una camisa blanca en cuello en v—. Los pantalones negros, los Vans y esta camisa que lucirá tus brazos.

Además de la camisa blanca, tenía una camisa azul sin mangas, como si fuera un chaleco. Negué, pensando en qué dirían los de la élite al verme de ese modo. Pero la ilusión en los ojos de esa princesa que sostenía la camisa me hizo olvidarme de todo.

No era suficiente saber que teníamos la ropa ideal, la fui a meter al salón para que le pusieran tanto maquillaje como un buen peinado acorde al pequeño vestido blanco que compramos para ella. El vestido no era tan costoso como me hubiera gustado, pero me dejó comprarle un collar y aretes Pandora a juego, Rose Gold de brillos que sabía se le verían bien.

—¡Mierda! —mi expresión era súper vulgar, lo sé, pero Renny estaba... Sin palabras.

El vestido blanco le llegaba hasta el muslo, con la falda en a. Tenía un cinturón de la misma tela de la falda dividiendo el busto. Sus pechos resaltaban en un escote en forma de corazón en dorado brillante. Se calzó unos zapatos dorados altos que no sabía si podía

manejar y el collar en su cuello que la hacía lucir hermosa. ¡Malditamente perfecto! Se veía sacada de una historia de fantasía.

—Hermosa —dije, viéndola a los ojos.

—Tú tampoco estás mal, Hamilton.

Sí, como una mierda. Tenía puestos unos pantalones negros pegados, las Vans negras con blanco, la camisa blanca en cuello en v y un chaleco negro. Mis brazos realmente lucían de maravilla en este traje.

—Me gusta el guantelete negro. —Renny señaló mi mano derecha, en la cual olvidé recalcar tenía un guantelete.

—Renny, Renny... Voy a tener que cuidarte demasiado. Seguramente todos estarán con los ojos encima de ti.

—Sí, porque soy una mortal, como me llama tu hermana, no encajo en su mundo.

Me acerqué a ella tomándola del cuello, sin pensar absolutamente nada. Ella creía no encajar en la élite y quizá era verdad, era tan diferente a las mujeres que estaba acostumbrado que eso era exactamente lo que me gustaba.

—No, quizá no encajes en ese mundo, pero eres perfecta para el mío.

Sin más que decir, la atraje hasta mis labios, mi sorpresa fue que en lugar de resistirse como esperaba, envolvió sus brazos en mi cuello, jalándome más a ella, correspondiéndome el beso.

Su lengua provocó a la mía, causando estragos con mi corazón y mi alma. Tan dulce como me la imaginaba. Este era el primer beso real que nos dábamos, uno donde no estábamos en una fuente forzando a que esto fuera real.

Me aparté de ella para verla jadear por lo intenso que era nuestro beso.

—No digas nada —dándome un beso en la mejilla me recordó lo bien que se sentían sus labios—, solo no me recuerdes esta noche que no puedo pertenecerte.

—Renny, tú me perteneces. No hay otra cosa que decir, ahora sube a mi maldita moto, porque no iremos en auto solo porque tienes vestido. ¿Está claro?

—No soy una chica de deportivos, Hamilton.

Envolviendo sus manos en mi cintura, aceleré mi Honda llevándola directo al desastre. La élite nunca fue fácil, no para una mortal y yo estaba a punto de meterla en la boca del lobo.

Un cuento de terror

Rees

Tenía que permanecer calmado, mantenerme completo. Estaba nervioso. Para la boda de Holly no me preocupaba tanto que Renny me acompañara, lo sentía tan normal. Quizá porque los ojos estaban puestos en Holly y Louis y no en mí.

Esta vez era distinto, los ojos de todos, sin excepción alguna, estaban en mí y en Holly, los cumpleañeros. Tenía que demostrar que nada me ponía los pelos de punta, comportarme como el player de la élite, nunca les demostré mucho interés a las mujeres, ni siquiera cuando estaba con Charlotte.

—¡Santa madre! ¿Esta es tu casa?

Renny se detuvo instantáneamente, observándolo todo como si fuera un tesoro enorme. El jardín estaba totalmente decorado como si entráramos a un puto cubo de hielo, con rosas azules y blancas. Mamá y Holly lo habían hecho de maravilla, seguramente la mitad de las cosas eran hechas por Mary, pero ella nunca tomaba el crédito.

—La casa de mis padres. —No quería que ella notara la gran diferencia entre ella y yo, sí en algún momento le mostraba la casa que heredaría de mis abuelos, quizá le daría un ataque.

Para asegurarle que todo estaba bien, le tomé la mano para guiarla dentro de la fiesta. Aún era temprano, por lo que las personas que estaban eran mínimas a comparación de las que habría más tarde.

Un rótulo azul y blanco captó mi atención, estaba seguro de que Renny ataría cabos ahora. Solo era de esperarse a que...

—¡Es tu cumpleaños! —pensé que tardaría un poco más. —
¡Sorpresa! —dije con ironía, vaya mierda.

—¿Por qué no dijiste nada? —preguntó, dándome un golpe en el brazo.

—No me gusta celebrar mi cumpleaños, siento que a nadie le interesa. Además, es mañana, no hoy.

—¿28 de junio?

Asentí, esta noche sería extremadamente larga. Tomando su mano de regreso, la orienté para que siguiera caminado a la entrada de la carpa, esta me frenó para susurrar.

—¡Feliz cumpleaños, Race! —Quizá sería la única en esta fiesta que me llamaría por mi apodo de motociclista, todos en la élite me conocían como Rees, a menos que estuviera en una carrera.

Busqué con la mirada a mi hermana, estaba segura estallaría como una loca cuando me viera vestido de este modo, pero, ¡al diablo!, Renny estaba feliz de tenerme de este modo.

Cuando mis ojos finalmente se cruzaron con los de mi hermana, la vi abrirlos tan grandes que pensé se le saldrían de las órbitas.

¡Jesús, Holly, compórtate!

—Pero ¿qué diablos llevas puesto? Te mandé hacer tu traje para hoy, estaríamos... —Su mirada viajó hacia Renny—. ¿Qué hace ella aquí?

—Es mi invitada. —Le apreté más la mano para que tanto ella como yo pudiéramos estar mejor. Estaba aquí para ella—. ¿Por qué Louis está aquí? —pregunté despreocupado.

—Es mi esposo, idiota. Ahora, ¿podemos hablar, en privado? —Negué, no iba a dejar a Renny sola, menos con estos tigres de mierda mientras ella se veía como una modelo.

—¡Renny, Rees! —Louis llegó saludándonos tan tranquilo y sereno como siempre. Abrazó a Renny que inmediatamente se quedó más tranquila y mi hermana con su maldita mirada de «¡No la toques!».

—¿Puedes quedarte un minuto con ella? —Louis era mi única posibilidad, tenía que hablar con mi hermana y advertirle que se debía comportar frente a Renny, no estaba para aguantarla hoy.

Asintiendo, vi a Lou ofrecerle algo de tomar, los dos continuaron su camino hasta la barra. No podía creer que mi hermana fuera tan subida y tan mierda cuando su suegra era completamente mortal hasta las venas. Era estúpido que lo viera de ese modo.

Caminamos fuera del entoldado, cerca de la entrada de la casa. Seguramente estallaría en gritos y no quería que las demás personas lo vieran. Los *shows* entre hermanos la mayor parte del tiempo se quedaba en la privacidad de nuestro hogar.

—Pero ¿qué diablos? —Mi hermana sonaba enojada, pero me daba igual.

—¿Qué?

—Tú sabes de lo que estoy hablando. ¿Por qué estás vestido así? ¡Mierda, Rees! Esto es horrible. ¡Mírate la ropa!

Me di una mirada, la verdad es que me gustaba este atuendo, no estaba tan frío el ambiente para cargar chaqueta y mis brazos se veían de maravilla. Seamos sinceros, me quiebro los huesos en el gimnasio para lucirlo y casi nunca lo hago, va siendo hora de cambiar de estilo formal a chico malo, al menos dentro de las carreras.

—Mira, Hol, te amo, eres mi hermana y toda mi vida he intentado estar para ti. Nunca te he pedido nada. Solo... Por favor, deja a Renny tranquila, al menos por hoy.

—Ella no debería de estar aquí.

—Pero está, tienes que aprender a aceptar las cosas. Sí no te gusta, me voy de tu fiesta ahora mismo. Estoy cansado de las actitudes que estás tomando últimamente. Nunca estás feliz con nada, estás casada con el hombre que amas. ¿No se supone deberías de estar feliz y sin joderme la vida?

Holly soltó el aire como si le hubiera pegado con un bate y dejado inconsciente. Realmente me pasé, no le tenía que hablar de ese modo a mi hermana, pero estaba cansado de su actitud. Negando, sin esperar respuesta, decidí volver a la fiesta. No pensaba quedarme hasta tarde,

tenía planes con Renny, unos en los que involucraran una cama y a ella desnuda.

Hace mucho que no me acuesto con nadie, hace mucho que no tengo sexo salvaje y perverso, pero, sobre todo, hace falta un poco de acción. Antes del accidente mi vida sexual era bastante activa, antes del accidente no había Renny. Definitivamente, esa mujer había venido a joderme la vida.

Cuando entré al entoldado, me sorprendí enormemente al ver a todos encima de Renny y Louis. En un principio me preocupé de que la estuvieran tratando mal, para mi sorpresa se la estaban comiendo con la mirada. ¡Malditos! Tienen que quitar esa cara como si fuera algo comestible, ella era mía, de ninguno de ellos.

—Aquí está mi chica —tomando a Renny de la cintura, la jalé a mi lado. Todos abrieron los ojos como si fuera algo del otro mundo.

—¿Tu chica? —preguntó Jemison, claro que era mi chica y quería que lo supieran.

—Sí, mía. Con su permiso. —La tomé de la mano llevándola a una de las mesas donde estaba sentada Holly, aún molesta.

Renny me gustaba y al parecer me gustaba su compañía y si podía tenerla antes de escoger a una Agapi, lo iba a hacer. Holly tenía que aprender a tratarla por un tiempo, al igual que yo tuve que soportar por años a Adam sin decir nada.

—Tu hermana me odia. —Renny apretó mi mano debajo de la mesa para que la sintiera, claro que la odiaba, Holly tenía esta idea tan elitista de las personas que daban ganas de pegarle.

—Holly odia a todo el mundo, si te hace sentir mejor, a mí también me odia, más con esta ropa.

Renny soltó una carcajada al tiempo que se acomodaba con más tranquilidad en la silla. Después de que Louis apareciera con Jemison y Connor, las cosas se volvieron mucho más tranquilas. La música resonaba a todo volumen, una música muy pop para los gustos de Renny, en estos momentos no era ni siquiera importante. Ella estaba impresionando a todos con sus habilidades al volante.

La había visto correr un par de veces, era nueva en las carreras ya que hasta hace unos meses compró una Yamaha. No era último modelo y no era de las mejores, pero, vamos, seamos sinceros, ¿era una Yamaha! Ya eso era espectacular, todavía más sabiendo que se la compró sola con un puto trabajo de bar.

—Así que, si haces una carrera con Rees, ¿le ganas? —preguntó Jemison, este hombre era uno de mis mayores admiradores en la élite. Él y Connor nunca se perdían una carrera, lo cual era demasiado genial.

—Por supuesto que le ganaría. —La sonrisa de Renny se hizo muy grande, estaba hablando con ironía y lo notaba.

—Sí, claro —respondí con la necesidad de defenderme—, lamentablemente no soy el mejor corredor de esta maldita generación, sí fuera Race Hamilton de seguro pierdes, bebé.

Las risas se elevaron en toda la mesa al tiempo que Renny me pegaba un pequeño golpe con su puño, uno minúsculo que casi ni lo sentí. Jalándola a mis brazos, planté un beso en su mejilla con la simple necesidad de sentirla cerca, algo que jamás hubiera hecho en otra ocasión.

Holly no ocultó su molestia cuando Louis le hablaba al oído. Algo la ponía en plan pelea al triple. Tenía que aprender a controlarse, Renny era parte de mi día y ella lo tenía que aceptar. No es como si fuera a casarme o a comprometerme, eso sí era imposible.

En mi mundo, las personas como Renny no encajan por muchos sentidos. Aun cuando era enfermo pensarlo, era por la manera en que nos educaban, una manera tan anticuada y vieja que era demasiado loco pensar que alguien normal pudiera tener nuestras costumbres y tradiciones.

Levanté la mirada para ver que todos me observaban como si esperaran algún tipo de respuesta. ¡Dios! Últimamente me estaba pasando esto muy seguido. Tengo que poner más atención a mi entorno y no tanto a mis pensamientos.

—¿Perdón? —pregunté a Louis.

Señaló a la parte de atrás de mi cabeza, mamá y papá estaban parados riéndose de mí... ¡Genial! No sabía que estarían aquí. Soltando la mano de Renny, me puse de pie para saludar a mis queridos progenitores, los dos ya conocían a Ren por lo que no había ningún inconveniente con eso.

Dándole un abrazo bastante varonil a papá, me enfoqué en mimar a mamá diciéndole lo mucho que la quería. Mis padres eran unos revolucionarios de la élite inglesa, unos a los que admiraba hasta la médula. Juntos lograron destruir cualquier visión cerrada de la élite. Su compromiso fue anulado y restaurado a pesar de que el viejo consejo de élite se negaba a recibir la carta de papá por segunda vez, lo que más me gustó de esta historia en la que estos dos jóvenes rebeldes le dieron la vuelta al consejo, fue el amor puro que formaron a pesar de tanto dolor.

—Renny, querida —saludó mi madre con toda la elegancia. Se veía grandiosa con ese vestido azul largo.

A pesar de un embarazo de gemelos, tenía un cuerpo del que cualquier señora podía envidiar, claro que le costó un par de cirugías que papá pagó para quitar un poco de piel de más, pero ese era un secreto que nos costaba la vida mantener. En cada oportunidad que tenía, la molestaba diciéndole que era linda por las cirugías, no porque se matara comiendo sano y asistiendo al gimnasio con mi hermana.

—¡Señora Hamilton! —dijo Renny observando a mi madre—, se ve espectacular.

—Sí, es la ciru... —empecé a decir, pero mi madre reaccionó a tiempo para pegarme en el hombro.

—Gracias, Renny. Qué bueno que nos acompañas otra vez, no sé cómo es que lo aguantas, es algo... Insoportable.

Vi cómo papá asentía, dándole la razón a mi madre, si en algún momento estaba intentando impresionar a Renny, aquí se iban todas

mis posibilidades. Qué más da, de igual manera me conoce bastante bien.

—No lo soporto, solo vine por una apuesta. —Pequeña mentirosa, esta vez no había ninguna apuesta.

—Imagino que sí. —Mi madre se acercó para darme otro beso antes de alejarse a la mesa que estaba más lejos de la música donde Blake, Mary y otros amigos de ellos se empinaban los vasos de whisky como si fuera agua. Quizá así seríamos nosotros de viejos, con madurez en el trabajo, pero alma joven en las fiestas, esperaba a que fuera de ese modo.

La noche pasó más tranquila de lo que esperaba, Holly no volvió a decir nada incómodo, lo cual me alegraba mucho. Al contrario, se enfocó en ser la atracción principal. Algo que captó mi atención por completo, era como Renny lograba comunicarse con todos, era como si de alguna forma la hubieran formado para ser parte de la élite. Incluso cuando reía se tapaba la boca como todas en este lugar, lo cual me parecía estúpido, ya que amaba su sonrisa y como no tenía vergüenza de mostrar su arete de la lengua en cada carcajada.

Los vasos de *gin* se fueron acumulando, las voces de los invitados elevando y la cantidad de gente bailando desordenadamente era mayor. Tomé a Renny de la mano dándole una vuelta, verla bailar de este modo tan relajado era algo único. Abrazándola por la espalda, la pegué a mi cuerpo, sintiéndola por completo. Mi cuerpo reaccionaba a ella en cada movimiento, reclamando más y más.

—Creo que quiero irme a casa —dije, inspirando su aroma. Madre mía, su aroma aún era tan puro y delicioso.

—Yo pienso lo mismo —dijo, jalándome tan cerca de sus labios que pensé que me besaría, pero esta solo se alejó dejándome con la boca preparada para besarla.

Desde que entramos a la casa de mis padres, Renny no me ha dejado besarla, ni siquiera cuando la acompañé al baño y estábamos solos. Eso aumentaba mis ganas de tenerla toda para mí.

Nos despedimos de mamá, papá —que ya estaba algo ebrio—, de Holly y Louis —que también estaban en estado de ebriedad—, de Mary, Blake y Cora. Me pareció bastante agradable que Renny conociera a Mary, ella era la excepción de toda regla. No era élite, pero tenía un hijo que mantenía uno de los linajes más altos en la escala delta. Era de admirar cómo ella venció toda la estúpida élite para darle lo mejor a su hijo.

Subiéndonos a mi Honda, llevé a Renny al apartamento. Tenía muchos planes para ella por la noche, unos que incluían a mi chica desnuda en mi cama nueva. Nunca la había estrenado por lo que tenerla allí sonaba demasiado bien.

Cuando llegamos al apartamento, me apresuré a tomarle la cara para besarla, no aguantaba las ganas de hacerla mía, estaba hambriento de ella y que me evitara todo este tiempo lo complicaba más, me hacía quererla el triple. ¡Maldita sea! Quería más.

La cargué, dejando que ella enrollara sus piernas en mis caderas, tomándola del culo para evitar que se cayera de mis brazos. Cerrando la puerta de una patada, seguí besándola, sintiendo como su vestido se enrollaba en su cadera de una forma demasiado sensual.

Sus labios eran mi perdición, la tenía como droga, estaba haciéndome adicto a sus besos.

Acostándola en la cama, me hice para atrás para observarla con las piernas abiertas, mostrándome su ropa interior de encaje negro. Suspiré lo más profundo que pude sabiendo que me estaba volviendo loco, necesitaba estar dentro de ella.

—¿Vamos a hacerlo? —preguntó Renny un tanto nerviosa, más de lo que cualquier persona con experiencia podría estar.

—Maldición, sí, necesito sentirte, nena, necesito hacerte mía.

—Amm, sí, está... Está bien —sonreí ante lo nerviosa que estaba. Nunca me lo hubiera imaginado. Renny nerviosa.

Levantándola de la cama, le di la vuelta para quitarle el vestido, dejándola solo con esa ropa interior que había comprado para ella, quizá era más para mí que para ella. Se veía increíble con tatuajes y encaje. Quitándole el sujetador primero, revelando esas dos tetas enormes. Tomé una en mis manos masajeándola antes de llevarla a mi boca, sus pezones reaccionaron inmediatamente a mi tacto.

Esa es mi chica, tan receptiva a mi boca.

Poco a poco bajé hasta llegar a sus bragas. Deslizándolas con mucho cuidado, revelé su piel totalmente depilada, tal y como me gustaban. Sin poder resistirme, saqué mi lengua pasándola por su parte más sensible. No le pregunté si estaba bien, seguramente accedería, si no, no estuviéramos de este modo.

Para mi sorpresa, Renny abrió sus piernas dándome un mejor acceso. Mi lengua se abrió camino hasta su abertura, saboreando todo lo que era ella. Sus manos viajaron a mis hombros, sosteniéndose como si sus piernas no pudieran mantenerse de pie. Por impresionante que parezca, estaba temblando, como si tuviera frío.

—¿Tienes frío, nena? —pregunté, aunque para ser sincero, no había nada de frío.

Renny negó incapaz de hablar. Opté por la cama, sería mejor acostarla para poder jugar con ella.

Quitándome el chaleco, la camisa y el pantalón, decidí que sería bueno dejarme los calzoncillos puestos. Si sacaba a Big Rees, no podría controlar a la bestia que reclamaría su cuerpo y Renny aún no estaba lista.

Bajando hasta su vagina, me apoderé de ella con mi boca, saboreando lo húmeda que se estaba poniendo. Inmediatamente, sus manos viajaron a mi cabello, apretándolo con fuerza, jalándolo mientras la hacía perder el control.

—¡Dios, Rees! —gritó Renny en un suspiro. Quería decirle que así era, era su dios lleno de cosas grandiosas. Esta noche le daría el mejor sexo de su vida. De eso no había duda. ¡A la mierda, Brat!

Renny mantenía sus ojos cerrados, moviendo su cuerpo en mi boca, reclamando a que la llevara a la locura. Eso era exactamente lo que planeaba hacer, metiendo un dedo dentro de ella, sentí cómo su cuerpo se tensaba, quedándose completamente quieta. Era una

reacción extraña para alguien con experiencia. Saqué el dedo y volví a meterlo, Renny soltó un gruñido bastante fuerte. Estaba apretada, incluso para mi dedo.

—¡Mierda! —susurré conteniendo la urgencia de montarla—, estás demasiado apretada.

No respondía, por lo que saqué mi dedo y me coloqué encima de ella, algo estaba descuadrando mi cabeza. Estaba tan caliente, tan necesitado de ella que estaba pasándome las banderas rojas. Con la respiración acelerada, me perdí en esos ojos verdes. No aguantaba más, iba a estallar sin haberme quitado el calzoncillo.

Tomé un condón de la mesita, rasgándolo con los dientes, le quité el envoltorio de aluminio. Ella no apartaba la mirada de la mía, apuñalándome con los ojos. Decidí jugar el mismo juego intenso con ella, sin apartar la mirada, me coloqué el condón y me puse en posición.

Renny, al instante, tensó los ojos cerrándolos con fuerza, empuñando las sábanas de la cama. Estaba inmóvil como una piedra, como si esperara a que... —¿Renny? —dije, colocando las piezas del rompecabezas en mi cabeza—. Nena, mírame. —No podía creerlo, no era posible.

—No, Race, no puedo —susurró asustada.

—No tienes que hacerlo si no quieres, podemos simplemente abrazarnos hasta quedarnos dormidos. Podemos simplemente dormir juntos, no tenemos que hacerlo.

Tomándose la cara, la vi sorber un par de veces, estaba tan asustada que pensé que se rompería en mil pedazos ante mis ojos. ¡Dios! Esto es imposible. La primera mujer con la que muero por estar dentro con tanta urgencia y resulta que es virgen.

No solo eso, era pura y muy asustada.

—¿No me estás obligando? ¿No vas a hacerme daño? —dijo sin abrir los ojos.

—Pero ¿de qué diablos estás hablando, Renny? ¡Vamos! Me estás asustando.

La tomé de las manos para verla a la cara. Estábamos desnudos y casi listos. Este episodio disolvió completamente mi excitación. Tomé el condón, retirándomelo de un jalón, definitivamente no íbamos a usarlo, al menos no hoy.

—¿Alguien te hizo daño? —Si contestaba que sí estaba a segundos de salir a matar a algún imbécil.

Inesperadamente, Renny negó en silencio. La veía cómo se empezaba a relajar dejando toda la tensión atrás.

—Lo siento, es solo que Brat se enojaba mucho conmigo porque no quería... Aún no estaba lista. —Esta negó—. Es por eso que accedí a que se acostara con otras en lo que yo lograba tener el valor de perder la virginidad.

Entendí perfectamente sus palabras. Sabía que Brat era un maldito enfermo, pero no sabía a qué nivel.

—¡¿Lo dejaste que te engañara?! —¡Esto era imposible!—. Renny, eres hermosa, si él te amara te hubiera esperado.

¿Por qué sueno indignado en lugar de estar tan feliz por ser un imbécil? Tomándola de las manos decidí jugar las cartas a mi favor, esta vez no para lograr acostarme con ella, sino para que entendiera lo maravillosa que era. Una vez atestigüé el abuso a una mujer, si se repetía la historia, jamás me perdonaría.

—Eres preciosa, Renny Ren, nunca dudes de lo contrario, te lo suplico. Si ese maldito prefirió acostarse con otra antes de esperarte, entonces no te merece.

—Y tú... —preguntó viéndome a los ojos—. ¿Me esperarías?

Le sonreí porque sabía perfectamente qué contestar.

—Toda la vida.

Agua fría para el alma

Rees

Recosté mi cabeza en el frío azulejo del baño. El agua caía en mi espalda dándome un poco de tranquilidad. Fría, agua muy fría, para bajar esta maldita erección que no pierde la esperanza de esta noche. Quizá fue muy rápido pensar que podría acostarme con Renny, pero seamos sinceros, todo ocurre rápido cuando la relación no es seria.

—¿Race? —la voz de Renny se escuchó a lo lejos detrás de la puerta.

—Entra, Renny, no escucho nada.

Escuchando la cerradura dar vuelta, Renny entró con mucho cuidado de no ver en dirección de la regadera. No había ningún problema, estaba polarizada con vidrios negros, nadie podría ver que estaba desnudo aún tratando de bajar a Big Rees, a este paso tendría que buscar mi liberación solo en este lugar.

—No se ve nada, Renny, no te preocupes. —No quise agregar que yo sí podía verla, era mejor ver qué estaba haciendo mientras ella creía que estábamos separados por una puerta de vidrio negra.

—¡Ah! —exclamó cuando finalmente dio la vuelta, nunca en mi vida la había visto tan nerviosa como ahora, estaba caminando de un lado a otro, retorciéndose las manos, desesperada.

—¿Querías decirme algo o solo no puedes estar sin mí mientras me baño?

—Sí, claro Race, es porque no puedo vivir sin ti —dijo con sarcasmo—.

¿Acaso no tienes un poco de baja autoestima?

—¿Qué es autoestima? —pregunté al tiempo que ella ponía los ojos en blanco.

Solté una carcajada porque la verdad es que tenía mis inseguridades como cualquier ser humano, pero no dejaba que estas me vencieran, eso era algo que no estaba dispuesto a demostrar.

—¿Qué ibas a preguntarme? —La observé caminar hasta la orilla de la tina que estaba en una de las esquinas, cerca de la ducha. Estaba usando una de mis camisetas dejando sus piernas al aire. De seguro anda solo en bragas y sin sostén. ¡Genial! Eso no ayuda para nada a este problema que está en mis piernas.

El agua seguía cayendo, pero estaba cansado de lo fría que estaba, era obvio que esta vez no funcionaría. Abriendo la llave de agua caliente, dejé que mi cuerpo se llenara de la calidez del líquido que intentaba buscar su liberación.

—Lo siento, sé que no es fácil para un hombre... Bueno, ya sabes...

—¿Qué no es fácil excitarse y no tener sexo? Claro que no es fácil, Renny, pero si podemos hacerlo, no es de vida o muerte.

La vi contener la respiración un poco antes de llevarse las manos a la entrepierna apretando con fuerza. Oh, Renny Ren, al parecer tú estás con la misma maldita necesidad que yo. Instintivamente me lleve la mano a mi erección que una vez más estaba parada. ¡Maldita sea Renny!

Debería de estar pensando en sangre, en hombres masturbándose, yo que sé, cualquier cosa para bajar esta necesidad, no ver a Renny apretar sus piernas para evitar la urgencia de tocarse como yo lo estaba haciendo.

—No es vida o muerte, Race, pero... Lo siento.

—No tienes que sentir nada, Ren, ya pasó.

—¿El agua ayudó? —su pregunta me sorprendió más cuando la vi acercarse al vidrio de la ducha.

Acercándome a donde Renny estaba colocando su mano, como si intentara tocarme en un campo invisible, hice lo mismo, coloqué mi mano sobre la de ella, viendo como mi respiración se aceleraba. Daba gracias a Dios que no pudiera verme, de poder quizá estaría totalmente perdido.

—No, el agua no hizo nada en mí —dije recostando mi cabeza donde Renny había puesto la de ella. Dulce, tan dulce.

—¿Puedo ayudar? —seguía viendo el suelo con los ojos apretados como si algo le faltara, sabía exactamente que ella necesitaba su liberación también. Quedarse excitado no es algo fácil.

—La verdad es que no puedes, quizá deba masturbarme para calmar la necesidad. Estoy que exploto —ser sincero era una de mis fortalezas que jamás dejaría.

Sin decir una palabra, Renny abrió de golpe la puerta, tan de golpe que casi caigo encima de ella al momento que mi cabeza perdió lo que la sostenía. ¡Maldición! Por suerte Renny me sostuvo, viendo mi cuerpo completamente desnudo y mojado.

Empujándome sin decir nada, dejó que el agua la mojara. La camisa blanca se ciñó a su cuerpo revelando lo que yo ya sabía muy bien. No sostén. Levanté mi mano para tomar una de sus tetas, pero me arrepentí en el último minuto y la dejé caer.

Si la tocaba no iba a poder parar.

—Estoy muy excitada —dijo, viéndome a los ojos.

—¿Quieres matarme, Renny?

Esta soltó una risita tierna antes de levantar los brazos para que le quitara la camisa. Me negué, haciéndome para atrás, dije que esperaría, si se la quitaba de seguro esta vez me importaría poco si tenía miedo o no.

—Quedamos en esperar. —Me acerqué a ella para bajarle las manos.

—Hay otros métodos que ayudan a encontrar la liberación si necesidad de penetrar, Hamilton. —Su tono de voz era como agujas en agua hirviendo.

Al diablo la cordura, ella solita me estaba llevando a esto.

—¿Qué sugiere, señorita Scott?

La vi sonreír antes de abalanzarse a mis labios y apoderarse de ello. Su lengua con ese arete que me volvía loco hizo lo que más me gustaba, me besó suave, profundo y con lujuria.

Esa noche la pasamos abrazados en la cama, sin ropa que causara alguna molestia en nuestros cuerpos. Encajábamos bien en todas las formas posibles. Tiempo atrás quién diría que estaría de este modo con una mujer, yo no era de los que se acomodaban junto a una dama para abrazarla. Yo era de esos que se acostaban con ellas y las mandaban a casa después de hacerles el mal, como diría Kyle.

Jugamos bastante, la vi jadear mi nombre al tiempo que lograba buscar su orgasmo, Renny era muy receptiva por lo que no me tomó mucho tiempo en lograr que acabara. Me pasó exactamente lo mismo, en cuanto Renny tocó mi erección con sus manos inexpertas, me vine a los minutos, lo malo es que ella creía que era muy buena por haberme hecho acabar rápido cuando en realidad era la ecuación de haber juntado todo ese tiempo reprimiendo la urgencia de que me tocara.

Tomando un sorbo de café, observé a Renny preparar el desayuno. Nunca pensé verla hacer huevos fritos, *bacon* y tostadas, el perfecto desayuno inglés. Mi platillo favorito en las mañanas era el *bacon*, no era un hombre de fruta y yogur, eso era más que lógico.

—¿Mantequilla y mermelada para tus tostadas?

Definitivamente podía acostumbrarme a esta vida.

—Sí, por favor.

Ayudándola a servir los platos en la mesa, nos acomodamos frente a frente, hablando acerca de la carrera G8 que iniciaba la próxima semana, una que ni loco me perdería. Era motocross, pero las carreras de velocidad no empezaban hasta dentro de un mes.

Tenía que debatirme con mis patrocinantes a cuál carrera asistir, estaba la G8 en el Reino Unido y la International 88 Racing que se desarrollaba en España, Italia y Francia. Sería la segunda vez que iría a esa carrera, pero ellos creían que aún era muy joven en esa categoría a pesar de que alcancé el quinto lugar. Este año estaba seguro de ganar. No podía volver a perder, esa palabra no está en mi vocabulario.

—Tienes que ir a la 88IR, Race, es tu oportunidad. —Renny estaba más que emocionada cuando le comenté que era una gran posibilidad.

—Lo sé, no quiero dejar de ir, siempre es una experiencia única competir contra los grandes, más que quedarme en estas mierdas de la G8.

Era verdad, quería volver a competir contra los grandes y demostrar mi capacidad.

—¡Vaya!, sería un sueño verte ganar, Race. —Algo en Renny había cambiado, hablaba como una auténtica fanática.

Verla de esa manera, sin maquillaje y del modo en que hablaba, me recordaba a una chica mortal con la que pasábamos mucho tiempo

de pequeños. Su papá era el abogado legal de la élite y su mamá una buena asesora política. A mi padre le gustaba trabajar con ella.

No sé qué fue de ella después del accidente que tuvieron sus padres junto al primer ministro en la caída de ese avión. Ver a Renny de ese modo tan natural me hizo pensar en esa chica que había dejado de ver hace unos seis, siete años, ya no recuerdo bien.

—Me gusta verte de ese modo. —Le besé la mano antes de enfocarme en mi comida.

—¿Qué modo? —preguntó y mordió un pedazo de *bacon*.

—Relajada, siendo tú misma.

Pensé que lo negaría o me sacaría la madre, pero fue todo lo contrario.

Me sonrió con ese rubor en las mejillas que hizo que algo dentro de mi estómago diera un giro inesperado. Regresando la atención a mi comida, nos metimos a una plática eterna donde finalmente paramos viendo una película de acción, donde *zombis* atacaban la Tierra.



—Increíble. —Louis observaba mi Honda como si no se lo creyera.

Habían pasado semanas desde que papá me la obsequió y no había tenido el tiempo de enseñársela a Louis, cada vez veía nuestra relación más lejana. Sus días en el hospital se volvían largos y

desesperantes, su tiempo libre se lo dedicaba a Holly y yo quedaba fuera del cuadro hasta que tuviera un poco de tiempo para mí como ahora.

—Es una nave —dije, tocando el sillón de cuero—. ¿Tendrás vacaciones?

Era mi única esperanza de pasar algo de tiempo con mi mejor amigo, lo extrañaba demasiado para dejar que las cosas pasaran, muchas veces rogaba por que Holly estuviera en una audición o en alguna mierda para platicar con él, necesitaba sus consejos desesperadamente. Aunque no me los tomaría literal, de ese modo estaría haciendo una boda sorpresa para Renny donde la asustara de por vida.

—No, qué va. Tengo que empezar las prácticas el mes que viene, nada de vacaciones, ya sabes que escogí una carrera y especialidad de mierda.

Odiaba que se hubiera metido a Medicina y no a Política como yo o algo por el estilo. Lo único bueno es que ya le quedaba poco para terminar su especialización.

—¿Almorzamos? —¡Dios! Sonaba como si le estuviera rogando a una mujer.

—Sí, me parece bien la idea, Holly no regresa hasta las siete, podemos pedir comida y tomar un par de cervezas en casa. Algo tranquilo por ser miércoles.

Dos largos días en los que solo le había hablado a Renny por mensaje. No sabía qué había pasado en su casa, pero estaba arreglando unos problemas con su hermana que sigo creyendo no es su hermana, Lucy.

Optamos por las alitas de pollo picante de Chicken Grill, eran ricas y tenían servicio a domicilio, lo cual era una gran ventaja para lo flojos que estábamos esta tarde. Sentándonos en el balcón de la casa de los Montgomery, comimos y bebimos un par de cervezas. Aún no hablamos de Renny, estaba tomando un poco de valor antes de hacerlo.

No era miedo ni nada por el estilo, pero pensar en que mi mundo estaba de cabeza por una mujer era algo que aún no quería admitir.

—Vas a tener que hablarme de ella, sé que eso es lo que te tiene tan tenso—. ¡Vaya mierda! Qué bien me conoce, Louis.

—No estoy tenso. —Tenía que defenderme.

—No, para nada, solo tienes esa cara de idiota porque te encanta, vamos, Rees, escúpelo.

—No voy a escupir, Lou, eso es asqueroso. —Hice cara de asco, me enfoqué en la plaza frente a nosotros.

—Idiota.

—Me han llamado de peores maneras.

Estaba evitando la conversación, ya lo sé, tengo que trabajarla porque me estoy cagando del miedo si no la tengo hoy con Louis. Necesitaba saber que esta mezcla de sentimientos era real o solo una pala para algo extraño y extremo. Mi corazón sentía cosas por Renny, eso no era un secreto, pero ¿amor? No lo creo.

—Bueno, solo digo que, si vas a hablar que sea antes de media hora, Holly viene en camino.

—Pero ¿¿por qué?! —Ah, no, aún no, Holly Marie.

—Porque es su casa. ¿Por qué no iba a venir?

—Ya lo sé, no soy mula. Lo que sucede es... Renny. Lou, no sé si siento cosas por ella.

—¿Cómo es que aún lo dudas? —Louis comenzó a reír de una manera escandalosa.

Si lo dudaba, pero de algo estaba seguro, no era amor. Era ese sentimiento fuerte que me hace pensar en ella la mayor parte del tiempo.

Me embarqué en contarle a Louis detalle tras detalle de Renny de los acontecimientos ocurridos. Vi su reacción al contarle que ella era virgen, no es un secreto que se había sorprendido, incluso a mí me pasó.

—No lo sé, tú dices que no es una reacción tan fuerte, pero... ¿Cuándo fue la última vez que te enamoraste?

Su pregunta me sacó de órbita, nunca en mi vida me había enamorado. ¿Por qué pide comparación?

—Tú bien sabes que nunca me he enamorado.

—Exacto, Hamilton... ¿Cómo saber si esta es la primera vez que te estás enamorando?

Me di cuenta de que estaba atrapado en un sentimiento innato, uno nuevo. Que no conocía. Quizá el amor era extraño en todos los aspectos posibles, por ser un sentimiento al que no estás seguro si te hace sentir bien o mal.

—Creo que estoy jodido —no había más que decir, estaba jodido.

En pocas palabras

Rees

Me sobé la cabeza con desesperación. Mi agente no dejaba de hablar con mis patrocinadores acerca de qué era lo mejor de hacer, claro, mi representante decía G8 y mis patrocinadores optaban por las nubes, o sea, que me querían en la 88IR. Por mi parte estaba recostado, con las piernas arriba de una silla, la chaqueta de cuero y una pluma en la boca, mordiéndola con sumo aburrimiento. Me estaba comportando como Race Hamilton en su máxima expresión cuando siempre, frente a ellos, fui Rees Hamilton, el chico de élite educado.

—Tenemos que pensar en lo que es mejor, la G8 ya la ha ganado varias veces, incluso, se celebra dos veces al año, la puede hacer en enero que la vuelven a realizar, pero la 88IR es hasta el otro año. — Carmican, de las industrias de llantas más grandes, argumentaba con firmeza.

—Nosotros ponemos el dinero, Daniells, tenemos un poco más de voz aquí. —Joshua Anderson le dijo a mi representante. Quería soltar una carcajada porque sabía cuánto odiaba ese idiota que le recordara el poder del dinero, además, ganaba lo suficiente por ser mi representante, no creo que quisiera dejarlo con tanta facilidad.

—¿Rees? —preguntó David Daniells.

—Nos vamos para España. —Tenía que demostrar mi fuerza, hacerme valer ante todos estos. Al final, el que corría y ganaba era yo.

Revisamos las fechas, del 14 de julio al 25 de julio. Pensé en papá, vendría un día después de su cumpleaños y me sentí muy mal porque siempre lo pasábamos juntos, pero este era un sueño, tenía que ganar esa carrera para hacerle honor. Así que este 25 de julio no la pasaría con mi padre.

Tres países, España, Italia y Francia. Once días, seis carreras, una final. Respiré hondo antes de asentir silenciosamente, íbamos a hacer esto, tenía que hacerlo.

—Una cosa más —dije tomando mi pluma—, necesito un boleto extra, esta vez llevo compañía.

Todos se miraron extrañados, como diciéndose con sus gestos que sí, sin ni siquiera preguntar a quién llevaría.

—El boleto del señor Montgomery siempre está en el presupuesto —dijo otro de los muchos patrocinadores, esta vez era el idiota de las aerolíneas.

—No, el señor Montgomery está en prácticas, dudo que su tiempo le permita viajar. El boleto es para Renny Scott, una... —¿Cómo diablos presento a Renny? ¿Mi amiga? ¿Mi novia?—, una amiga, aspirante a novia si lo quieren ver de ese modo. El año pasado para la 88IR quedé como un marica por ir con Louis, aunque eso me ganó un par de hermosas mujeres para la noche, pero esta vez quiero dar una imagen más seria.

Los cinco estuvieron de acuerdo, imagino que han de acordarse de la carrera del año pasado. Las mujeres se aglomeraron en la carpa donde estaba mi equipo, hubo tanto problema con calmarlas que se

arrepintieron de dejarme meterlas a todas. Sí, los mandé a la mierda, estaba allí para disfrutar, nada más que eso. No pensaba en ganar y ser grande.

Esa fue una de las razones por las que perdí, estaba demasiado distraído, sin mencionar que estaba en el proceso Charlotte. Eso fue una gran, enorme distracción en mi vida.

—Estamos de acuerdo si prometes concentrarte en la carrera, no queremos otro quinto lugar, un tercero es aceptable.

—Caballeros —me puse de pie tomando mi teléfono celular—, quiero ser el primero en ganar esa maldita carrera con solo 22 años. Apúntenlo, porque en dos semanas hacemos historia.

El récord lo tenía John Johnson que ganó esta carrera con 23 años. Quería quitarle el título y solo tenía esta oportunidad para hacerlo.

Sin más que decir, me retiré, dejando a todos con la sonrisa de idiotas que decía *dinero*. Si bien les iba, les daría un par de millones a ellos y otros a mí. Esta carrera era de las más grandes de Europa.

Solo tenía tres días para convencer a Renny que me acompañara. Eso sí que no iba a ser tarea fácil.

Llegué al bar sabiendo que hoy le tocaba turno, el olor a cigarro me llegó inmediatamente. Nunca me molestó ese olor, al contrario, estaba tan acostumbrado que la mitad de ingleses fumarán que ya era algo natural.

Me acerqué a la barra con una sonrisa bastante estúpida en el rostro, me incliné a donde estaba Renny y recibí sus labios, suaves y perfectos. Esta relación se estaba intensificando en tan poco tiempo, eso me emocionaba y asustaba.

—¿Te quedas conmigo hoy? —Ayer había pasado la noche conmigo, abrazados ante los ojos de Londres. Quería repetirlo hoy, ya no tenía la necesidad de tener sexo con ella, algo estaba volviéndose más que sexo y estaba dispuesto a esperar.

—Solo si prometes cocinar mañana *hot cakes*. —Asentí, sintiéndome afortunado de que las cosas fueran tan bien, aun así, lo manteníamos en perfil bajo. No podía simplemente anunciar a la élite que tenía una relación con un mortal, al menos no aún.

Estaba en medio de una plática con Kyle cuando un chico se acercó a Renny, ella se dio la vuelta y le entregó unas llaves, al momento de hacerlo se veía al borde de las lágrimas. Esta forzó una sonrisa asintiéndole al chico con la cabeza, sea lo que sea que le decía.

Sin pensarlo, me puse de pie, acercándome a mi chica en nanosegundos, justo cuando el chico se iba por donde había venido.

—¿Todo bien? —pregunté.

—Ahora no, Race, te cuento más tarde.

Ignorando mi mirada de «Esto tiene que ser una broma», me dejó para irse a atender el otro lado de la barra.

Esperé a que saliera del trabajo, era tarde, pero, aun así, se sentía bien verla servir cerveza, aunque esperaba que pronto cambiara de empleo, lo odiaba tanto como yo lo hacía. Todos le veían el culo y las tetas con ese uniforme de *cabaret* informal.

Me bajé de la motocicleta ayudando a mi chica a bajar. Le tomé la mano y la llevé dentro del edificio. Me gustaba la modernidad que se resguardaba en este lugar, lo antiguo y clásico eran parte de mi vida diaria, pero para mí lo moderno tenía un precio más apegado a mí.

—Tengo que hablarte de algo, Ren. —Sentándome en la orilla de la cama, la jalé para que se acomodara en mi regazo.

—Oh, no. —Su cuerpo se tensó inmediatamente—. Este es el fin, ¿verdad?

—¿Qué? ¡No! Renny, estás loca. —Negué con esa sonrisa en los labios antes de besar su cuello—. Iré a la 88.

Sabía lo mucho que a ella le emocionaba esta carrera, como era de esperarlo, se puso de pie brincando como una loca. Sus «¡No lo puedo creer Race!», «¡Eso es fantástico!», fueron el indicio que necesitaba para estar seguro de que quería llevarla conmigo.

—Quiero que vengas conmigo —dije y me puse de pie para tenerla cerca.

—¿Qué?!

Su cara cambió de inmediato, como si no hubiera procesado mis palabras. Negó en silencio antes de agregar con ese tono de voz que no me gustaba para nada.

—No, Race, no lo dices en serio, ¿verdad?

La tomé de la cintura acercándola a mí.

—Claro que lo digo en serio, deberías de entender, Renny Ren, que no miento. Odio las mentiras, son de lo peor que me puede pasar. Así que no tengo por qué mentirte. Quiero que vengas.

—No... No tengo dinero, lo lamento.

¿Dinero? Me extrañé. ¿Cómo diablos puede hablar de dinero cuando no voy a cobrarle nada? ¡Carajo! Odiaba que me saliera con los temas del dinero.

—Tú no vas a pagar nada, Renny, serán...

—No, Race, no quiero, no quiero que gastes tu dinero en mí. No quiero que seas tú el que...

—Déjame hablar... —Intenté decirle, pero no funcionó.

—¡No, Race! No quiero que sientas compasión por mí y vengas a invertir un boleto de avión y estadía completa. No, me niego.

—¡Vete a la mierda, Renny! —grité bastante molesto—. Yo no voy a pagar nada, lo hacen mis patrocinadores.

—Igual —dijo ella aún más enojada que yo, su voz se elevaba tres cuartas cada vez que hablaba.

Me sobé la cabeza con desesperación, caminando al baño. Necesitaba calmarme antes de gritar cualquier cosa que no fuera controlada. Abriendo el grifo me coloqué un poco de agua en la cara, refrescando mi enojo.

Renny era imposible cuando se lo proponía.

Me pensé unos segundos cómo convencerla, pero las ideas no venían a mi cabeza, no ahora. Tenía tanto en la mente que era un caos. Cuando salí de la habitación, Renny no estaba, recorrí todo el apartamento hasta que finalmente la encontré en la habitación de visitas, acomodándose para dormir. Al menos había decidido quedarse.

—No tengo a dónde irme —dijo apenada.

—No quiero que te vayas —mi corazón palpitaba con velocidad.

—No puedo aceptar que pagues algo por mí, no cuando es algo como un boleto para tres países.

Me acerqué lo más que pude, guardando un poco de distancia. Sus ojos verdes estaban más claros de lo normal, dándome esa mirada de «No sé qué hacer, Race». Pensé en sus labios y en lo bien que se sentía dormir juntos.

¿Cómo llegas a una mujer que se niega a escuchar? Analizando el panorama, solo tengo una opción.

—Te reto a una carrera —esta era la única forma—, si tú ganas, tomas la decisión que quieras, pero si yo gano, tienes que ir sin alegar absolutamente nada.

—No puedo correr contra ti —dijo con una mirada triste.

—Te he visto correr, le ganaste a Brat un día. ¿Crees que no lo sé?

—No puedo porque... ¡No tengo motocicleta! —dando media vuelta se encaminó para el baño del cuarto de visitas. Claro que sí tenía su Yamaha, no era estúpido.

—¿Te da miedo, Renny Ren? —Viéndola con cara de seductor me acerqué a ella—. Vamos, nena, una carrera.

Esta negó viéndome con los ojos llenos de sentimiento, un dolor inmenso se formaba en su interior como si le hubiera tirado un balde de agua fría. ¿Me estaba mintiendo? Odio las mentiras.

—No tengo...

—No me des mentiras, Renny, las odio, de verdad que no las soporto. Los dos sabemos que tienes una Yamaha que corre a la perfección. Es una carrera callejera, puedes usarla...

—¡La vendí! ¿Está bien? Necesitaba desesperadamente el dinero porque me estaba quedando sin qué comer. ¿Qué más, Race? ¿Quieres que te repita lo miserable que es mi vida? ¡Déjame tranquila!

Tirándome la puerta en la cara, me dejó sin palabras. ¡Vaya mierda! Nunca me imaginé esa reacción. Lo único que quería era llevarla a uno de sus sueños, que me acompañara a uno de los míos. Me senté en la orilla de la cama casi una eternidad hasta que saliera.

Cuando finalmente lo hizo, sus ojos llorosos me destrozaron algo en mi interior. Me dio una sonrisa tímida antes de soltar algo que nunca me imaginé escuchar de su boca.

—Lo siento.

—Ven. —La tomé de las manos cuando se acercó, la senté a mi lado y la observé con profundidad—. ¿Está todo bien con Lucy y tus padres?

Abrió la boca para decir algo, pero luego la cerró, como si no supiera cómo responderme a mi pregunta. La vi dudar y rascarse el brazo quitándose una pequeña costra que tenía en el codo.

—Mis padres... Amm... Me gusta ser independiente, Race, siempre ha sido de ese modo. Me enojé con Lucy y me fui de la casa hace cuatro días, pasé dos en la fraternidad y ayer...

—¡Te quedaste en la puta fraternidad! —Ya ahí estaba mi cordura.

—Tú no lo entiendes, lo tienes todo...

—Pero ahora me tienes a mí, Renny, no quiero que te quedes nunca más en esa fraternidad. ¿Te quieres ir de tu casa? ¡Bien! Te vienes aquí, no acepto un puto no de respuesta. Es peligroso y sí quiero que me tomes en serio en esta extraña relación que se está formando

entre nosotros, tienes que dejar de irte a meter a esa fraternidad. ¿Entendido?

Renny sonrió como si le hubiera dicho la mejor cosa del mundo. Me tomó de la cara atrayéndome a sus labios. Me besó como si necesitara mi boca para poder respirar. Su lengua, insistente, exigía más de mí, reclamando todo.

Cargándola, sin despegar mis labios de los suyos, la llevé de regreso a mi habitación. Es allí donde pertenecía o al menos donde quería tenerla por ahora. Sabía que estaba mal todo esto, pero una parte de mí simplemente no podía parar.

Le tiré una camiseta y uno de mis bóxers para que se los pusiera para dormir. Como si fuera de lo más natural del mundo, nos cambiamos sin sentir vergüenza el uno del otro, lo cual ya era un gran paso para Ren.

Acostados en la cama, Renny descansaba en mis brazos, intentando encontrar el sueño. Yo hacía exactamente lo mismo. Así de mucho nos necesitábamos.

—¿Me prestas una de tus motos? —preguntó con los ojos cerrados.

—Yo iré a dejarte a donde tengas que ir Renny. —No estaba acostumbrado a darle mi moto a nadie, era mi mayor problema, era mía y de nadie más.

—¿Cómo piensas competir contra mí si tú me llevas? —preguntó antes de soltar un bostezo largo.

Abrí mucho los ojos observándola aún con los ojos cerrados y su cabeza en mi pecho.

—¿Vas a competir contra mí? —¡Dios! Sí, eso quería.

—Sí, si es que me prestas...

—Elige la que quieras, Renny, mañana tú y yo competiremos por un viaje a la carrera 88.

Dándole un beso en la cabeza, envolví mis brazos en su cuerpo sumergiéndome en un sueño profundo donde yo perdía contra Renny en la carrera. Desperté agitado. ¡Malditas pesadillas! Cerrando los ojos con fuerza, no volví a conciliar el sueño en toda la noche. Mañana se definía una carrera eterna contra mi futuro.

¡¿Listos?!

Rees

Me paré, observando mi bmw con las manos cruzadas en el pecho, no me lo podía creer. La princesa Renny Ren había escogido mi nueva Honda gsx, era mucho más rápida y con un mejor deslice. ¡Genial! Eso no era justo.

—¡Qué monada! —Renny movió mis llaves exhibiendo mi llavero que decía «Race».

—No te burles, los dos sabemos que mueres por unas llaves que digan «Ren».

Esta soltó una carcajada acercándose a mí de forma seductora. Me tomó la mano dándome un beso en la mejilla de una manera muy dulce. Le sonreí, tomándola de la cintura, acercándola a mi lado. Definitivamente le compraría un puto llavero si me lo pedía.

—Más que un llavero, quisiera de vuelta a mi bebé. —Aunque sonreía, yo tenía la certeza de que haber vendido su motocicleta era de lo peor que había hecho.

¡Mierda! Si el día que yo arruiné la mía quedé devastado y eso que tenía la bmw en casa. Una motocicleta se vuelve tu bebé eterno. Es como tener una mascota, la adoras y le hablas de forma más cariñosa que a un ser humano.

—Ya compraremos una nueva. —Sabía que nunca me dejaría hacerlo, nunca lo haría, pero tenía mis métodos.

—Sabes que no quiero...

—¿Quién dice que te la voy a comprar yo, Ren? Te voy a ayudar a trabajar para que juntos la compremos, no voy a pedirle la plata a mi padre y que todo esto sea tan fácil. Vamos a hacerlo juntos, bebé.

Asintiendo, comenzó a avanzar hasta la Honda gris. Observé a Kyle con Jannie y Becca, una camisa roja en la mano de Becca era nuestra bandera de salida. Renny se veía como una auténtica corredora. Sus pantalones de cuero negro pegado, su chaqueta que se adhería a su cuerpo de maravilla, esas botas bajas pesadas y su casco negro con detalles rosas. Nunca me imaginé a Renny con color femenino, pero una vez más, se veía linda en lo que fuera.

Colocándome el casco, me subí a mi motocicleta. Respiré como siempre antes de una carrera, rogándoles a todos los dioses del mundo que me dieran el poder de ganar. Esta carrera definiría el comienzo o el final de algo.

Quería llevarla conmigo a una aventura, quería que viviera su sueño, quería que el mundo se enterara que Rees «Race» Hamilton estaba cayendo por una mortal. Ya no me importaba la élite, no me importaba el linaje. Tiempo atrás hubiera dado todo por ser puro y fuerte, casarme con alguien como yo y tener muchos hijos que marcaran la fuente de élite al igual que yo lo hice desde pequeño.

Ahora todo era diferente, yo pensaba diferente, yo era diferente. Levanté la vista para ver la larga carretera, no era una carrera larga ya que era de velocidad con tres curvas no pronunciadas. Cinco kilómetros.

—¡¿Listo, Race?!—gritó Kyle desde adelante. Asentí con la cabeza antes de dar media vuelta para ver a Renny hacer un gesto afirmativo cuando escuchó su nombre. Esta me hizo señas con un dedo simulando un cuchillo que rozaba su garganta.

Me quería muerto en esta carrera, pero lamentablemente yo no pierdo nunca, tampoco sería un caballero de dejarla ganar, era imposible. Regresándole el favor, me llevé la mano que tenía tapada con un guante negro, le arrojé un beso, atravesó el casco que tapaba mi cara y regresé la vista a Kyle que tenía la camisa roja levantada.

Solo tenía que llegar a donde estaba Louis y Connor. Era como si en un abrir y cerrar de ojos pasara de ser Race a Rees, con cinco kilómetros de distancia.

Aceleré, esperando a que mi amigo bajara la camiseta. Se me hizo eterno, largo, tedioso. Al momento de perder la camisa de vista, aceleré. Sintiendo la adrenalina apoderarse de mí.

Renny iba bastante cerca, pisándome los pies, decidí jugar con ella, bajando la velocidad dejé que pasara adelante, vi cómo elevaba su dedo de en medio mientras me pasaba como toda una campeona. No pude evitar reír y mantenerme detrás de ella, calculando todos sus movimientos. Bajó la velocidad en la primera curva, sería fácil pasarla en la última curva para el último acelerón.

Las curvas eran mi fuerte, la mitad de las personas le tenían miedo a acelerar por derrapar en la inclinación. Con respecto a mí — como buen profesional de Racing—, esa era mi habilidad principal. Aceleré otro poco para posicionarme en la cercanía de Renny,

pisándole literalmente los talones. Vi cómo intentaba acelerar para dejarme atrás, lo cual era fácil ya que la Honda tenía mucho más jale que la bmw.

Era cuestión de tres segundos para que la curva estuviera a nuestro alcance, justo cuando Renny metió el freno para bajar la velocidad, yo aceleré, pasándola por varios metros. Devolviéndole el dedo medio, sonreí al ver a Louis con la típica bandera cuadros blancos y negros como un tablero de ajedrez.

Era una gran diferencia, pasar de la playera a la bandera. Giré la cabeza para ver a Renny detrás de mí, maldita sorpresa, porque no sé por dónde se metió, giré a toda velocidad para verla justo a la par mía. ¡Maldición! Los dos dimos el último impulso, pasando la línea de meta, esperaba que Connor tomara el video para constatar quién de los dos la había cruzado primero, porque estoy más que seguro de que no puedo perder.

—¡Mierda! —grité, quitándome el casco—. ¿De dónde diablos saliste?

—Bajas la velocidad cada vez que volteas a ver, Hamilton.

¡Carajo! Acercándome a Louis, vi cómo se reían sin parar viendo el video. Cuando llegamos a ellos, Louis volteó el teléfono celular, mostrando la línea de meta y las dos motos pasando al mismo tiempo.

—Tiene que ser una broma. —Renny estaba observando la fotografía como si no se lo creyera.

—Gané yo por tres milímetros. —Apuntando la foto me sentí como todo un mentiroso, vamos, alguien tenía que ganar y no podía ser ella. No podíamos hacer otra carrera, estaba ansioso por saber el resultado.

—Sé buen caballero y dame la opción de elegir a mí de ir o no. — Renny se cruzó de brazos esperando mi respuesta, por un diablo dejaría que escogiera, ya sabía la respuesta.

Alegamos durante un buen rato, yo me esmeraba en ponerle las cartas sobre la mesa del porqué debería ir. Louis y Connor no dejaban de reír y eso era molesto ya que le estaba rogando a una mujer. Le tomé la mano viéndola a los ojos.

—Por favor, Renny, te necesito allí. Serás como mi amuleto de la suerte. Vamos, di que sí, te lo suplico.

—Louis, ¿tienes el papel que te di antes de la carrera? —La pelirroja arrogante le hizo señas a mi mejor amigo con cara muy seria. Este soltó una carcajada antes de decir una estupidez como «Por supuesto, señora Scott». Mi decisión estaba tomada antes de la carrera y quiero que la respetes, Hamilton.

Bajé la mirada, no había nada que pudiera hacer, leería el «No iré» y entonces pediría que igualáramos la carrera, esta vez le ganaría desde el principio, nada de darle tiempo. Abrí el sobre sacando el papelito que decía «¿Cuándo salimos para España?».

Me tomó breves instantes entender lo que estaba leyendo.

—¿Ese es un sí? —Estaba sorprendido por su mensaje.

—No me perdería esa oportunidad, menos si soy tu amuleto de la suerte. —No pude evitarlo. Importándome un carajo que mis amigos de la élite lo vieran, la tomé por la cintura dándole vueltas en el aire, riendo como un degenerado.

—Eres lo mejor, Renny Scott. —Besé sus labios, me perdí en la dulzura de su beso. Tanto me complementaba que era estúpido no sentir tanto por ella. Era algo extraño porque este tipo de emociones no las sentía por nadie, solo por ella lo cual era... Diferente.

—¡Lou! —le grité antes de que se subiera al carro de Connor—. ¿Puedes llevártela?

Señalé la motocicleta bmw. Louis las odiaba. No era un secreto, pero sabía montarlas. Le rogué con la mirada hasta que finalmente aceptó.

—Me la llevo al hospital, ya voy tarde.

Era extraño verlo como un profesional, grande en todos los sentidos. Me acerqué a una Renny muy sexy con ese traje pegado como una corredora pro. La besé en los labios y me enfoqué en contarle el itinerario, para cuando terminé, hice la llamada confirmando su asistencia. Mandaría su pasaporte hoy en la tarde para que compraran los tres boletos de primera clase. Mi representante estaría contento de saber que estaba con alguien que era como él, muchas veces sabía lo molesto que era que todo lo que habláramos con Louis era acerca de la élite.

—Maneja tú —dije, colocándome detrás de ella. Como si no se lo creyera, prendió la motocicleta acelerando de más. Podía ver la emoción en su cara. La estaba dejando tomar el control.

Íbamos a una velocidad moderada, no tan rápido ni tan despacio, ideal para mi plan. Aparté mis manos de su cintura y las llevé a sus hombros gritando a través del viento.

—Mantén el volante recto, no lo muevas si no quieres que me mate por tu culpa.

—Pero ¿qué diablos? —La vi tensar las manos al tiempo que me ponía de rodillas en el sillón.

Renny comenzó a bajar la velocidad y eso no era bueno. Necesitaba que fuera a una velocidad media para que el aire no pegara de costado. Me acerqué otra vez para que la comunicación fuera efectiva.

—Sostén el timón en línea recta, a esta velocidad, no la bajes mucho, tampoco la subas. Nada de giros en el timón.

—¡Maldición, Race, no! Te vas a caer y nos vamos a hacer mierda.

—Confió en ti, Renny Ren. Solo mantenlo recto. Este soy yo demostrándote cuánto confío en ti.

—¡Estás loco! Prefiero que no confíes en mí, estoy muy...

No la dejé terminar. Parándome en el asiento, me sostuve con fuerza moviendo un poco la motocicleta por la inestabilidad de

moverme en algo de dos ruedas. Podía sentir la tensión de Renny mientras me sostenía de sus hombros.

Cuando estábamos alineados, sin movimiento alguno, la velocidad era perfecta, quité mis manos de sus hombros. Estirando las manos, sentí como si volara. La libertad llamando a mi maldita puerta. Esto era perfecto. La manera en que el aire pegaba contra mi cuerpo, en una lucha constante por mantenerme en mi centro para no perder el equilibrio. ¡Esto era perfecto!

Grité por la sensación de ser libre, de no sentir ataduras. No podía escucharla, pero sabía que Renny también estaba gritando o quizá no, seguramente está muy asustada. No sé cuánto tiempo transcurrió, no más de un kilómetro eso sí sé. Me agarré de los hombros de Renny al tiempo que ella bajaba la velocidad, colocándose en la orilla de la carretera.

Di un salto para bajarme de la moto y tomar el volante, había sido excitante, pero era hora de tomar el control. Renny se acercó, quitándose el casco, completamente enojada. Vi su mano aterrizar en mi hombro con todas las fuerzas posibles.

—¡¿Cómo se te ocurre?! —Se abrazó con fuerza, como si intentara protegerse de algo. Era extraño verla comportarse de ese modo como si tuviera miedo.

—¿No pasó nada o sí? —pregunté, acercándome a ella—. ¿Qué pasa?, no es como si no me arriesgué todo el tiempo en el freestyle.

—No es eso, Race. Solo... No lo sé.

—¿Es porque te di el control de todo?

Ella solo asintió permitiéndome que la abrazara, de verdad que estaba temblando y eso me hizo sentir culpable.

—No es el control, Race, es tener tu vida en mis manos lo que más me asustó.

¡Maldito destino! No sé cómo pudieron ponerme a alguien tan increíble en mi camino. Tan abierta y sincera. Me encantaba que nuestra relación estuviera creciendo, haciéndose fuerte. Nada podía arruinarse.

—Quizá no lo sepas, pero tienes mi vida en tus manos desde el momento que entraste a mi habitación en el hospital meses atrás. Eres mía, yo te pertenezco.

—Súbete a la moto.

Fruncí el ceño como si de verdad no hubiera entendido qué era lo que estaba diciendo. Esta tomó su casco, se lo colocó, esperándome con los brazos cruzados. La seguí sin entender nada, qué más da, a este paso me pega otra vez.

Arranqué el motor. Poniéndome en marcha sin apartar la vista de la carretera, me puse en movimiento, las afueras de Londres eran iguales que en el centro, mucho calor y todo floreado después de las intensas lluvias. Sentí cómo Renny quitaba sus manos de mi cintura e inmediatamente bajé la velocidad para ver qué ocurría.

—No vayas tan rápido y mantente alineado. ¿Está claro?

Asentí, sabiendo exactamente qué haría. Respiré bastante asustado, yo había hecho esto antes, ella no. No quería que se lastimara o tuviéramos un accidente. La motocicleta se movió bastante, pero logré tenerla bajo control y en movimiento al momento que Renny se paró en el sillón.

—No voy a soltarme, soy mala para el equilibrio —gritó con el viento en contra.

—Siente la libertad, Renny Ren —grité sin saber si podía escucharme.

Sus manos estaban pegadas a mis hombros, tensas y duras. Sabía que la adrenalina estaba recorriendo su cuerpo del mismo modo que yo la sentí tiempo atrás. Llevé mi mano al hombro, tomando el de ella, podía manejar solo con una si bajaba un poco más la velocidad.

Apreté su mano recibiendo lo mismo de su parte, era otro nivel sentirla, darle seguridad. Sabía que ella se sentía libre, completa y satisfecha, había vencido un miedo y eso era importante.

Cuando finalmente llegamos al apartamento, Renny tomó mis labios, besándome como si nada más existiera. Ella se estaba volviendo mi mundo y poco a poco estaba cayendo por ella. No era bueno, no era para nada bueno, pero me estaba dejando llevar sin pensar en las consecuencias que todo esto podía acarrear.

En tres días iniciaríamos un viaje, un viaje que marcaría esta relación. Si lográbamos que todo saliera como lo previsto, si todo en nosotros estaba bien, le pediría que fuera mi novia. Estaba jugando en

ligas que no podía jugar, estaba en fuego ardiente, pero también no tenía miedo de enamorarme. No tenía miedo de estar con ella.

88IR

Rees

Estaba nervioso, la 88IR era muy importante en mi trascendencia como competidor, toda mi vida he soñado con ganar, con alzar la copa al aire en el podio que dice «Número Uno». El segundo lugar es para perdedores, yo soy como esos malditos superhéroes que se caen cien veces, pero siempre ganan al final. Debo de ser de esos que anhelan el oro y es la meta.

Le di un beso a mi madre, que estaba viéndome con esos ojos llorosos que decían «Estoy orgullosa de ti», siempre mis padres asistían a mis carreras en el Reino Unido, pero salir del país cuando mi padre era de las piezas claves del Gobierno no era tan fácil como antes, que viajábamos constantemente. Papá estaba peleando por ser primer ministro, un cargo por el que se ha preparado toda su vida. Mi abuelo lo fue, por lo que no me extraña que él también lo consiga.

—Te amo, mamá —susurré a su oído al tiempo que besaba su mejilla. Esta sonrió como siempre lo hacía. Mamá era grande, era valiente, muy dulce y cariñosa, no podía pedir una mejor madre que ella, lo tenía todo.

—Yo también, bebé, estoy muy orgullosa de tus logros. Ahora ve y patear un par de culos extranjeros.

Solté una carcajada volteando a ver a papá junto a uno de los amigos más antiguos de mamá, Mauri. Un político estadounidense que ha marcado su trascendencia en la política siendo uno de los primeros en declararse gay a media campaña electoral. Recuerdo que nos

contaba como la mitad de la gente en su partido creía que Mary era su novia embarazada de cuatro meses, pero no era de ese modo. De ser así, la historia hubiera sido mucho más sencilla de lo que fue.

—Adiós, hijo. —Papá me abrazó antes de darme una palmadita cariñosa en la mejilla—, te estaremos viendo por televisión.

—Lamento no poder pasar tu cumpleaños... —Levantó la mano haciéndome callar por completo.

—De eso ni te preocupes, ve y gana, eso es lo que más importa. Los Hamilton no estamos hechos para perder.

Asintiendo, giré para ver a mamá abrazar a Renny con ojos muy llorosos. Renny sonreía satisfecha, muy metida en la plática con mi madre. Era extraño, le hablaba de una manera tan afectiva como si la conociera de toda la vida. «Ojos de cariño», le llamaba la abuela.

—No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo —fue lo único que puede escuchar de mamá.

—¿Qué secreto? —pregunté al tiempo que me acercaba a ellas.

—Nada, Rees, cosas de mujeres.

Odiaba las pláticas femeninas por lo que no quise inmiscuirme más en el tema. Dejé de ser curioso en esas cosas desde que escuché a mamá y a Holly hablar de su primera menstruación. No quería repetir eso.

Despidiéndome de todos, tomé la mano de Renny ajustando mi mochila negra al hombro, el viaje no era largo, sin embargo, esas horas podían servir para ver una película en mi iPad.

—Si consigues un corredor gay tienes que traérmelo —gritó Mauri antes de que cruzáramos la puerta de embarque.

—Sí, claro... —dije, negando con la cabeza con una sonrisa en los labios, realmente me caía bien el tío Mauri.

Encontramos nuestros asientos en primera clase, mi representante ya estaba sentado con su portátil abierto, terminando de mandar unos correos. Ese hombre trabajaba demasiado todo el tiempo.

—David —guardé la mochila debajo de uno de los asientos. Este levantó la vista viéndome primero a mí y después a mi chica.

—Hola, Rees, René

—Renny —lo corrigió ella. Antes de que dijera algo, ella lo volvió a interrumpir—. Renny está bien.

David Daniells hizo un gesto con los hombros regresando a su computadora, me dio curiosidad saber si ese era su verdadero nombre o el idiota solo se había confundido. Hasta donde yo sabía Renny era su nombre real y Ren su apodo. Pero todo el asunto del nombre quedó olvidado cuando ella me indicó que no quería sentarse en la ventana. Sonaba tensa y asustada por lo que no insistí en que la vista era fabulosa desde las alturas.

Me acomodé en el asiento, apachando el botón que volvía clara la ventana del avión. El movimiento de todos los hombrecitos y maletas que se veían desde la ventana era fascinante. Me encantaba volar, aunque odiaba la turbulencia, lo cual hacía todo contradictorio.

Renny tomó mi mano con tanta fuerza a la hora del despegue, cerrando sus ojos, susurrando cosas que no podía escuchar. La acerqué a mí, abrazándola por la cintura. Sentía la necesidad de clamarla, de darle fuerza, era como si todo a su alrededor se estuviera derrumbando.

Comencé a cantar una canción de cuna, por estúpido que parece, estaba arrullando a Renny de la misma manera que hacía con Holly cuando estábamos a oscuras. Ella le temía a eso con todas sus fuerzas, pero siempre estaba para ella.

—Tranquila, Renny Ren. Aquí estoy para salvarte de todo lo malo que pueda ocurrirte.

—¿Y si el avión se cae? —la voz de Ren estaba cortada como si estuviera a punto de ponerse a llorar.

—Bueno... —¿Qué diablos le contestaba? Nunca me pongo a pensar en los aviones que se caen cuando voy en uno. ¡Joder!—. Princesa, si nos caemos al menos ten en cuenta que te estaré abrazando y queriéndote hasta el último respiro de mi ser. Te quiero, Renny Ren.

Esta se separó unos segundos para verme a los ojos. Sus ojos estaban empañados por las lágrimas que estaba reteniendo. El corazón se me contrajo, como si fuera una pasa. Era como ver esas pequeñas niñas asustadas por algún monstruo debajo de su cama. Tan frágil.

—¿Me quieres?

—Sí, Renny, te quiero. Y es una locura que yo lo diga.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas, liberando una sonrisa demasiado hermosa. Tomándola en brazos otra vez, la sostuve hasta que el avión aterrizó en España. Dormimos más de la mitad del camino lo cual fue bueno. Me sentía descansado y listo para ganar.

Valencia era un lugar inigualable. Desde la estructura, las fuentes a mitad de la calle, las flores... Muchas de las cosas me recordaban a mi Londres querido, pero algo sabía tan fresco. Cambiar de ambiente para variar la costumbre era bueno.

El hotel era cinco estrellas, con techos altos, exhibía una decoración antigua y estaba repleto de gente con ropa de las marcas patrocinadoras. El Valenzal era el hotel patrocinador para la carrera de Valencia. Vi a varios corredores platicando escandalosamente, fotógrafos, y damas con escasa ropa hablando en círculo como si fuera un club de lectura.

—Esto es una locura. —Los ojos de Renny estaban en el quinto cielo, viendo la manta que daba la bienvenida a los corredores de Racing.

—¿Te gusta, Renny Ren? Esto solo es el principio.

Conocía todo el ritual y hoy tendríamos una cena con todos los presentes. La gran bienvenida al décimo aniversario de la 88IR.

El año pasado casi me desmayo de lo borracho que estaba con Louis, pero Daniells estaba allí para sacarme la mierda al día siguiente antes de la carrera. Seguía borracho por lo que me caí tres veces y terminé en octavo.

Este año todo era muy diferente. Tomé la mano de Renny pasando a varios conocidos que se detuvieron a saludar. Examinaban a Renny con sus pantalones flojos y su camisa sin mangas pegada a su cuerpo. La mujer era hermosa, incluso con esa ropa poco elaborada. Creo que iría a comprarle más pantalones pegados y blusas sin mangas nuevas. El día que corrió contra mí se veía como el cielo en la Tierra.

Dos horas después, estábamos en la cama, besándonos como si no tuviéramos que alistarnos para bajar en una hora a la cena de bienvenida. Esta pequeña estaba encima de mí, sin camisa ni sujetador, besándome mientras pasaba todas sus tetas en mi pecho desnudo. Cada día que pasaba, mi desesperación por estar dentro de ella se hacía más intensa. Realmente quería quitarle la virginidad para enterrarme en ella siempre que quisiera.

—Vas a matarme, nena —susurré en sus labios.

—Ya falta poco, Rees, un poco más. —Sabía que hablaba de tiempo. Aún no estaba dispuesta a darme su virginidad y eso estaba bien. La esperaría todo lo que quisiera.

—Sabes que te espero, todo lo que quieras, pero cuanto más tiempo pase más voy a tener que complacerme solo en la ducha y sé que te molesta que me toque todas las mañanas.

Era una broma interna que venía desde la primera vez que ella entró al baño para encontrarme masturbándome en la regadera por ella. Estaba gritando palabras sucias mientras la imaginaba a ella contra la pared. Ese día acabamos desnudos, tocándonos, pero no haciendo nada. Ese fue el primer día que Renny experimentó lo que era hacer una mamada real, como le pusimos a la experiencia de chuparle el pene a alguien de la élite.

Cada día nos sentíamos más conectados, cada día éramos más puros que nunca. Esta relación estaba creciendo y no la quería perder por ahora. Sabía que esto era más complicado de lo que parecía, no podía simplemente quedarme eternamente con ella. Era obvio que en algún momento tenía que escoger una Agapi, casarme y vivir una vida como congresista o en la cámara de lores ocupando el puesto de mi padre si él asumía el mando como primer ministro.

No quería pensar en el futuro, solo en el ahora, además, ¿quién dijo que el amor era eterno?

—Bueno, señorita —la quité de encima—, busquemos alguna película para distraernos, porque no podemos seguir besándonos de ese modo.

—Eres un aguafiestas, Race —me dio un último beso—. Yo elijo la película.

Pasamos media hora viendo una película demasiado marica para mi vida, y la siguiente hora yo viendo a Renny arreglarse. Ella estaba metida en el baño, trabajando en su cabello para que le cayera en pequeñas ondas rojas en la espalda, un vestido negro de tirantes, bastante elegante que compramos antes de venir.

—¿Cómo se ve? —Renny se alisó un par de arrugas imaginarias del vestido y dio media vuelta para que pudiera verla de espaldas.

No espalda. ¡Dios santo! Cerré los ojos unos minutos suspirando.

—Te ves increíble —le sonreí.

—Bueno —señaló el baño—. Ve a bañarte.

Me levanté, pasando junto a ella guiñándole un ojo seductoramente. Caminé haciendo un pequeño baile gracioso y me fui directo al baño. Escuché la risa de Renny a lo lejos antes de cerrar la puerta.

Renny

Tomé la mano de Race antes de bajar la última grada a la gran sala. Era como un baile de otoño en Londres, las decoraciones naranjas y cafés me recordaban la época en que iba con mis padres a los bailes de la élite. Quitándome a Renny de encima, saqué a Rene a pasear un poco como en el cumpleaños de Race.

Sonreí y saludé a todos, me deslicé con elegancia hacia la pista de baile cuando Race me pidió bailar una pieza y me cubrí la boca para reír a la mitad de la cena. Me educaron de la mejor manera del mundo, mis padres y abuelos hicieron un trabajo estupendo conmigo y en estas ocasiones no quería decepcionarlos. Sabía que mañana todo sería distinto, allí volvería a ser Renny Ren, la chica mala de las motocicletas, la que sabía cambiar una llanta en un minuto.

Así era mi vida, llena de apariencias, enseñando a la chica que no soy por intentar ocultar algo que siempre fui. El resentimiento de la pérdida de mis padres era lo que rondaba mi cabeza, era lo que me hacía perder la cordura de vez en cuando, todo en cuestiones de la élite inglesa.

Muchas veces solo quería contarle a Rees quién era yo, pero muchas otras temía siempre lo peor. Así era esto, siempre sería así.

—¿Quieres pastel? —Race señaló el pastel de chocolate de su plato, se veía demasiado rico que no podría decir que no.

—Pero tomó del área donde no has metido tu saliva. —Hice una cara de asco antes de adentrarme al pastel. Race se acercó para besarme los labios y llenarme de chocolate al mismo tiempo.

En un pasado, nunca pensé estar de este modo con Race Hamilton, cuando lo conocí de pequeños, él estaba dispuesto a enseñarme un mundo el cual mis padres intentaban mostrarme, pero no lograban, uno al que no pertenecíamos por sangre, pero si por un linaje de políticos no reales.

Mi padre fue embajador en Estados Unidos mucho tiempo. Durante los primeros ocho años de mi vida. Cuando regresamos, él se convirtió en asesor político del primer ministro Hardin, también asesoraba a William Hamilton, padre de Rees y Holly, los gemelos más conocidos de la élite.

Me la pasaba jugando mucho con Louis, él me presentó a Holly que se convirtió en muy buena amiga, en ese entonces me veía como

su igual, nada nos separaba y la mayor parte del tiempo estábamos molestando a los dos hombrecitos de la casa. Verlos ahora era tan distinto, tan extraño.

Rees y Louis eran un desastre puro, pero Rees y yo teníamos esta extraña unión que nos hacía competir todo el tiempo. Me gustaba mucho, desde muy pequeña veía algo especial en él. Fue por él que entré al mundo del *motocross* cuando iba a verlo correr, fue por él que descubrí mi nueva identidad. Lo malo es que él nunca supo que con enseñarme algo había salvado mi vida.

Un día Rees les pidió a mis padres que no me llevaran a su viaje a Francia, les pidió que me quedara para ir a ver su primera carrera. No llegó en primer lugar, pero vaya si no hizo un gran show al terminar.

Cuando Abigail me avisó de que el avión de mis padres se había caído, mi mundo se vino abajo. Esa noche dormí en los brazos de ese niño que creía ser un superhéroe, la cosa es que él no tenía ningún súper poder, pero había salvado mi vida y yo estaba fascinada con él.

—Estoy muy cansada... ¿Podemos irnos ya? —pregunté, tomando su mano bajo la mesa.

—Sí, nena, vamos, yo también estoy cansado. ¿Crees que gane mañana? —La pregunta era juguetona pero llena de intriga. Mi niño tenía curiosidad.

—No me cabe la menor duda, Race Hamilton. —besé sus labios, subimos en ascensor hasta nuestra lujosa habitación.

Estaba más que dispuesta a entregarle mi virginidad a Race esta noche, quería que este tiempo compartiendo juntos significara un vínculo suficiente para fortalecer esta relación. Quería a Rees, siempre lo quise, ahora también quería a Race y quería ser esa persona con la que él contara siempre, pero aún le ocultaba muchas cosas que quería arreglar en este viaje. No quería mentirle más, ocultarle mi identidad. Es fatigoso vivir con una mentira toda tu vida.

Cuando Rees regresó del baño, lo tomé de la cara acercándolo más a mí, como si él supiera, me bajó el cierre del vestido con mucha habilidad. Dejándolo caer, Race me acostó en la cama, besándome con pasión y lujuria. Quitándole la camisa, besé con más fogosidad, saboreando los microscópicos restos del pastel de chocolate aún presentes en sus labios.

Podía distinguir cuando era Rees y cuando era Race a quien besaba. Rees era dulce, cariñoso, y Race era una bestia al que quería desgarrarle la ropa y acostarme en la cama esperando a que me volviera loca.

Desabroché su pantalón, bajándolo con pequeños movimientos. Race se puso de pie viéndome fijamente, no dije nada, solo necesitaba darle esa mirada que él sabía que significaba que estaba lista. Él lograba entenderme sin decir absolutamente nada. Él entendía mi silencio.

—Te deseo tanto —dijo y me contempló de arriba para abajo. Tomé las braguitas de encaje que Rees me había comprado hacía una semana, las bajé exponiendo toda completamente depilada para la ocasión. Vi cómo Rees sostenía la mirada en mí, pero no sentía vergüenza, no sentía nada de pena con este hombre. Solo amor.

Quitándose los calzoncillos negros, pude ver su erección totalmente lista, se alejó para ir por un condón y acercarse de nuevo, colocándose. Mi corazón comenzó a latir con más fuerza, estaba temblando, pero esto era lo que quería, siempre quise que él fuera el primero como su madre fue la primera con su padre. Siempre admiré la historia de los Hamilton, era digna de una película de Hollywood.

—Ábrete, pequeña. —Rees tomó mis piernas separándolas más para posicionarse en medio. Podía sentir su pene en mi húmeda entrada. Solté un gruñido cuando sobó mi clítoris con su punta. ¡Madre mía! Esto era demasiado intenso.

—No te muevas, no puedo perder el control, no ahora. De lo que sé, esto duele.

—Eres de lo peor, Hamilton, se supone que me dices que no duele —dije, sosteniéndome en sus brazos al tiempo que él bajaba la vista para verme a los ojos.

—Yo no miento, Renny, nunca miento. Ahora quiero que me veas a los ojos.

Asintiendo, lo tomé con más fuerza sintiendo cómo mi parte íntima ardía en deseo. Solté el aire cuando sentí el singular rompimiento de membranas y un calor intenso que se apoderaba de mí. Rees estaba adentro y podía sentirlo.

Después de lo que pareció ser una eternidad de ver a Rees respirar con dificultad, este se alejó, haciéndome sentir vacía antes de volver a entrar con un poco más de fuerza. Mis hombros se relajaron a la quinta vez que movía sus caderas, el dolor había desaparecido y

estaba lista para disfrutar de esto. Lo besé, sintiéndolo entrar y salir, escuchando su respiración y gruñidos eventuales. Eran demasiado eróticos.

—¡Mierda! —gritó Rees, o Race, a estas alturas no sabía quién de los dos era.

Relajándome, lo dejé que me tomara, primero lento y luego con más fuerza. Ya no sentía dolor lo cual era bueno. ¿Extraña? Sí, me sentía extraña. Como si tuviera vergüenza y al mismo tiempo no. Tampoco me movía, porque no sabía cómo hacerlo o porque tenía miedo de cagarla.

Rees llevó su mano a mi clítoris, trazando pequeños círculos que me volvían loca. Grité de placer olvidándome de todo pensamiento coherente que tenía hasta ese momento. Los gruñidos de Rees aumentaron y me dejé guiar por él, explotando en una nube de sensaciones.

—Creo que ahora sí estoy jodido de por vida. —Race se acostó en la cama junto a mí. Jadeando como si lo que necesitáramos desesperadamente fuera aire.

—¿Por qué? —Tenía que preguntarlo, aunque estaba segura de que sabía la respuesta. Tanto Rees como Race eran muy parecidos a mí, más de lo que me gustaría admitir.

—Porque me gustó mucho esto, Renny Ren. Tendrás que ser mía a todas horas.

Me tapé la boca para reír por su comentario, tomándole la cara para susurrar.

—Entonces, soy tuya.

Siempre fue de ese modo, siempre le pertencí, aunque no supiera que estaba loca por él como una niña poseída. Había tenido otros novios y también me había enamorado cuando estuve viviendo unos meses con mi abuela en París. Mi vida había sido dura en muchos sentidos, pero estaba a gusto de como la estaba viviendo hasta ahora.

—¿Renny? —susurró Race un momento antes de caer dormidos.

—¿Sí?

—¿Crees que vas a llamarme Rees algún día o seré Race toda tu vida?

En mi cabeza casi siempre era Rees, pero al momento de hablar con él siempre lo llamaba Race. No podía llamarlo Rees y recordar esa época en la que Rees era mi palabra favorita. Negué con la cabeza y me recosté sobre su pecho.

—Algún día, Race.

Ese día no sería hoy, ni mañana. Ni durante una larga temporada.

El uno en las venas

Renny

La ovación de la gente resonaba en mis oídos, gritos y aplausos celebrando la primera categoría. Rees estaba con su traje negro y gris, saltando como si estuviera calentando antes de una carrera de atletismo. Su entrenador le hablaba llamándolo a la calma, su equipo de carreras revisaba la motocicleta y su representante atendía a todos los medios de comunicación que se acercaban para tener una entrevista.

En qué momento se les ocurre a los imbéciles querer una entrevista. ¡¿No ven que tiene que concentrarse?! ¡Carajo con los medios!

Crucé las piernas en la silla metálica que me fue asignada debajo de la carpa blanca estampada de logos. Podía ver entre la multitud varios carteles con el nombre de Race Hamilton. Realmente era aclamado, uno de los favoritos. Me sentí como toda una celebridad cuando entramos al domo. Los periodistas, las cámaras, los autógrafos, las fotografías.

¡Una locura!

—¿Bebé? —Levanté la vista para ver a Race con el casco en la mano—. Ya tengo que ir al otro lado, quería mi beso de la suerte antes de tener que ir a patear un par de culos.

Le sonreí, poniéndome de pie, le tomé la cara envolviendo mis brazos en su cuello, acercándolo hasta quedar a centímetros de él. Su

aliento era fresco, su respiración entrecortada y estaba segura de que si pegaba mi mano a su pecho, sentiría su corazón latir a mil por hora. Mi niño estaba nervioso y sabía cómo calmarlo.

—Te espero en la línea de meta, cuanto más rápido seas, más rápido me tendrás en tus brazos de nuevo. Piénsalo.

Besé sus labios, profundizando mi lengua, tal como a él le gustaba. Succioné su labio inferior ocasionando un delicioso revuelco en mi estómago. Él se separó para verme con esos ojos azul cielo que tanto me gustaban.

—Eres una apasionada para besar —dijo, dándome una sonrisa.

—Te quiero, Race.

—Yo también te quiero, nena.

—¿Mucho? —sonaba como una gran niña pidiendo un poco más de cariño, pero vaya si no lo necesitaba.

—Las estrellas no son suficientes.

¡Santa mierda! Si sigue con esa actitud no seré capaz de detener mi corazón de tanto amor. Mi vida se estaba volviendo una locura gracias a él. Dándole un último beso, vi cómo mi corredor favorito de todos los tiempos salía a ganar esta carrera.

Desde la primera vez que lo vi subir a una moto, supe que lo más complicado sería bajarlo de ella. Recuerdo que era impresionante verlo correr, practicaba todos los días. Se caía y volvía a pararse. Nunca

se detenía hasta que lo lograba, lo que más me asustaba eran los trucos, sobre todo, esas malditas vueltas que sacaban todo el miedo que tenía por dentro.

Volví a sentarme en mi silla metálica junto a Daniells. Este estaba al teléfono haciendo unas apuestas a favor de Race. Definitivamente tenía que ganar a toda costa, esas sumas eran grandísimas. Si ganaba al final de la competencia nacional, se volverían multimillonarios los dos. No es como si Race no lo fuera ya gracias a sus padres, pero me gustaba como él siempre intentaba ganarse su dinero sin depender de ellos.

—Tu nombre es Rene Scott. —Me sorprendió la voz de Daniells.

—Y el tuyo, David Daniells. ¿No es así? —¿A qué viene esto?

—Los medios quieren tu nombre completo, Rene. De seguro mañana estarán en cada periódico y revista ¡Hola! del lugar. Race es una celebridad y esta carrera es de las más importantes.

¡Carajo! Nunca pensé en eso. Sabía que era famoso y que los medios estarían encima de él, pero no que me investigarían, no necesitaba eso, no ahora, mucho menos que Race se enterara de mí por medio de un maldito periódico. Debía decirle lo antes posible, pero ¿cómo? No estoy preparada para decirle.

—¿No pueden poner Renny o acompañante?

—Te esmeras en ocultar tu identidad. ¿Por qué?

—No me gusta el nombre Rene. —Era una gran mentira, me encantaba mi nombre, pero me recordaba a papá, era exactamente el mismo nombre que él, Rene Scott.

Pensé en mamá, en cómo me acurrucaba en sus brazos cuando estaba asustada, en cómo me decía cosas lindas al oído, eso necesitaba cuando me hablaban de ellos, cuando me decían por qué no usaba mi nombre... Los extrañaba desde lo más profundo de mi alma.

—Bueno, Rene, es una lástima. A mí me parece un nombre bastante bonito, ahora qué tal si me cuentas de ti para saber qué poder decirles a los medios de comunicación.

Rechacé la petición, no quería que nadie tuviera un solo dato de mí, esto era malo. Mi vida no era algo que pudiera simplemente salir al aire y ser comentado. Sabía que los medios preguntaban antes de investigar, si no les decía algo quizá investigarían y allí sabrían exactamente quién era y eso sería mi fin con Rees.

—Mis padres son... Theo y Eloise Scott. Son abogados. Vivimos en Leeds toda mi vida hasta que empecé la universidad. Soy una fanática del motocross y el Racing desde pequeña, pero esta es mi primera carrera internacional. ¿Algo más?

Al menos no todo era mentira, ¿verdad? ¡Dios! Voy a irme al infierno por mentirosa.

—¿Qué estudiaste y qué carrera?

—Eso no es relevante —dije intentando excusarme.

—Bueno, deja que ellos lo averigüen entonces o se inventen algo peor.

Solté un gruñido frustrado. Aquí la celebridad era Race, no yo...
¿Por qué dar mi información?

—Universidad de Londres, relaciones internacionales. —No mentí porque de seguro eso si era bastante fácil de comprobar.

Me gustaba vivir con Lucy, ella me cuidaba y me hacía sentir bien. Me dio un hogar cuando más lo necesitaba, pero eso no significaba que todo fuera color de rosas. Mi actitud rebelde y su escaso tiempo gracias al hospital volvía todo un caos. Hace una semana que no hablo con ella y estoy comenzando a extrañarla.

Le mandaré un mensaje, creo sería lo mejor en estos momentos.

—Impresionante, tenías una beca del setenta por ciento. —dije, abriendo los ojos como si fueran a salirse de sus órbitas, no me creía lo que escuchaba. ¿Cómo diablos lo sabías?

—Y tú, ¿cómo diablos lo sabes?

Este volteó su teléfono en una ficha de mi vida, con los nombres de mis padres reales y toda mi maldita información.

—No iba a permitir que vinieras a un viaje tan importante sin saber quién eras, Rene Scott, hija de Rene y Leonora Scott, embajadores del Reino Unido en Washington d.c. durante quince años, incluso tú naciste en las tierras estadounidenses. Lamento lo de

tus padres, según veo eran muy queridos dentro de la élite, lo que no entiendo es cómo paraste lejos de todo eso.

—Usted no entiende nada. —Ahora si estaba molesta.

—Cambiaste bastante —dijo, enseñándome una foto mía junto a Holly.

Tenía el cabello tres tonalidades más claras, bastante corto, las pecas marcadas. Parecía una niña, claro que había cambiado, bajé de peso, me hice tatuajes y me teñí de un rojo más intenso. La mitad de las personas no me reconocían, a menos que fueran una Abbi «Súper Observadora» Sheperd.

—Race no lo sabe, tampoco tiene que saberlo de mi boca, los medios de comunicación tampoco.

Vi cómo este hombre me observaba con toda su elegancia y mi hoja de vida en el celular. Entendía a la perfección que era su trabajo, pero... No quería que contara nada. Cada día que pasaba, entendía que debía decirle a Rees quién era, maldito valor que hace falta.

—Gracias —susurré justo a tiempo.

Los altavoces avisaron la carrera profesional División 2. Todos los presentes estallaron en gritos, el sonido de acelerones se escuchaba desde donde estábamos, pero no podía ver absolutamente nada. David Daniells me tomó de la mano para subirme a una plataforma donde estaban varios representantes de otros corredores, las esposas, hijas y novias de los corredores estaban en el mismo lugar, unas de ellas gritaban, las otras observaban la carrera con sus lentes oscuros y una

maldita manicura bien hecha. Estas mujeres parecían modelos mientras yo estaba con mis pantalones flojos, exhibiendo mi estilo punk. Definitivamente tenía que ir mejor arreglada a la siguiente carrera.

—Tú eres la novia de Race, ¿verdad? —preguntó una chica que parecía súper modelo, con unos tacones que matarían a cualquiera si alguno le caía de punta en la cabeza.

—No soy su novia. —Quería decir «¡futura novia, imbécil!», pero quizá Rees no quisiera etiquetas.

—Sí, bueno, qué estúpida. Race tiene que tener una de la élite, esa que usan en su país, se me olvida que tiene que ver con la realeza. El año pasado la pasamos muy bien, una lástima que este año venga «ocupado» —soltó una risita estúpida—. Deberías de intentar verte mejor, cualquiera te lo puede robar, es Race Hamilton. ¡Por favor!

Actué como si realmente no me importara, pero la verdad era esta, me importaba más que a cualquiera. No quería que me robaran a Race, pasé toda mi vida intentando tener su atención y cuando finalmente me había rendido, él apareció sorprendiéndome completamente.

Ese día en el hospital pensé por un momento que tanto Holly como él se darían cuenta de quién era, pero los tatuajes, la vestimenta y el exceso de maquillaje fueron suficientes para evitarlo. Nunca me imaginé encontrarlo postrado en una cama, mucho menos que Lucy me hiciera llegar para que lo viera, era culpa de él que me gustaran tanto las motocicletas, también era su culpa que aún estuviera viva.

Respiré hondo cuando el banderazo de salida se marcó. Corrí a la baranda gritando, «¡Vamos, Race!», aunque sabía que gritara lo que gritara, él jamás me escucharía. Mi corazón latía tan fuerte que no creí posible que no me diera un ataque, somaté el hombro de Davis que se ahogó con su botella de agua, tosiendo como si fuera a morir de ese pequeño trago de agua. Señalé a Race de segundo, emocionada, brincando como loca.

David tomó unas fotografías y grabó videos, emocionado de lo que veíamos los dos.

Su motocicleta de velocidad era plateada, bastante hermosa. Se deslizaba con una habilidad impresionante, al igual que Moretti, el número uno en estas carreras. Grité viendo la segunda vuelta. Dos más para que el circuito terminara. Race seguía en segundo lugar, pero estaba extremadamente cerca del uno.

—El número 7, Race Hamilton se mantiene a centímetros de Christian Moretti, número 14, diputándose el primer lugar en esta primera carrera en la división MotorGP. Los dos competidores están teniendo un desliz impresionante. —La voz del locutor sonaba en los altavoces, haciendo que todo en mi interior vibrara más.

—Y ahora es cuando lo pasa —dijo Daniells señalando a Race. Como si esa fuera la técnica, Race aceleró superando a Moretti por dentro. La audiencia entera estalló en gritos, unos maltratando a Race y otros apoyando su hazaña impresionante. Salté como una estúpida recordando cómo había celebrado su tercer lugar en la quinta carrera del año pasado por televisión. No podía creer que ahora lo estaba viendo, en uno de los mejores lugares.

—¡El número 7 entra en primer lugar! —gritó el locutor haciendo que todo esto se volviera una locura. Abrazando a David, bajé corriendo las escaleras para ir a buscar a Race.

Me paré en la carpa, tensa, esperando a que llegara, pero Daniells me tomó de la mano, guiándome hasta donde estaban los competidores recibiendo felicitaciones, llenas de medios de comunicación. Race se quitó el casco, moviendo la cabeza de lado a lado como si estuviera saliendo de la piscina.

Me paré para verlo, estaba ocupado para que lo interrumpiera. Los medios se abalanzaban sobre él pidiendo entrevistas, preguntándole qué sentía por haber ganado la primera carrera, ¿de pasar de un octavo a un primero!

¡Al diablo los medios!

Salí corriendo cuando nuestros ojos se cruzaron, me abalancé sobre él sabiendo que me recibiría en sus brazos. Race me tomó de la cintura ayudando a subirme a su cadera enroscando mis piernas, besando sus labios.

La sonrisa de Race se hizo más grande cuando grité emocionada que había ganado, me acercó, besándome una vez más, demostrándole al mundo entero lo enamorado que estábamos. Sentí los flashes y las cámaras encima, pero nada impidió que no sintiera amor puro por este hombre.

—Creo que a partir de mañana, Renny Ren, pasas a ser mi novia oficial en todos los medios de comunicación.

Mi sonrisa se desvaneció por su comentario, no quería ser su novia en los medios, quería ser su novia en la vida real. Este frunció el ceño al ver que ya no estaba sonriendo. Intenté disimular, pero realmente tenía mis dudas que algún día fuera a ser más que una acompañante.

—¿Qué pasa, bebé?

—Nada, te quiero —dije para quitar el golpe del momento.

—Yo más —bajándome de sus caderas, Rees puso una rodilla en el suelo, viéndome con esos ojos de amor que siempre quise de su parte. Este me dio una sonrisa mandándome tres veces al cielo de Rees. ¿Qué diablos haces de rodillas?

—¿Qué haces? —pregunté cuando tomó mi mano.

—¿Quieres ser mi novia, Renny Ren? —las cámaras nos enfocaban una vez más. Estaba sorprendida, sin respiración. Todo mi mundo estaba colgando de un hilo. ¡¿Quería que fuera su novia?! ¡Race Hamilton! Los ojos se me llenaron de lágrimas, sentí cómo mis palabras se perdían por completo.

Soñé desde pequeña que esto pasara, nunca lo pensé posible, pero estábamos aquí, en la primera carrera del 88IR y me estaba pidiendo que fuera su novia. Race se puso de pie, besando mis labios provocando una ovación en la gente aún más fuerte que al terminar la carrera. De seguro lo ven como un puto compromiso de bodas, pero solo me estaba pidiendo ser su novia y yo eufórica le daba un sí.

Sus compañeros de fórmula comenzaron a tirarnos agua celebrando el nuevo noviazgo y el primer lugar. Varias personas que no conocía me abrazaban y me felicitaban, lo mismo ocurría con Race, incluso unas mujeres a las cuales quería apartar de inmediato por la poca ropa que estaban usando.

—¡Bien campeón! —gritaban unos.

—¡Así se hace, Race!

—¡Alguien festeja bastante bien hoy!

¡Jesús! ¿Dónde están los filtros?

Comenzamos a caminar a donde estaba la carpa, nuestra carrera estaba terminada, pero aún faltaban tres categorías más y, según el protocolo, teníamos que quedarnos hasta el final. Rees se cambió a unos vaqueros y una camisa negra con el cuello en v con el número 7 y su nombre grabado con un diseño muy único, el mismo que tenía en todas sus cosas.

Regresamos al palco, donde estaba el resto de competidores tomando cerveza y *whisky*. Race se sirvió un trago, pasándome uno a mí, brindamos y celebramos con todos los demás.

No me apartó de su lado en todo el momento que estuvimos allí, me sostuvo de la mano como su perla más invaluable. Reímos y disfrutamos como pareja y esa noche me hizo el amor, por primera vez como su novia.

¡Maldita carrera!

Rees

No puedo creérmelo, esto es imposible. Moví la mano para subir el volumen de la pantalla plana al tiempo que le pegaba a la cama frustrado, molesto por lo que estaba viendo. ¿Cómo es esto posible? ¡Dos malditas carreras! ¡Dos en segundo lugar!

Estaba muy distraído y nervioso, Moretti tomó la ventaja estos días, pero tenía que alcanzarlo en Roma y en Francia, no me podía permitir perder. No quería un maldito segundo lugar, ni en sueños, ese no era mi número de la suerte. Uno, siempre uno.

—Tus deslices están bien, amor, quizá en la salida es que estás fallando. —Renny colocaba una pastilla para conciliar el sueño junto a un vaso de agua.

Tenía razón en algo, esas pastillas de mierda estaban manteniendo mis sentidos estables. Tenía que mejorar mi descanso diario para no estar como *zombie* la mayor parte del día.

—Necesito ganarle, Ren, no puedo permitirme ese segundo lugar.

—Entonces, en Roma tienes que ganar como nunca, no sientas miedo por la velocidad, deja que la adrenalina se apodere de ti, amor.

Le sonreí al escuchar la palabra amor, esta mañana fue la primera vez que la dijo y escucharla con tanto cariño me gustaba. Cuanto más la pasábamos juntos, más sentía que la conocía de un tiempo atrás. No

creía en las almas gemelas, a pesar de que Holly decía ser la mía, pero sí creyera en esto diría que Renny era una de mis partes.

Dicen que las almas gemelas se encuentran en cada vida, quizá en mi vida pasada ya había conocido a Renny y este era un extraño reencuentro. El universo trabaja de maneras tan extrañas que no me parecería raro que fuera de ese modo.

Renny se sentó a mi lado, encima de la cama, viéndome con esos ojos verdes, como si quisiera decirme algo, pero no encontraba el valor, hace días que la veo con esa intención, pero siempre la evade.

—¿Qué pasa, Ren? —pregunté acercándome a ella.

—Nada, Race, ammm... Quizá será mejor descansar para mañana —definitivamente, me estaba ocultando algo y eso no me gustaba para nada.

No era de esas personas que se quedan esperando o rogando a que los otros decidan hablar, definitivamente no soy de esos. Me volví a acostar, ignorando su rostro malhumorado, ya estaba de buenas y eso no era saludable.

—¿Estás enojado? —preguntó, poniéndose de pie.

—Me estás ocultando algo y eso no me gusta.

—Sabes, Race, tengo algo que decirte, pero cuando estemos de vuelta, te necesito concentrado y cien por ciento en tu línea de meta, lo mío no es absolutamente nada importante, la carrera, sí. ¿Entendido?

—No puedes estarme ocultando cosas, si no quieres estar conmigo solo tienes que decirlo. —Una parte de mí realmente creía que Renny me dijo que sí por lástima.

—Serás idiota, no es nada de eso —soltó un suspiro de frustración—. Pronto te contaré todo. Ahora solo tienes que ganar.

Pero ¿a esta qué le pasa? Regresando mi vista al televisor, decidí buscar algo mejor que ver, ya estaba cansado de la puta repetición de la carrera una y otra vez, donde remarcaban que «Race Hamilton había obtenido el segundo». No soy el segundo en nada, siempre voy primero, soy el número uno. Tengo que serlo.

Pasando un canal de música, Renny pegó un grito tirándose encima de mí. La canción era una viejada de la época de mis padres. Un dj o algo por el estilo, la había escuchado antes porque a William le gustaba bastante. Vi cómo Ren le subía el volumen y se paraba en la cama extendiéndome sus manos.

Los tomé, dejando que me levantara, saltando sobre la cama, Renny comenzó a cantar, moviéndose de un modo nada sexy. Esta era una Renny alegre, una que se despreocupaba de todo y se dejaba guiar por el momento.

Moviendo los hombros, relajándome completamente, dejé que la música invadiera la habitación del hotel. Tomé mi mano simulando un micrófono, cantándole a Renny mientras ella hacía exactamente lo mismo, esperando a que la parte importante de la canción estallara para volver a movernos como locos. La melodía era un ritmo pegajoso, listo para transportarnos a un lugar donde nada importaba más que nosotros dos.

Tirándome en la cama de forma dramática, atraje a Renny hacia mí, acostándola en mi pecho al tiempo que una canción mucho más tranquila inundaba la habitación. Esto era una delicia.

—Te quiero, Race —susurró, besando mis labios.

—Yo también a ti. —Y por ese momento, todo quedó olvidado.

Entramos al nuevo hotel, este era un tanto más antiguo que el de Valencia. Las sillas rojas esponjadas, los techos con lámparas de araña. Roma era un lugar bonito, con buenas vistas, pero este lugar sí era una antigüedad. Caminando hasta el elevador, que era de esos que tenían botones de subir y bajar, nada sincronizado con tarjetas como los que estaba acostumbrado. ¿Quién diablos usa botones hoy en día? Esto es una pasada de moda.

—Cena de bienvenida a Roma, Race, no puede faltar.

Asentí, siguiendo a Daniells con la mirada, viéndolo entrar a su habitación que estaba justo a nuestro lado. Odiaba que esta reunión fuera solo de hombres, las mujeres estarían en una reunión para «Damas», una mierda así. No me gustaba separarme de Ren, menos en estos eventos, pero también sería divertido un poco de noche de hombres. Unos whiskys, chupitos, las pláticas desenfundadas acerca de sexo y mujeres. Sí, necesitaba un poco de testosterona en mi vida social. Las pláticas de chicas se estaban volviendo muy de mi vida diaria y eso no era bueno.

—¿Mañana corres? —preguntó Renny abriendo la maleta para dejar sus cosas en el armario, al menos eso si estaba computarizado, al igual que el minibar y la televisión.

—Sí, mañana corro, por eso no regresaré tarde.

Teníamos varias horas antes de ir a nuestras actividades, en estos días no habíamos hecho casi nada, todo por mi estrés por las carreras. Necesitaba un poco de liberación, por lo que la tomé de la cintura acostándola en la cama, besando su cuello mientras me colocaba en medio de sus piernas desnudas, me encantaba que se colocara esos vestiditos que compramos al día siguiente de llegar a Valencia, al parecer, el impacto de las demás chicas había hecho que Renny quisiera arreglarse más. No iba a quejarme, se veía espectacular.

Subiendo la mano por toda su pierna, hasta llegar a sus bragas, sobé la delgada tela, sintiendo cómo todo empezaba a temblar, ella también lo necesitaba. Metiendo mi mano dentro de esas braguitas blancas, toqué su clítoris, trazando circulitos para excitarla.

Renny soltó un pequeño grito pidiendo más, por lo que bajé hasta colocarme en medio de sus piernas. Absorbiendo su aroma, pasando mi lengua por toda su humedad, metiendo mis dedos al tiempo que la tentaba a gritar con más fuerza.

—¡Race! —su voz sonaba como melodía de ángeles excitados, una combinación única.

—Vamos, baja más —dije, quitándole las bragas al tiempo que le tomaba las caderas para que estuviera más a mi acceso, como si fuera

la cosa más deliciosa que hubiera probado. Renny era una adicción, me encantaba su sabor, su aroma, todo en ella era mi obsesión.

Una de mis manos estaba en sus pechos, masajeando encima del vestido y el sujetador, tentando a ese pezón. Mi erección crecía debajo de mis pantalones, reclamando una salida monumental. Me puse de pie, desabrochando mis pantalones y quitándolos de un solo tirón. Renny sonrió al verme completamente listo para ella. Me acomodé en sus piernas pasando mi erección en su parte sensible, aumentando su deseo de mí.

—¡Por favor! —suplicó Renny.

Penetrándola poco a poco dejé que mi mundo se llenara como siempre que estaba con ella. Movimientos lentos y sincronizados. Bajé hasta sus labios reclamándolos, besándola con suavidad en cada movimiento.

Lo más especial de Renny era esto, que no existía un solo momento donde no encajáramos a la perfección, nos conocíamos sin ni siquiera conocernos. Solo una vez en el pasado tuve una conexión así y era con la pequeña amiga de Holly, Neny, como le decían sus padres de cariño. Rene, como yo la conocía. Lo último que supe de ella fue que se mudó a Estados Unidos, alejándose del dolor que le causaba haber perdido a sus padres en ese accidente aéreo.

Sintiendo cómo el cuerpo de Renny convulsionaba, me dejé ir con ella gritando su nombre, perdiéndome por completo. El sexo era relajante, y me sentía muy bien después de hacerlo.

Renny

Las mm, mejor conocidas como las Mujeres de Motociclistas, estaban impecables, muchas de ellas con mi estilo, llenas de tatuajes. Otras con sus perfectas uñas y su perfecto cabello haciéndonos ver ridículas con este aspecto de malas. En fin, me había hecho amiga de algunas de ellas, incluyendo las señoritas perfección.

Todas tenían curiosidad de cómo Rees Race Hamilton se había quitado la atadura de tener una Agapi y cómo había parado con una «mortal» como yo, era sencillo responder que estábamos enamorados cuando la verdad era que estábamos rompiendo todas las malditas leyes del Reino Unido. No sabía que pasaría al regresar, si podríamos estar juntos, o si este juego de los amantes se acabaría cuando sus padres lograran comunicarse con él.

Hasta el momento no teníamos noticias de nadie de las tierras reales, tampoco Rees se había comunicado, supongo que por miedo a lo que le dirían sus padres.

—Renny, escuché en las noticias que viviste toda tu vida en Estados Unidos, en Washington. ¿Cómo era? —Mónica, la española agradable, me preguntó con su marcado acento.

—Es... Es diferente, muy diferente. Para ser sincera, prefiero la vida en el Reino Unido, es mucho más tranquila.

Sabía que varias historias habían salido al aire en las noticias, las cuales Rees aún ignoraba gracias a mi insistencia de cambiar de canal cuando empezaba la farándula. Tenía mis métodos y usar el sexo era la principal.

—Lamento millones que pasarás por todo lo que estás pasando, nena. Debe ser difícil tu relación con Race viendo todo lo que ocurre en las elecciones de nuevo ministro.

Un punto a favor de la española. ¿Qué? ¿Primer ministro? Me quedé viendo a las demás chicas esperando alguna aclaración de qué diablos estaban hablando, no podía ser que estuvieran eligiendo primer ministro tan pronto, ¡era imposible! Aún faltan dos o tres años.

—¿Me lo aclaras?

—¿Cómo no vas a saberlo? Se supone que el padre de Rees va a asumir el cargo de quedar electo, están en campaña en estos momentos. ¿Acaso no ves las noticias? El primer ministro actual renunció por enfermedad.

¡Mierda! Por eso no se han comunicado con Race, porque esta noticia lo sacaría de su concentración aún más, porque esto es para lo que William se ha preparado toda su vida. ¡Santas cagadas del siglo! Esto sí está mal, muy mal.

—Estamos en concentración, así que no, no quiero que Race se entere aún de esto. ¿Puedes no comentárselo?

Esto sería una distracción enorme. ¡Más si supiera que las elecciones serán dentro de poco tiempo! Preguntando más acerca del caso del primer ministro, no soporté más esto. Subí a la habitación, prendí la televisión con el movimiento de manos y programé todas las noticias acerca del primer ministro en Londres.

William salía dando sus discursos acerca de reformas en el sistema, de mejoras en las relaciones exteriores y el apoyo que se seguiría dando para los afectados de la guerra en Siria. Escuché un par de preguntas acerca del accidente de Race, del problema de Holly y Adam, pero nada acerca de mí, lo cual me dejó más tranquila.

Cerré los ojos y por primera vez en mucho tiempo me permití llorar porque mis padres estuvieran aquí, que alguien me escuchara y me aconsejara, una persona que entendiera que mis sentimientos por Rees nunca desaparecieron, siempre han estado allí.

Sus palabras siempre quedaron guardadas en mi corazón, nunca las olvidaría.

—Tranquila, Neny, todo estará bien —decía al tiempo que me abrazaba con fuerza.

—Ellos... Ellos... —Mis palabras no salían, se negaban a aceptar que ellos ya no estaban.

—Están en tu corazón, eso nunca va a cambiar.

—¡Pero están muertos! —grité, sintiéndome impotente.

Los brazos del pequeño Rees me consolaron, me dieron valor para sobrevivir el entierro de mis padres ese 25 de febrero. Lloré como nunca antes había llorado, me arrancaron un pedazo del corazón, me hicieron trizas. Estaba rota.

Perder a tus padres no es algo fácil, no cuando estás creciendo y necesitas que aún sean tus guías. No podían abandonarme siendo tan

pequeña, los necesitaba conmigo, para que me volvieran fuerte, para que me dijeran que todo iba a estar bien. Una niña no debería pasar por todo esto.

—Sabes, Rene, voy a protegerte, nada te va a pasar mientras yo esté a tu lado. —Teníamos solo once años, tan pequeños e ingenuos, como si realmente pudiéramos tapar todo el dolor que sentía con palabras.

La verdad era que no, las palabras vinieran de quién vinieran nunca serían suficientes, pero en ese momento bastaron para sacarme una sonrisa.

—¿Lo prometes, Rees? ¿No me va a doler?

Él sonrió, abriendo sus ojos azules. Tenía una mirada picante desde muy pequeño.

—No, Rene, nunca. Seré tu superhéroe, siempre. Lo prometo.

Una semana después de eso, fui trasladada a la casa hogar, lejos de los Hamilton, lejos de Rees, lejos de todo lo que conocía. Sintiéndome abandonada por ellos, ahí comenzó mi miserable vida, mi realidad, la mentira de vida que estaba viviendo. Ahí comenzó mi rencor por toda la élite, aun cuando regresé por un tiempo con mi abuela a París y me di cuenta de que ella no había querido hacerse responsable y me destrozó más. Ahí cuando creías que tu vida era una tragicomedia de mierda.

Y aquí vamos

William

Es fácil decir que la vida es sencilla y que todo marcha como nos gustaría que marchara. Mucho más fácil es decir que no existe ninguna complicación, que vivimos en la maldita burbuja que siempre quise crear para mi familia, pero la realidad es muy diferente a la expectativa.

Tiempo atrás, cuando convencí a Abbi que fuera mi esposa, todo era como en un cuento de hadas. Le pinté un panorama perfecto, le prometí amor eterno y una familia. Recuerdo como si hubiera sido ayer el momento en que tomé su mano para llevarla al altar.

Era un día caluroso en Londres, las flores estaban en su mayor esplendor y el cantar de los pájaros llenaba el ambiente. Abbi lucía grandiosa con ese vestido de encaje blanco sin espalda. Su collar le lucía perfecto, se lo di la primera vez que se volvió mi Agapi. Nunca se lo quitaba, era nuestra unión, una que nos mantenía conectados. Recuerdo cómo latía mi corazón, cómo se llenaba de una sensación estupenda. Mi pequeña era mi vida y siempre lo sería.

Aún éramos unos niños cuando la llevé frente a un sacerdote para decir el «sí, quiero pasar el resto de la vida contigo», éramos demasiaaaado jóvenes, pero ¿a quién le importa? Cuando es amor es amor. No hay vuelta atrás ni para agarrar impulso. Además, ya teníamos la mayoría de edad en el mundo, lo cual era bueno.

Giré para ver a Abbi parada frente a mí con una mano en su vientre y la otra sujetaba el collar, un gesto que hacía cuando estaba nerviosa. Ella decía que ese collar eran sus tres gemas, Holly, Rees y

yo. Ni idea de ser una puta piedra, pero amaba a esa mujer que podría ser quien ella quisiera.

—Tienes que calmarte, Will. —La voz de mi pequeña me llegó como agua de mayo.

—¿Calmarme? Cariño, tengo que pedirle a mi hijo que se comprometa con una de la élite para calmar las aguas, el chico se acaba de hacer de novia a René Scott. ¡Mierda! Esto está tan jodido.

—La chica es buena, pero es por las elecciones, después que seas primer ministro podemos ver qué hacer con esa relación, por ahora, necesitamos que Rees se comprometa para causar noticias y atención, vas debajo de McAdams, no podemos permitirnos que pierdas las elecciones, has trabajado toda tu vida para esto.

¡Dios mío! Abbi tenía razón, pero era imposible que le pidiera a mi propio hijo que abandonara al verdadero amor por una elección. De todas las personas que hay en este mundo, ¿por qué Rene Scott? La prensa ya estaba con las averiguaciones acerca de cómo la hija de los grandes traidores a la nación estaba acostándose con el hijo del candidato a primer ministro. Salió en todos los medios la pedida de noviazgo de Rees. Pero ¿en qué estaba pensando? Sabía que eso iba a pasar.

Me tomé la cabeza con desesperación, pensando en cómo decirle. No lo llamaría, de eso nada. Se merece que gane lo que tanto le ha costado, pero cuando regrese tendríamos una plática muy seria acerca de nuestro futuro.

Estaba a punto de destruir la vida de mi pequeño y no soportaba eso.

—¿Por qué no se reencontró con ella un año después? —pregunté pensando en ¿por qué la vida era tan injusta?

—La chica cambió mucho, no quería ningún vínculo con la élite y lo sabes, William. Ella está intentando alejarse de todo. Llamaron a sus padres «traicioneros a la corona», los tacharon de ser incorrectos y corruptos cuando tú sabes que eran unas personas honorables. Lo peor, nunca los defendimos.

La muerte de los Scott nos dejó mal a todos, todos aquellos que los conocíamos bien. Cuando ese avión se precipitó al mar, junto a una explosión, todos lo supimos. No había sido un accidente, los rusos habían tomado el control de la nave.

Mis asesores me estaban obligando a captar la atención positiva para ganar la simpatía del pueblo y su mejor intervención era una proposición real. A la gente le gustaba eso, la farándula, la atención, les encantaba cuando alguien de la realeza se casaba, por eso tanto escándalo cuando el hijo del rey se comprometió.

La apariencia que mantenía la gente dentro de la élite era impresionante. Muchas familias aún mantenían la vieja tradición de obligar a sus hijos a casarse con alguien que no querían, los ataban a mujeres y hombres que lo engañarían, lastimarían y dejarían como desecho con tal de mantener el linaje de la familia, era absurdo. Yo me negaba a obligarlos a decidir, desde pequeños les enseñé que su voz valía, valía más que cualquier linaje. Pero también les enseñé que el

valor de lo correcto era lo primordial, y esta elección era nuestra prioridad. Estaba a punto de convertirme en una mierda de papá.

Iba a pedirle a mi hijo que hiciera lo que siempre le dije que no hiciera. Tenía que escoger una Agapi, una de las populares, una de las más queridas para llamar la atención de las personas externas a la élite. Necesitaba crear simpatía y, aunque no me crean, la gente juzga bastante por errores minúsculos.

—¿Qué dicen las noticias hoy? —pregunté sintiendo pánico por saber. Esperaba a que Rees no viera esto sin antes hablarle personalmente.

También esperaba a que Rees supiera quién era Renny de verdad, hija de quién era. Sabía lo mucho que lo destruiría no saberlo y, aún peor, que nadie se lo hiciera saber. Una parte de mí sabía que la estafa de las cuatro familias de la élite no fue planeada por los Scott. Sabía que ellos nunca revelarían los secretos del plan de extensión territorial a nadie, menos al Gobierno de Estados Unidos.

Abbi me resumió las noticias, dónde estaba Rees en las carreras, un segundo lugar con muy buen tiempo, a solo treinta y cinco segundos por encima de Moretti, el primer lugar. Hoy sería su última carrera en Italia antes de pasar a Francia para las finales. Pasamos a hablar de las elecciones y me di cuenta de que las personas estaban esperando a que Rees viniera para la elección de Agapi, al parecer, mis asesores ya estaban corriendo la voz como era lo indicado.

—¿Tienes su número? —pregunté, jalando a Abbi a mi regazo. Sentirla cerca de mí me daba la tranquilidad que necesitaba.

—¿De Rene?

—Sí, quiero preguntarle...

—No, no William, no es nuestro problema. Tú sabes muy bien que...

—Solo quiero que lo proteja de todo hasta que termine su carrera. Sé que no sabe nada, de haber sabido ya hubiera llamado para gritar al cielo un porqué.

Abbi soltó una risita tapándose la boca como era su costumbre. Se sentó a ahorcadas encima de mí y comenzó a besar mis mejillas, tentándome como era costumbre. Le encantaba distraerme, pero esta vez no funcionaría hasta que tuviera respuestas concretas.

—Pequeña, sabes que te amo desde el fondo de mi alma, seguramente en una media hora te tumbo en la cama y aprovechamos estar solos en casa otra vez, pero, por ahora, ¡necesito el número!

Abbi negó, quitándose de mi regazo. Tomó su teléfono presionando la pantalla para quitar el bloqueo. Mencionó «Llamar Rene Scott» y el teléfono comenzó a sonar. No sonó más de tres veces cuando la voz de Renny inundó la habitación.

Era imposible no pensar en Neny, como ella decía su nombre de pequeña al no poder pronunciar la erre. Sus papás la amaban como locos ya que su madre no podía tener hijos, Renny fue un milagro, la felicidad de muchos que conocíamos a los Scott.

—Hola, querida —la voz de mi esposa me trajo a la realidad.

—Señora Hamilton, qué grata sorpresa. Lamento mucho que no nos hemos comunicado, Rees está bien, algo estresado.

—Intenta calmarlo, sabes lo importante que es esta carrera para él. Va de segundo, lo cual no es tan...

—¿Malo? —Renny soltó una carcajada dejándonos a Abbi y a mí sorprendidos, tenía tanto de no escucharla reír—. Para él es la muerte. Ser segundo nunca fue una opción.

Tenía toda la razón, para Rees ser segundo era la muerte. Nunca aceptó perder. De pequeño, cuando perdía, les pegaba a los niños que se reían de él o le ganaban. Era muy mal perdedor, tan malo que, incluso, un día le rompió la nariz al hijo de los Aliur.

—René Scott... ¿Cómo estás? —pregunté, acercándome al teléfono de Abbi que estaba en alta voz.

Un minuto de silencio invadió el lugar. Estaba viendo a Abbi, la manera en que mordía su labio incomoda por este momento.

—¿Lo sabe? —Renny sonaba nerviosa.

—Sí, René, sé quién eres.

—Por favor, señor Hamilton, un poco más de tiempo, se lo ruego. Prometo decirle a Rees cuando ya no esté tan estresado, de seguro él me manda al diablo apenas lo sepa... No estoy lista. No puedo perderlo, por favor, no aún.

Mi corazón se contrajo completamente. Nunca pensé escucharla rogar por un poco más de tiempo. Renny realmente tenía el corazón de Rees y Rees tenía el de ella, no podía creer que esta mierda estuviera pasando. Si las circunstancias fueran distintas, no tendría que pedirle a mi hijo encontrar una Agapi, nunca le pediría que renunciara al amor de su vida.

—¿Sabe él algo de las elecciones? —tenía que darles tiempo.

—No, señor. No sabe nada.

¡Bien! Aún teníamos tiempo.

—Intenta que eviten a los medios de comunicación, nada de prensa, nada de estar metidos en redes sociales. Desconéctalo completamente de todo, Renny. Haz que gane esa maldita carrera, vendrá a un mundo muy distinto cuando vuelva y...

¿Cómo diablos voy a decirle?

—William —dijo ella con voz de mando, como si hubiera tomado una gran decisión—. Sé mi posición, sé que esto no sería eterno. Necesito un poco más de tiempo para decirle quién soy y por qué nunca vamos a poder estar juntos. Hagamos un trato, yo protejo a Rees de todas las noticias hasta que la carrera termine y usted me promete intentar guardar mi secreto. Sé que los medios aún me tienen como la chica misteriosa de Rees, no saben mi identidad aún. Guardé mi secreto, un poco más.

Suspiré, viendo a Abbi con los ojos llorosos, negando entre lágrimas, a ella también la destrozaba toda esta situación. ¡Maldita elección!

—Tenemos un trato, Renny, suerte mañana en su viaje a Francia. ¿A qué hora salen?

—A las cuatro de la tarde, señor.

—Buen viaje, cariño.

—Gracias señor, adiós Abbi.

Abbi intentó murmurar un adiós, pero su voz estaba ahogada por las lágrimas. La tomé en mis brazos, apretándola contra mi pecho para intentar calmarla. Esto no era lo que estaba esperando, no podía hacerle esto a mi hijo.

—¿Qué pasará si renuncio? —era mi única opción.

—Amor, sabes que esto será difícil durante un tiempo, pero valdrá la pena. Te has preparado para este momento toda tu vida, son impresionantes todos esos planes de mejora. Muchas personas necesitan de esos cambios y solo tú puedes hacerlos.

—Los sacrificios que uno debe hacer por amor a la patria —dije, atrayendo a Abbi a mis labios, me perdí en ella.

Recordar cómo desafiamos el sistema para poder estar juntos, de cómo trabajamos para que todo lo que queríamos funcionara. Esta era nuestra vida. Extendí el mayor tiempo posible el beso que tanto había

deseado en todo el día, acostándola en la cama, rogando a los dioses del mundo que Rees pudiera ser feliz como yo, era con esta mujer, como Louis Junior estaba completo gracias a Holly y como todos los Hamilton encontraban su camino. Mi hijo lo lograría, tarde o temprano lo haría. Solo le tomaría un poco más de tiempo.

Bonjour

Rees

Un día más, solo un día más antes de la siguiente carrera. Estaba mejorando en tiempo, pero aún ese bastardo de Moretti me llevaba la ventaja. Hoy salía nuestro vuelo a Francia, lo cual era excelente, considerando que Italia había sido muy pesado por los horarios y el mal tiempo. En este lugar no hubo descanso y eso era demasiado para todos nosotros. Al menos tendría toda la mañana para no hacer nada.

Le había prometido a Renny salir a dar una vuelta a la Fontana de Trevi, al coliseo, y no sé qué más mierdas vio en esa guía turística. Necesitaba despejar la mente un poco, pero en estos momentos no quería levantarme aún de la cama.

Sentí cómo Renny salía corriendo de la deliciosa cama que nos mantenía calentitos, lo que me obligó a abrir los ojos y verla justo al tiempo que cerraba la puerta de un golpe. Entrecerré los ojos extrañado por esa reacción, nunca hacía eso, lo cual era raro. La escuché maldecir ruidosamente, detalle que me preocupaba aún más.

Me puse de pie, tocando la puerta. Necesitaba saber qué andaba mal.

—¿Todo bien, nena?

—¡No!

Volví a pegarle a la puerta esta vez con más de insistencia.

—Abre esa maldita puerta. ¿Qué pasa?

Renny abrió la puerta un poco para ver el rojo de sus mejillas y la mirada baja. Algo no estaba bien y su mirada lo delataba. Abriendo por completo la puerta vi cómo ella se resistía a cerrarla de nuevo, luego sus ojos se abrieron bastante al ver la habitación. No me podía creer lo que pasaba. No entendía absolutamente nada de lo que estaba pasando.

—¡Dios, esto es vergonzoso!

—Conmigo nada tiene que darte pena, pequeña. ¿Qué pasa? Mordiéndose un poco el labio, Renny se comportaba como si se debatiera entre decirme algo o no.

—Si te pido que te encierres en el baño un minuto. ¿Lo harías?

—Sí, es contigo, sí.

No estaba para juegos, pero verla de este modo me encantaba, toda avergonzada. Su rubor era una locura roja. Definitivamente estaba loco por ella, quería conquistarla de tal manera que nunca nada nos podría apartar.

—¡Mierda! —gritó. Tomando una toalla del suelo, se la envolvió en la cintura.

—¡Qué boca, cariño!

Renny me ignoró y avanzó por la habitación hasta la cama. De un jalón quitó las sábanas destendidas, sin darme tiempo de preguntar

qué estaba pasando. Las arrojó a una esquina de la habitación, caminó a la maleta azul marino que tenía sobre una mesita, rebuscando por su ropa.

—¿Vas a decirme por qué quitaste las sábanas? Estaba a unos minutos de volver a la cama y dormir un poco más.

—Aún puedes dormir sobre el colchón.

—¡Pero las sábanas y cubrecama acolchonados no están! —dije con un puchero, acercándome a ella para besarla. Renny saltó, alejándose de mí, ese sí fue el colmo.

—¡No, Race! Tengo que ir a la farmacia y esto ya es vergonzoso, no lo compliques más.

¿Qué diablos estoy haciendo difícil? Estas mujeres definitivamente eran raras.

—Te comportas como si te hubiera venido... Un momento. —
¡Mierda, pero sí seré imbécil!

—¡Genio! —dijo Renny molesta, dando media vuelta para regresar al baño.

No debía avergonzarse por manchar las sábanas con un poco de sangre, no es como si no hubiera pasado en el pasado. El día que perdió su virginidad también sangró y bastante. No me quejaba en lo absoluto, era algo totalmente normal. No sé por qué las mujeres se avergüenzan tanto por eso.

—Bebé, no tienes porque...

Dejándome con las malditas palabras en la boca, Renny cerró la puerta con enojo. ¿Y ahora qué hice? Frustrado por la situación, supe que esto era incómodo para ella. Colocándome mi pantalón de ayer y la camisa negra, caminé a la puerta, dejando que Renny tomara la ducha que se estaba preparando.

Dos cuerdas después, estaban frente al cajero de la farmacia. Este intentó decirme para qué servían cada una de las toallas sanitarias, pero no entendí una mierda. Que con alas, que sin alas, que tampones, que tampones *teen*, las copas esas raras de plástico. No, simplemente no podía con todo esto. Tomé dos de cada una, las pagué y regresé lo más rápido que pude.

Renny se estaba terminando de vestir cuando entré a la habitación. Su mirada viajó a la bolsa blanca de plástico reciclado hasta llegar a mí. Su rostro evidenciaba que esperaba con urgencia alguna explicación de mi parte.

—Con alas, sin alas, copas... —empecé a recitar todas las mierdas que metí en la farmacia, por último, saqué las pastillas para el dolor y el chocolate que le compré—. Esto es para que ya no te duela y el chocolate para que te...

Renny saltó a mis brazos, enroscando sus piernas en mis caderas. La sostuve, devolviéndole el beso con una pasión inmensa. Era increíble sentirla en mis brazos.

—¿Por qué tienes que ser tan perfecto?

—No lo sé, así me hicieron mis padres. Pero tienes razón, Renny Ren, soy perfecto para cualquiera, incluida tú.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó riendo.

—¿Quieres que te lo muestre? —besándola, la llevé hasta la cama que no tenía sábanas. Renny me separó de ella poniéndose de pie, dejándome como estúpido en posición.

—Tengo mi periodo, idiota. Nada de eso. Ahora, ¿por qué trajiste tantas? No es como si dure una eternidad.

La verdad es que no tenía ni la menor idea de cuánto duraba eso, esperaba que solo hoy o algo por el estilo.

—Qué sé yo, amor. Lo único de lo que estoy seguro es que es una escena del crimen allí abajo.

—¡Race! —gritó. Buscó uno de los paquetes de tampones y regresó al baño. Esta vez la dejé que se cambiara para poder ir a caminar un poco antes de irnos al aeropuerto

Para el momento en que prendieron las turbinas, yo ya tenía a Renny abrazada, lista para el despegue. Sabía lo mucho que odiaba volar, pero tenerme cerca le ayudaba bastante. Le canté una canción de cuna algo estúpida que nunca entendería, pero tiempo atrás, cuando Holly necesitaba de mí, yo se la cantaba como una dulce melodiosa canción tranquilizante.

—Odio volar —susurró ceñida a mi pecho.

—Y yo odio que odies volar, pretendía llevarte a todo el mundo, Renny Ren, solo tú y yo contra todas las alturas.

—Si lo pones de ese modo... Creo que puedo hacer una excepción.

La abracé con más fuerza besando la coronilla de su cabeza. Mi dulce niña, definitivamente estaba enamorándose poco a poco y esta sensación era increíble. Ya no tenía siquiera miedo de admitirlo.

Cuando tomé el casco de la mesa, vi cómo mi agente hablaba con Renny acerca de la pista en París, estábamos a veinte minutos del hotel, la distancia más larga que recorrimos en este viaje. La verdad es que estaba contento con nuestro hotel con vista a la torre Eiffel. Tenía planes para la última noche de invitar a Renny a comer a la cima de la torre. Lo había estado planeando desde antes de partir de Londres.

Estaba súper desconectado del mundo, no me había conectado con mis padres, con Holly y solo había chateado con Louis un par de veces. El estrés de las carreras, el estar con Renny, el querer ser el número uno, me estaba quitando todas las energías, estaba cansado, quería quedarme durmiendo durante horas.

Le di una sonrisa a Renny antes de acercarme para besar sus labios. Tenía una eliminatoria que ganar, esta carrera ya no era entre cincuenta corredores, estábamos hablando de quince finalistas, para el final del día, seríamos seis y no podía darme el lujo de un segundo lugar. Ni por la última lata de Nutella cambiaría ese primer lugar.

—¡Suerte! —gritó Daniells al tiempo que yo abrazaba a Renny de la cintura para besarla.

—No seas idiota, Daniells —dije y besé los labios de Renny. Le sonreí, alejándome de ella. Antes de retirarme, regresé la atención de mi representante.

Este negó con la cabeza, como si supiera que estaba a punto de mandarlo a la mierda. En efecto, eso era lo que iba a hacer. Guiñándole un ojo recalqué mi famosa frase, esa que muchos conocían y pocos repetían.

—Se le llama éxito, la suerte es de perdedores —caminando a la pista dejé a los dos atrás.

Abordé mi moto, esperé al banderazo de salida y me perdí en la velocidad, ignorando todo tipo de rapidez. La adrenalina se apoderó de mí, dejé de pensar en el segundo lugar, en el primer lugar en cualquier puto lugar de la vida, lo único que tenía en la mente era la pasión por esto, correr y sentirme libre.

Ese día disfruté de la sensación de ser el primer lugar otra vez.

El sistema

Renny

Aplaudí como loca, emocionada por la recuperación de Rees en la última vuelta. Una carrera más, una más para definir al campeón. Era impresionante cómo Rees pasaría a la final en primer lugar, las apuestas se dispararon desde ayer, apostando por que él sería el gran ganador.

Una vez más, Race Hamilton probó al mundo que él era mejor en primer lugar que ningún otro. Levantando la motocicleta en su habitual festejo de victoria, dio la última vuelta saludando al público como un maldito engreído. Yo estaba más que emocionada por esa victoria, me encantaba saber que él estaría feliz por ese logro, no lo quería de un humor de mierda si quedaba en el segundo. Salí corriendo a dónde estaban celebrando todos los de su equipo. Estaba familiarizada ya con ellos. Unos me abrazaron, alistaron el champagne para la entrada de Rees a la carpa.

Mi corazón se detuvo cuando Rees paró, quitándose el casco recibiendo los vítores de la gente. Las cámaras, periodistas y de más, se acercaron para aclamar a la celebridad de mi novio. Por primera vez los buitres se montaron encima de él, posando para las fotografías. Odiaba a las modelos de bebidas energéticas o de alguna marca costosa, con esos trajes que parecían una segunda piel.

Observé como Race las tomaba por la cintura, diciéndoles cosas al oído, de modo que las dos zorras rieron, tomando a mi hombre en un gran abrazo. ¡Malditas! La rubia y la morena estaban en mi lista de

personas más odiadas, quería jalarles el cabello por toda la maldita pista. Pero ¡¿quiénes se creen?!

La opresión se abrió en mi pecho viéndolo como la celebridad que siempre fue a mis ojos, el inalcanzable Rees Race Hamilton. Nuestros mundos realmente eran muy distintos, no sé cómo es que se llegaron a mezclar tanto.

Cuando era pequeña, siempre hice todo para estar a la mira de Rees. Holly amaba que los dos hombrecitos de la casa le pusieran atención, al ser su amiga más cercana, me acomodé a querer lo mismo. Tener a Rees ahora, como ha estado todos estos días, era un sueño desde la infancia, uno que se perdió el día que mis padres murieron y toda la puta élite comenzó a hablar mal de ellos. Los odiaba con todo mi ser, me destruyeron, no solo estaba sola en el mundo, ellos se encargaron de quitarme lo único que me quedaba.

Me mordí el labio pensando en cómo me acerqué a Rees después de reencontrarme con él, la sed de venganza hacia la élite. Quería que alguien pagara por las cosas que habían dicho de mis padres, quería adentrarme en ellos para destruirlos, ese era el plan hasta que me enamoré de Rees Maldito Hamilton.

—Así, señoras y señores, es como se patean culos italianos —dije y señalé la carpa de Moretti, Rees hizo una reverencia recibiendo los gritos del equipo.

Las botellas de *champagne* estallaron, mojando todo a su paso. Rees abrazó a varios del equipo, ignorándome por completo. Algo estaba apagado en él, como si por un minuto dejara de ser el Rees que conocía y pasaba a ser este desconocido total.

—¿Nena? —dijo, acercándose a mí. Levanté la mirada para verlo a los ojos, el azul intenso me tocaba a la puerta, perfectos ojos azules. Como si fuera el mejor manjar del mundo, me obligué a cerrar la boca para no dejar todo lleno de saliva.

—¡Felicidades, Race! —grité olvidándome de todo, no iba a ponerme como novia celosa solo porque un par de mujeres abrazaron a mi hombre. Al fin y al cabo, es mío, solo mío.

—¡Dios, Renny! ¿Algún día vas a llamarme Rees? —lo dijo con una sonrisa en los labios, tomándome de la cintura.

—No lo sé, cariño, pensé que dentro de estas carreras eras el insuperable, Race Hamilton.

La sonrisa de Race se extendió a kilómetros, mostrando su perfecta dentadura antes de besarme. Si algo tenía Rees, era que ser modesto no le costaba absolutamente nada, a él le encantaba que le dijeran que era el mejor.

—Una carrera más, princesa, una más para ser el gran ganador. No puedo creerlo. ¡Lo estoy logrando! No puedo darme el gusto de perder por nada del mundo.

No debía asegurarle que su carrera estaba hecha, no tenía que decirle que todo estaba en sus manos. Él ya lo sabía, como lo dije antes... ¡Maldita modestia! Tomándole la mano, tomamos el champagne que Daniells nos estaba dando. Brindamos por haber ganado las semifinales y Race dio su brindis como la guinda del pastel.

—Brindo por los idiotas que me intentan superar, que intentan arrebatarme y que creen que por tener un traje y una moto me pueden quitar la copa de las manos. Brindo por todos esos ilusos que con cuentos de hadas creen ser mejor que yo. ¡Salud! Por el uno que corre en mis venas.

¡Madre santa! Ese hombre sí que tenía ego. Las risas resonaron por toda la carpa gritándole a Rees cosas como «Eres el mejor corredor», «Épico Hamilton», «Salud, hermano». Exacto, todo mundo estaba a los pies de este hombre en estos momentos.

—¡Vamos! —grité, captando la atención de todos—. No le suban el ego, a la que le toca aguantarlo es a mí, no ustedes.

Rees fue el primero en reír, tomándome de la cintura, colocando sus manos en los puntos más débiles. Comencé a reír como estúpida, retorciéndome en sus brazos. Odiaba las cosquillas.

—¡Vamos, Hamilton! ¡Suéltame! ¡Me voy a hacer pipí!

—¡Renny Ren! Eres una cochina —se tapó la nariz frunciéndola como si algo apestara. Le da un golpecito en la espalda antes de continuar celebrando. Hoy iríamos temprano a la cama, pues mañana nos esperaba un día muy largo.

Rees

Observé cómo Renny se removía en la cama después de que la alarma sonara por segunda vez. La apagué y besé su frente, asegurándole que ella aún tenía tiempo para dormir. Me metí en la regadera dejando que el agua fría me despertara. Hoy era de los días

más importantes del año, tenía que ganar, necesitaba ser el primer corredor a mi edad en tener el título de Racing Internacional.

Me coloqué mis vaqueros oscuros, la camisa en cuello v negra de la suerte, mi chaqueta de cuero que tenía grabado Race Hamilton en la parte trasera, todo en mí estaba como quería. Colocándome los lentes oscuros de aviador, salí de la habitación sin hacer ruido.

Tenía una serie de entrevistas hoy en la mañana y, de ganar, tendría otra serie de entrevistas mañana temprano. Tomé el teléfono por primera vez en todo el viaje. Necesitaba hablar con mi padre o mi madre, algo no estaba bien, ellos siempre llamaban para preguntarme qué tal estaba. Ellos sabían que iba en primero, mi familia no se perdería ni una carrera, incluso sé que las verían en familia en la sala con palomitas de maíz y pastel de chocolate.

Mi familia era muy tradicionalista y este era su forma de expresar apoyo. Louis me mandó fotos de varias carreras, de cómo las veían, incluso, comentó que varias personas llegarían a casa hoy, todos estaban esperando ese primer lugar tanto como yo.

—¿Mamá? —pregunté cuando escuché su voz—. ¿Cómo estás?

—Mi niño. —Su voz tan dulce me llegó como Coca-Cola en verano—. Con mucho trabajo, en exceso. Pero, todo bien, pequeño. ¿Cómo estás tú? ¡Felicidades! Vas a lograrlo hoy.

Evidentemente, mamá estaba nerviosa, podía escucharlo en su voz. Además, hablaba como loca cuando lo estaba. Solté el aire para evitar reír ante sus palabras. Amaba a esa mujer.

—Claro que lo haré y lo sabes, tengo todos mis amuletos de la suerte, incluida Renny.

—¿Renny es más importante que mi collar, Hamilton?

Nunca, ni en mil años, pensé que mamá me prestaría su collar para la carrera, antes de abordar el avión, me dio mi llavero de la moto con su dije de corazón, ese que nunca se quitaba del cuello. Papá se lo dio el día que se comprometieron.

—No, mamá, ese corazón no lo he apartado de mí, lo he cuidado muchísimo.

Tenía que asegurarle que ese collar estaba en buenas manos. En realidad, no usé el llavero por miedo a perderlo, lo metí en una de las bolsitas del pantalón de carrera. Pregunté por Holly y Louis, al parecer estaban por llegar a casa, papá estaba en una reunión importante, pero estaba por llegar también.

—Preparamos mucha comida, tacos mexicanos, los favoritos de Louis, ya sabes, él ayudó con el menú.

Claro que era lógico, Louis amaba los tacos. Suspiré al ver que estábamos frente a todos los periodistas. Era hora de la función.

—Te dejo, mamá, tengo una conferencia de prensa. Deséame éxito.

—¡No! —gritó antes que pudiera decir más.

—¿No qué? —¡Qué reacción más complicada! ¿Qué le pasa?

–Bebé, no quiero que te distraigan, eso es todo.

Mamá sabía que esto era normal, siempre una conferencia antes de cada carrera. ¿Cuál era su miedo?

–Tranquila, mamá, todo está bien. Daniells está conmigo para...

–Te amo, bebé, éxitos.

Sin dejarme terminar, mamá colgó el teléfono. Fruncí el ceño viendo la pantalla del teléfono. Pero ¿qué diablos?

Un minuto después, Daniells estaba contestando su móvil. Indicándome que le diera un minuto, supe que estaba hablando con mi madre. No tenía que ser un genio para saberlo.

–¿Qué quería? –pregunté cuando se acercó a mí después de haber colgado el teléfono.

Daniells tomó mi cabeza, me plantó un beso en la frente y sonrió. Pero ¿qué mierdas era esto? ¿Acaso se pasó al otro bando? No soy homofóbico ni nada de eso, al contrario, me gusta que cada persona elija lo que quiere, pero... ¿Qué putas con eso?

–No me mires de ese modo, eso era lo que tu madre quería. Ahora, déjame de ver con ojos de «Me gusto tu beso» y terminemos con esto para ir a ganar un par de millones de euros.

Daniells saludó a la prensa dejándome entrar a mí primero. Nos sentamos detrás de la mesa en la que estaba con el fondo de las marcas

que me patrocinan. Como era costumbre, Daniells dio la introducción a todos acerca de quién era y esas cosas.

Me pareció raro que mencionara una advertencia de no tener nada de preguntas personales o acerca de mi familia. También pidió que se limitaran a preguntar solo por mi preparación y las carreras. Eso sí que fue diferente, las periodistas de farándula se vieron muy molestas. A ellas les encantaba toda la mierda de preguntas personales y saber más de algún chisme para sacar en los medios.

Cuando terminamos me puse de pie para salir de la sala de conferencia, ya estaban cambiando la manta para darle entrada a Moretti. Él venía con ese aire de ganador que tanto me molestaba. Guiñándole un ojo, pasé junto a él para subirme al carro, pero una chica me paró, poniéndome un micrófono en la cara.

—Solo una pregunta, señor Hamilton. —Sonaba desesperada por lo que asentí con la cabeza a pesar de que Daniells estaba intentando alejarla de mí.

—¿Qué impacto va a tener el hecho de que usted esté saliendo con Rene Scott a las elecciones de su padre?

—¿Perdón? —¿Qué? ¿Qué Rene y que elecciones?

—¡Es suficiente! —gritó Daniells asustando a la pobre chica.

—¿A qué le tiene miedo? Sus fans...

—Nos vamos. —Daniells estaba evidentemente molesto. Muy molesto.

Me encogí de hombros disculpándome con la chica, la cual era muy guapa, definitivamente era de esas mujeres hermosas que salen en las noticias. Ignorando sus palabras, Daniells se encargó de distraerme todo el camino, hablándome de la concentración y de lo que estaba en juego.

Olvidándome de todo, me concentré en la carrera.

Tenía que ganar esta carrera, no había duda.

Cuando la hora llegó, me monté en la moto recordando el beso de Renny de hace diez minutos. Tomé con fuerza el corazón de mamá, lo besé pidiéndoles a todos los Dioses que me ayudaran en esta carrera.

Iba a lograrlo.

Por el uno que corre en mis venas

Rees

Un poco más... Solo un poco más...

Nada podía detenerme de cruzar la meta en primer lugar, tenía todo en mis manos para hacerlo. Moretti me estaba pisando los talones al igual que Benson y Reyes, pero nada ni nadie me quitaría ese primer lugar. La sensación de poder que se facultaba en mí, el grito de victoria que estaba a segundos de soltar, el saber que nadie podía pasarme ya, nada podía ser mejor que yo en estos momentos.

Levanté las manos, sintiendo la victoria. La bandera a cuadros que ondeaba frente a mí, anunciando que estaba cruzando la meta. Si no fuera porque mi corazón estaba palpitando tanto y el casco no me apartara de todo sonido, escucharía los gritos de la gente anunciando mi llegada.

¡Maldición! Qué buena sensación.

Yo era fuerte porque en un pasado fui débil, no le temo a nada porque en un pasado tuve miedo de perder y perdí. Yo era el vencedor porque sé lo que se siente ser un perdedor. Mi destreza al volante la debo a ser invencible en todo momento.

Di la última vuelta, celebrando internamente, gritando un «¡Sí, lo logré!», «¡Mierda!», sabía que nadie me escuchaba por lo que era emocionante gritar cualquier cosa, incluso gritaba por gritar, liberando todo mi estrés.

Finalmente, paré la motocicleta en la línea de meta, donde se habían aglomerado periodistas y todo tipo de personas. Incluso, mi equipo estaba a la vista. Renny saltaba, enloquecida, aplaudiendo emocionada. Las lágrimas eran la prueba de que lo había logrado. Ella estaba orgullosa de mí y podía verlo.

Sacando el collar de mi bolsa como se lo prometí a mamá, era mi forma de demostrar que tenía en mi corazón a Holly, papá y mamá. Enseñándolo a la cámara, lo besé como antes de empezar la carrera. Los gritos crecieron y un «Awwww» se escuchó por todo el lugar. Caminé entre la multitud buscando a mi siguiente amuleto. Renny estaba con una sonrisa tan tierna que solo verla hizo que mi esfuerzo valiera la pena. Estiré mis brazos recibiendo a mi pequeña correr directo a ellos. Tenerla de esta manera era tan único, se ajustaba perfectamente a mis brazos, como si fuéramos una persona.

—¡Eres mi campeón! —gritó, corriendo a mis brazos.

—Tuyo, princesa —dije, besando sus labios. Dejé caer mi casco para levantarla y dejarla que ajustara sus piernas en mi cadera.

Profundizando el beso, ignoré todo lo que podía salir mal en esta relación. Era consciente de las cámaras a nuestro alrededor y seguramente sabía que mamá y papá estarían viendo a su hijo comerse a su novia frente a todo el mundo. Quise parar de besarla para mostrar que Rees estaba en alguna parte coherente de mí. Pero ese desgraciado no quiso salir, menos cuando Renny gimió en mis labios exigiendo más.

Cuando interrumpimos el beso finalmente, las cámaras y los vítores de las personas seguían en todo su esplendor. El equipo

completo llegó con botellas de *champagne*, agua y no sé qué más mierdas para celebrar. Alguien dejó una botella en mis manos, la cual sabía que costaba unos ochocientos dólares americanos. Era una estupidez gastar tanto si iba a tirarlo a la mierda, pero sabía que Daniells jamás me pasaría una baratija frente a las cámaras.

Quitando el corcho, mojé primero a Renny y después a Daniells, no aguantando la emoción salí corriendo a buscar a Moretti que estaba aplaudiendo a unas personas de distancia. Tenía que admitir que este imbécil era de mis competidores más fuertes.

—Vamos, Moretti, sonríe un poco. Parece como si hubieras perdido... Oh, ¡mierda! Lo lamento —dije con sarcasmo, viendo cómo me empujaba riéndose de mí.

—Felicidades, pupilo, ya iba siendo hora que ganaras algo. —
¿Pupilo? Este idiota no mide sus palabras.

Ambos soltamos una carcajada al unísono ante nuestro intercambio de frases agradables. Las cámaras pidieron un par de fotografías del primero y segundo lugar. No saben la sensación de decir «Soy el número uno, perras. Tráguenselo todos aquellos que no lo creyeron posible», realmente era la mejor sensación del mundo.

Cuando anunciaron la premiación, ya tenía la segunda botella a la mitad, iba a emborracharme esta noche, era justo y necesario después de tanto esfuerzo. Lo necesitaba desesperadamente. Después de meses de prácticas, después de tanto estrés, necesitaba un buen trago y a mi chica en la cama.

Antes de subir al podio, Daniells volteó su teléfono revelando a mamá en un mar de lágrimas. Le sonreí, tirándole un beso a la cámara. Mamá giró su teléfono, revelando a papá y mis hermanos. Holly también lloraba y, si no estoy mal, creo que Louis estaba a punto de soltar un par de lágrimas también, pero a la distancia no podía ver bien.

Desviando mi vista hacia el podio, vi cómo le ponían la medalla de tercer lugar a Mark Benson, el segundo a Moretti y, al momento que mencionaron mi nombre, subí como si no hubiera mejor corredor que yo en el mundo. Me colocaron la medalla dorada como esas porquerías de competencias de gimnasia. Levanté mi puño gritando la victoria, esperando al gran trofeo que me darían.

Welch, el representante de Race International Company, levantó la copa antes de entregármela, la gente estalló en gritos eufóricos al mismo tiempo que el confeti negro, blanco y rojo llenaba todo el ambiente.

—Race Hamilton... ¿Qué se siente ser el máximo triunfador?

Le sonreí a la bella periodista de cnn, tenía su micrófono en mano y un vestido rojo bastante sensual pegadito al cuerpo. No tenía intenciones de perder mi reputación de seductor, ni el atractivo que Race tenía. A pesar de ser un hombre comprometido, aún tenía que ser esa figura pública. Amaba ser Rees Race Hamilton.

—Verás, hermosa, esta sensación es mejor que todo el chocolate del mundo. Es como caminar en el maldito cielo.

—¿Qué dirá la familia Hamilton? Lamentamos horriblemente que no pudieran estar aquí.

—Yo también quisiera, pero sé que están en casa, sintiéndose muy orgullosos de mí.

—De eso no hay duda. Gracias, Race, por esta breve entrevista, esperamos verte mañana en el canal. Y, a todos ustedes en casa, no se pierdan cada detalle de este momento histórico, donde un chico de 22 años rompe el récord y logra conquistar la carrera más difícil de todas, en la que ciento cincuenta corredores participan cada año. Volvemos contigo al estudio, Bryan.

Cuando el botón rojo de la cámara se apagó, le di un beso a Kiera en la mejilla antes de correr a los brazos de Renny.

—Sabes, bebé, quiero hacerme un tatuaje.

Renny levantó las cejas como si se preguntara de qué diablos estaba hablando. Le sonrío, comentando que efectivamente quería un tatuaje. Uno que representara todo esto. No podía creerlo, hoy pasaría a la historia y eso me emocionaba enormemente.

—¡Oh, Dios! ¡Sí! Será increíble. No duele tanto. Te lo haces en el costado, es un lugar sexy y no tendrás problemas con... Bueno, con la política y eso.

Sé que ella se refería a la élite, pero Louis tenía tatuado el nombre de su padre en el corazón y el viejo Harry, tenía casi todo el cuerpo tatuado. Una cosa pequeña no le haría daño a nadie.

Pasamos al menos media hora averiguando dónde hacerme el tatuaje, el mejor lugar de Francia era en L'amutatu, en el centro de

París. Pedimos al chófer designado que nos llevara. En todo el camino Renny y yo discutimos acerca de esto. Quería tatuarme algo, pero al mismo tiempo quería que ella se hiciera algo conmigo, algo que nos conectara. Pero ella se negó.

—Race, los tatuajes de pareja siempre salen mal. Te separas de la persona y quedaste marcado de por vida, aunque te tatúes algo encima nunca sería lo mismo.

Tenía un buen punto en eso. Más cuando no estaba segura si ella sería mi esposa algún día.

—Qué tal algo que nos represente a los dos, pero que esté atado a nosotros, como una doble r. No es como si fuera por Rees y Renny, será más un Rees Race en mi caso y en el tuyo un Renny Ren. R R — dije con la esperanza de convencerla de que se hiciera uno conmigo. Esto sería histórico.

—Bueno, comencemos a diseñar.

Durante todo el camino, Renny y yo diseñamos distintas erres, paralelas, acostadas, con ruedas, con mariposas, con coronas y no sé qué más mierdas. En un momento de frustración, incluso dibujé un pedazo de mierda que decía «Me cagué». Ese fue el que más risa le dio a Renny y, por un minuto, pensé en hacérmelo con tal de verla reír de ese modo.

Finalmente, logré unir las erres de un modo que me gustaba. Observé cómo Renny sonreía evidentemente satisfecha. Ese era nuestro diseño. Muy en el fondo sabíamos que era una unión no solo de nuestros nombres, sino de nosotros también, no lo admitiríamos en

voz alta, pero muy en el fondo ese era el significado. Algo que nos ataba de por vida.

Mientras esperábamos nuestro turno, con Emanuel perfeccioné nuestro diseño. Renny estaba tranquila, viendo su teléfono como si nada pasara mientras yo me estaba jalando hasta el último cabello, asustado.

Pensé en Thor, como ese maldito no tenía miedo de nada, pensé en eso mientras esperaba pacientemente. Creo que los superhéroes eran un mal vicio. No me los quitaba de la mente, menos cuando estaba tan nervioso como ahora.

Cuando llegó nuestro turno, vi cómo Renny, después de una larga pelea, se levantaba la blusa para ser la primera en tatuarse. La mujer hizo un par de caras de dolor, pero solo. Como si no le acabaran de pinchar todas las costillas del lado derecho. Eran trazos sencillos, pero bien elaborados.

—Tu turno —susurró Renny viendo su tatuaje antes de que se lo taparan con un pedazo de plástico. Le había quedado increíble.

Me quité la camisa tirándola a un lado. Vi a tres chicas que estaban dejaron de prestarle atención a cómo tatuaban a su amiga, y dirigieron la mirada a mi pecho. Mi cuerpo estaba completamente marcado y definitivamente tenían bastante que observar. Guiñándoles un ojo, me acosté en la camilla, esperando a que el maldito dolor comenzara.

Horas después, estábamos en el gran salón del hotel. Hablaba con varios corredores acerca de las apuestas, seguramente mañana

sabría la cantidad exacta de cuánto había ganado, pero estaba seguro de que pasaban de los tres millones de euros.

Con esa cantidad ya podía pedirle a Renny que se mudara a vivir permanente conmigo, tenerla cerca sería de lo mejor. No quería que volviera jamás a la fraternidad, ni en un millón de años. Esa fraternidad a partir de ahora estaba fuera de límites.

—De seguro, ahora saldrás en las cajas de cereal —dijo Moretti, reteniendo una carcajada.

—El cereal es mejor que la medicina para la diarrea. ¿No es así, Benson?

—Idiota. —Todos soltaron una carcajada por mi comentario sarcástico. Cuando Benson era niño, salía en un anuncio de medicina para el estómago, cuando nos enteramos el año pasado, fue el tema de la noche. Recordárselo hoy no era la excepción.

Estuvimos tomando, celebrando y contando historias graciosas de cosas que pasaron. Comimos unas cosas francesas que para mi gusto estaban saladas y la pasamos de lo mejor. En momentos llegaba con las chicas que tomaban champagne y tenían sus propias historias que contar.

No quería admitirlo, pero Renny encajaba muy bien con ellas. Muchas llenas de tatuajes, con ropa de cuero ceñida al igual de las que Renny compró en este viaje. Realmente, me gustaba verla feliz, encajábamos a la perfección, tanto en la élite como en mi vida como corredor. Era extraño que encontrara alguien que entendiera mis dos mundos y se acomodara a ellos.

Me tomé el último shot que metería a mi sistema por hoy, estaba seguro de que uno más me dejaría tirado en medio del salón. Mi cabeza daba vueltas y estaba seguro de que esto era demasiado para mí.

—¡Esta mierda es increíble! —grité, levantando el shot de Jagger vacío. Definitivamente ese era mi límite.

—Toma un poco de agua, Superman, o vas a parar como Superbasura en un nanosegundo —dijo Renny tendiéndome un vaso de agua el cual no dudé en tomarme.

Despidiéndome de todos, me acerqué a Renny y la guíe, llevándola de la mano, hacia la puerta de salida. Estaba borracho y quería acostarme con Renny y hacerle perder la cabeza. Necesitábamos amarnos como siempre.

Quitándome la camisa de botones en el elevador, tomé a Renny de la cadera para acercarla a mí, casi pierdo el equilibrio por lo que me agarré de la pared de espejos. Renny se tapó la boca para que no me diera cuenta de que se estaba riendo de mí. ¡Qué chiquilla!

—Te voy a... Dios, ni sé qué diablos iba a decir.

—Solo tú puedes formular una frase con Dios y diablos en la misma oración, Hamilton.

Claro que podía hacerlo yo, ¡el mejor corredor del mundo! Era capaz de hacer lo que quisiera. Me sentía todopoderoso. No sabía si era el alcohol o si realmente algo dentro de mí se estaba rebasando de ego.

—Soy tu héroe, Renny Ren, nada nunca te va a pasar cuando estés conmigo. Eres mía, solo mía.

Renny sonrió saliendo del ascensor, recogiendo mi camisa, me di cuenta de que solo tenía puesta la corbata negra. Quién me viera en estos momentos diría que soy un stripper o algo parecido. Pensé en lo sexy que sería hacer role play algún día con Renny en la cama.

—Espérame en la cama —dijo Renny entrando al baño. Quise acompañarla, pero creí que recostarme unos segundos estaría bien. Mañana era el cumpleaños de mi padre y quería llamarlo temprano antes de ir a la rueda de prensa. Sería un momento muy importante. El mejor regalo para William.

Cerré los ojos unos minutos sintiendo cómo todo daba vueltas. ¡Jesús! ¡Qué esto pare! Me estoy mareando demasiado. ¿Por qué todo me da vueltas? ¡Maldición, esta resaca sería criminal!

La entrevista

Rees

Desde el momento que abrí los ojos me di cuenta de que este día sería caos total, no solo mi corazón latía como conejo drogado, mi cuerpo estaba resentido por el alcohol, y mi ser estaba sufriendo por todo el trabajo físico de estas semanas.

Me levanté con un dolor de cabeza insoportable, desesperado por aire, necesitado de una Coca-Cola fría. Caminé al baño, tropezando con los malditos zapatos que usé anoche, maldiciendo por haberlos dejado allí. Aún vestido con la ropa de ayer, el aroma a cigarro y alcohol despertaron una náusea eterna en mi sistema.

Llegando al baño, justo a tiempo para soltar todo el contenido de mi estómago en el retrete. ¡Santa mierda! Me sentía demasiado mal. Era consciente de que Renny estaba cerca de mí, observándome o preparando algo que no entendía bien. No fue hasta los minutos, horas o segundos, que se acercó con un paño frío para limpiarme la cara. Estaba sudado y desesperado.

Le quité la toallita para limpiarme solo, no la quería enfrente para que viera lo desagradable que podía llegar a ser. Me gustaba ser el irresistible Race Hamilton, esta situación podía cambiar su perspectiva de mí.

—No me veas de este modo, Renn... —Sí, esta bestia no pudo terminar de hablar y ya estaba otra vez sacando el alcohol de mi sistema.

—Tranquilo, Race, déjame... —le hice un movimiento de manos para quitarme a Renny de encima. De verdad que no la quería encima.

La vi salir corriendo del baño, escuché que rebuscó algo, pero mi cerebro no funcionaba como debería. Me senté para relajarme un poco, pasarme la toalla mojada y esperar a que este eterno mareo pasara.

Una hora después mi humor estaba demasiado mal aún. Renny había mandado a traer unos sueros que me ayudaron con la deshidratación de tanto vomitar todo lo que le cabía a mi estómago. Me di una ducha fría para calmar los calores y me senté en el balcón durante estos quince minutos esperando a que mi sistema se reacomodara.

¡Nunca más en mi vida vuelvo a tomar! Lo juro por todos los dioses que no lo vuelvo a hacer. Esta sensación no valía la pena, iba a morirme, podía sentir a la muerte cerca de mí. ¡Dios, no! ¡Qué horror! Si Jesús hubiera sabido que el alcohol haría al ser humano tan idiota y débil, quizá jamás lo hubiera inventado. En estos momentos lo culpaba a él por haberlo inventado.

¡Voy a morirme!

Consciente de que tenía la cara rasposa por la barba no rasurada, me sobaba el rostro como si pudiera quitarme la resaca. Estaba devastado y arrepentido de por vida.

—¿Qué pretendes? —dijo Daniells—. ¿Llegar como pordiosero a la entrevista?

—No me jodas, estoy ebrio aún. ¿No lo notas?

—Sí, lo veo y te huelo. Apesta a vómito y licor añejado. Ve a bañarte.

Ya me había bañado, no había razones para apestar. Negué en silencio y me dejé caer en el sillón de la sala del hotel extrañado por la reacción de que apestaba. Renny estaba en alguna parte de la habitación, molesta porque le dije que no la quería encima de mí, no ahora que no aguantaba nada, quería soledad y tranquilidad.

Daniells se acercó a la cocina, sacó una botella de agua. Le grité que, por favor, sacara una para mí. La sed iba a matarme. Cerré los ojos concentrándome en quitar el dolor de cabeza, necesitaba relajar mi sistema nervioso para no morir en el proceso.

Lo primero que sentí fue el arrancón de pararme y quitarme el agua fría que caía en mi cabeza. Mi reacción no fue rápida, abrí la boca para protestar, recibiendo una bocanada de agua. Tragándome una parte, empecé a ahogarme, reaccionando justo a tiempo para que Daniells entendiera mis gritos de enojo.

—Ahora sí necesitas un baño —dijo, señalando mi ropa. El sabor a Coca-Cola fue lo siguiente que me llegó. ¡Basura! El muy idiota me tiró Coca-Cola en la cabeza.

—Ya estaría listo si no me hubieras mojado —grité, caminando al baño.

Estábamos llegando a los estudios instalados especialmente para la competencia de cnn. Aún tenía dolor de cabeza, pero el deber

llamaba a mi puerta, tenía que cumplir con lo que me exigían, no sería de esas divas que no llegaban a los programas, menos cuando eran en vivo.

Me senté en el camerino esperando a que llamaran, sabía que Renny y Daniells estaban sentados afuera. Moretti acababa de salir y aún tenía quince minutos para relajarme. No entendía por qué me cancelaron la primera entrevista, la del canal de entretenimiento. Eran de las que más me gustaban, hablaban de sexo, de intimidades, me mostraban fotografías mías haciendo alguna cagada y esperaban a que les contara con un tonito bastante sensual.

Por alguna u otra razón fue cancelada, no quise preguntar porque quizá hubiera sido mi culpa por andar de borracho. Ya qué, esta es la importante y estoy aquí.

—Rees Hamilton, sales en un minuto.

Sabía cómo entrar saludando al público, cómo sentarme, cómo hablar y cómo seguirles la plática en conversaciones complicadas. Todo lo aprendí en la élite, en mis clases de política. Quién diría que esa mierda me serviría en la farándula.

Al escuchar mi nombre, salí, alzando la mano, guiñando el ojo, señalando a personas al azar en el público, saludando a los entrevistadores y, finalmente, encontrando mi lugar en una esquina de la mesa.

—El gran ganador de la carrera Racing International, ¿qué se siente, Hamilton? Ser el corredor más joven en ganar esta carrera.

—¿Cómo crees que me siento? —contesté, con aires de todopoderoso, aún tenía la lengua floja por el alcohol, lo cual no me parecía del todo bueno.

—Supongo que bien —respondió Kiera muy sonriente.

—Bien es una palabra muy corta, verás, es la mejor sensación del mundo. Venía convencido en que ganaría, en que sería el número uno. No había dudas en mí de eso, y aquí estoy, hablándote como el máximo ganador.

Escuché la risa de la gente y estaba seguro de que la mayoría pensaba «Pobre idiota, egocéntrico», realmente tenía que bajar un poco mi ego. Pero una parte era el alcohol y la otra era mi ego en su máximo esplendor.

—¿Cómo te preparaste para la carrera?

—Mucho esfuerzo, perseverancia y dedicación. Nadie nace ganador o exitoso, para llegar a triunfar se debe trabajar muchísimo. Ser talentoso, no es signo de ser exitoso.

—Nos puedes decir más de eso, Race.

—Claro. Mi padre me enseñó que cuando uno es bueno en algo se debe explotar, trabajarlo hasta lograr ser el mejor en eso. No importa en qué rama te encuentres o en qué te desempeñes. Tienes que ponerle amor y dedicación y volver tu talento en la mejor fortaleza.

—¿Qué opinas de Moretti?

—Él es un ejemplo a seguir. Ha ganado esta carrera cuatro veces. Espero ser como él a lo largo de mi carrera en Racing.

Hablamos un poco más acerca de las vueltas y de cómo me fui recuperando a lo largo de las carreras. Mejoré tiempos y eso fue la parte esencial de todas, que conocí las debilidades de mi contrincante.

Cuando sabía que la plática iba a llegar a su fin, la pregunta que no me esperaba, viniendo de CNN cayó como bomba.

—¿No te sentías presionado por las elecciones de tu padre en el Reino Unido y de cómo se están desarrollando las cosas en tu país? Ir perdiendo las elecciones no es para nada fácil.

¿Segundo? ¿Elecciones? No podían ser de primer ministro, era imposible que papá estuviera de segundo en esto. Además, estas elecciones no eran hasta dentro de un año. ¿Qué diablos? ¿A qué viene con esto? Negué, manteniendo mi cara de póker.

—Sin presiones —dije sonriendo. Recordé que aún no llamaba a mi padre y aproveché el momento para quitarme el tema de encima—. Ahora que mencionas a mi padre. ¡Feliz cumpleaños, papá!

—¿Es el cumpleaños de tu padre? —contestó Kiera muy entusiasmada.

—Claro que lo es, ese viejo me enseñó a tener el éxito en mis manos.

Kiera volteó hacia el público sonriendo de oreja a oreja. No sabía si era para despedirse o no, pero me relajé por lograrle quitar la

presión de encima. En unos momentos tendría una plática seria con mi padre.

—¿Qué pasa con Renny? —contestó Kiera aun viendo al público, seguramente a mi novia.

—¿Qué pasa con ella?

—Qué papel juega en tu vida, sabemos que Rees Hamilton se tiene que comprometer con alguien de élite y ella es una chica común, ¿cómo encajas tu vida en eso?

¿Qué diablos le contesto? No podía venir y decirle que no podríamos comprometernos a menos que mandara al diablo a todos, no lo diría frente a ella, no podía hacerle daño. Además, era una decisión que tendría que hablar con mis padres, con la élite. No es como si ya la hubiera tomado, había tiempo para eso.

—Eso es algo personal que prefiero no compartir al aire, son mis decisiones, no las decisiones del mundo.

Kiera asintió, señalando a la cámara, dando sus palabras de despedida. Nunca más en la vida quería volver a pasar por esto. Fue sencillo hasta que tocó el tema de mi padre. Estaba molesto a un nivel alto. ¿Por qué no me dijeron nada? Esto era de suma importancia.

Despidiéndome de la entrevistadora y sus comentaristas deportivos, salí corriendo del estudio, tomando el teléfono muy molesto. ¿Cómo diablos no dijeron nada? Esto no era un juego, papá se ha preparado toda su maldita vida para esto, no es una decisión que

solo se tire al aire, necesitaba la familia a su lado, yo debería de estar allí, acompañándolo en los debates.

Un candidato siempre está acompañado de su familia, debería de estar no solo apoyándolo en lugar de andar emborrachándome y causando caos en redes por andar con... ¡Mierda!

—Renny —susurré al tiempo que el teléfono sonaba.

Muchos escenarios pasaron por mi cabeza, sería inaceptable para la élite en general que el hijo del primer ministro estuviera con una chica ajena a la élite, por no llamarla mortal. Pensé que tenía tiempo para componer eso. ¿Cómo le explicaría eso a mi pequeña?

El estómago se me contrajo, no podía mentirle que todo estaría bien porque no podía estarlo. Todo se empezaría a caer y no quería que saliera lastimada. Tenía que protegerla de todo lo malo, cuidarla. Tenía que arreglar esto.

—¿Rees? —contestó mi padre.

—Hola, papá, feliz cumpleaños —dije sin ninguna emoción. Tenía mucho en mi cabeza para poder festejarlo.

—Vi la entrevista, sé que estás molesto conmigo. No lo teníamos planeado. Cuando el primer ministro renunció fue la bomba en el Reino Unido.

—Pero si yo hubiera sabido, jamás le hubiera pedido a Renny que fuera mi novia frente a todo el maldito mundo, papá. Ahora me tocará romperle el corazón y no estoy preparado para eso.

Suspiré, reteniendo las lágrimas que se querían formar en mi sistema. No podía llorar, ni que fuera un bebé, o débil. Aguantándome todos los sentimientos seguí escuchando a mi padre contar la historia completa acerca de la enfermedad del primer ministro y de cómo las encuestas cayeron notablemente. Mi padre iba de segundo, debía estar allí para él, captar atención hacia nosotros, la futura familia que gobernaría Inglaterra junto a la familia Real.

—Renny sabe su posición, hijo, no creo...

—¡Papá! ¿Cómo se te ocurre decir que ella sabe algo de esto? Nunca lo hablamos, prometimos un futuro y estoy a punto de romperlo por las elecciones, esto está muy trabado de la cabeza.

—Lo siento —susurró mi padre con la voz rota.

—Yo también, papá, porque quiero a Renny y sé que no puedo estar con ella, lo entiendo.

Cerré los ojos, esta vez dejando que las lágrimas se acomodaran en ellos. Qué más daba, estaba admitiendo que ya quería a Renny.

—¿Darías todo por ella? Tu linaje, tu vida, tu futuro... Todo... ¿Por ella? —La voz de mi padre estaba quebrada y me sentí mal por haberlo quebrado el día de su cumpleaños.

La verdad es que estaba dispuesto a dejar todo por ella, desde lo más profundo de mi ser. Nunca imaginé una vida sin élite, sin el poder que te da estar en posiciones altas. Ser parte de la élite siempre fue mi elección, siempre fue mi sueño.

...Hasta ahora.

—Por ahora, sí, papá, la quiero y quiero estar con ella. Ver a dónde puede llegar esto.

—Sabes que no puedo ser primer ministro si mi hijo renuncia a su linaje, es cuestión de legado. Pero no puedo negarte...

—Lamentablemente, papá, estoy dispuesto a todo, pero no a arriesgar a mi familia y por lo que hemos luchado toda la vida. Al llegar a Londres hablaré con Renny.

Escuché a papá suspirar, si no estaba mal, acababa de entristecer a papá. Él sentía mi dolor.

—Lo siento, hijo. Buscaremos una solución más adelante.

—Lo sé, solo... —quise decirle, la amo papá, pero las palabras no salieron porque eso terminaría de destruirlo. Conocía a mi padre, él luchó por mi madre como ningún otro y conocía los riesgos de amar a alguien, él jamás podría hacerme esto a mí.

—¿Qué? —preguntó William.

—Buscaremos una solución. Te amo, papá.

Terminando mi llamada, comencé a pensar en lo mal que todo esto iba a parar. Temía que lo peor estaba a punto de comenzar.

La recta final

Renny

Rees apenas si habló durante todo el día, incluso, cambió el boleto para que saliéramos en la mañana y no en la tarde como lo previsto. Había mencionado ir a cenar ayer en la noche, pero en lugar de eso se encerró en la habitación. Lo tuve que persuadir para que comiera algo.

Sé que no le había caído bien la noticia de su padre estando en elecciones y mucho menos que Daniells no se lo comentara, no dijo nada acerca de mí, por lo que consideraba que quizá William mantuvo su promesa.

Era impresionante cómo los medios mantuvieron en silencio mi verdadera procedencia, solo esa perra del canal de entretenimiento. Una de las razones por las que Daniells anuló esa entrevista, si hubiera ido de seguro ahora estaría odiándome hasta la muerte.

Me abroché el cinturón de seguridad antes que el avión despegara, este miedo a que el avión se cayera era estúpido y a la vez muy válido. Pensar en cómo mis padres... Mis padres...

No podía ni pensarlo, no ahora que estábamos a segundos de despegar en medio de una tormenta. ¡Maldita tormenta! Estaba lloviendo demasiado y el vuelo estaría movido, según el piloto anunció unos minutos antes de despegar.

Cuando el avión empezó a correr en la pista, mi cuerpo estaba tenso, demasiado tenso. Quería hacerme un rollito en los brazos de

Rees como lo había hecho en todos estos vuelos. Sentir su calidez, cómo me cantaba al oído y cómo nuestros cuerpos se acoplaban a la perfección. Lamentablemente esta vez iba sola en el asiento, Rees estaba a mi lado hablando con Daniells. Apreté las manos en el sillón conteniendo la respiración al tiempo que el avión empezaba a elevarse.

Tal y como el piloto anunció, el avión comenzó a irse de lado a lado, bajones y una turbulencia maldita, no tan segura si el avión se estaba cayendo o era solo mi imaginación. Los ojos se me llenaron de lágrimas, si fuera creyente como solía serlo, estaría rezando a todos los santos a que esta cosa llegara a salvo a Londres. Al menos era un viaje corto.

Mi cuerpo estaba temblando, tenía los ojos cerrados como si eso fuera a ayudar y la música a todo volumen. Estaba dejando de sentir todo, asustada hasta más no poder. Me prometí nunca subirme en un maldito avión y aquí estaba a punto de abandonar mi cuerpo por un paro cardíaco.

Recuerdo que con mis padres solíamos viajar frecuentemente, eran dos personas grandiosas. Papá siempre me hacía reír, jugando conmigo sin importar el lugar; mamá, por su parte, era dulce y consentidora. Nada en nuestra familia era malo, éramos muy unidos y felices.

Las imágenes de cómo quedó el avión en medio del agua, completamente destruido, ningún sobreviviente, vinieron a mi mente. Nunca me dejaron ver los cuerpos de mis padres, al parecer estaban destruidos y creían que sería mejor que no los viera. Abbi me tuvo en sus brazos ese día, cuando estaban reconociendo los cadáveres,

William fue el que entró, ya que en ese entonces eran los asesores del gabinete de William.

Algo se abrió en mi pecho y sentía como mi garganta se apretaba, las ganas de llorar estaban definitivamente en su mayor esplendor. Lo que sea que me estaba pasando dolía como el día que los perdí. Las cosas no iban a parar bien, no había manera de que fuera de ese modo.

—¿Renny? —escuché mi nombre a lo lejos. Una voz ronca y sexy que me llamaba. ¿Rees?

Sabía que era él, sabía que solo él podía hablarme de ese modo, pero yo estaba lejos, no había modo de poder regresar de la oscuridad. Me veía de pequeña, corriendo por todos lados, enseñándole a mi padre mi nuevo vestido de princesa.

—Linda, hermosa... —decía mi padre al mismo tiempo que me daba vueltas.

Mamá estaba a lo lejos, preparando algo de comer. Con esa sonrisa amplia que siempre nos daba cuando papá y yo jugábamos. Ella, con su cabello rojo y ojos café, papá con el suyo rubio y ojos verdes. Siempre dije que saqué lo mejor porque tenía el hermoso cabello de mi madre y estos ojos verdes que me recordaban a mi padre.

Ellos no llegaron a mi graduación, tampoco llegarían a mis cumpleaños, si algún día me caso no llegarán a mi boda. Hay personas que pierden a un padre y es la sensación más vacía que se puede tener, pero el perder a los dos es insoportable. Parece un hecho de película, pero mi vida es así, una maldita novela de la escritora o escritor más cruel del mundo.

Abracé a papá entre la oscuridad que me invadía, este ya no era un recuerdo, este era un sueño, uno en el que él me sostenía en brazos para evitar que me rompiera. Estaba seguro de que ese abrazo significaba mucho más que solo darme fuerzas. Ese abrazo era la derrota. Estaba a punto de perder a Rees y era inevitable.

La pérdida de un ser querido es la causa que nos rompe en mil pedazos, luego nos vuelve fuertes e invencibles, pero siempre existe esa herida que nos duele eternamente cuando extrañamos. Y no me refiero solo a la muerte, también me refiero a esas relaciones que nos dejan sintiéndonos como si nada hubiera valido la pena, pero en realidad valieron todo el tiempo invertido. Al final, es lo que aprendiste de ese momento lo valioso. En mi caso iba a perder a Rees.

—¡Mierda, despierta! —escuchaba la voz de Rees a lo lejos, pero no quería soltar a mi padre. Me negaba a hacerlo. Lo apreté, sintiendo las lágrimas correr por mis mejillas. No estaba lista para dejarlo, no quería. Es como ese sueño tan placentero del que no quieres despertar.

«No papá, quédate», me repetía una y otra vez.

—Ve, despierta. Enfrenta tus miedos —dijo papá antes de desaparecer en la oscuridad.

—¡Papá! —grité, abriendo los ojos.

Mi corazón latía tan fuerte que pensé que me desmayaría. Me costó enfocar, sentía un mareo en el estómago y no recordaba donde estaba. Todo era muy confuso.

—Mírame, Renny —giré para ver a Rees, aterrado. Sus ojos reflejaban el mismo pánico que yo sentía en estos momentos. Me tiré a sus brazos y lloré desconsolada.

Era algo bastante positivo que fuéramos en primera clase y estuviera casi vacío para que la gente no me viera en pleno ataque de pánico. Daniells estaba de pie, viéndome con el ceño fruncido y una aeromoza estaba entregándole un paño húmedo.

Daniells se lo tendió a Rees, el cual comenzó a limpiar mi rostro con mucha delicadeza. En algún momento cambiamos de asiento. Ya no estaba sola en mi línea, si no Rees estaba a mi lado, abrazándome con fuerza para calmar mis sollozos. En estos momentos parecíamos los niños que dejamos atrás.

Nunca olvidaré cómo me defendió la noche que llegaron los de servicio de adopciones. Estaba muy asustada porque lo único que conocía era esto, había vivido durante un mes con los Hamilton, encerrada en mi habitación, sin hacer nada más que llorar a mis padres. Holly intentaba calmarme llevando sus muñecas para que jugáramos y Rees se mantenía con Louis sentado, observándonos. Desde ese momento, podía ver a Louis ver a Holly de una manera que pocos creerían posible. Nunca imaginé que terminaran juntos, pero él la amaba de toda la vida.

Cuando finalmente aterrizamos en Londres, agradecí que no tuviera que volver a subirme a un avión. No podría soportarlo, al menos no ahora.

Rees no mencionó nada, no dijo absolutamente nada en todo el camino, lo cual me preocupaba. ¿Qué si sospecha algo? Deseché ese pensamiento sabiendo que eran puros inventos de mi parte.

No esperaba encontrarme con una ola de paparazzis en la salida del aeropuerto, Rees me tomó de la mano poniéndome detrás de él para protegerme. Era un bombardeo de flashes, preguntas y todo al mismo tiempo. Podía sentir la adrenalina enfocarse en mi corazón. Pulsaciones a toda velocidad, esto no podía estar bien.

—Joven Hamilton, ¿pasará a formar parte del círculo interno de su padre?

—¿Va a asistir a los debates?

—¿Cómo mira usted las elecciones?

—¿Qué opina su padre de su relación? —Esa pregunta casi me manda al carajo, pero la que estaban a punto de dispararme a mí fue la más complicada.

—¿Por qué decidió regresar? —el micrófono estaba en mi cara, literalmente.

Al menos no habían dicho nada de mis padres, o mi nombre. Me puse tensa apretando la mano de Rees. Este apartó a la chica con delicadeza, conduciéndome al automóvil negro con los guardaespaldas que los Hamilton tenían, era algo nuevo, pero al parecer la vida de ellos era completamente distinta.

Cuando estábamos en la seguridad del automóvil, me di la libertad de respirar tranquila. Todo estaba bajo control. Al menos eso creía yo.

Rompiendo las reglas

Rees

Todo el trayecto a la casa de mi padre se sintió eterno. Pasé dejando a Renny en el apartamento, no podía llevarla a la casa de mi padre, no ahora, que todo esto era una locura. La prensa tenía muchas preguntas y necesitaban respuestas. Casi todas dirigidas a mi relación con Renny.

Odiaba admitirlo, pero tendría que pedirle a Renny que fuera mi secreto hasta que todo esto pasara. Después de las elecciones podríamos ser otra vez la doble r unida. Invencibles y retardados como siempre. Éramos como un «Rompiendo las Reglas».

Nos estacionamos frente a mi casa, mamá estaba en la puerta con un vestido amarillo sumamente elegante, como si fuera a ir a una fiesta de cóctel. Holly estaba detrás, con un vestido similar azul marino. Eso significaba que estábamos siendo observados todo el tiempo. Se llevarían una gran decepción cuando me vieran bajar como Race Hamilton, vestido con chaqueta de cuero y vaqueros rotos. En verdad no pensé cómo estarían las cosas.

—Mamá —dije, envolviéndola en mis brazos, sintiéndome en casa, aliviado y tranquilo—, llevaba la copa en mano y la medalla, al menos eso dará cierta buena publicidad al encuentro.

—Estoy orgullosa de ti, amor. Muy orgullosa.

El que mi madre se sintiera orgulloso de mí, valía muchísimo más que cualquier cosa en este mundo. Era algo especial.

Mi familia era mi mundo, me gustaba cuidarlos y ser parte de ellos. Por ellos dejaría todo, todo lo que me complementaba. Eso me hacía pensar en Renny, tendía que ocultarla, ya que no estaba dispuesto a dejarla ir. Ella entendería en el mundo tan mierda que vivo. La élite es una porquería real, como suele llamarlo mi padre.

—¿Dónde está papá? —pregunté entrando a la casa. Notablemente mamá se relajó al igual que Holly, ellas sabían que aquí nadie podía vernos y no teníamos que aparentar ser perfectos.

Nos preparamos toda la vida para ser esto... Para aparentar perfección cuando no lo éramos. La élite era eso, apariencias y nada más. Por eso no me identificaba con ninguna mujer dentro de la élite, todas eran tan plásticas y falsas, al parecer igual a mí.

Muy en el fondo sabía que no eran tan así, solo no lográbamos encajar con ninguna de ellas, lo mismo le pasaba a Louis hasta que encontró a mi hermana, lo cual era irónico.

—En su oficina, tenía una conferencia vía Skype con el embajador de Estados Unidos.

Embajador... Mi mente regresó a esa pequeña que tanto se me hacía a Renny. ¿Qué sería de ella? No sé por qué la pensaba constantemente, el tiempo borró muchos detalles de cómo era ella, pero Renny me recordaba demasiado a esa pequeña. Quizá eran primas o algo parecido, incluso tenían el mismo apellido.

Neny Scott era un misterio que quedó en mi mente, recuerdo que quería impresionarla todo el tiempo, me parecía un ángel, tan

alegre y divertida. Todo el tiempo con Holly, jugando mierdas de niñas mientras nosotros las observábamos. Ella era diferente ante mis ojos y esa esencia la mantenía Renny. Incluso, una mañana cuando acababa de despertar sin nada de maquillaje pensé que era ella, eso sí complicaría todo. Sus padres no eran bien vistos en la élite después de lo que pasó.

—Mamá... ¿Qué pasó con la hija de los Scott?

Mamá se mostró sorprendida por mi pregunta, quizá ella también la había olvidado, pero era imposible, mamá trataba a esa niña como si fuera su hija.

—¿Rene Scott? —preguntó Holly—. ¿Por qué preguntas por ella? Nadie sabe de ella desde hace años, nos cerró las puertas y no quiso volver a vernos.

Holly sonaba con cierto resentimiento, como si le enojara saber de ella. Era normal, a Holly no le vino de perlas cuando ella se fue y no quiso volver a verla. Era extraño porque debimos haberla cuidado, protegido... Pero, en cambio, la dejamos ir con esos malditos de Seguro Social o no sé qué mierdas. No peleamos para que permaneciera junto a nosotros por razones políticas y eso había estado muy mal.

Mamá negó, y repentinamente sus ojos se llenaron de llanto, en efecto, nunca superó el hecho de que no estuviera.

—Rene, mi pequeña... ¿Por qué preguntas por ella?

¿Rene? Mi mente empezó a viajar a toda velocidad a Renny. Daniells la llamó Rene, los periodistas también, Neny era muy

parecido a Renny y Scott era... ¡Dios! Soy un imbécil en todos sus aspectos.

—¡Mierda! ¿Mamá Renny es Rene? —Mi corazón palpitaba a toda velocidad, mi mundo se estaba cayendo a la mierda por un detalle. Uno que no podía perdonar.

—¡Serás idiota! —dijo Holly un tanto molesta—. Puede que... Y entre todas las chicas tenías que buscar a la hija de los Scott.

Mamá cerró los ojos como si algo muy dentro de ella lo supiera. ¡Dios! ¿Cómo es esto posible? Eso es... Me alejé sin esperar respuesta caminando a la oficina de papá. Holly estaba portándose como una idiota y yo no podía darme ese gusto de dejar las cosas como si nada hubiera pasado.

Era ella, lo sabía. Lo que no soportaba, lo que más me enojaba es que me mintieron. ¡Malditos mentirosos! ¡Me mintieron! Mi madre lo sabía, de seguro papá también, pero... ¿Renny? Eso era imperdonable.

—Papá —dije entrando a su oficina—. Tenemos que hablar.

Papá asintió, indicándome que me sentara frente a él. Empezó a explicarme con detalles lo sucedido con el ministro y cómo estaban las cosas. No era fácil, la prensa estaba encima de nosotros grabando cada movimiento, juzgando todo. Al parecer los Woodgates querían el puesto también, sin mencionar a los Harrington.

Repasamos las estrategias que creamos hace un año para llegar al primer lugar, no nos bajarían el puesto por una cabronada como la que

estaban haciendo los Woodgate. Los primos de Harry y Cora podían ser una mierda total.

—¿Qué pidieron los Woodgate? —pregunté al escuchar las acusaciones que habían hecho en los medios.

—Hijo, no voy a obligarte a...

—Papá..., dime. ¿Qué acusaciones?

Ya estaba empezando a colmarme la paciencia. Estaba cansado por el viaje, por pensar en todo el puto camino en Renny y ese miedo a volar tan escalofriante. Ahora todo tenía lógica, todo encajaba. No puedo creer lo poco observador que soy. ¡Esto es una mierda!

El accidente.

—Necesitas una... Amm... Una...

—¿Agapi? —pregunté ya sabiendo la respuesta.

—Lo siento hijo, ellos dicen que...

Levanté la mano para que no lo dijeran. Para él era difícil que los primos hermanos de la mujer de su mejor amigo estuvieran haciendo este problema, también era difícil cuando él juró nunca obligarme a nada con respecto al amor. Lo miré fijamente a los ojos.

Estaba dolido por lo de Renny siendo Rene, aún no me lo habían confirmado, pero muy dentro de mí, lo sabía. Pude haberle preguntado a mi padre y tener una respuesta, pero era el lugar de

Renny decírmelo. Tenía solo una maldita oportunidad para darme respuestas, una para enmendar la puta mentira que me había dicho todo este tiempo.

—¿Dónde está la lista? —pregunté a mi padre—. Veré la lista de interesadas antes de escoger una. Invitaré a unas a salir para que vean que no estamos rompiendo ninguna tradición y cuando esté listo escogeré a alguien.

—No voy a obligarte, hijo. No puedo.

—No es obligación, sé cuál es mi deber y nunca te quedaría mal, papá. Sabía que Renny no era eterna.

Menos ahora que sabía quién era. ¿Por qué no me lo dijo? Ella sabía que odiaba las mentiras y ella, ella me mintió. No entiendo por qué no apareció y dijo: «Hola, Rees, hace cuánto tiempo no nos vemos». No podía creerlo, está demasiado diferente.

Las lágrimas estaban asomándose en algún lugar de mí, pero esas malditas no saldrían en un buen tiempo. Estaba lastimado, pero no derrotado. Rees Race Hamilton NUNCA es derrotado. Si lo que quería era venganza por haberla abandonado, pues lo hizo muy bien.

Mentiras, mentiras

Renny

No dejaba de pensar en las cosas que podían pasar en esa reunión con su padre, Rees se había ido muy pensativo y sabía hasta cierto punto que se enteraría de muchas cosas, pero William prometió no decir nada, no aún. Necesitaba tiempo para buscar las palabras correctas de cómo le diría de quién era hija.

Rees se molestaría conmigo por el hecho de mentirle todo este tiempo, más porque desde pequeños le prometí nunca mentirle ya que ese era su problema con la gente, odiaba que le mintieran.

No exageraría si dejara de hablarme por eso, sería completamente normal que lo hiciera, ya que Rees no se enamora y ahora... Sé que estaba empezando a sentir muchas cosas por mí, lo sentía en el fondo de mi corazón.

Me senté en la cama cuando escuché la puerta abrirse. Rees estaba algo tomado, pero no borracho, tenía la chaqueta en la mano y si no fuera por el vaso en su mano no me habría fijado que estaba en proceso de estado de ebriedad. Me puse de pie viendo la expresión en sus ojos, como si no me reconociera, como si fuera alguien completamente distinta. Me aclaré la garganta intentando romper el hielo que se formaba en nosotros, pero su mirada era demasiado intensa.

Rees soltó su chaqueta al suelo, dejándola hecha un desastre en el suelo. Suspiró antes de acercarse, tomar mi quijada en sus manos y atraerme a sus labios. Perdida en ese beso, me dejé llevar. Puro amor

y calor, todo mezclado en una lucha de frialdad. Este era el beso más extraño que jamás me habían dado.

Lo sujeté con fuerza, sintiendo cómo algo extraño crecía en mi interior, cómo la lujuria, no el amor, se apoderaba de mí. ¡Maldita sea! Este jalón en el vientre, erótico a más no poder. Algo insólito crecía en esta habitación, como si fuéramos dos pares de desconocidos.

Levanté los brazos esperando a que él diera el primer paso, solo tenía que jalar mi pequeña blusa rosa sin mangas, el sujetador estaba ausente, odiaba dormir con esa cosa.

Sin pensarlo dos veces, Rees se acercó a mí levantando la blusa, revelando mi torso, dejándolo al desnudo de la cadera para arriba. Dejé que él me bajara los shorts negros para dormir que llevaba, de un tirón retiró todo, incluso mis bragas. Sus labios volvieron a invadir mi boca dejándome completamente inmóvil. Lo observé cómo se quitaba la camisa al tiempo que yo pasaba mis manos sobre su pecho, de arriba abajo, revolviendo todo en un solo sentimiento.

—¿Alguna vez me has mentido, Renny Ren? —dijo Rees en una tonalidad muy suave, como si me preguntara si lo quería.

Me puse tensa al pensar en que le había mentido todo el tiempo, pero él aún no sabía mi identidad y yo necesitaba un poco más de tiempo para soltarlo todo, cuando lo hiciera lo perdería y no podía hacerlo, no aún.

Cerré los ojos y negué en silencio, no podía decirlo viéndolo a los ojos.

—¿Júralo por la vida de tus padres? —Abrí los ojos hasta más no poder, esperaba a verlo enojado o algo por el estilo. Lo raro fue verlo curioso, no enojado. Quizá lo sepa, pero percibo en sus ojos la duda y no la rabia que encontraría en ellos si lo sabía.

Asentí. Aún incapaz de volver a mentirle.

Este tensó la boca, como si se pensara en creerme o no. Retirándose de mí, lo vi desabrocharse el pantalón, bajándolo hasta sus tobillos y saliendo de él. Acercándose de nuevo, Rees me tomó del cuello, como si fuera a ahorcarme. Un movimiento lleno de erotismo, nada violento, solo erótico.

Inmediatamente, mi entrepierna se humedeció dejándome inservible completamente. Delicioso amanecer de primavera. Como si todo lo que habíamos hecho antes no hubiera sido nada. Este gesto tan pequeño fue suficiente para mandarme a volar a cielos muy profundos.

—Si me paso de la raya, dímelo y me detendré.

Por su tono de voz sabía que estaba a segundos de perder el control, por más extraño que suene, quería que fuera dentro de mí.

Sacando mis pechos, arqueé un poco la espalda para darle acceso, revelando todo lo que pudimos hacer en segundos.

El primer golpe fue en mi pezón izquierdo, suave y delicado. Inmediatamente este se paró, recibiendo el golpe de manera deliciosa. Tomándome del cuello, esta vez un poco más duro que antes, volvió a besarme, dejándome en el quinto cielo de Race Hamilton.

—Ponte de pie —ordenó, apartándolo de mí, me senté en la cama, introduciendo su miembro en mi boca, saboreando lo salado de su punta en mis labios. Nada importaba más que él, incluso no pensé en lo que estaba haciendo y me dejé llevar. Fuerte en todos los sentidos, puro y dulce al mismo tiempo.

—¡Mierda! —tomándome del cabello, Rees se introdujo en mi boca, con mucha fuerza, más de la que me había imaginado.

Como era de esperarse no aguanté demasiado, me separé de él permitiéndome sentarme en la cama, colocándome con las piernas abiertas para recibirlo. La habitación estaba oscura, por lo que todo era a través del sentido del tacto, olfato y gusto, los demás estímulos sonoros estaban bloqueados por el escándalo constante de nuestros gemidos.

Rees se acostó junto a mí jalándome para que quedara encima de él. Entendía bien que quería que fuera yo la que tomara el control. Sonreí. Me gustaba tomar el control, aun cuando me costaba agarrarle el modo de cómo debía hacerlo.

No le tomó mucho a Rees en ponerme de pie, jalarme una vez más del cuello antes de soltarme otro pequeño golpe en la mejilla, como repito, un gesto demasiado erótico y no vulgar ni fuerte.

Empujándome a la cama, me dejé caer encima de las almohadas corriéndome y acomodándome para recibirlo, podía sentir a los dos reír y gemir al mismo tiempo. Como si esto no fuera solo sexo, sino una mezcla de sentimientos puros y deliciosos. Lo dejé que me tomara, con fuerza, soltando un sonido que fue demasiado para mi cordura.

El tiempo pasó y pasó y no tengo idea de cuánto tiempo estuvimos conectados, gritando y besándonos. Pero cuando todo terminó, los dos quedamos en silencio y ese silencio sentenció el final de algo. Me sentía vacía como si supiera que este era el adiós. Ese al cual me negaba.

Rees se levantó, caminando al baño con la mirada baja. Algo no estaba bien.

—¿Qué te pasa? —pregunté, tomando una toalla para limpiar mi espalda. Ya mañana la lavaría.

—Esto no debía ser así —dijo negando con la cabeza.

—¿De qué hablas? ¡Fue el mejor sexo de mi vida! —Me envolví en la toalla recostándome en la pared.

—No, el sexo estuvo increíble. Me refiero a esto, Renny. Tú sabes que me mentiste, tú sabes que es lo que está pasando con todo. Sé quién eres y lo que más me duele es que sigues queriendo ocultármelo.

Mi corazón se paró de inmediato. No podía ser cierto, no ahora, no aún. Por favor, un poco más de tiempo, solo un poco más.

—No sé de qué me hablas, Race.

—¡Deja de llamarme Race! —gritó frustrado, tirando el papel en el basurero.

—¿Cómo diablos quieres que te llame?

—No me llames de ningún modo, «Rene Scott».

—¿Rene quién? —¡Mierda! ¿Qué estoy haciendo?

—¡A la mierda! No sigas mintiendo, Renny. Te lo suplico, no sigas. No entiendes que me duele demasiado que la persona que amo me mienta de ese modo. Toda esta relación es una farsa, no sé quién eres, no sé de quién... No sé de quién me enamoré.

Cerré los ojos dejando correr las lágrimas. Él lo sabía y ahora todo se había acabado. Quería tirarme a decirle la verdad, pero no lo hice, no viéndolo con ese sufrimiento en los ojos.

«No sé de quién me enamoré».

Puede que le mintiera acerca de quién era, pero jamás mentí acerca de cómo era yo al momento de estar con él. Rees me entendía mejor que nadie, me daba fuerzas y valor. Él era mi mejor complemento, lo sabíamos desde el primer momento.

—Tengo que irme —dije, caminando a la habitación para buscar mi ropa. Rees no me siguió por lo que me vestí lo antes posible.

—Kyle está esperando por ti abajo —dijo con solo con sus calzoncillos puestos, nada más que ese increíble par de calzoncillos negros.

—No necesito...

—Sí, lo necesitas. Adiós, Renny.

Me encaminé a la puerta sin procesar nada. Esto estaba muy mal de la cabeza.

—¿Me volverás a hablar? —pregunté viendo a la puerta.

—Supongo que sí, lo haremos, pero ahora necesito tiempo para pensar.

Asentí una vez más antes de salir al frío Londres un 26 de julio, partida en mil pedazos y una estaca de hierro en el corazón.

Perder no es el problema, todos perdemos y eso es normal... Pero perder al amor de tu vida porque fuiste lo suficientemente estúpida para no ser completamente sincera y decirle lo que realmente sentías, esa sí es la mayor estupidez que se puede hacer para el corazón.

Soledad

Rees

Tomé el vaso lleno de whisky y me lo empiné hasta dejarlo solo con unos cubitos de hielo que tintinearón al momento de bajarlo. Ahogarme en alcohol no era la mejor opción para superar un corazón roto, pero vaya si no ayudaba a desahogar todo mi enojo que no sacaba estando sobrio.

Hace unas horas, cuando me tomé el primer trago, Kyle me preguntó si estaba bien. Le respondí que estaba perfecto, mejor que nunca. Si me preguntara ahora que ya nos hemos bebido una botella, de seguro le digo que mi corazón está llorando sangre.

—Esta mierda duele —le dije a Kyle pegándome en el corazón. Aún no estaba al nivel de estupidez, pero sí al nivel de preguntar todo lo que este imbécil junto a mí podía decirme. Sabía que conocía a Renny de tiempo atrás, nunca pregunté de dónde, pero era hora de que hablara. Creo que no solo Renny me mintió, todos lo hicieron y eso era molesto.

—¿Qué quieres saber? —preguntó, sirviendo dos tragos más.

—Todo, quiero saberlo todo.

Kyle suspiró antes de empezar a hablar, todo parecía un sueño como si me mostraran las imágenes en mi cabeza. Kyle conoció a Renny a los 9 años, estudiaban juntos. Dejé que me contara cómo se hicieron mejores amigos, de cómo él estuvo para ella cuando todo se

vino abajo. No mencionó a la élite en toda la narración, no me mencionó a mí, ni a mis padres. Contó historias graciosas de ellos.

De cómo Renny le gustaba imitar a su profesora de Matemática y cómo le gustaba la literatura inglesa desde muy pequeña.

No fue hasta que bebimos el cuarto trago que dijo...

—Le gustabas desde pequeño, siempre llegaba a contar tus historias de superhéroes. Recuerdo con nitidez cómo contaba que se sentaban en un columpio en el patio mientras tú imitabas a Capitán América o a Thor. También supe el momento en que las motocicletas cambiaron tu vida, fue el mismo momento en el que yo me involucré en ese mundo también, todo porque la acompañaba a verte correr. Nunca imaginé que tú fueras a ser uno de mis mejores amigos, lo sabía todo de ti. Estúpidamente marica como suena, tú me metiste a este mundo.

Mi corazón se contrajo de pensarlo, no la recordaba a ellas en las carreras, no sabía que iba a verme, no sabía que sentía cosas por mí en ese entonces. Yo era un niño intentando llamar la atención de cualquiera. Me encantaba, al igual que Holly, ser el centro, nunca fijándonos de lo que pasaba a nuestro alrededor. La abuela realmente se había cagado en nosotros.

—Después que sus padres murieran todo se vino abajo, estaba muy deprimida, obsesionada con fotografías el accidente, videos, noticias... Era estúpido, ya que la transportaba hacia un sufrimiento monumental cada vez que cliqueaba algún link. La casa de acogida no ayudó mucho, ella se reveló, probó muchas drogas, se hizo sus tatuajes, se aclaró el cabello...

Kyle negó con la cabeza como si yo pudiera comprender todo. Renny era tan diferente a como era antes, tatuada, delgada, con el cabello diferente, una actitud más alocada. Toda ella era un ser distinto. Cerré los ojos e intenté recordar a la niña que se vestía como Holly, hablaba como la élite y llamaba mi atención manteniéndose al margen de todo. Me encantaba que no llamara la atención en ningún sentido, me encantaba que fuera pura y tranquila. Diferente a mi hermana, más sumisa.

—Nunca fue a Estados Unidos como todo mundo supuso en Londres, sus abuelos la rechazaron porque les recordaba a su madre, aun cuando fue a pasar unos meses con ellos en París, no podían mantenerla porque estaba demasiado rebelde.

» Lucy, una de las practicantes en ese entonces, la llevó con sus padres y los convenció de la adopción. Renny encontró un hogar y volvió a ser ella por unos años hasta que volvió a meterse problemas. No sé qué la hizo regresar a la locura de estar en la fraternidad y de trabajar en bares. Le iba muy bien en la Biblioteca de Londres. ¿Sabías que ella ama leer? Como sea...

Me quedé viendo a Kyle hablar de una chica a la que le gustaba leer como a mí, a la que disfrutaba de un buen café. Lo escuché hablar de fantasías y unicornios, cosas que jamás existirían si no las veía con mis propios ojos. Renny era una desconocida.

—Renny no volvió a ser la misma hasta que te volvió a ver. Tenía años de no cantar y ese día, aunque sea borracha, se subió y cantó. Tenía mucho tiempo sin reír, de no vivir su vida... Tú le detuviste el

tiempo para que no pensara en lo que había perdido, le diste vida, le diste amor. Le diste lo único que ella necesitaba.

Sentí cómo las lágrimas se acumulaban en mis ojos, sentí cómo todo en mi interior se quebraba.

—¿Qué le di? —preguntando ya sabiendo la respuesta.

—Tu ser. Le diste quién eras para recuperar lo que había perdido. Tú y ella se complementan como si fueran la misma esencia.

¿Se recuerdan cómo les dije que guardaría la cordura en todo este momento? Bueno, para ese instante ya no existía nada de cordura ni de razón. Estaba perdido.

Quisiera decir que cuatro horas después estaba en el mejor estado, pero cuando Kyle me dejó en el apartamento de Louis y Holly, yo estaba en Nivel Inservible 3. Tenía la botella en la mano y estaba sentado en las gradas para subir al apartamento esperando a Louis. Este caminó hacia mí negando con la cabeza en señal de reproche.

—¿Qué diablos? —preguntó viendo a Kyle, claro que no iba a preguntarme a mí.

—Descubrió lo de Renny siendo Rene Scott. —Los ojos de Louis se abrieron como dos platos enormes. Este se dio media vuelta para verme y pude percatarme que el tío no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

—¿Rene Scott? ¿Cómo Rene, Rene hija de...?

—Sí, Sí... Ella. La misma Rene que jugaba muñecas con Holly — dije empujando la botella.

—¡Vaya mierda! Esto sí está jodido, Rees, te das cuenta de lo mierda que es todo esto, no es como... ¿Cómo diablos no nos dimos cuenta? Es obvio si la ves en retrospectiva, son muy, muy parecidas, pero...

—No sigas, por favor. Yo... Solo... No puedo.

Louis tomó mi mano ayudándome a ponerme de pie. Vi cómo asentaba unas flores en el asfalto para sostenerme mejor. Solté una carcajada señalando las flores y llamándolo «chico cursi». ¿Quién diablos lleva flores un día cualquiera?

—Créeme que tú vas a tener que darle las flores a Holly cuando te vea entrar así en el día de nuestro sexto mes de casados.

Me paré en seco viendo a Kyle alejarse con mi motocicleta. Quise gritarle que regresara, que me iría con él a la casa de sus padres, pero era demasiado tarde.

—No voy a entrar. Mi hermana va a patear mi culo por arruinar su noche... No puede solo... ¡Me va a matar!

—¿Quieres hablar antes de entrar? —preguntó como el buen amigo que era.

Asentí, ya que era exactamente lo que necesitaba. Le conté todo, desde la conexión el día del hospital, desde cómo la busqué en las carreras, de cómo iba solo para verla, pese a que no podía correr,

nuestro primer beso para su boda y el primer beso que le di sabiendo que podía ser mía.

Con Louis las cosas simplemente fluían de manera natural, nada era incómodo, nada estaba de más. Las cosas simplemente eran como eran.

—¿Recuerdas cuando Holly te enseñó la foto de mi trasero en el hospital?

—¿El día que saliste corriendo detrás de Renny?

Levanté una ceja recordando ese momento. Cuando le pregunté si tenía novio y contestó negativamente, me dejé llevar por todo alcanzando su mano, tocándola por primera vez —según yo—. Estaba de pie cerca de la cama, viéndome fijamente.

—Ese día le ofrecí tener sexo en una camilla de hospital, fue la primera cachetada real que me dio una mujer —dije tocándome la mejilla recordando el golpe de Renny.

—¿Por eso saliste detrás de ella?

Me mordí el labio recordando cómo Renny suspiró, sus pupilas se dilataron y pude ver el deseo, las ganas que tenía de montarse encima de mí en esa puta camilla de hospital. No sabía que era virgen, no sabía que ya me pertenecía desde ese entonces. Fue cuando la primera mentira aterrizó en nuestras vidas.

—¿Le pregunté si ya la conocía?, sus ojos, su cabello, su aroma... Todo en ella era un déjà vu. Solo no sabía a dónde es que me llevaba.

En ese momento me obsesioné con tenerla —suspiré—. Ella respondió que no, que no me conocía.

Ahora que lo pienso, ¿será que alguna vez me fue sincera?

—Rees, ella perdió a sus padres en un trágico accidente cuando tenía 11 años. Debe tener traumas y resentimientos. No puedes culparla por eso, por no decirte la verdad, no puedes enojarte eternamente con ella.

Cerré los ojos al recordar las imágenes de ese avión en medio del océano hecho una mierda. Papá nos contó que los cuerpos estaban completamente irreconocibles, que lo mejor había sido cremarlos. Recordé los detalles del funeral y el entierro, de cómo Renny buscaba siempre mi cariño, mi protección como si fuera su...

—Ella me creía su héroe...

Caer en la realidad que el amor de tu vida, tu complemento estuvo en tu vida mucho antes de lo que creías, caer en la realidad que pudiste protegerla de tanta mierda, darte cuenta que la amabas desde ese entonces, era un golpe fuerte. Uno que rompió con cada tejido de mi piel y músculos.

Grité de dolor. Grité de frustración.

—La amo, Lou, la amo. ¿Está bien? La amo como si mi vida dependiera de ella, la amo como si no hubiera pasado ni futuro. Solo el presente que es lo único que vale en esta vida.

Comencé a llorar, ignorando el hecho que estábamos a media calle. Varias personas pasaban frente a nosotros con sus sacos largos y bolsos Prada. Todos ellos viviendo sus vidas normales mientras la mía se desmoronaba.

—Vamos adentro. Te prepararé un té. También necesitas comer algo.

Tomé el brazo de mi mejor amigo, deteniéndolo. Lo abracé como los hermanos lo hacían y susurré a su oído.

—No le digas aún a Holly quién es, guárdame un poco más el secreto en lo que encuentro que hacer, no soportaría que la juzgara, no ahora. Esto tiene que tener una salida, tiene que tenerla.

Entramos al apartamento somatando la puerta. Holly pegó un brinco apenas me vio. Quería decir que podía caminar a la perfección, que no estaba estúpidamente bolo. La verdad era que estaba como hecho una mierda, si no fuera porque Louis me estaba sosteniendo, quizá estaría en la perdición total.

—¡Sisi! —grité, viendo a mi hermana cruzarse de brazos.

—¡Me jodes la puta vida! —gritó muy molesta. Claro que iba a enojarse conmigo y probablemente mañana me tiraría mierda todo el día, pero, por ahora estaba observándola perder el control. Le cagué su cena. ¿Y qué? Ella se cagaba en mi vida cada vez que llamaba mortal a Renny. Ya iba siendo hora que lo superara.

—Es un honor, Sisi, joderte la vida es mi maldito placer —dije caminando hacia la cocina. Tomé un vaso el cual se resbaló de mis

manos. Por algún milagro este no se rompió, pero Holly estaba encima de mí pegando gritos.

Me gustaría decir que logré mantener mi línea, que no le demostré a mi hermana que estaba mal. Pero al momento de tomarme el último trago de la botella, comencé a llorar de nuevo.

Un hombre es libre de llorar la pérdida y la traición, un hombre es débil cuando se tratan de cuestiones amorosas. Por lo que no dudé en sacar la mierda que me invadía la conciencia. Mi mundo estaba colgando de hilos y no iba a dejar de sufrir el momento hasta que estos se terminaran de romper.

Dicen que el corazón habla cuando está roto. Dicen que el corazón te aniquila cuando te metes con él. Yo intenté cuidarlo, intenté preservarlo. Renny tomó todo lo que cuidé durante años y lo destruyó en horas.

La quise muchísimo y fui tan feliz que esperaba nunca llegáramos a odiarnos por todo lo que se venía encima. Aun así, las rupturas amorosas nunca son fáciles.

Si me preguntan si todo este dolor valía la pena... La respuesta es sí. Te recuerda que estás vivo, tu capacidad de dar y recibir. Y por ese momento sientes que tu vida es la mejor del mundo.

Holly

Me crucé de brazos y lo observé con desaprobación. ¿Cómo se le ocurre? Nunca pensé verlo de esta manera y estaba desesperada por

esa maldita actitud. ¡Maldición, era una mortal! Y no solo eso, con tatuajes y conduce motocicletas. ¡¿Dios, pero qué le pasa?!

Entiendo que no la recuerde, pero... ¿Qué diablos? Rees necesita recordarla o voy a parar abriendo la boca antes de tiempo.

Volví a ver a mi hermano tirado en medio de la cocina, con una botella en la mano, lágrimas y la maldita desesperación porque una chica... ¡Qué no es de élite! Le presté atención. ¡Por favor! Es Rees Race, no necesita esta mierda, seamos sinceros.

Caminé al comedor un poco decepcionada por cómo había terminado nuestra noche del sexto mes de casados. Le preparé una cena espectacular, compré el vino de preferencia de ambos, incluso, fui por su postre favorito. Pero que imbécil. Cuando regresó de la universidad, traía a mi hermano en calidad de bulto, completamente borracho, llorando y con esa actitud que tiene tirado en la cocina.

Por el bien de mi hermano, llamé a mis padres para que vinieran a recogerlo mañana temprano. Louis tenía un día muy largo en el laboratorio y yo tenía que ir a hacer mi examen en Guild. Finalmente, las cosas estaban saliendo a la perfección, estaban como anillo al dedo para ambos.

Apagué las velas que encendí para dar un ambiente romántico a mi cena. Estaba desilusionada. Era la maldita primera vez que me esmeraba tanto para esto y viene el imbécil de mi hermano llorando... ¡Por una mortal! Es que no me lo creo.

—Lo he intentado todo —decía con su voz rota en un mar de lágrimas—. No me quiere, no logro penetrar esa maldita burbuja.

—¿Desde cuándo Rees Race se da por vencido? Tú no dejas de luchar, te pones tus mejores pantalones, o en este caso los menos formales que tengas, y sales por ella. Dedícale algo que nadie le diera antes.

—Le he dado cariño, eso nadie se lo ha dado después de que sus padres murieran en ese accidente aéreo. Nadie... —La voz se volvió a romper y algo en mí también lo hizo. Claro que no los tenía, Rene Scott perdió a sus padres y toda su vida en ese accidente.

Yo no sé qué haría sin mis padres. Un poco más curiosa, me acerqué a donde estaba mi amor, mi bebé, mi hermano. Lo vi detenidamente, estaba destrozado por alguna razón y quería estar para él como él siempre estuvo para mí. Aunque no esté de acuerdo en que él esté de ese modo, menos por Rene.

—¿Qué pasó? —pregunté, quitándole la botella de las manos y dándole un trago yo. El líquido descendió por mi garganta quemando todo a su paso. Jagger, con razón está tan borracho.

—Sus padres murieron en un puto avión que se hundió en el Atlántico hace diez años u once años, no estoy seguro, era... Una niña y se quedó sin nada —otro sollozo—. Sus abuelos no podían mantenerla por lo que paró en un lugar de acogida. Fue adoptada, pero... ¡Dios!

Mi hermano se rompió a llorar y por más que no quisiera entenderlo, por más que quisiera odiar a la chica, eso era muy trágico, y recuerdo esto como si hubiera sido ayer. De tenerlo todo a perderlo de un momento a otro.

La entendía porque, aunque no perdí a mi familia me había perdido a mí misma, no me encontraba en una lluvia de estrellas. Quería gritar y salir corriendo cuando sentía que no podía más. Adam, en un pasado, se llevó mi ser, se llevó quién era.

—Es cerrada. ¿No es así? —dije, tomando su mano.

—Es impenetrable, Hol, cada vez que creo estar más cerca de ella, algo la aleja. Se cierra por completo y no me deja ayudarla.

Lou se colocó a mi lado atrayéndome hacia él, le quitó la botella a Rees dándole un trago igual al mío solo que más largo. Los dos necesitábamos un poco de alcohol al escuchar esta plática, realmente nunca vimos a mi hermano tan mal como ahora.

—Sigo pensando lo mismo, tú no dejas de luchar cuando encuentras a la mujer ideal. Al contrario, luchas más fuerte por ella, lo das todo.

—¡Maldito pan de vida! —dijo somatando la nevera que estaba detrás de él—. La quiero y por ella estoy exponiendo todo, estoy dejando todo. Sé que a ustedes no les gusta por tratarse de una mortal o lo que quieran, pero ella me complementa a pesar de ese temperamento de mierda que tiene.

—Mi madre es mortal, Rees, claro que a mí no me molesta. Además, ya te mostré la carta de papá, deberías haber entendido sus palabras en ese entonces.

¡La carta! Esa de la que tanto me habló y nunca me enseñó. Dijo que a su debido tiempo y que aún no estaba listo para compartir las

palabras de su padre. No conmigo, pero sí con Rees. Pero, ¿qué le pasa! Me dije, dándole una mala mirada. Ese momento en el que te das cuenta de que tu gemelo conoce más a tu suegro que tú. ¡Genial!

—Quizá ya va siendo hora de mostrártela, nunca pensé que fueras tan clasista, bebé —dijo Louis besando mi mejilla.

—¡No soy clasista! —grité para defenderme. Es solo ella la que me molesta.

—Cómete una sarta de mierda, Sisi, los dos lo éramos. Influencia de la abuela, no te preocupes —dijo Rees, cerrando un poco los ojos.

Quería gritar otra vez por todo mi enojo acumulado, no lo hice. Una parte de mí entendía la situación, otra más fuerte pensaba en todo lo que mi hermano había arruinado hoy. De seguro mañana nos despertamos a las cinco y media para ver el amanecer. Seamos sinceros, no lo hacemos todos los días porque no somos personas tan madrugadoras, solo lo dejamos para aniversarios y fechas especiales. Él era mi arma especial y, aunque todos los días junto a él eran especiales, quería que hoy fuera inolvidable.

—Rees, te ruego que no le hables de esa manera a mi mujer, sabes que te queremos, pero más respeto no caería mal.

—Lo siento —dijo mi hermano sobándose la cara—. Voy a mi habitación, necesito dormir, siento mucho lo de la cena, Sisi. Pero la pasta estaba rica. —Me regaló una sonrisa antes de desaparecer en la habitación que teníamos para él. Ya me estaba empezando a arrepentir de habérsela dado. ¡Maldición!

Mis padres le dieron un apartamento exclusivo a él, uno en la misma zona de mi apartamento, pero de igual manera quisimos incluirlo en nuestras vidas. Dios, qué horror. Llevé mis manos al rostro dejando que un par de lágrimas salieran finalmente.

—No llores, amor, aún tenemos toda la noche —dijo Louis, abrazándome, tirados en el piso—. Es la mejor sorpresa que me han dado en mi vida, todo estaba hermoso. ¿Vamos a comer?

—Rees se comió uno de los platos —dije con un puchero.

—Ya preparo uno nuevo, aún hay pasta y ensalada. Todo está bien. Ve y prende las velas una vez más. No pelees con él, te necesita ahora.

Louis se levantó para prepararse otro plato más de pasta y calentar el mío. Los llevó a la mesa justo cuando terminaba de montar todo. Al menos algo se rescataba de esta noche. Me senté en el lugar frente a él, como siempre lo hacíamos. Cenamos, hablamos y reímos. Seguramente Rees no sentiría nada, absolutamente nada.

Dímelo a los ojos

Renny

No podía moverme de donde estaba sentada, Kyle me había dado mi segunda ronda de batido de chocolate y yo me lo había tragado todo como si fuera una muerta de hambre, ahora necesitaba pasar al alcohol para intentar olvidar. Cerré los ojos, sintiendo cómo aún sus manos se metían entre mi cabello para jalarme con fuerza a sus labios, como se apoderaba de mí dejándome sin un suspiro.

¡Seré idiota! ¿Cómo no se me ocurrió que de plano ya lo sabía?
¿En qué diablos pensaba?

Regresé mi mirada a Kyle, finalmente, buscando el maldito valor que necesitaba, pregunté:

—¿Quién le dijo?

—¿Cómo que quién le dijo? ¡Vamos, Ren! No pensarás que Rees es tan idiota para no darse cuenta.

Cerré los ojos pensando en que era verdad, lo que no entendía era cómo pasaron meses y él nunca lo sospechó. Sí, había cambiado muchos aspectos de mí, los tatuajes, el color más claro de cabello, estaba mucho más delgada y, por supuesto, a los once no tenía cuerpo de mujer. El maquillaje exagerado también ayudaba. Sé que Rees prefiere sin maquillaje, me lo decía cada mañana cuando despertábamos. Muchas veces me rogó por un maquillaje más delicado, pero tenía miedo que lograra ver a través de mí. Negando,

regresé al único puto amigo que tenía en la faz de la tierra, lo peor, lo compartíamos con Rees.

—Eres una mierda, Kyle, tú debiste decirme algo, pegarme para que no le mintiera, no sé.

Kyle soltó una carcajada que me dejó quieta por unos segundos. Cínico, se está riendo de mí, de la manera exagerada que no me gustaba. Me concentré en cómo se tomaba la barriga. La urgencia de pegarle lo más duro que podía se hizo presente.

—Renny, tú y yo no nos hablábamos hasta ahora. Pasaron años en los que te alejaste, no me vengas con que «hubieras dicho algo». Él te hubiera escuchado y entendido, solo tenías que darle el maldito beneficio de la duda.

—¡Mira cómo se volvió Holly! —grité desesperada. Era mi mejor amiga, ahora yo soy «una mortal» para ella.

Kyle le hizo señas al cantinero para otra ronda de cervezas. Quizá esta noche estaría ebria y llorando por haberlo perdido, pero qué más da. Estoy cansada de ocultar mi verdadero yo. Han pasado muchos años en los que quisiera sonreír otra vez, ser la dulce niña que papá y mamá criaron y no la perra en la que me he convertido, malhumorada y fuerte sin sentimientos.

—Por favor, Holly... Ella lo sabe desde el principio y lo sabes. Viste su mirada el día de su boda, lo sentiste. Ella está afligida porque la abandonaste, porque le mentiste. De los Hamilton fue la única que te fue a buscar a la casa hogar, te llegó a ver y tú no la recibiste. ¿Ya no te acuerdas de todo eso?

Me tragué el nudo que se formaba en mi garganta, suplicando que las lágrimas no salieran. No podía ser que Kyle conociera mejor la situación que yo, era más observador. Holly lo sabía y no dijo nada en todo este tiempo. Tomando la cerveza de un solo trago, me di cuenta de que, en una semana, Kyle había salido conmigo y con Rees todos los días. ¿Cómo diablos podía con esto?

Una semana sin Rees, una semana...

—¿Ya tiene Agapi? —pregunté no queriendo saber la respuesta.

—No, pero está saliendo con varias para escoger una. Le va a llevar un proceso largo porque aún te tiene en la mente, pero seguramente en unos meses la tendrá. Así tiene que ser y lo sabes.

Maldito sabelotodo. Lo peor era imaginarme a Rees saliendo con otras chicas, no soportaba la idea que ellas tuvieran las atenciones que yo tenía. El dulce y carismático Rees era mío y no quería compartirlo. Me llevé la mano al corazón para ver si este seguía palpitando. Al menos aún no me había quedado sin habla.

—¿Estás bien? —preguntó Kyle suavizando su tonalidad.

—No lo sé, solo que... Por primera vez en toda mi vida quisiera ser de la élite, quisiera formar parte de esa sociedad con tal de estar junto a él. Kyle, Rees es mi todo, siempre lo fue.

Sintiendo el dolor crecer en mí, dejé que las lágrimas se escondieran en lo más profundo de mí ser. No lloraría como una idiota todo el tiempo, no era correcto. Solo dejaría que mis penas se

acumularan. Quizá si guardo mis sentimientos y no expreso nada sea lo mejor, al menos no tendría que demostrarle al mundo que estaba rota.

—Quiero volver a ser yo —susurré, viéndome las manos—. Quiero dejar esta vida de mentiras, no me quiero ocultar más.

Kyle me dedicó una media sonrisa que afirmaba que era lo correcto. Los dos nos quedamos viendo durante un tiempo largo, él era una de las cosas que quería recuperar. Fue mi amigo durante años y por idiota lo perdí.

—Bueno, empecemos con el maquillaje y el cabello. La ropa ya la empezaste con Rees. —Era verdad, mucha de la ropa que Rees me había comprado era muy élite. No iba a vestirme con los atuendos de antes porque no me gustaban, pero sí buscaría algo no tan niña mala.

—Enamorarse de alguien de la élite es lo peor que puedes hacer, Renny, sabes que ellos no están hechos para nosotros. Pero si puedes lucirte frente a ellos, mejor.

Abracé a mi amigo sintiendo la necesidad de pedirle perdón por haber sido una mierda todo este tiempo. La verdad, es que era un ser increíble. Le tomé la mano dándole una sonrisa de oreja a oreja. No perdería a mi amigo otra vez.

Rees

Puse mi brazo alrededor de la cintura de Ariana, no me emocionaba salir otra vez con ella. No me gustaba, pero no era una plática aburrida. No mencionaría que la mitad de las personas dentro

de su grupo social me fastidiaban una barbaridad. Quiera solo acostarme con ella para quitar las caricias que aún habitaban en mi piel. En una semana no había logrado sanar las cosas que en mi interior se acumulaban.

Escuché a las chicas hablar mal de una de sus amigas. ¡Vaya amigas estas! ¿Qué?, ¿acaso no entienden que la hipocresía era de las peores cosas en el mundo? Me encantaría decir que lo penaba solamente y no decía nada en absoluto, pero cuando Jessi se volvió a acercar, sonriente, no pude evitarlo.

—¿Qué hay de nuevo? —dijo, agitando su cabello rubio.

—Nada fuera de lo común —dije, soltando a Ariana—, tus «amigas» hablan mal de ti mientras tú no las escuchas, ya sabes, la hipocresía de siempre en este grupo de mierda.

Jessi era una buena chica, virgen y era por eso que todas hablaban de ella. Ella era la Agapi de Brandon, uno de mis amigos de la élite. Ariana y sus amigas soltaron un grito, incluso, una tuvo el descaro de decir «¡Pero que bromista, Rees!». Yo era todo menos bromista. Mi sarcasmo siempre era genuino.

—Sincero, no bromista, querida. Si me disculpan, Ariana, esta mierda no va a funcionar. Odio las mentiras y las malas amigas y tú en dos horas me has demostrado ser exactamente eso al igual que tus amigas, excepto Jess. Tú sí vales la pena. Permiso.

Pasé a un costado de Jessi susurrándole un «Ellas no valen la pena» y me alejé. No iba a estar con alguien que fuera una mierda real. No estaba para perder mi tiempo. Saliendo del café donde estábamos,

busqué con la mirada a Holly junto a Beth. Las dos estaban hablando muy animadas acerca de un show de belleza en la plaza central del parque, dentro del Royal Center, al menos sabía que no me torturaría con ellas.

—¿No funcionó? —preguntó Holly al borde de la risa. Apretaba tanto sus labios que pensé que se le quedarían pegados.

—¡Élite basura! —Quitándole el vaso de las manos a mi hermana mayor, le di un trago interminable, sintiendo el vodka de chocolate con Coca-Cola, vaya mezcla—. Sisi, esto es una bomba.

—Sí, pero es rico —dijo, quitándome su vaso de las manos. La verdad era que estaba asqueroso, pero no le diría eso a ella.

Mi teléfono comenzó a vibrar y tuve la esperanza de que fuera Renny, toda la semana había sido la misma historia. Mi teléfono vibraba y yo esperaba a que fuera ella. A veces olvido que tanto Renny como yo somos muy orgullosos y que lo más seguro es que no nos hablemos en un buen tiempo.

Sacándolo, observé el número de Kyle, al menos el me mantenía al tanto de cómo estaba ella. Contestando el teléfono me di cuenta de que estaba algo ebrio. Entrecerré los ojos, deseando que solo fuera él y no Renny.

—¿Dónde estás? —pregunté, alejándome de Holly y Beth.

—En el bar, hermano, no creo poder... ¡Hip!, manejar. ¿Te puedes llevar mi motocicleta?

Me rasqué la cabeza pensando en que el idiota era igual que yo. La motocicleta no se presta, ni se deja. Soltando un suspiro, observé a mi hermana. Ella estaba hablando por teléfono y seguramente en poco se iría a casa. Louis salía de turno al amanecer y, de seguro, lo esperaría en la sala para que contemplaran la salida del sol antes que él se fuera a dormir y ella a estudiar. Era una rutina muy rara la que tienen ellos. ¿Por qué amanecer? Eso era demasiado raro.

—Llego en diez, no tomes más. Solo busco un taxi o quién me llevé.

—Aquí te espero.

Una parte de mí rogaba que Renny estuviera con él, deseaba verla, aunque sea diez segundos. No me enojaría si estaba ebria como Kyle, no me enojaría si estuviera en la barra atendiendo. Solo necesitaba verla.

—Beth —dije, aproximándola a mí, unos centímetros lejos de Holly.

—¿Qué? —respondió con ese dejo amargo que tenía. Esa mujer podía bajarnos a todos del caballito y pisotearnos por completo.

—¿Puedes llevarme a Picadilly?

—No —contestó de inmediato. Pero ¿qué diablos con la actitud Hamilton?

—Bueno, está bien, busco un taxi. —Dispuesto a salir a buscar un taxi porque no le pediría a nadie más. Beth se dio media vuelta.

—Está bien, Hamilton. Vamos. —Su tono era de muy mala gana, como si fuera el favor más grande que iba a hacerme en su vida.

Beth siempre fue la mano derecha de Holly, siempre juntas en todo lo que tenía que ver con la élite. Beth era muy apegada a las leyes de la élite al igual que yo fui en un pasado. Su abuela y mi abuela, eran como músculo y hueso, cosa que les transmitieron a las pequeñas nietas. Por suerte yo tenía a Louis, Holly, Renny y a Kyle, el mundo ya es bastante cruel para no compartirlo con amigos.

Despidiéndonos de Holly, salimos directo al auto blanco de Beth. Si pensaba que el automóvil de Holly era muy de niña, esta cosa era exactamente igual. Fue una suerte que mi hermana pasara por mí, últimamente estaba más enloquecido en las fiestas, me emborrachaba para deshacerme del dolor. Bueno, no es como si pudiera, en realidad el maldito dolor de extrañarla era una constante en mi vida, con alcohol o sin alcohol.

—Gracias, Beth, solo tienes que dejarme frente a ese bar —dije, señalando el gps.

—¿Y tener toda la diversión para ti solo? Si me sacaste de una fiesta increíblemente aburrida espero que al menos me invites a un trago en el mundo real.

Me reí de ella ante su expresión «mundo real» porque eso era exactamente donde vivíamos, en una burbuja, una que no era tan mala si te ponías a pensar. Crecí en un mundo lleno de amor, mis padres siempre cuidaron de nosotros, siempre nos hicieron grandes personas, cosa que mi hermana perdió por la presión del grupo, también la

perdió por miedo a Adam. No era justo que pasara eso por el puto miedo, pero ahora la entendía, nunca había estado tan asustado en mi vida como ahora que estoy enamorado.

—Mi amigo está borracho, Beth, se supone que voy a... —Algo en los ojos de Elizabeth me hicieron parar lo que estaba a punto de decir. Realmente quería probar el mundo real. ¿Qué?, ¿acaso nunca había salido?—. Está bien, Beth, un trago no nos hará daño.

Cuando llegamos al bar, nunca había visto a alguien tan emocionada como Beth, esta se bajó hablando de cómo se veía todo como en los bares de película. Estaba sorprendido por su reacción ante esta situación, sinceramente cuando le pedí que fuera a dejarme, nunca pensé que fuera a ser como si la invitara a Disneylandia.

Tomando su mano en un estado sobreprotector, cruzamos a la oscuridad del bar. Todo estaba normal, el aroma a cerveza y licor en su máximo esplendor, el humo de cigarro que venía de afuera, el típico aroma a borrachos sudados y a exceso de perfume de mujer. Todo estaba como debía estar, excepto por Kyle, que estaba solo en la barra tal y como se lo indiqué, con un vaso de agua.

La decepción me envolvió, perdiendo las esperanzas de poder ver a Renny por unos minutos. En realidad, tenía ganas de topármela y ya.

—¿Ese es tu amigo? —preguntó Beth viéndolo de arriba para abajo.

—Lo que queda de él, sí.

Sabía que Beth lo había visto en las carreras, pero verlo de ese modo era algo completamente nuevo. El hombre era basura en estos momentos. Nos acercamos a él, somatándole la espalda para captar su atención, este dio la vuelta con los ojos desorbitados, sin apenas fuerza para saludar. De verdad que estaba mal.

—¿Estás solo? —pregunté con la esperanza que Renny estuviera aún por algún lado.

—Sí, Lucy vino por Renny hace una hora, también estaba inservible.

Fruncí el ceño no muy contento con lo que escuchaba. Pero ¿qué diablos? Renny muy pocas veces tomaba hasta perder la cabeza y no me gustaba que lo hiciera. ¿Qué ocurre si algún imbécil se sobrepasa con ella? ¿Qué pasa si abusan de mi pequeña? Cerré los ojos quitando las imágenes que se formaban en mi mente. Yo no era quién para reclamar lo que ella hacía o no.

—Yo la cuidé, idiota. Así que quita esa cara de dolor de estómago.

—¿Con tu estado? —Sí, claro, si alguien la tocaba y Kyle intentaba defenderla, pararía en el suelo golpeado y desmayado.

—Sí, yo soy como Superman en estos momentos... O al menos así me siento.

—Sí, pero porque estás en las nubes. —Regresé mi atención a Beth y descubrí que la chica había desaparecido. El pánico se empezó a formar en mi estómago cuando apareció con tres whiskys con soda de limón. Negué con la cabeza al ver la sonrisa que tenía en los labios.

Estaba feliz por estar en este bar de mala muerte por lo que nunca diría nada acerca de la porquería de tragos que estaba trayendo.

—Una bella dama me compró un trago. ¿Quién iba a decirlo?, cariño. —Kyle intentaba formar las palabras en su boca—, te acabas de ganar mi corazón.

Beth se puso tan roja por el cumplido de Kyle que se veía perfectamente en la oscuridad. Esta bajó la mirada y sonrió otra vez.

—Quería tomar algo en un lugar normal, no sé si esta...

—Está más que perfecto si no lo llamas «lugar normal», cariño. Ven, siéntate a mi lado y vemos a Rees sufrir por Renny Ren y tomamos esta porquería que trajiste, ¿limón en whisky? Estos de la élite sí son raros.

—¡Ups! —dijo Beth, tapándose la boca al reír—. Nunca había pedido en un bar.

Puse los ojos en blanco tomando la porquería con limón que trajo Beth, este no era un trago de hombres, pero a Kyle parecía no importarle. Me senté junto a ellos y dejé que los dos hablaran un poco de la vida. Quizá de ese modo le enseñó a Beth que la vida es más divertida fuera de la élite.

Lo que se suponía ser una cosa de cinco minutos, pasó a ser una cosa de tres horas en las que Beth le sacó todo tipo de plática a un muy borracho Kyle. Estos dos intercambiaron números y finalmente me tocó llamar a Louis para que viniera con Holly a traer a Beth a mi

apartamento en la mañana, no la llevaría a su casa en ese estado. Su auto estaba hecho una mierda por cómo metimos la motocicleta y agradecí millones que fuera convertible, de lo contrario, hubiera tenido serios problemas.

Cuando finalmente tuve la paz que necesitaba, me puse a pensar en todo lo que mi corazón sentía. Estaba destrozado, pero mañana tocaba dar la cara en el ojo público en un debate político en el que acompañaría a mi padre.

Tomé mi teléfono y mandé un mensaje a mi nueva confidente.

Yo: ¿Me acompañas mañana al debate?

Beth: ¿No tienes mejor compañía?

Pero qué cínica.

Yo: No, lamentablemente eres lo mejorcito que hay. Paso por ti a las tres.

No le daría tiempo de pensarlo, de ese modo me aseguraba a ir con alguien que no pararía echando a mitad del debate y luego de la cena. Eso era lo que necesitaba, una amiga que entendiera lo que estaba pasando. ¿Cómo no lo pensé antes?

Beth: Está bien, pero trae de los dulcitos que tenías en tu cocina, de caramelo. Nos vemos mañana.

Tirando el teléfono en el sillón, hice un plan mental. Si funcionaría o no, no estaba seguro, pero, por ahora era lo mejor que

tenía. El tiempo se me acababa y la hora de escoger una Agapi antes de las elecciones también.

Bienvenida al mundo mortal

Rees

Durante el tiempo que se extendió el debate me la pasé sonriendo a una cámara y sosteniendo la mano de Beth. Los dos sabíamos que esto no era real, pero yo podía darle un pedazo de vida, algo que ella quería experimentar y no podía. Salir de la élite para conocer el mundo. Beth era sencilla y curiosa. Eso lo hacía importante, no me exigía una relación, ni quería una con nadie de la élite. Su expareja había resultado ser un imbécil y para su suerte no había llegado a ser su Agapi.

Todas las tardes durante estas dos semanas que habían pasado, Kyle llegaba a mi apartamento y platicaba con Beth. Salíamos a tomar café, a caminar por Hyde Park, salíamos a bares «normales» y hacíamos cosas que los «mortales» hacían, según Beth. Nunca pensé en cómo se sentirían todos acerca de esta mala modalidad de solo salir con gente de élite, yo salía con varios corredores que no tenían nada que ver con la élite y era lo más alegre que me pasaba.

—¿No vendrá hoy Elizabeth? —preguntó Kyle. Entrecerré los ojos ante su mal chiste de no decirle su apodo para que fuera lo contrario a Renny y a mí. Ella jamás me llamó Rees y eso lo odiaba.

—No lo sé, está de compras con Holly. Tienen show de modas esta semana Y... Ya sabes, cosas de mujeres.

Kyle, un tanto frustrado, ya tenía más de tres días sin ver a Beth y veía que su interés crecía cada día. Nunca me imaginé que ellos fueran a hacer tanto click, eran de mundos tan distintos. Kyle era de

esos que aguantaban a la élite, pero no eran fans de sus reglas y Beth fue criada para ser la niña prodigio dentro de su familia.

Volví a revisar el teléfono celular, aún Renny no me contestaba el mensaje que le había mandado ayer temprano. Quería platicar con ella, que me explicara por qué me mintió, por qué no dijo nada. Una parte de mí seguía sin perdonarla, otra muy en el fondo necesitaba respuestas. Ella mintió por una buena razón, ahora quería saber cuál era esa razón.

—No te va a contestar —dijo Kyle, tomando el control para cambiar de canal.

—¿Por qué no?

—Ella también está dolida, Rees, ella perdió a sus padres, está confundida. Ella quería decírtelo, pero tenía pánico de perderte, lo cual no se aleja de su realidad.

—No lo entiendes —dije, poniéndome de pie, buscando un poco de espacio—. Odio que me mientan.

—Sí, ya lo entendí, no quita que seas un gran idiota egoísta. ¿Nunca creíste que ella también te necesitaba? ¿Más ahora que sus padres están a punto de cumplir aniversario de muertos? Ahora, toma mi maldito teléfono y llámala antes que inventen un nuevo dispositivo para identificar la estupidez y Renny lo adquiera, de seguro de esa no te salvas.

Sacándole el dedo de en medio, le quité el teléfono de las manos sabiendo que a él sí le contestaría. Me negaba a llamarla, pero... Kyle

tenía razón, Renny no me contestaría el teléfono. Caminando al balcón, salí a recibir el gélido viento de Londres. Agosto estaba en sus primeros días y, a pesar de que debería de haber un poco más de calor, estábamos con lluvia la mayor parte del tiempo.

El teléfono sonó tres veces antes que una muy agitada Renny contestara el teléfono.

—Ahora, no, Kyle, estoy... ¡Oh, Dios! —gritó como si estuviera a segundos de tener un orgasmo. Me quedé paralizado. No contestaría el teléfono si estaba teniendo relaciones, ¿o sí?

—Yo... —empecé a decir, pero esta me interrumpió.

—Te llamo al salir de aquí, este hombre va a matarme, pero valdrá la pena. Te veo más tarde.

Sin más que decir, y sin preguntar ni mierda, me colgó el teléfono, pero ¿qué diablos? ¿Hombre? Le tiré el teléfono celular a Kyle, molesto a más no poder. Pero ¡¿qué diablos fue eso?! No me lo creo. Tenía que controlar el animal dominante que se estaba apoderando de mí. Los celos iban a matarme.

—Estaba... Ocupada. Voy al baño.

Escuchar su voz causó estragos en mi interior, unos que no podía explicar. Ciertas cosas estaban saliéndose de control y en lo único que podía pensar era en ella. Papá había subido en las encuestas, Holly mantenía su papel de niña buena intacto, Louis siempre dando buena imagen en el hospital y yo... Yo dejé de correr por ahora y me dedicaba

a sonreír a las putas cámaras cuando lo menos que sentía era las ganas de sonreír.

Desde que Renny no estaba en mi vida, la felicidad parecía desvanecerse. Si algo aprendí en estos días, es la fuerza que puedo llegar a tener, sé que la amo, sé que daría todo por ella, pero mi mundo no se detuvo completamente. No era de esos hombres que se deprimían y demostraban ser incapaces de vivir sin el amor de su vida.

La verdad era que podía vivir sin ella, que no quisiera era muy diferente.

Yo elegí a Renny para ser mi compañera de vida, no por una ley o por un acuerdo matrimonial. La elegí por quiénes éramos cuando estábamos juntos. Como hizo mi padre con mi madre.

Volví a pesar en la Renny agitada y mi enojo regresó al máximo esplendor. No me lo puedo creer, no puede estar con nadie más, agitada y gritando. Tiene que haber una explicación a esto. Me niego a pensar que otro hombre la toque. ¡Es más! Me niego a pensar que alguien la puede ver siquiera. ¡Pero qué estupidez! Celos de mierda, me dominaban.

Entré al baño con la necesidad de pegarle a algo, pero no podía perder el control. Abrí la regadera, fría como nunca antes, y metí la cabeza, sintiendo como el agua disipaba todo pensamiento incoherente. Tenía que...

Mi teléfono comenzó a vibrar. El número era local, pero desconocido. Sin pensarlo, contesté, casi nadie tenía mi número, por lo que esperaba a que esto fuera interesante.

—Rees Hamilton —contesté lo más profesional posible.

—Buenas, tardes, señor Hamilton, le habla Corrie Mathews, secretaria de Alexander Mandi. —Me tomó un cuarto de segundo procesar ese nombre. Alexander era uno de los comentaristas deportivos más grandes del Reino Unido y Europa, nunca, a pesar de haber ganado varios campeonatos, había sido invitado a su programa de entrevistas

—Ah, sí. De «Extreme», cuénteme en qué puedo ayudarle.

Quién me escuchara en estos momentos, estaba hablando con la princesa Celina y nada en especial, como si fuera una plática casual. ¡Santa mierda, era Extreme! De los programas de deporte más famosos. Desde pequeño veía ese programa con papá, él juraba que lo había conocido en Grecia hace mucho, pero no le creí. De haber sido de ese modo, él hubiera contactado a su amigo y me hubiera arreglado una entrevista.

Sabía que el Alexander Mandí tenía un restaurante en Santorini al que papá nos había llevado en las vacaciones y al parecer una vez se juntaron con ellos peor mi emoción por ir a montar moto por la isla era más grande que conocerlo, me arrepentí de por vida.

—Queríamos hacerle una entrevista, señor Hamilton, el lunes a las tres es la grabación del programa que se transmite el domingo temprano con repetición tres días a la semana. ¿Podríamos contar con su presencia?

Levanté el puño de la felicidad, olvidando que hace unos momentos estaba al borde del caos por una agitada Renny que estaba con un hombre haciendo Solo Dios Sabe Qué.

—Tengo que hablar con mi representante, pero lo más seguro es que sea un sí. —Al diablo con Daniells, esto era un rotundo sí, pero papá siempre me educó para hacerme el interesante.

—Lo apuntamos en la agenda y cualquier cancelación usted nos avisa. Muchas gracias, señor Hamilton —dijo la increíble dama del otro lado del teléfono. Si no fuera porque un maldito cable nos separara en estos momentos, la besaría por la llamada tan inesperadamente genial que acababa de recibir. ¡Una maldita entrevista con Alex Mandí!

Salí del baño celebrando como un crío que ha encontrado un dulce debajo del sofá, o una moneda o chocolate no derretido, no sé. El punto es que estaba gritando, corriendo por todo el apartamento. Kyle se puso de pie viéndome de arriba abajo. Cuando finalmente recuperé la compostura, levanté mi celular en signo de gloria.

—¡Vaya!, nunca pensé que te fueras a poner tan feliz por una llamada de Renny, de haberlo sabido, hace días que te hubiera dado el teléfono. Has estado de un humor tan...

—No seas cabrón, no es por Renny. Me llamaron de la oficina de Alex Mandi. ¡¿Te lo puedes creer?!

Este negó con la cabeza, somatando mi hombro como si fuera saco de boxeo, si no hubiera estado emocionado de la misma manera le reviento la cara. En estos momentos no importaba, la emoción de ser entrevistado por él, era lo mejor que había.

De pronto estaba celebrando algo importante en mi vida y quería contarle a Renny, decirle lo genial que era este momento para mí. Pero estaba ocupada con un tío al que no le importa absolutamente nada. Mis celos salieron a relucir, pero en estos momentos tenía otras prioridades.

—¿Acompañarás a tu padre hoy? —preguntó Kyle tomando su chaqueta, ya listo para irse.

—Sí, a las ocho tenemos que estar en la casa real.

—¿Irás con... Ammm... Beth?

Que me maten cien veces si este hombre no estaba interesado en ella. Ese era su tema de conversación siempre, como si fuera palabra nueva para un niño. Negué con la cabeza. Esta vez no había Beth en evento real, iría solo con mi padre.

Kyle me dio una sonrisa apenada, como si no entendiera lo que estaba pasando, él quería con Beth y no le gustaba que estuviera usándola a ella para darle tiempo a mi padre con las elecciones. No podía creer que la gente que no estaba dentro de la élite fuera mucho más exigente que los mismos de la élite y, por culpa de ellos y sus malditos noticieros, estaba obligado a ir con alguien que no quería.

Aún tenía tres horas libres y sabía exactamente a dónde tenía que ir. Tomé el teléfono marcando el número de mi hermana. Tenía tanto tiempo alejado de ella que dolía. Nuestra relación como hermanos había decaído mucho, pero debía unir ese vínculo por el amor de todos los Hamilton. Ella era mi maldito complemento, al fin y al cabo.

—¿Dónde estás? —pregunté, poniéndome la sudadera azul marino.

—Entrando a casa... ¿Por qué?

—¿Gimnasio? Tenemos mucho de...

—¡Genial! —gritó antes de que pudiera terminar de formular mi hipótesis—. Louis está de haragán en casa, hoy no le tocó turno. Ven y vamos en su carro, como los viejos tiempo. Esto será genial, ¡Louis! —Alejé el teléfono cuando casi me quita el tímpano—. Vamos a ir al gimnasio con Rees y después a comer algo.

Escuché como mi hermana se movía en su apartamento, las pisadas en el suelo de madera eran escandalosas y la manera en que respiraba más agitada podía decir que ahora estaba cerca de Louis. Bueno, está bien, lo sabía por la televisión a todo volumen.

—Ustedes sí que son especiales. ¿Comida después del gimnasio?

—Estás en *speaker* —me gritó Holly.

—Claro que a comer después, unas crêpes de Nutella para quitar el bajón de azúcar. ¿Te apuntas o no?, porque igual ya voy en camino.

Ya sabía que venía el sermón de Louis de no hablar mientras manejo, pero este casco que compró papá con manos libres instalado era el hit. Me coloqué el casco recibiendo la señal de conectado. En menos de tres segundos ya tenía a Louis peleando.

–Manos libres significa que te escucho en el casco. ¿De qué te sirve tener un carro último modelo si no sabes que es manos libres? Tu carro tiene uno. ¿Lo sabías?

Prendiendo la moto, aceleré, causando que Louis volviera a alegar.

–Cuando te caigas de esa mierda una vez más y mates a todos de un susto, otra vez...

–Tranquilo, Louis Montgomery, nada me va a pasar. Además, son tres minutos si acelero. Tres minutos para que pares tu culo y te alistes para ir a ejercitar el cuerpo. Los espero abajo.

Colgué el teléfono sintiéndome en los viejos tiempos. Aquellos donde mi hermana era más idiota de lo que es ahora, en aquella donde Louis era solo mi mejor amigo y no mi cuñado, aquellos en los que no estaba enamorado. Era difícil pensar en cómo todo cambia en un año y, más aún, en dos semanas.

Ok

Renny

Me terminé de duchar, coloqué una toalla alrededor de mi adolorido cuerpo y comencé a caminar directo a los casilleros para cambiarme. Pier me había sacado hasta lo que no tenía hoy en el gimnasio. Tenía años sin entrenar de esta manera, es más, era la primera vez que lo hacía en mi vida. Todo eso del ejercicio físico nunca fue lo mío. Durante todo el viaje, vi a Rees levantarse temprano para ir a correr y levantar pesas, muchas veces fui solo por el gusto de verlo empapado de sudor y sin camisa, era como un manjar de vainilla.

Quería dejar de verme como una niña en ropa floja, necesitaba empezar a convertirme en una mujer. Mis estudios pasaron a ser mi prioridad. Regresé mis hábitos que mis padres me inculcaron para tener buenos modales. Empecé a pensar de manera diferente al momento de comunicarme con el mundo.

—Buen entrenamiento, Renny —dijo Evi, una chica simpática que acababa de conocer en el gimnasio.

—Gracias, siento que Pier me sacó hasta el último suspiro, es como si no sintiera mi cuerpo.

Era verdad, Piero era una bestia de uno noventa de estatura. Grande y musculoso. No pretendía verme como esas modelos fitness, para nada. Eso de marcar músculo no era lo mío, peor si quería algo al estilo Holly, a pesar de ser una modelo, no era completamente plana. Un punto por el cual ella no podía ser modelo de pasarela, solo de fotografía, una estupidez así.

—Así es, Piero, tu cuerpo se irá acostumbrando, cariño, te irá bien. Sobre todo, porque no tienes que bajar de peso, sino aumentar masa muscular. Ahora, ¿quieres ir a tomar un batido de proteínas al primer nivel? Son muy buenos y te ayudarán a ganar fuerza, son especiales.

Asintiendo con la cabeza, acompañé a la chica a la cafetería del gimnasio. Rock Gym era de los gimnasios más cómodos de Londres, no era caro, pero tampoco era una basura total. Sabía que jamás me encontraría a nadie de la élite por estos rumbos, era de muy baja clase para ellos.

Nos sentamos en los taburetes altos frente a la barra. Un joven de unos veinte años estaba detrás con el uniforme que identificaba al gimnasio, su cabello rubio era toda una odisea divina. Evi lo observaba como si intentara seducirlo, me pareció muy atrevida, tan atrevida que me hizo sentir pena ajena. Era como si quisiera ponerle chocolate y chuparlo todo como un helado de palito. ¡Carajo! Ahora tengo esa imagen en mi cabeza.

—Parece que te lo quieres comer a él y no al batido —dije, observando el menú.

—Créeme que él es más rico que el batido de mierda que estás a punto de tomarte, ese hombre es muy bueno en la cama.

Me di media vuelta para ver a mi nueva amiga siendo tan abierta. En pocas palabras, estaba admitiendo que ya se había acostado con el hombre. Traté de no darle importancia a sus palabras y regresé a mi menú, donde toda esta comida sana no se me antojaba. Ni la fruta, ni

los yogures, nada. Todo se veía muy saludable. Necesitaba grasa y alguna porquería chatarra para aumentar mi energía que acababa de perder.

—Creo que pediré... —le di una mirada más a los batidos que decía Evi, fijándome que el de fresa se veía atractivo—, el de fresa.

—Buena opción, agrégale una ensalada de frutas, es rica, baja en calorías.

Prefiero la galleta de chocolate para ser sincera, pero no dije nada en absoluto. Estaba en el maldito gimnasio para ganar un poco más de masa muscular y no verme fuera de forma. Quería ser de esas mujeres dignas de observar.

—Batido de fresas y una ensalada verde, por favor —la fruta no va conmigo.

Mañana empezaba mi nuevo trabajo en la librería cerca del campus universitario para la élite. No quería trabajar allí, pero no tenía otra alternativa que aceptar el hecho que ese trabajo era bien pagado, de medio tiempo y aún me daba tiempo de estar en mis clases. Los fines de semana los dedicaría a correr al motocross como lo hacía siempre, había cosas que jamás cambiaría.

—Mira esas nalgas —dijo Evi, señalando a uno de los entrenadores—. Cuando tienes sexo con él las aprieta de una manera...

—¡Oh, Dios mío! —dije, levantando las manos—. No quiero saberlo.

—El sexo es algo normal, Renny, nada de qué avergonzarte. Todas tenemos sexo o fantasías, incluso, las monjas, nadie se escapa de los deseos sexuales, es algo natural del cuerpo.

—Entiendo la parte de «natural», pero... ¿Con cuántos te has acostado? —sabía que estaría sorprendida por este dato, Evi tenía la picardía y al parecer el deseo sexual.

Esta levantó una ceja acomodándose su cabello corto como si fuera el de un hombre. Evi era delgada y atractiva. Sin pechos ni culo. Rees le llamaría una tabla bien formada, ya que, si levantabas su camisa, los músculos eran una piedra total.

—No lo sé, no los cuento, solo los disfruto. El sexo debería ser así, no se piensa, solo se hace.

Negué con la cabeza sonriendo ante las palabras de esta chica, tenía tanta razón que era aterrador. Quizá así era para muchas personas que creían que el sexo era solo sexo y se disfrutaba de forma liberal. Para mí era muy diferente, nunca lo había probado con nadie más que con Rees. Desde ese momento, dejó de ser sexo para ser algo más profundo.

—Buena observación.

Pasamos una buena hora hablando de chicos y, sobre todo, de sexo. Al parecer era su tema favorito ya que no habló de nada más. En todo este rato, quizá un noventa por ciento del tiempo, fue de sexo; un cinco por ciento de chicos guapos y el otro cinco, de lo bien que sabía el batido. Era relajante estar con alguien que no me juzgaba y no hablaba mal de mí.

Cuando finalmente llegué a casa, Lucy estaba dormida en el sillón con el libro de medicina encima. Lo aparté con mucho cuidado, quitándoselo. Necesitaba estar más cómoda si quería descansar, la cubrí con la cobija que teníamos en el sofá y caminé hacia mi habitación, recordando la llamada de Kyle, que casi la olvido.

Sacando mi teléfono celular, me tiré en la cama aún con la ropa de deporte y llamé a mi amigo. Se me había olvidado por completo su llamada. Estaba en medio de una serie de abdominales, no iba a contestarle, pero estaba esperando la llamada de Lucy y no quería que se preocupara. Por suerte solo era Kyle.

—Ey, Renny Ren... ¿Cómo vas?

—¿Me llamaste? —pregunté tirando una pelotita plástica al aire. Me aburría de sobremanera hablar por teléfono, yo era más de mensajes de texto que de pláticas a distancia.

—No, no te llamé.

—Claro que sí, en la mañana.

Pero qué desesperante, claro que me había llamado. Pero ¿qué le pasa? ¿Se habrá confundido?

—No, Ren, no te llamé. Fue Rees... —La pelotita cayó justo en mi ojo, dejándome un poco más idiota de lo que ya estaba.

¿Rees?

¡¿En serio?!

—¿Hamilton? —sí, allí está esa pregunta estúpida. ¿Qué otro Rees iba a ser?

—Vamos, Renny, no te hagas la idiota. Claro que Rees Hamilton. ¿Quién más? El tío está desesperado, respóndele su mensaje. No te cuesta nada hacerlo.

Darle una explicación del porqué me estaba alejando era estúpido, él ya sabía que necesitaba quitarme el dolor de que Rees estuviera en mi mente día y noche sabiendo que no podía tenerlo. Incluso, estaba saliendo con Beth. Esa mujer sí era una mujer digna de ver. En cambio, yo estaba en la perdición.

—No quiero que me lastime más.

—Solo tienes que hablar con él, mándale un mensaje. No te cuesta nada. Quizá eso los ayude a los dos.

—¡No podemos ser amigos! Seamos sinceros, Kyle, no podría ser amiga de él, ya lo amé y no puedo soportar verlo con alguien más.

—No creo que ser exnovios y amigos es una estupidez, aun así, llámalo o escríbele. Ya perdió su dignidad de una manera estúpida, piérdela un poco tú.

Hablamos unos momentos más antes de terminar la llamada. La idea de mandarle un mensaje sonaba jugosa y tentadora, pero al mismo tiempo me daba pánico. Sabemos que la idea que me hubiera llamado

era un golpe fuerte de felicidad. Race Hamilton había sido el primero en ceder y hablarme, él aún pensaba en mí y eso me hacía feliz.

Renny: ¿Llamaste?

Rees: Sí, ¿cómo estás?

Renny: Bien, ¿tú?

Rees: Bien, algo cansado. Estoy saliendo del gimnasio con Holly y Louis. Tengo una cena, por lo que voy a casa a cambiarme.

¡Dios! Era tan adorable cuando se ponía a contarme todo su día. Quería preguntarle de que era la cena, que iba a ponerse. Quería contarle que yo también había ido al gimnasio y decirle que cambié de trabajo. Pero no dije absolutamente nada más que una palabra de dos letras.

Renny: Ok.

Rees

Me quedé viendo el teléfono celular unos minutos asimilando las dos malditas letras que mandó. «Ok». ¿Quién diablos responde solo «Ok»? Esa ni siquiera es una palabra. Quería escribirle más, preguntarle por qué estaba tan fría y tan distante, quería que platicáramos y las cosas fluyeran mejor. Teníamos que avanzar y arreglar las cosas para recuperar al menos la amistad, pero ella y su «Ok» no llegaríamos a ninguna parte.

Ganarnos la confianza de ambos sería tarea difícil. Los dos nos traicionamos, nos lastimamos, nos dijimos cosas que no debimos decir. Una relación se trabaja de dos, pero yo estaba dispuesto a luchar un poco más por ella, dispuesto a tirar todas mis armas al aire con tal de recuperarla.

—¿Estás bien? —preguntó Louis al ver mi cara de pocos amigos.

—No lo sé. Renny contestó y lo único que pudo decir fue un puto «Ok».

La carcajada de Holly se escuchó desde el asiento de atrás, me di media vuelta pensando que se reía de algún mensaje de texto o algo por el estilo, jamás pensé que fuera a ser de mí. Entrecerré los ojos, Holly, en efecto, sí se reía de mí.

—¿Qué diablos, Hol? —pregunté molesto.

—Un aplauso para Rene, ella sí sabe hacer las cosas.

Si mi hermana no fuera de las cosas más preciadas que tenía, le hubiera hecho cosquillas hasta que se hiciera pipí en el costoso auto de su marido. Pero algo me detuvo, Rene. Abrí mucho los ojos recordando las palabras de Kyle: «Ella ya lo sabe». En efecto, Holly lo sabía.

—¿Desde cuándo sabes que ella es Rene?

Holly inmediatamente cerró la boca bajando la mirada, la manera en que pensaba las cosas antes de contestarlas. La había descubierto,

lo podía notar en su mirada. Mi hermana lo sabía. ¡Maldición! Lo sabía todo este tiempo y no dijo ni una palabra.

—¡Mierda, Hol! —grité, pegándole al tablero del carro, Louis volteó a ver inmediatamente, tanto por su carro como por gritarle a Hol.

—¡No estaba segura! —gritó—, está de regreso. No dije nada porque tenía mis sospechas y eso me enojó muchísimo. Rees, ella era mi amiga, la quería muchísimo y ella... Ella me cerró la maldita puerta. Se alejó de mí. Se ganó ser una mortal para mí.

—Pero no dijiste nada, sabías que me estaba enamorando y no dijiste nada. Ahora me odia y cree que la odio y todo esto está tan mal de la cabeza que parece una mala adaptación de cine.

Me tapé la cara resistiendo la urgencia de pegarle una vez más al tablero, de hacerlo, de seguro Louis me mata, o aún peor, me baja del auto. Esto era una mierda total, mi corazón, todo lo que sentía era una mezcla eterna. Cada vez sentía que este amor iba a ser imposible, jamás llegaríamos a estar juntos.

—Sabes qué, Rees —dijo mi hermana con determinación—. No puedes decirme absolutamente nada cuando tú no estás haciendo nada para estar con ella. Es verdad, mintió, pero tú fuiste tres veces más mierda por dejarla sola. ¿A quién tiene ella? Tiene todo el derecho de enojarse y mentirte cuando por cosas de la élite la dejamos fuera de la familia, una a la que ella siempre perteneció. ¡Maldita sea, Rees!

—¿Maldita sea qué? —pregunté más enardecido aún.

—Ya me enojé, no me hables —respondió con un puchero impresionante.

—¿Estás haciéndome pucheros, Hol? —dije al borde de la risa, ¿por qué no puede tomárselo con seriedad?

—Sí, ahora espero que me lleves por una crêpe de Nutella antes que se me salga algún «Holly, demonio de lo más profundo».

Louis aceleró el carro de una manera estúpida, dando un giro bastante brusco. Todos nos quedamos asustados de ese repentino giro, por un momento pensé que íbamos a accidentarnos, pero todo estaba bajo control.

—¡¿Qué diablos, Lou?! —agarrándome de la manilla esperé a que mi amigo redujera la velocidad, pero no lo hizo.

—Si se le sale un «Holly demonio», Rees, vas a estar en serios problemas. Te estoy evitando un muy mal momento para todos.

—¡Acelera! —grité, al tiempo que los tres soltábamos una carcajada. Extrañaba a estos dos, sus locuras y sus soluciones para quitarme de la cabeza las cosas que me torturaban por dentro.

Una política vieja

Rees

Saludamos a todos a nuestro alrededor, delegados de muchos países. Cualquiera diría que esta es la mejor manera de socializar, en efecto, era la mejor manera de aburrirse eternamente, al menos para un adolescente inmaduro como yo que lo único que quería hacer era estar en la pista de carreras.

El salón principal del Royal era elegante, de techos altos y decoración de dos siglos atrás. Observé a mi padre junto a mi madre de la mano, los dos estaban perdidos en una plática muy intensa con el conde de Alour. Me gustaría ser partícipe, pero la plática giraba alrededor de unos acuerdos que se firmaron esta semana y me parecían en extremo aburridos.

Por una parte, intentaba sacar a Rees de mi organismo, ese Rees interesado en todos los asuntos internos de la élite. La verdad es que aún seguía demasiado perdido en Race que no podía concentrarme en mis obligaciones. Estas dos personalidades iban a enloquecerme.

Giré para ver a mamá darle un beso en la mejilla a papá antes de caminar con Johana a los baños, supongo yo. Quizá solo iban a alejarse para dejar a los hombres hablar de más mierdas aburridas, sea como sea, mamá se alejó de nosotros.

Envidiaba tanto a Holly por no tener que asistir a estos eventos, no cuando tenía un evento de modas al día siguiente. A papá le hubiera importado poco que yo tuviera carrera al siguiente día, para él esta era la prioridad.

Vi cómo todo el cuerpo de papá se ponía tenso, como si hubiera visto algo que no tenía que ver. Seguí su mirada para ver a una dama alta, con el cabello al hombro color negro, bastante delgada y sin forma. Sus ojos resaltaban y para ser una señora, la mujer era guapa.

Iba con un vestido negro a la rodilla, perlas en el cuello y zapatos puntiagudos que para mi gusto en mujeres eran grotescos y feos. Algún defecto tenía que tener. La mejor cualidad de esta mujer, era la chica que iba pegada a su brazo, sonriendo al tiempo que saludaban a otros señores cerca de ellas. ¡Carajo! Esa chica sí que era guapa. Su cabello castaño claro le caía hasta la cintura en perfectas curvas, tenía un vestido parecido al de su madre, pero rojo y sus accesorios largos le daban ese toque de modernismo que su madre no tenía.

Bajé la mirada a sus tetas, definitivamente esa era una niña muy bien dotada. Le calculaba al menos 19 años. La aprecié unos minutos captando a la mujer girar en nuestra dirección y aproximarse a nosotros. Quería ver a quién observaba la mujer, pero estaba perdido en su hija, supongo que lo era.

—¡William! —dijo muy entusiasta—. Qué agradable sorpresa.

Me di la vuelta recordando la mirada de preocupación de mi padre. ¿Quién era esta mujer y por qué se tensaba de ese modo?

—Ameli —dijo papá en su tono formal, el que usaba al momento de negociar, su falso tono de todo está bajo control cuando en realidad no lo estaba.

Intenté buscar en mi cerebro de dónde conocía ese nombre. El tono de la mujer era francés, pero no recordaba haberla visto antes, de ser así la recordaría. La chica, en un gesto muy elegante, extendió su mano para saludar a mi padre.

—Eléonore, un placer.

Eléonore. Imagino que sonaría como un manjar en mi boca, Eléonore. Sí, definitivamente era buen nombre para gritar en pleno clímax. No pude evitar pensarlo a pesar de estar enamorado, soy hombre, no es de juzgar que lo piense, que lo haga es muy diferente. Cuando la mirada de la chica se cruzó con la mía, no pude evitar más que sonreír, era bonita y educada.

—Rees... —la voz de mi padre me sacó de mis pensamientos. Por la risa que soltó Eléonore, imaginaba que mi padre me había llamado más de una vez.

—Rees Hamilton —dije, estirando mi mano de una manera muy diplomática, lo que nunca esperé era que la chica me tomara de los hombros y me besara las dos mejillas. Haciéndome para atrás, giré para ver a mi padre un poco disgustado por ese gesto. Juro por los dioses que intenté comportarme, fue ella la que me tomó como una loca.

—Si nos permite... —comenzó a excusarse mi padre cuando Ameli gritó a su máximo esplendor rompiendo el protocolo de «mantener la calma en reuniones formales».

—¡Abigail Shepard! —su acento francés salió mucho más marcado al pronunciar el apellido de mi madre, apellido que fue cambiado el día que se casó, pero al parecer la mujer estaba desactualizada.

—Hamilton —dijo mi madre un tanto irritada.

—Clago, clago... —Ameli realmente tenía una muy mala pronunciación—, Eléanore es mi hija —dijo, empujando a su hija hacia mi madre que la veía de una muy mala manera.

—¡Increíble! —exclamó mi madre—. No sabía que te habías casado, felicidades.

Ameli se incomodó ante el comentario de mi madre, seguía siendo pesado. Pero ¿cuál es el trato con esta mujer? ¿Por qué tanto odio? Papá sonrió, tomando a mamá de la cintura, atrayéndola a su cuerpo. Esta inmediatamente se relajó, como si toda tensión y preocupación desapareciera de su vida.

—Tengo que irme —dijo la mujer sin responderle a mi madre. Dando media vuelta desaparecieron entre la multitud.

Me di vuelta para ver a mi madre completamente satisfecha, la sonrisa de mi padre viendo a mi madre con esos ojos de amor y yo completamente idiotizado por todo. Pero ¿qué diablos fue eso?

—Eres terrible. —William besó la frente a mi madre antes que los dos me dieran una mirada. Yo giré la cabeza buscando a Eléanore una vez más antes de soltar...

—¡Qué pedazo de mujer!

—¡Rees Hamilton! —dijo mi madre muy molesta—. ¡Ni se te ocurra!

La fulminé con la mirada viendo que no estaba molesta en verdad, pero me incentivaba a responderle.

—No le viste las tetas, mamá, las francesas no tienen ese cuerpo de...

—Su padre no es francés, es latino, de allí viene el cuerpo —aclaró mi padre—, pero ni se te ocurra, Hamilton, ellas dos están fuera de tu catálogo de élite.

—Es una perra —sentenció mi madre.

—Amo que aún te pongas celosa, cariño. —Mi padre la abrazó con más fuerza y ese comentario hizo que terminara de unir cabos. Esa mujer había sido quien casi arruina media relación Hamilton-Shepard en un pasado.

—Eso es mamá, solo faltaba que comenzaras a ladrar por todos lados para reclamar que el hombre es tuyo —lancé la broma de vuelta. Mi madre me dio una mala mirada antes de caminar a la mesa que se nos había asignado.

Cuando finalmente llegué a mi habitación en la casa de mis padres, decidí no tomar la motocicleta a las dos de la mañana. Me quedaría en mi antigua habitación, quizá el cambio de ambiente me ayudaría a sacar a Renny un poco de mi mente, no podía evitar pensar en cómo sería estar junto a ella, sostenerle la mano al tiempo que susurraba mierdas en mi oído. Cómo sería si mi relación fuera sencilla, como la que Holly tenía con Louis o mamá con papá. Pero mi vida no sería así, me enamoré de lo imposible.

Renny

Abrí la puerta para dejarla pasar. Nunca en mi vida me imaginé que la vería parada aquí, menos después de todo lo que había pasado con su hermano. Muy en el fondo sabía que ella siempre lo supo, Kyle tenía razón, pero me negaba a pensar que Holly era cruel por simple orgullo y no porque fuera clasista o algo por el estilo.

—¿Quieres algo de tomar? —ofrecí con todo el respeto del mundo. Holly, no puedo creerlo. ¿Qué hace aquí?

—¿Tienes leche? —me dio una sonrisa sentándose de modo informal en el sillón, estaba siendo ella, sin sentirse incómoda.

Me di la vuelta caminando a la cocina, tomé un vaso que se ubicaba en un anaquel alto, abrí la nevera y saqué la leche. Sabía que tenía chocolate en polvo, por lo que no dudé en ponerle un toque. Me serví un vaso de té frío y caminé hasta la sala donde Holly estaba estudiando. Sus grandes ojos azules me recordaban demasiado a su hermano. Tanto que quería salir corriendo como loca y alejarme de ella.

—¿Necesitas algo, Holly? —pregunté sin intentar ser grosera, aunque extrañada de su visita.

—Quiero respuestas y las vine a conseguir, ya me cansé de esperar a que tú tomes la iniciativa.

¡Maldición! Holly podía ser muy directa cuando se lo proponía y una perra con clase. Sabía cómo manejar su juego y eso era importante, tenía que darle respuestas, sí. Pero ella tenía que dejar de ser una perra conmigo.

—Dame explicaciones tú también. ¿Por qué les importó tan poco dejarme con esa gente? Acababa de perder a mis padres, necesitaba a gente de confianza a mi alrededor y no se quedaron cerca. Me dejaron sola —dije molesta.

—Entiendo perfectamente, Ren, más de lo que puedes imaginarte. Pero yo llegué a verte varias veces y tú te negaste a salir de esa puta habitación, incluso cuando ya vivías con tus padres adoptivos. Mamá vino varias veces también. Al único que dejaste entrar a tu vida fue a Rees años después. Sabía que te gustaba, pero... No puedo creerte que nos bloquearas de todo.

Su respiración era agitada y estaba molesta, era obvio, pero yo también tenía mucho que decir, mucho que sacar de dentro.

—No podía...

¿Cómo le explicas a alguien que tenías miedo de enfrentar la realidad? Sabía que mis padres jamás pasaron información como reportaron en las noticias, sabía que ellos jamás traicionarían a nadie. Mis padres amaban a su país, nunca serían capaces de lo que se les acusaba.

—Nunca entendí por qué mi hermano no te reconocía, era como si muy en el fondo lo supiera, pero jamás quiso admitirlo. Tampoco entendí por qué no dijiste nada. ¿Por qué lo ocultaste?

Me llevé las rodillas al pecho, intentando guardar mis sentimientos, estaba a punto de quebrarme y lo sabía. Me dolía hasta el fondo de mi alma. Dejando mi orgullo por un lado, teniendo un poco más de valor del que tenía, saqué todo lo que estaba guardando.

—Los extraño —dije, soltando un sollozo.

Holly estaba a mi lado en menos tiempo del que imaginé. Me abrazó y la dejé. La tranquilidad de sentirme segura como siempre lo hice con los Hamilton me llegó al alma. El aroma de Holly me recordaba a Rees y eso hizo que algo más creciera en mi pecho.

Dolor. Dolor puro.

—Es normal que los extrañes.

Ella no lo entendía, quizá jamás lo captaría si no se lo decía. Estaba cansada de que la gente hiciera sus suposiciones de mis cosas, de mis sentimientos. Levantando la vista, vi cómo Holly me observaba con ojos preocupados, todo su enojo había desaparecido.

—No, Hol, claro que extraño a mis padres, pero extraño a los Hamilton también, los extraño como no tienes idea.

Holly dejó caer las lágrimas que retenía y me abrazó con fuerza. Nos quedamos allí un buen tiempo, desahogando todo lo que teníamos por dentro. Derramamos las lágrimas que jamás derramaríamos después de la muerte de mis padres, después del entierro. Holly podía haberse comportado como una perra, pero la verdad era que siempre

fue algo exigente y engreída. Algo que jamás le quitaría a Holly, era el increíble y débil corazón que podía llegar a tener.

—Bueno, Rene, es hora de que regreses, pero, para eso, tú y yo tendremos un *extreme makeover*.

Negué con la cabeza pensando en lo difícil que sería. Cuando me refería a *difícil*, no me refería a regresar como Rene Scott, me refería a pasar por un cambio de look completo con Holly.

—Mi hermano se va a morir cuando te vea. Esto será muy divertido, como en los viejos tiempos —aseguró.

Mientras mi miedo de pasar un día completo con ella crecía, mi emoción también lo hacía. ¡No me lo puedo creer!, ¡cómo los viejos tiempos! Sin mencionar la parte de que su hermano, o sea, Rees Hamilton, se volvería loco, eso me gustaba tres veces más.

—Hagamos esto.

Regresando el tiempo

Rees

Como era costumbre, todos los domingos, Holly, Louis, mis padres, Mary y yo, nos reuníamos para cenar. Era una bonita tradición que conservábamos, ya que todos teníamos caminos muy distintos y ya no era como en los tiempos de nuestra infancia, que nos las pasábamos juntos en casa todo el tiempo. Mamá mencionó hace un año que sería bueno empezar con esto.

Me senté en el sofá viendo a Louis con un libro abierto de medicina, era asqueroso. Un hombre tenía abierto el torso y se le veía todo por dentro. A pesar de ser un puto dibujo me dieron náuseas. Si no fuera porque lo vi por tres segundos, de seguro de que estaría en el baño vomitando. Era sorprendente ver cómo Lou logró controlar el asco que le provocaba la sangre, admiro realmente que se haya involucrado en todo esto, la medicina era su pasión y tenía vocación por lo que hacía, ayudar era lo suyo.

—Asco —dije, empujando el libro.

—No lo veas, así de simple. Ya pareces Holly —dijo entre risas.

—Igual, es un asco.

Quería hablar con él, contarle cómo me iba en mi miserable vida, pero el señor no dejaba el libro, era algo molesto. Revisando mi teléfono, aún seguía sin señales de Renny, lo cual era molesto. La dejé entrar, la hice parte de mi vida, ella me mintió, todo se vino abajo, pero,

aun así, quería luchar para lograr entrar en esa burbuja, volverla parte de mí.

—¿Vas a bajar el libro? —pregunté, tirándole una almohada en la cara.

—¡Joder! Rees arrugaste el libro —dijo, estirando la página que se había maltratado.

Perdido en mis pensamientos, me recosté en el sillón. Holly aún no llegaba y yo ya tenía hambre. Mi hermana siempre olvidaba que los domingos tenía que estar a la hora en punto sin perder el tiempo comprando cosas. Era un poco molesto.

—¿Dónde está tu esposa? —pregunté cuando Lou finalmente bajó el libro.

—Viene en camino, estaba en el salón de belleza con... Amm... ¿Rees? —dijo señalando la puerta—. No te enojas con ella o hagas un escándalo. ¿Está bien?

Entrecerré los ojos siguiendo su mirada. Holly estaba parada frente a mamá con otra chica que estaba de espaldas. Las dos tenían puestos unos vestidos muy *vintage*. Holly en colores claros y la chica de cabello al hombro color rojo claro tenía un vestido de encaje violeta con unas mierdas en la parte de abajo blancas que hacían que sus piernas se vieran espectaculares. Largas y bronceadas.

La respiración me falló cuando reconocí esas piernas en tacones, pocas veces las había visto expuestas como ahora, pero las conocía a la perfección. Renny dio media vuelta para quedar en mi campo de

visión, saludando a William como si fuera parte de la élite. El vestido era muy ella a pesar de que era elegante. Su cabello en lugar de estar lacio, largo hasta la cintura, lo tenía más corto, un poco más debajo de los hombros. Su maquillaje era suave, muy distinto al que usaba días atrás. Se veía preciosa.

Acercándome a la escena del crimen, vi cómo Renny me observaba con los ojos muy tranquilos. Esos ojos verdes que tanto me gustaban estaban viéndome como si fuera un tesoro preciado para ella. Me tomé el pecho sintiendo como todo mi mundo se volvía uno solo. La amaba, de eso no había duda.

—Renny —dije, tomando su mano y besando el dorso. Su piel tan suave como siempre me dejó completamente tranquilo, como si me regresara la calma que había perdido en el momento que la saqué de la casa.

—Rees —respondió ella con delicadeza, como si la vieja Renny hubiera salido de su guarida.

Todo en mí perdió el balance al escuchar mi nombre por primera vez en años salir de su perfecta boca. Sonaba como campanas en Navidad o una mierda de ese estilo. Renny pronunció mi nombre. ¡Mierda! ¡Mi nombre!

No aguanté más. Dándole una débil sonrisa salí de la habitación dejando a mis padres, a mi hermana, a mi hermano y a la mujer que amaba. Salí, literalmente, corriendo a la fría noche. Caminé hasta el borde de la piscina, era el lugar más alejado y lo necesitaba en estos momentos. No podía creerlo. ¡Renny dijo mi maldito nombre! No me dijo Race, no me dijo Hamilton, me llamó Rees.

—¡Maldita sea! —grité como un degenerado. Le pegué una patada a la silla, mandándola al carajo. Volví a maldecir a los cuatro vientos quejándome de este estúpido vacío que se formaba en mi interior.

—¿Estás bien? —la voz de mi padre me sacó de todo pensamiento.

—No, papá. No estoy bien. La extraño tanto que duele en lo más profundo de mi alma. Nunca me había sentido así antes, como si no pudiera controlar mis emociones. A veces quiero llorar, gritar y abrazarla hasta que seamos solo uno. Ella es mi... Mi...

—Complemento. —Mi padre concluyó la frase que no sabía terminar.

Asentí en silencio, y me senté en el suelo cerca de la orilla de la piscina. Mi padre se sentó junto a mí y me abrazó, dándome fuerzas como un padre debería de hacer. William entendía lo que era enamorarse y perder, él entendía qué era ir contra las reglas, pero también entendía qué era luchar.

—Sabes, es la primera vez que me llama Rees. Siempre fui Hamilton o Race y ahora que escuché mi nombre en su boca solo...

—No la dejes ir, hijo. Ella vale la pena.

—Me mintió —dije al borde del llanto. ¡Vaya mierda! Quería llorar.

—Tienes que aprender a perdonar, Rees. Sé que te dolió cuando Charlotte te engañó y desde niño no soportas las mentiras, pero...

Renny tenía miedo y, aunque no es una justificación, tienes que entender que te ama y daría todo por ti.

No estaba seguro de eso, sabía lo que sentía por mí, pero no entendía muchas de las cosas que pasaban. Siempre tuvimos confianza de decirnos las cosas, incluso, de pequeños ella contaba conmigo siempre que lo necesitaba. Ahora que teníamos una relación las cosas parecían salirse de control, en lugar de estar cerca y apoyarnos mutuamente estábamos separados por una maldita ley.

—No voy a negarte tu derecho de ser feliz, al contrario, quiero ver a mi hijo sonreír como lo hacía en las carreras. Será un proceso largo, porque sabes que cambiar las leyes, más cuando están en elecciones, es difícil, pero vamos a luchar y vas a estar con ella si eso es lo que quieres.

Levanté la vista para ver a mi padre. Este hombre me había enseñado todo lo que sé en la vida y tener su apoyo era de las mejores cosas que me podían pasar. Tomándole la mano sonreí, sintiendo esperanza. Una que había perdido desde que me di cuenta de que estaba enamorado de Renny. Las cosas no serían fáciles, pero lo fácil nunca vale la pena.

Me puse de pie, ayudando a mi padre a levantarse, este aún estaba bien ejercitado y se mantenían en dieta con mi madre, pero, aun así —para mí—, era mi viejo.

Cuando entramos a la casa, Renny estaba hablando con Holly de que era mejor irse, que no quería ocasionar ninguna molestia. Mi madre y hermana intentaban explicarle que necesitaban darme tiempo para asimilar todo. Tenían razón, solo debía asimilar la situación.

Acercándome vi la cara de Louis queriendo reírse de mí. El muy bastardo se estaba vengando de cómo yo me reía de él al estar de un huevo por mi hermana.

—¿Podemos hablar? —tenía que ser directo, ya estaba cansado de esto.

—Lo lamento, no quise...

—No, está bien, Ren. No me molesta que estés aquí, pero me gustaría hablar contigo antes.

Me acerqué a Renny, le tomé la mano y la ayudé a salir de la vista de toda mi familia. Quería llevarla fuera, pero había un maldito frío que dudaba que sus piernas aguantaran. Tomé las escaleras llevándola a mi antigua habitación. Al menos estaba limpia y ordenada, eso era algo positivo.

Me senté en la orilla de la cama, indicándole que se ubicara a mi lado. Me arrepentí en ese mismo segundo por el hecho de que el vestido se le había subido un poco más. Los muslos se le veían increíbles. Quería acariciar su piel, sentirla, besarla. Estaba tan necesitado de ella que solo de pensarlo sentí cómo mi pene reaccionaba a ella. ¡Maldita sea! Esto no puede ser.

—Tienes cara de sufrimiento. —Renny frunció el ceño sin apartar la vista de mí.

—¡Mierda, sí! Tengo ganas de acostarte en mi cama y besarte hasta perder el control. Ese vestido está... ¡Voy a matar a Holly!

No existirían más mentiras entre nosotros, sería honesto con ella hasta el más mínimo detalle esperando a que ella lo fuera conmigo. Después de todo lo que pasó, es lo mínimo que puede hacer. Odiaba que la gente me mintiera, creo que ya le quedó claro.

—Yo tengo ganas de que lo hagas —su mirada cayó directo a mi pene e, inmediatamente, esta reaccionó tres veces más de lo que ya había reaccionado.

—Vamos, nena, deja de vermela que voy a perder el control y no quieres que pase hasta que tú y yo hablemos, lo necesitamos.

—Sí, lo sé. Solo para el récord, yo escogí el vestido. Sigo siendo y mi estilo de ropa.

No había duda que seguía siendo ella y eso era lo que más me gustaba.

Regresó a ser ella con el toque de Renny tatuada y rebelde. Amaba que ella no fuera nada de élite a pesar de haber sido criada para serlo.

Me acerqué hasta tomar su mano, tener sus dedos entrelazados con los míos era un alivio. Respiramos al mismo tiempo, como si suplicáramos en silencio no estar separados nunca más. Era reconfortante sentir lo mismo con un roce de piel.

—Quiero saberlo todo, Renny, todo. No más mentiras.

Esta tomó una respiración profunda antes de comenzar a hablar. Podía ver su cuerpo tenso y quieto. Quería abrazarla y decirle que ya

nada importaba, pero la verdad es que necesitaba la verdad para poder avanzar.

—Desde pequeña me sentía segura a tu alrededor, creía que todo estaba bien si estabas cerca para cuidarme como Louis hacía con Holly. Después que mis padres murieron sentí cómo si me hubieras abandonado, nunca llegaste a verme, me dejaste que sufriera sola. Para mí eras mi lugar seguro, Rees, lo eras... —Renny soltó un sollozo y quise abrazarla con todas mis malditas fuerzas. Iba a acercarme cuando Renny me contuvo—. No, déjame terminar.

Renny secó sus lágrimas, intentando respirar profundo antes de continuar. De verdad que nunca la había visto de ese modo. Ella me quería desde antes, nunca la vi de ese modo cuando era amiga de Holly, pese a que me parecía linda, pero éramos unos niños que no pensábamos en niñas en ese entonces.

—Te veía en cada carrera a pesar de que tú no sabías que lo hacía, Kyle era mi compañero en esto. Cuando finalmente cambié mi forma de verme, empecé con los tatuajes, y el cabello más rojo y el delineado excesivo, sabía que no te recordarías de mí. Fue entonces cuando me acerqué y salí de la oscuridad.

La observé bien, su cabello había regresado a ser el rojo naranja suave, no aquel rojo intenso como Barbie Malibu. Me gustaba más esta, Renny, la natural. A pesar de ser exótica y atractiva. La primera vez que me fijé en Renny vi el atractivo falso de ella. Me gustó inmediatamente. Pero ¿a quién no? Era hermosa. Luego, cuando me acerqué a ella fue su personalidad la que me enganchó de por vida. Verla así, como cuando éramos niños, era tres veces mejor.

—Es solo que... No... —Renny soltó un suspiro—. Tenía miedo de perderte, por eso no te lo dije. Sé lo que la gente habla de mis papás a pesar de que sé que ellos no hicieron nada. Sé que no tengo el control de defender su nombre porque no soy nadie para hacerlo. Solo tenía miedo y por primera vez en años me sentía segura otra vez. No quería perder eso, no quería perderte.

¡A la mierda! No puedo más.

Tomé a Renny de la cara, atrayéndola a mis labios. Necesitaba darle esa seguridad que tanto ella como yo necesitábamos. La tomé con pasión, besándola como si necesitara de esos labios para poder respirar. ¡Carajo! Los necesitaba.

En un principio, Renny no respondió el beso, se quedó petrificada al tiempo que yo intentaba abrir sus labios con urgencia de sentirla.

Finalmente, Renny se soltó un poco abriendo la boca para decir algo, pero fue la oportunidad perfecta para apoderarme de ella con más euforia. Sintiendo mi corazón palpar como imbécil, me acerqué más.

—No puedo más, Renny, tienes que ser mía, solo mía —dije, acostándola en la cama. Podía sentir cómo el vestido se subía revelando sus braguitas. Bajé mi mano para tocar la fina tela de encaje. ¡Joder! ¡Encaje!

—Tus papás están... ¡Ah! —soltó cuando mi dedo encontró su clítoris a través de la tela.

Cerré los ojos, alejándome de ella. Deberían de darme un maldito premio por estar haciendo esto. Tenía razón, mis padres nos estaban esperando para cenar, pero... Mirar a esa mujer, acostada en mi cama con las piernas abiertas era demasiado. Definitivamente me merecía esa medalla.

—Renny Ren, al salir de esta cena, tú y yo tenemos el postre pendiente.

Renny se puso de pie bajándose el vestido. Caminó al espejo para arreglarse un poco y dar media vuelta para verme.

—Espero que incluya chocolate —dijo, guiñándome un ojo antes de salir de la habitación.

¡A la mierda si no! Esto incluye hasta condones de chocolate. Definitivamente nos merecíamos pelear un poco más. Estar juntos y mandar a la mierda a la élite. Solo teníamos que saber jugar nuestras cartas.

Amanecer

Renny

El sol entraba como rayo de luz en verano, calentando la piel de mis piernas desnudas. Me estiré un poco, intentando despertar por completo. Rees dormía tan pacíficamente, con un brazo debajo de la cabeza y el otro recostado en su abdomen. Pasé mis dedos por su torso hasta detenerlos sobre pecho. Sentí su corazón palpar, sonreí por volver a estar ahí, junto a él.

Verlo dormir de este modo era tan relajante, tan vulnerable, tan único. Quería abrazarlo y besarlo hasta que abriera esos hermosos ojos. Rees ocasionaba cosas en mi ser que no podía controlar. Trazando pequeños besos en su abdomen, me di cuenta de que era perfecto.

Rees se removió en la cama, riendo de mis insistentes besos. Le daba risa y eso me gustaba.

—Renny Ren —dijo, abrazando mi cintura. Aún no abría los ojos por lo que seguí besando—, me encanta despertar de este modo, pero... Me excita solo pensar en tu boca contra mi piel.

—Despierta o si no sigo besando —le dije, amenazándolo.

Rees puso su mejor rostro de «¡diablos! Eso sí era sexy».

—Bueno, si no colaboras, voy a parar de besarte, tengo otros planes —dije un tanto más cariñosa.

Recuperar a Rees, me hizo darme cuenta que valía más la pena ser yo que fingir ser fría e indiferente. Sinceramente, así era, un nuevo y extraño comienzo.

—Me gusta eso de los nuevos planes —dijo abriendo los ojos. Me puse de pie brincando de arriba abajo, aplaudiendo como loca. Rees comenzó a reír de mis brinquito. Me imagino que me debo ver ridícula haciendo esto solo en bragas y playera corta.

—Entonces, ve a bañarte, tenemos que irnos —dije corriendo al baño dejándolo completamente confuso. Ve que el muy cabrón creía que iba a decirle que mis planes involucraban sexo cuando la verdad incluían comida.

Tomando una larga ducha con agua caliente, me quité todo el sudor de anoche. No quería bañarme porque tenía aroma a Rees, pero desapasionadamente, realmente lo necesitaba. Me puse un vaquero rasgado, botines altos, playera corta y un gorrito de lana. Sí, en algún momento creyeron que cambiaría mi forma de ser o vestir, se equivocaron. Solo intentaría ser más presentables, en ciertas ocasiones y dejar de usar la ropa holgada y emo.

—¿Estás lista? —gritó con fuerza—. ¡Me hago viejo!

Salí corriendo, aún emocionada porque fuéramos a hacer mis planes.

Teníamos una semana de haber regresado, una larga semana en la que apenas salimos de la habitación. Rees iba de vez en cuando a las reuniones de su padre, faltaba muy poco para las elecciones y Will estaba demasiado nervioso para no tener a Rees a su lado. Yo me

mantenía al margen, sabiendo que era mejor por ahora mantener todo en secreto, aunque esa era la discusión principal con Rees.

Él estaba dispuesto a mandar todo al diablo. Pero si queríamos hacer esto bien teníamos que esperar. Lo más difícil era para las fiestas, en las que todos iban acompañados y Rees iba como el «buen soltero». Todas las mujeres se le tiraban encima, lo sabía, porque Holly me contaba cómo ella y Rees las alejaban a todas con algún ataque de celos de hermana.

Tomando la mano de Rees, caminamos hacia su motocicleta como en los viejos tiempos. Colocando mi casco, me abracé a su cintura. Rees me dio una mirada antes de bajar el plástico protector para tapar su cara. Tenerlo cerca era reconfortante, el problema sería, ¿cómo vamos a enfrentarnos a la élite?

Paramos en Picadilly, tal y como se lo pedí. Bajamos de la moto y caminamos a China Town. Desde hacía mucho que mis ganas por un bubble tea habían aumentado. Desde el incidente con las bolitas de tapioca que no tomo uno.

—¿*Bubble tea*? —preguntó Rees contemplando el lugar donde me había detenido.

—En realidad, este es el postre. Tengo ganas de comida china primero, luego pasear un poco por China Town y, de último, un bubble tea.

Rees sonrió y besó mis labios. Teníamos mucho de no estar juntos frente a mucha gente. Para mí era liberador poder exhibir a mi

novio ante la sociedad, aunque nadie lo supiera, aunque todos nos ignoraran. Era sentirme viva por el mundo.

Entremos al restaurante de Dim Sum, pedimos casi que una ración de cada plato que ofrecía el menú. Me sentía niña en dulcería. Platicamos de todo un poco. Rees me contó de los planes de este fin de semana, mañana era viernes por lo que las fiestas en jardín se hacían presentes todo el fin de semana. Era la temporada de verano y la agenda élite estaba a tope.

Sabía que muchas cosas estaban en orden, que a pesar de cualquier adversidad Rees y yo podríamos estar juntos, pero Rees perdería mucho si elegía mandar todo al diablo y dedicarse a mí. Esa era la única razón por la que retenía muchas cosas, el decirle que me dolía ser un secreto y que disfrutaba ser vista con él. Pero no podía, no aun cuando no teníamos una solución.

Salimos del restaurante tomados de la mano, riendo y contando chistes ilógicos. Incluso, Rees contaba unos muy morbosos que me hicieron darme cuenta del novio tan sexoso que tengo. Dándole un beso en la mejilla, paramos frente a varias tiendas de cosas asiáticas. Entre ellas, gorritos, trajes antiguos. Sin mencionar las imitaciones de primera en bolsas y zapatos. Rees tomó una espada de samurái y comenzó a jugar diciendo que era Sensei Race, el primer samurái del mundo. Dio vueltas como loco, agitando la espada como si tuviera al mejor contrincante. Subiéndose a una banca en medio de la calle, se puso a gritar.

—Temedme, amigos míos, esto es el comienzo del gran rey Race.
—Levantando la espada, lo vi sonreír de una manera bastante juguetona. Me encantaba verlo tan tranquilo. Tan Rees Race.

—¿Puedo tomarme una foto contigo? —Una chica rubia se le acercó con el teléfono en la mano. Me sentí entre molesta y celosa, pero no debería estarlo, era solo una fotografía.

—Claro, princesa... ¿Cuál es tu nombre?

—Mia —respondió ella bastante tímida.

—Claro, princesa Mia, le pediré a la reina Rene que te tomé dicha fotografía con el rey. —Su voz era fingida y graciosa.

Emocionada por el arrebató de actor de Rees, tomé una capa china larga de rey o al menos eso parecía. Se la tiré y Rees, con una gran sonrisa se la colocó antes de posar con la rubia. La fotografía quedó perfecta. Motivado ante la situación, Rees dejó todo lo de samurái/rey y fue a sacar del compartimento pequeño de adentro del sillón de su moto, una cámara profesional. Me la mostró con una gran sonrisa.

Sabía que su segunda pasión era la fotografía, pero nunca me había mostrado esta faceta de él hasta ahora, aun cuando seguía su blog de fotografía profesional muy de cerca. Hace mucho que no lo actualiza.

Esto va a ser épico.

Regresamos apresuradamente a la tienda, como si fuéramos dos niños en Disneylandia, era mi lugar favorito. Tenía años de no ir a los parques y añoraba algún día tener el dinero para regresar.

En la tienda tomamos distintos trajes y diseños. Modelamos y nos reímos al tiempo que nos tomábamos fotos. Finalmente, dimos con una tienda de antigüedades en las afueras de China Town, encontramos ropa al estilo Victoriano. Debo confesar que vestirme como la reina Victoria era toda una aventura. Sí, estas eran imitaciones no quería ni imaginarme cómo serían los verdaderos.

—¡Sal de ahí! —grité a Rees que seguía en el cambiador.

—Creo que cambiaré mi forma de vestir —dijo abriendo la puerta.

¡Madre mía!

Rees salió con unos pantalones grises de rayas negras, altos de tubo, una camisa abrochada hasta el último botón, un chaleco blanco, una corbata azul de puntos, abombada, y para cerrar con broche de oro, un saco azul marino que combinaba con la corbata. Rees se veía **IN-CREÍ-BLE**.

—Creo que me hice pipí. —Tenía que serle sincera.

—Eres un asco, Renny. —Tapándose la nariz, se acercó.

—Te ves bien, bebé. —Besé sus labios. Me sentí como una auténtica reina Victoria.

Pagamos los disfraces y salimos —vestidos así— por todo Picadilly. No tenía ni una idea de cómo iríamos a casa con estos grandes trajes, pero ya encontraríamos la manera. Pasamos una vez más dejando la ropa en el compartimento secreto de la motocicleta. Era una suerte que lleváramos puestos los zapatos ya que no hubieran cabido.

Como si todo fuera una broma, comenzamos a hacer una sesión fotográfica en las afueras, pero a mi querido fotógrafo no le era suficiente. Con mucha dificultad nos subimos a la moto. Me subí esa gran cosa encima y dejé que Rees manejara lento para que los vuelos del vestido no se trabaran en la llanta trasera.

Nos estábamos divirtiendo como nunca antes, reíamos y saludábamos a las personas en la calle. Nadie reconoció a Rees y eso era un gran alivio.

Rees

Cuando llegamos a Hyde Park, ayudé a Renny a bajarse de la moto, su vestido era enorme, pero no las ingeniamos para lograr llegar. Tomé a Renny sentándola en una banca, le di un tulipán que arranqué de una de las jardineras y la animé a que posara para mi lente. Su cabello rojo resaltaba en el vestido color crema. Se veía hermosa, como una antigua reliquia. Comencé a tomar fotografías sin perder ningún detalle de ella. Sus tatuajes salían de los hombros desnudos, por lo que no me cohibí en captar los colores de las flores.

La cámara amaba a Renny, la manera en que su blanca piel reflejaba pureza, como si fuera hecha de porcelana.

—Gira un poco más a tu derecha —le indiqué con amorosa amabilidad—. Ahí. No te muevas. Eso es... Eso es... —continué diciendo al tiempo que la fotografiaba

Seguidamente, detuve a un chico que iba caminado con su novia. Usar una cámara no era una gran ciencia, se la pondría lista y él solo la tomaría. Quise haber traído mi trípode, pero jamás se me ocurrió esto.

Después de una eternidad posando delante de este desconocido, me devolvió la cámara comprobándome una vez más que en realidad tomar una fotografía no ameritaba gran esfuerzo.

Captando todas las miradas en el parque y por supuesto no pasando desconocidos, un grupo de personas se acercaron a tomarse fotografías. Sonreí como el rey que era y Renny hizo lo mismo como la reina que debía ser.

—Cuando diga tres, sales corriendo. ¿Entendido? —dije, tomándola de la mano en dirección de la moto. Renny soltó una carcajada sabiendo que jamás lo lograría. Tomando su mano, la llevé a la motocicleta para regresarla a casa. Era hora de regresar a nuestra cápsula antes que salgamos en las noticias, de seguro así será y quiero estar en casa para verme vestido como el señor Darcy antes que alguien me lo venga a contar.

Llegamos al apartamento felices, la habíamos pasado de lo mejor. Nada ni nadie hubiera dicho que una vez más caeríamos en polémica.

Le di la vuelta para quitarle el traje. Estaba apretado y se veía extremadamente incómodo. Me demoré un infierno y la mitad del cielo en quitarle el montón de botones, ahora ya entendía por qué casi no había sexo en la época victoriana. Al menos no del casual de «Te tomo en el baño».

—Demasiado apretada —dijo Renny, colocando el vestido en uno de los sillones cerca de la ventana.

—Totalmente, estás demasiado apretada —dije en doble sentido. La mirada que me devolvió Renny era de «entendí todo a la perfección».

—Eres un pervertido —dijo y con un gesto de matadora entró al baño.

La hubiera seguido hasta el baño de no haber tenido que recoger ciertos encargos en la recepción del edificio. Quería tenerla desnuda en la bañera, contra el azulejo gritando mi nombre, pero mi fuerza de voluntad era extrema y una vez más necesitaba un premio por no entrar a tomarla.

Cuando bajé, encontré al joven de Bubble Tea House. Tenía los dos vasos cerrados. Uno de verde de melón para Renny y uno de chocolate para mí. Pagué las bebidas y me fui directo a la habitación antes que Ren saliera. Me sentí mal por habernos distraído con las fotos y todo lo demás, que llamé a que me vinieran a dejar dos. Tener dinero y ser quién soy a veces tiene sus ventajas.

Acomodándome en la sala principal, con la increíble vista que teníamos, me puse a esperarla. No tardó ni diez minutos en llegar y sentarse a mi lado. El atardecer caía despacio, derramando tonos lilas, naranjas y amarillos en la habitación.

—Para ti —dije, señalando el té. Renny soltó un grito precioso.

—¡Eres el mejor!

—Lo sé, pequeña —dije, dándole un beso en la frente, dejé que destapara su vaso con la pajilla enorme de material reciclado.

Tomando un sorbo la vi jugar con las bolitas en su boca. Quería besarla y recordar la primera vez que me bañó de esa cosa pegajosa.

—Ahora sí —pregunté, besando sus labios—. Tengo algo que te va a gustar morder más tarde.

Así como así, Renny profundizó el beso, dejando el líquido lejos de mi cuerpo. Definitivamente íbamos madurando esta relación poco a poco.

Señor Hamilton

Rees

Estaba sentado frente a mi padre, viendo cómo se retorció las manos. La primera encuesta estaba a punto de ser anunciada. El congreso tenía las cartas a favor de mi padre, pero, aun así, dependía de la gente dar el último paso para decidir quién gobernaría. Mamá caminó al lado de mi padre, viendo la televisión. Las cosas habían cambiado mucho en estos últimos veinte años. Tiempos en los que el Gobierno era electo —en su mayoría— por la gente.

En un pasado, solía ser el congreso el que elegía al primer ministro, en estos tiempos, seguíamos con la familia real, pero el primer ministro era electo por la gente. Menudo cambio que puso más nervioso a papá. Lo bueno es que era talentoso ganándose a la gente, William era simpático a niveles profesionales.

Saqué mi teléfono para ver si Renny me había vuelto a escribir. Había conseguido un trabajo de medio tiempo en la librería cerca de la universidad y yo no lo detestaba como el trabajo en el bar. Aun así, quería mantener a Renny, darle todo lo que necesitara, pero esta se negaba y la entendía, trabajar al fin y al cabo nos da la libertad económica de ser independientes de todo.

—¿Estás bien? —Holly se acercó para abrazarme. Puso un brazo encima de mi hombro como si me diera fuerzas de algo.

—¿Por qué no iba a estarlo? —dije, dándole un beso en la frente. Mi hermana era mi mundo.

Desde muy niños éramos inseparables. Si ella lloraba, yo también, si se cagaba en el pañal, yo también. Era esa cosa de gemelos que teníamos los dos de especial. Cuando papá se enteró del embarazo de mamá, fue a través de una imagen. Mamá sostenía la fotografía en blanco y negro, el atardecer caía detrás y la vista de Santorini detrás de ella. Papá estaba en la habitación del hotel y, al ver el mensaje, salió corriendo al castillo donde estaba mamá esperándolo. Fue su momento especial, cuentan ellos.

—No lo sé, sé que te molesta todo esto de tener que ocultar a Renny, pero... Ya solo una semana más y puedes solicitar estar con ella. Papá, dentro del Gobierno, es la mejor opción que tienes para...

—¿Crees que no lo sé, Hol? —La interrumpí antes de que terminara—. Quiero tanto estar con ella que, por ahora, no me molesta ser un secreto.

Holly me dio una mirada tierna, como si una parte de ella entendiera todo y exactamente uno de mis sentimientos. Quizá era de ese modo, ella entendía lo que era estar enamorado, sabía lo que era sacrificar. Imaginarme lo que era para ella haber escondido a Lou porque temía contarle al mundo lo que sentían, era difícil, más en la situación de Holly siendo maltratada.

—Hoy es noche de chicos. ¿Verdad?

Mi hermana odiaba que la excluyéramos de los planes; regularmente era de ese modo. Ahora era diferente, Louis y yo planeamos noche de chicos y Holly y Renny de chicas, por increíble que parezca, estaba contento de que mi hermana se quitara la maldita

actitud que había tomado con Renny y finalmente pudieran ser como antes.

—Sí, vamos a ir a un nuevo bar con Dwain y otros de la élite, tengo muchísimo tiempo sin verlos.

Era verdad. Hacía mucho que no compartía con ellos y creía necesario sacar mi parte élite de vez en cuando para cuando mi padre quedara, no fuera un cambio tan Race a Rees. ¡Carajo! En verdad estaba perdiendo mi parte élite.

¿Qué me pasa?

Me acerqué a mi padre justo cuando la encuesta saldría al aire en televisión nacional. Pasara lo que pasara, estábamos aquí como familia y eso era lo importante al final del día.

Cuando llegamos al centro de la ciudad, el lugar al que íbamos estaba ubicado en el último nivel de una de las torres más altas en Londres. El bar era elegante, en forma circular, todo era de vidrio y se podía ver todo desde las alturas. Una panorámica magistral. Nos sentamos en una de las mesas con vista a Hyde Park.

Dwain, Lou y yo fuimos los primeros en llegar. Connor y Jemison estaban aún en camino.

Nos sentamos en las sillas altas pidiendo una ronda de whisky, hoy era día del *whisky* más caro de este lugar, hace mucho que tomo mierdas baratas. La élite gasta grandes cantidades en poco alcohol de la mejor calidad y la gente normal gastaba grandes cantidades en miles de litros de alcohol barato. Sea como sea, los dos gastos eran

innecesarios, pero todo adolescente rebelde y no del todo cuerdo lo hacía.

—Es como un maldito crucero por Cancún o una de esas islas que tienes que ir antes de morir —dijo Dwein hablando de su viaje a Ibiza.

—Yo solo sé que necesito ir a Disney —dije, viendo a Louis. Era una cosa nueva en mi organismo: querer ir a Disney, nunca en mi vida me había nacido la necesidad de ver al ratón ridículo con sombrero de mago. Ni que fuera Harry Potter, ese sí que era una leyenda.

—¿Desde cuándo cambias a Harry Potter por Mickey? —preguntó Louis conociéndome a la perfección.

Levanté la mirada para ver a Louis con una gran sonrisa. Nunca cambiaría a Potter, ese era el símbolo de Inglaterra hasta el momento, después del difunto David Beckham que hace más de diez años que no juega al fútbol. Fue su muerte deportiva. Al menos aún seguía siendo modelo, en eso le iba de maravilla a pesar de ya estar viejo.

Negué con la cabeza.

—No cambio a Thor, ni a Potter, pero... Bueno... —¿Cómo le explico que quiero ir sin sonar como un gran marica? Ese lugar era el sueño de Renny, admitir eso era mi muerte segura—. El parque tiene un área dedicada a Potter, venden cerveza de mantequilla y hay unas figuras de cera de los personajes.

Lo de las figuras no estaba seguro, pero la maldita cerveza de mantequilla sí que la había. Renny me contó de ella un día que veíamos la legendaria película.

—Como digas. —Sí, claro. Louis no me creyó ni una mierda de lo que acabo de decir.

—¿Irás a París? —preguntó Dwain.

—No estoy seguro, quizá prefiero ir a Estados Unidos para aprovechar y salir de Europa.

—¡Qué locura! Hermano, estás loco —dijo mi amigo levantado su trago, que recién acababan de servir en nuestra mesa.

Terminando la primera ronda, mis demás amigos llegaron como oleada de marzo. Se sentaron y, en la tercera ronda, todos hablábamos de manera animada acerca de chismes de élite. Ya parecíamos niñas locas. Pero seamos sinceros, incluso nosotros somos fanáticos de pasar las últimas noticias de los demás.

Acercándome a la barra para pedir otra ronda, vi a una chica con una bebida bastante rara. Ella y ahora que presto más atención, su amiga, tenían unos vasitos negros con pajitas de metal. El pichel de hierba frente a mí era lo más llamativo, como si estuvieran fumando pipa con agua.

—¿Qué es eso? —pregunté bastante curioso.

—¿Perdón? —la chica respondió en un mal inglés.

Señalé el vasito para enfatizar mi pregunta. Definitivamente no era de por aquí. Su amiga comenzó a reír, explicó en español lo que

decía. Las dos eran morenas y bastante atractivas. De seguro latinas, de esas sexys de curvas y pieles canelas.

—Es tereré —dijo la amiga de la primera chica—, una bebida refrescante de Paraguay.

—Interesante, por un minuto pensé que era una pipa rara y estaban fumando algo ilícito. ¿No es ilícito verdad? —dije con sinceridad.

La morena atractiva que sabía hablar inglés soltó una carcajada negando con la cabeza.

—No. No es ilícito. Mi amigo es paraguayo y le trajimos para que pudiera recordar su país. —La morena me dio una pequeña sonrisa ignorándome por completo. Pero qué pesadas.

Llamando al camarero le pedí los cinco whiskys y uno de lo que sea que esas chicas estaban tomando. El camarero se rio de mí afirmándome que ellas lo habían traído y que sea lo que fuera no lo vendían. Molesto por el asunto del Tereré, le di mi tarjeta para pagar la ronda que me tocaba pagar señalando a dónde tenía que llevarlos.

—¿Curioso? —preguntó una de las chicas del bendito tereré.

—Mucho —confesé acercándome.

—¿Quieres probar?

Estaba a segundos de decirle que no. Viendo esa cosa más de cerca tenía como catnip, de esa cosa que les dan a los gatos y se vuelven

locos dando vueltas. No quería tener que verme en la situación de tirarme al piso después de tomar esa cosa y rodar por todos lados. Negué con la cabeza al tiempo que se lo quitaba de las manos.

¡Al diablo! Sí era catnip rodaría por un buen motivo.

Le di un trago sintiendo la hierba en mi paladar. El frío del agua con hielo descendió por toda mi garganta refrescando todo a mi paso. Un delicioso y extraño manjar. Se parecía un tanto al mate. Levanté la vista viendo a la chica. Esta cosa estaba para ponerla en el menú.

—Gracias, me diste una razón para ir a Paraguay —guiñándoles un ojo. Me dirigí a mi mesa, maldiciendo a todos los inventores de tereré y el mate.

Papá en uno de sus viajes a Latinoamérica trajo una de esas cosas para tomar mate. Me la pasé como drogadicto tomando ese té todo el día. En un principio no me había gustado porque no era dulce, después como si se tratara de una gran adicción, me lo acabé todo agradecido que a Holly no le había sido de su agrado.

—¿Tú qué? —preguntó Jemison cuando regresé con la cara de haber probado el cielo.

—Nada —contesté, tomando asiento en mi silla alta—. Es solo que he estado bastante pensativo.

Ser sincero con ellos no era cosa del otro mundo, en realidad lo era con todos. Tomando un sorbo de mi bebida, decidí sentarme y relajarme. Nada quedaba más que disfrutar del momento.

La plática fue bastante tranquila, más de lo normal para ser verdad. Ellos apostaban que papá iba a quedar electo, después de la encuesta de hoy, William Hamilton estaba en la primera posición con una diferencia notable. Yo creía lo mismo, papá tenía eso ganado y yo cada vez más cerca de Renny.

Mi celular vibró anunciando un mensaje de texto. Lo tomé de la mesa de vidrio esperando a que fuera Renny contándome cómo iba su noche, la extrañaba bastante, pero para mi sorpresa era Kyle.

Kyle: Dejaste salir a las pequeñas rebeldes.

Yo: ¿Renny y Hol?

Quizá las había visto por ahí y a eso se refería.

Kyle: Ellas. Me sorprendió mucho ver a tu hermana en la fraternidad. Sabía que Beth las invitaría, pero jamás me imaginé que realmente vendrían.

Me quedé viendo el teléfono unos segundos antes de reaccionar. ¡Ni por un carajo! No hay fraternidad para ninguna de las dos. Ni de coña. Me giré para ver a Louis. Debíamos ir por ellas en este mismo instante. ¿Qué diablos tenían en la cabeza? Ese lugar era el infierno. — Y no me refería al bar de Picadilly.

—¿A dónde diablos iban Renny y Holly?

—Ni idea, no pregunté y, por lo visto, tú tampoco. Sé que Beth quería que la acompañaran a una fiesta.

¡A la mierda con Beth!

Le enseñó el puto mundo y ya quiere gobernar toda la maldita ciudad.

Esperaba que Kyle las tuviera con agua a las tres. Pensé en el juego de cartas y de cómo tenía a Renny siendo mi puta. Bendito juego la llevó a mis brazos. No, no pueden estar solas en una fiesta en la fraternidad, no sin mí.

—Vamos —le dije a los cuatro, poniéndome de pie.

—¿A dónde? —preguntó Dwain poniéndose la chaqueta.

En un principio no iba a llevarlos, pero... Los cuatro hicieron caso sin chistar. No podía dejarlos aquí tirados. ¡Mierda! Llevaría a estos élite total a un lugar donde el alcohol, las drogas y el sexo eran primordiales. Definitivamente los estaba llevando al paraíso, con excepción de Louis. Sé que él no estaría muy contento de que digamos.

—A la maldita fraternidad.

Locura fraternal

Renny

—Tienes que bajarte de ahí, Beth —grité lo más alto que pude por la música a todo volumen.

—¡Diablos, no! Holly, Hollywood. Sube a bailar conmigo, esa canción me gusta mucho.

Sobre en una de las mesas de madera de la sala principal, Beth movía sus caderas al ritmo de la música. Tiempo atrás estaba en esta misma sala jugando Kings con Rees y el resto del grupo. En esa época creía que esto era lo mío. Ahora no lo creía tanto. Ver a todas estas personas completamente borrachas y drogadas era algo que no concebía más en mi estilo de vida.

Cuando Holly me contó hacia dónde íbamos quise llamar a Rees para avisarle, pero mi teléfono se había quedado sin carga. ¡Maldita mi suerte! Cuando se entere de seguro lo tendré aquí hecho una furia. Intenté explicarle a Holly cómo era este lugar, pero eso solo despertó a la bestia que hay dentro de Holly, esa que era muy parecida a su hermano. Los dos eran curiosos, he aquí el resultado.

—Subo, pero dame la mano porque siento que me voy a dar contra el culo. —Holly estiró su mano para tomar la de Beth. Agradecí mentalmente que Holly hoy se pusiera unos pantalones de campana muy sofisticados y no estaba como Beth con un vestido corto enseñando todo.

No daba crédito a lo que estaba presenciando. Observaba a Kyle cómo miraba a Beth con un gesto de desaprobación. No le gustaba para nada verla bailando de ese modo. Hace casi dos semanas que los dos se cargan algo entre manos que nadie entiende. Él le muestra un mundo que ella no conocía y ella le muestra a él lo que es tener clase y esas mierdas del mundo élite. Muy al estilo Rees y yo.

Hace no mucho le pregunté a Kyle qué pasaba entre ellos, el solo respondió que era una amistad extraña. Pero ahora que los tenía frente a mí, los ojos de Kyle se iluminaban al verla. Le gustaba, era lógico.

—Las dos deben bajarse de ahí —gritó Kyle haciendo un esfuerzo por superar el volumen de la música.

—¡Para nada! No aún, un chico prometió que jugaríamos a esa cosa de las cartas. Nos tenemos que quedar —gritó Holly para mi sorpresa.

—Rees viene para acá, de seguro no le va a gustar ver a su hermanita de ese modo.

Kyle no tenía ni idea que el que se enojaría con todo esto sería su esposo, Louis. Rees estaría furioso por toda esta situación. De eso no había duda. No daba crédito al espectáculo de mi amiga que bailaba como loca, estaba asustada por la reacción de Rees, pero algo en la música me tenía estúpida. El ritmo me hacía querer bailar y liberarme, quería tomar y sentirme libre sin las presiones de la élite, de no ser aceptada por ellos.

Estábamos a unos días de elecciones, cuatro para ser exactos. Era la primera vez que votaría y sabía que mi voto estaba asegurado para

los Hamilton. Confiaba en William con los ojos cerrados, sería un buen gobernante y arreglaría muchas de las estupideces de este Gobierno. Aunque, a decir verdad, no hay mucho de qué quejarse.

Regresé la vista a Holly, quien levantaba los brazos agitándolos como una loca. Se notaba tan tranquila que me dio gusto verla de ese modo. No me subí, ni siquiera de chiste, hasta que Rees no estuviera por estos rumbos. Si me sorprende así, de plano tendré muchos problemas.

—Holly, baja y baila aquí conmigo. Es más seguro —le grité para captar su atención. ¡Maldición! Rees estaba cerca, podía sentirlo. No quería que la vieran encima de una mesa, me matarían.

—No, aguafiestas, sube y baila con...

—Ni por una mierda —la voz de Rees resonó en mis oídos. Era muy tarde, ya estaba aquí.

Cerré los ojos cuando el grito mayor llegó. Louis estaba parado frente a la mesa, levantando las manos para ayudar a Holly a bajar. ¡Carajo!

—Holly Marie Hamilton, cuento hasta tres para que...

—Viniste, bebé.

Holly se lanzó a los brazos de Louis besando sus labios. Este la tomó con excesiva protección. Como si todo a su alrededor se desvaneciera, era ella y nadie más. Besándola de regreso, este le tocó la nariz con el dedo índice susurrándole alguna cosa linda que la hizo

sonrojarse. De pensar que su relación no fue tan perfecta como era ahora, me daba un aire de esperanzas, quizá, solo quizá, Rees y yo tendríamos ese destino.

Estaba tan perdido en ellos que no me di cuenta cuando los chicos tan de élite se subieron a bailar a la mesa junto a Beth, eso sí era extraño. Uno de ellos negó con la cabeza antes de desaparecer por la cocina, de seguro era el que iría por las bebidas. Solo esperaba a que no le pasara nada, las mujeres que asistían a este lugar podían llegar a ser unas locas de primera.

La casa estaba llena y pensé que las cosas estarían a punto de salirse de control cuando ellos llegaran, pero jamás me imaginé que fueran a acoplarse a la perfección. Di media vuelta para ver a Rees con el ceño fruncido, bastante molesto.

Bueno, era de esperarse. Aunque sigo sin entender por qué se enoja conmigo, el que las trajo fue Kyle.

—Él no está enojado con ella, que está borracha bailando sobre una mesa —dije y señalé a Holly y a Louis.

—Oh, no, créeme, él está muy enojado, pero su maldita debilidad por mi hermana y sus besos lo hacen un idiota.

—Si te beso entonces...

—No soy Louis, yo sí necesito una maldita explicación. ¡Odio este maldito lugar! Lo sabes, entonces, ¿qué diablos haces aquí? Al menos Louis y Holly no saben de lo mierda que es esto.

Bajando la vista, me sentí un tanto molesta porque en realidad estaba bien portada. No estaba de loca sobre la mesa y no estaba bebiendo, entonces... ¿Por qué tengo que dar explicaciones? No es como si esté medio vestida, moviendo el culo. Ni siquiera había saludado a Brat al entrar, seamos sinceros, la mitad de mis amigos pertenecían a este grupo y ni siquiera estaba con ellos.

¡Por favor!

—Me estoy divirtiendo, Race —dije antes de comenzar a avanzar a la mesa donde estaban los de la élite bailando con Beth. Me subí y comencé a bailar. La canción era pegajosa y bastante movida.

¡Qué le den!

Si quiere discutir por algo, le daré una buena excusa. Ahora no estaba para esto.

Moviendo mis caderas, comencé a disfrutar de la música de Jojo Yem, la última sensación de este año. Agitando mis manos, haciéndome la festiva, fingí que Rees no estaba abajo, viéndome como si en cualquier momento me fuera a comer viva. Él lo provocó, no yo.

Verlo con esa camisa blanca, tan informal y esa chaqueta de cuero que se ajustaba a la perfección era tan... ¡Madre mía! Como mi propio modelo incorporado en una piel millonaria.

Sentí que el espacio de la larga mesa se hizo más pequeña cuando Rees se subió. Me tomó de las caderas acercándome a él. Era una delicia el calor de su cuerpo y el aroma a té verde que desprendía mezclado con alcohol. Su chaqueta de cuero rozaba mis brazos

desnudos y quise, por un minuto, que me llevara a una de las habitaciones de arriba y me hiciera suya.

—¿Y si bailamos abajo? Siento que esta mierda se va a caer en cualquier minuto.

Asintiendo con la cabeza, esperé a que él bajara para que me ayudara a estar bajo control. Vi cómo Louis discutía con Holly y supe que Rees tenía razón, cuando el encanto del beso se acaba, las explicaciones se hacen necesarias.

—Te amo —dije, viéndolo a los ojos.

Rees extendió esa perfecta sonrisa a los cielos. Esto era porque amaba decirle esa palabra que tanto me costaba. Ver su sonrisa cuando le decía que él era todo, valía cada segundo de mi vida.

—Yo también, Renny Ren, te amo como a la Nutella.

—¿Hay algo más poderoso que la Nutella? —dije de forma sarcástica.

—En mi vida, eres tú. Solo tú.

Rees

Sabía que Renny necesitaba quitarse todo de la cabeza, disfrutar un poco el momento. La dejé tomar todo lo que quería, dejé que bailara como loca con Holly y Beth. Louis hizo lo mismo, pero esto de Kings se estaba volviendo un dolor de cabeza, más cuando Renny levantó su próxima carta.

—¡Putas! —gritó emocionada—. ¡Rees, eres mi puta!

Sí, genial. Esto no iba a acabar nada bien. Connor levantó el puño empujando un poco a la chica que estaba en su regazo. Esa mujer no tenía casi nada de ropa. Me preguntó qué diría Ara, su Agapi, si lo viera de este modo.

Señalando a Renny, le guiñé un ojo en modo jugueteón, verla tan tranquila y feliz era increíble. Darle a Renny todo lo que nunca tuvo después de que perdió a sus padres... Un hogar. Sé que lo tenía con Lucy, pero yo podía darle esa dosis que ella necesitaba.

No es como si la felicidad venga encapsulada, la destapas y todo sea color de rosas, si no es aquella que se trabaja y se disfruta en el momento que tiene que ser vivida.

—Juega tus cartas, mujer, porque en poco yo...

—Ponlo a bailar como stripper —gritó Holly señalándome—. De chiquito tenía un baile muy gracioso, dile que haga ese.

¡Ah, no, Marie, eso sí que no! ¿Qué?, ¿acaso no se puede quedar sentadita y con la boca cerrada? Levanté la vista para ver a Dwain pegándose el lote con una de las chicas fans. Esta tenía una falda que parecía de una muñeca, no de una joven como ella.

—Eso, Hamilton, baila para nosotros.

Dándole una mirada a mi hermana, una que decía que mañana la iba a matar, me puse de pie. Sabía las reglas del juego. Lo bueno es

que Renny dijo «baila para nosotros, no hagas el ridículo baile donde te quitas la camisa como un completo gay por hacerle burla a una nudista mujer».

Comencé a mover las caderas, algo desordenado y gracioso para divertir a mis amigos. De pronto, unas chicas llegaron corriendo gritando «Race» y abrí los ojos, odiando a todas estas amantes del motocross. Siempre era lo mismo, se volvían locas al verme.

—Ese no, Race. —Holly le hizo señas a Renny—. Dile que es el de la *stripper* mujer.

—Quiero ese baile, Rees, el que dice Holly.

¡Vaya mierda! Si Holly le decía, «tírate de un paracaídas que no sirva», me imagino que ella lo hacía con los ojos cerrados. Qué porquería. Suspirando, me di la vuelta para ver que más gente estaba a mi alrededor, eran unas veinte personas aparte de nosotros. Negándome una vez más me di cuenta de que no tenía opción. ¡Maldito juego!

Me bajé caminando al maldito centro de música, donde un chico que se creía dj hacía de las suyas. Le di mi canción deseando que no la tuviera, para mi maldita suerte al chico le gustaba. Recordando la canción del Justin Bieber, aquella que fue un hit en el 2015, esa que a mi linda hermanita le gustaba tanto, comencé a moverme al estilo pop. Si iba a tener espectadores, montaría un buen show.

Movía las manos al ritmo de la música. Ya lo hacía coreográficamente, sabía bailar y ese era un buen punto a mi favor. Me movía y me despojaba de la chaqueta de cuero, que me acaloraba, pero

por temor a perderla no lo hice del todo y volví a ponérmela. Me dejé llevar por la música hasta que ya nada me importó. Finalmente, me quité la chaqueta y la arrojé a donde estaba mi mujer aplaudiendo como loca.

Saltando la mesa, me subí moviendo la cabeza, haciendo todos esos movimientos de pies que solo los bailarines expertos, o aquellos que realmente podían bailar como un Michel Jackson pro. Deslizándome en la mesa, enfatizando en la palabra sorry cuando hacía un movimiento sexy en cada palabra.

—¡Qué se quite la camisa! —gritó una de las chicas fans.

—Sí, que se la quite.

Comencé a levantarme un poco la camisa cuando los gritos me alentaron. Arrojándole la camisa a Renny, enseñando mi cuerpo completamente marcado. Di media vuelta para que todos vieran lo que tenía. Muchos reían, otros silbaban, Louis se atoraba con su saliva y Holly brincaba como loca. Unos brazos jalándome me distrajeron de todo. Renny estaba seria componiendo mi camisa al tiempo que intentaba ponérmela un tanto seria.

—¿Qué pasa, Renny Ren? —pregunté al borde de la risa, estaba siendo sobreprotectora con lo que era suyo.

—Ponte esta cosa antes que todas se te tiren encima. No quiero... No me gusta... ¡Póntela, no preguntes!

Con un puchero y el «booooo» de todo mundo. Me bajé para tomar asiento junto a ella. La tomé del brazo, besando sus labios. Su

piel parecía pulida y esa camiseta negra le combinaba a la perfección. Definitivamente Renny se veía muy bien.

—¿Cómo así fondo? —preguntó Holly, tomando el vaso de en medio. El que contenía un poco de todos los tragos. La carta de reyes era la única que podía emborracharte tanto como una botella entera en este juego.

—Te lo tomas todo de un solo... —explicó Kyle.

Holly dio media vuelta para ver a Louis. Iba a tomárselo porque ella no sabía decir que no, era muy orgullosa en los juegos para admitir que no quería hacerlo. Era tan yo en todos los sentidos.

—Cuando vomite toda la noche, Louis Montgomery, espero estés ahí con tus mejores cuidados clínicos —advertí, levantando el mega vaso y dando un brindis general. Holly empezó a tomárselo como si fuera el último día de su vida.

—¡Rees! —me gritó Louis—. Nos quedamos en mi casa, no podré solo con ella.

Todos reímos al tiempo que Holly alzaba el vaso sin ningún contenido. Le daba cinco segundos más para que saliera corriendo al baño a vomitar.

Cita doble

Renny

Tomé a Holly del brazo mientras entrábamos a su casa. Definitivamente ella ya estaba en un estado inservible, pero haber dormido en el automóvil y vomitado casi todo el alcohol en la fraternidad fue bastante bueno.

Rees le dio tiempo a su hermana para recuperarse y traerla, Louis la cuidaba y hacía fingidas muecas de reproche con una sonrisa divertida, como si no fuera la primera vez que la veía en este estado. Quizá era de ese modo, la conocía de toda la vida y, según los rumores, Holly era una Rees para tomar.

—¿Te llevo a acostarte? —susurró Louis a Holly. Esta negó con la cabeza señalando la cocina.

—¡No! Hay que celebrar que estamos juntos los cuatro. Tú no tienes turno hasta en dos días, Rees no está corriendo y Renny ya no me ignora y yo no la trato mal. ¡Hay que celebrar! —reí ante Holly alcoholizada, realmente era demasiado dulce y en extremo divertida.

—¿Qué quieres tomar? —para mi sorpresa, Louis la llevó a la barra de la cocina para ofrecerle. ¿Más alcohol? Pero qué raros, la mujer estaba estropeada ya.

Rees fue el que tomó la iniciativa sacando dos cervezas y un jugo de arándanos de los cuales sirvió un vaso lleno dándoselo a Holly. Destapando la cerveza de Louis, giró para señalarme el jugo o la

cerveza, la verdad es que podía tomarme una cerveza, pero el jugo se veía increíble.

—A mí no me diste opción —se quejó Holly.

—Sí quieres tomar más, tendrá que ser después de ese jugo, Hol, no te daré más hasta que tomes algo que no contenga alcohol.

Esta no ocultó lo sorprendida que estaba segundos antes de empinarse el vaso. Se quedó contemplando mi brazo como si le faltara una parte en el cerebro, algo que no cuadraba las cosas que hablábamos o hacíamos, era gracioso de ver. Me encantaba haberla recuperado a pesar de que las dos habíamos cambiado, aún podíamos aceptarnos tal cual éramos.

—¿Te dolieron? —dijo Holly, tocándose los brazos de una manera muy graciosa. Tenía la cara presionada como si algo le doliera.

—¿Los brazos? —pregunté, pensando en si había ido al gimnasio para que creyera que me dolían.

—No, tonta...

Rees levantó la mano como si la hiciera callar y toda la atención fue redirigida a él.

—Cuida la boca con mi novia, Sisi.

—Por favor, Rees, es de cariño y ella lo sabe, no te metas. Tú, ve y saca unas Chips para comer —dijo, mostrándole el dedo medio, su

favorito al parecer, y regresó a mí para señalar mi brazo y luego los de ella—. Los tatuajes... ¿Te dolieron?

¡Bendito Dios! Esta mujer era muy curiosa, claro que dolían, pero cada uno de los tatuajes significaba millones, sobre todo la doble r de mis costillas, ese se había vuelto mi favorito.

—Duele, pero vale la pena. Es un dolor que quieres repetir y repetir. Es adictivo —reconocí sin ningún descaro. Me encantaban los tatuajes y esperaba, muy en el fondo, que Rees agregara uno que otro más a su cuerpo.

—¿Cómo el sexo? —Holly asintió con la cabeza como si supiera exactamente qué mierdas está diciendo. ¿Sexo y tatuajes? No, definitivamente no hay comparación.

—¡No! —la voz de Rees nos sorprendió a todos. Pero qué grito.

—¿No qué? —Holly nos abrió con una cara de expectativa impresionante—. ¡No me jodas! ¿Tienes un tatuaje?

Nunca, en mi vida hubiera pensado que Rees hubiera ocultado todo este tiempo nuestro tatuaje, pero una vez más, incluso yo lo había ocultado. No tenía foto en mis redes, no lo había enseñado y tampoco lo había pensado tanto, era algo entre Rees y yo, nada más.

—Sí, una doble r.

Rees se levantó la camisa enseñando ese abdomen escultural, de actor de películas de acción por las que todas babeaban. Se dio la vuelta mostrando su costado, su tatuaje estaba perfecto, tal y como yo sabía

que se veía el mío. Aprovechando la situación. Levanté mi blusa a un nivel que enseñara el tatuaje, pero no el pecho, de seguro a Rees le da un ataque si se lo muestro a Louis.

—¡Santa mierda! ¡Louis, mira eso! Vaya mierda, nosotros tenemos anillos y ellos un puto tatuaje, vamos, yo quiero uno.

—¡Holly Marie! —dijo Louis atrayéndola a su cuerpo—. Acabas de decir tres palabras vulgares en una oración de casi diez palabras. ¡Impresionante!

Todos soltamos una carcajada entendiendo completamente a lo que se refería, qué nivel de vulgaridad acabo de escuchar salir de la boca de Holly, aun así, era bueno ver que se comportaba como ella y no como una más de la élite.

—No, es en serio. Mira... —señaló el pecho de Louis—, tú tienes a tu papá, Rees tiene a Renny en las costillas, Renny tiene tatuado a toda la cúpula elitesca y de la fraternidad en los brazos y a Rees en las costillas y yo tengo pecas en los hombros, eso no se vale, quiero... Quiero uno.

—¿Tienes un marcador, Holly, Hollywood? —pregunté en tono bromista.

La pequeña salió corriendo cual loca la poseía. Regresó con esa mirada pícara, como si realmente fuera a tatuarse un símbolo verdadero. Destapando el marcador, me guiñó un ojo.

—Quiero que diga Louis —pronunció bastante entusiasta.

—¿Te quieres tatuar mi nombre, amor?

Louis no dejaba de reír. Quitándose el marcador, se acercó al brazo de su amada, plasmando en una letra cursiva —muy mala— de doctor. Sonriendo, agregó un par de corazones, un toque muy poco masculino.

Rees le arrebató el marcador a Louis, levantándolo como si fuera una daga, una que iría directo a la piel de su hermana.

—Derramaré tu sangre, oh, hermana mía, en tinta negra que vivirá por el resto de tus días —dijo como ensayara para una obra shakespeariana.

—Oh, Romeo, Romeo, pero que palabras tan inapropiadas os traes esta noche. ¡Qué la belleza de la luna no caiga en vano sobre estos cuerpos marcados en tinta negra! ¡Qué sea tu daga la que penetre mi piel y me haga un diseño que no pueda creer!

Los dos soltaron una carcajada al tiempo que Rees marcaba el cuerpo de su hermana. Le hacía diseños tribales, como si fueran ramas esparcidas por su cuerpo. Era un diseño hermoso. Desconocía las habilidades de mi amado para hablar como si un libro de Shakespeare lo hubiera masticado y escupido, y también desconocía esta faceta de artista.

—¿Siempre son así? —pregunté a Louis, viéndolos hablar como si en verdad los hubiera masticado y tragado a los Capuleto en tiempos antiguos.

—Les gusta eso del role play, tenían mucho de no hacerlo, en eso consiste su vida. Los unen las cosas más extrañas del mundo, es un milagro que no se pongan los trajes y empiecen a bailar música de flautas.

Sonreí, recordando a Rees como antiguo rey en la época victoriana, en cierto sentido era verdad. Eso del role play era muy de ellos y eso me gustaba. Era como si nunca perdieran esa esencia de niños que tenían muy en el fondo. Una que se acercaba marcando la hora de la llegada.

Mi carrera de motocross se estaba acercando y aún no encontraba el valor de pedirle su motocicleta a Rees. Sabía que diría que sí, pero tenía un mal presentimiento en todo esto, más porque era el mismo día que las elecciones de William.

Extrañaba la adrenalina que me daba el subirme en la moto y correr en esa pista de tierra, los saltos, el sudor, el polvo, la chispa de los gritos de euforia de la porra. Podía ganarles a todas, eran solo cuatro carreras en un día, un campeonato corto.

Esa noche lo dejé pasar, mañana, después de hacer el amor con mi novio, le pediría su preciada motocicleta. Tenía que tenerle Nutella y prepararle un batido delicioso de banano, su favorito. Ya después le tiraría la bomba, no quería recurrir a prestarle a Kyle la de él, todos sabíamos que la de Race Hamilton era treinta veces mejor.



—No puedo creer que me convencieras a esto Renny Ren. —Rees estaba observando la pista con mirada reflexivamente, claro que no quería que corriera, pero mis argumentos para dejarme hacerlo eran válidos. Por favor, el tío también corre, no puede prohibirme algo que a los dos nos apasiona.

—Por eso mismo, estás entrenándome hoy —dándole un beso en sus labios, me dispuse a colocarme las botas, nuevas. Resulta que, por términos del señor sobreprotector, tenía que dejarme comprar un equipo nuevo, que fuera mucho más seguro al que tenía.

Parte de los requisitos de dejarme correr mañana, era que mi amado Rees, me diera un par de clases innecesarias. Claro que vamos a ser totalmente sinceros, no iba a dejar pasar la oportunidad de ver a Rees Mandón Hamilton, sudado y empolvado de pies a cabeza, cómo le sacaba su parte Race, el salvaje Hamilton que tenía por dentro.

—En las vueltas, estás presionando el freno, no debes frenar, sino acelerar y mantener el balance. Intenta que no se te junten, incluso las mujeres pegan patadas cuando uno menos se lo espera y como último...

—Eres un mandón —dije entre risas. Claro que era un mandón, pero ya sabíamos que jamás iba a admitirlo.

—No es mandón, Renny Ren, es precavido. También estaré de incógnita ahí —señaló la tribuna aplaudiéndote silenciosamente y gritando tu nombre tan alto en mi mente que tú escucharás mi hermosa voz cantar un «Eso es, nena».

—Estás romántico hoy, Hamilton, me gusta —de verdad que este hombre no podía ser más perfecto—. Pero voy a tener que pasar. Necesitas estar con tu padre y sabes que en esos momentos yo no puedo estar ahí por la prensa, no ese día. Ya encontraremos una solución a esto, pero hasta entonces, mi amado Rees Race, tú y yo permaneceremos separados.

—Por el día, pero en la noche y en la mañana planeo hacerte mía, toda mía.

Acelerando la motocicleta, dejé a Rees con las palabras en su boca, pero qué idiota, claro que pasaríamos la noche juntos, de eso no había duda, pero... ¡Vaya mierda! Odiaba que me recordara que solo en ese momento podíamos ser nosotros mismos. Agradecí que la pista estuviera cerrada solo para nosotros y que Rees tuviera esos mega lentes oscuros. Si teníamos suerte, mañana nadie se daría cuenta de que estaba usando su motocicleta, aunque en este mundo, todos sabían de nosotros.

Finalmente, cuando llegamos a casa, cenamos en la cama. Nunca pensé que fuera a decir que me gustaba el sushi, pero la verdad es que estaba babeando de lo delicioso que estaba. Quizá no estaba rico, pero Rees saboreando esta cosa lo hacía mil veces más succulento. Sobre todo ahora que no llevaba camisa.

—Prométeme que tendrás cuidado, nena —dijo metiéndose un rollito a la boca.

—Tú, prométeme que te quedarás con tu padre mañana. Tienes que hacerlo.

—No quiero dejarte sola, bebé, tú sabes que... Estuviste para mí en mis carreras y es la primera que puedo disfrutar junto a ti y solo no... No me pidas que falte.

No podía pedirle que viniera, no, aunque quisiera con todo el corazón, estarían con una maldita cámara todo el día grabando los momentos del conteo y cuando le avisen si gana o no gana. Tendrá que dar entrevistas cada cierto tiempo y la familia debería estar ahí para apoyarlo. Ni por una mierda, Rees no puede ir a mi carrera, Kyle estaría ahí.

—Entonces, no voy a correr. —«Vamos Race, afloja un poco porque no dejaré de ir», pensaba.

—Ese no es el punto, Renny Ren.

—No, no lo es, pero te estás comportando como un niño y eso no me gusta para nada.

Largando un suspiro, Rees dejó el plato en la orilla de la cama, como si estuviera a punto de hacer algún lloriqueo de esos caprichosos que tanto me gustaban. Rees era ese espécimen de hombre que te parecía atractivo hiciera lo que hiciera.

—Tenemos un trato, Renny Ren, tú ganas sin lastimarte un puto pelo del cabello y yo acompaño a mi padre. ¿Tenemos un trato?

—Lo tenemos, Hamilton, lo tenemos.

Las elecciones

Rees

Tenía muchísimo de no conducir el pick up para movilizar la moto de *cross*, era una sensación llena de adrenalina. La pista estaba a unos cuarenta minutos de casa, nada cerca para mi gusto. Si se suscitaba alguna emergencia me tardaría esos largos cuarenta minutos en acercarme al área.

La condición de acceder a que fuera a correr, es que la vendría a traer y a dejar. Mi nena levantaría un puto trofeo y no estaría para verla. ¿Por qué las malditas elecciones tenían que ser el mismo día?

Teníamos que esperar a ver el dictamen de la Cámara de los Comunes para ver si se tenía el apoyo de ellos, de ser de ese modo, la reina nombraría a mi padre, líder del partido conservador, como primer ministro del Reino Unido.

Una entusiasta Renny se había quedado en la carrera, estaría para ella en la distancia, pero algo en todo este día sonaba como una mala idea. Me levanté con un mal presentimiento. Intenté meditar un poco para llenarme de buena vibra y espantar las desagradables señales que percibía en el ambiente.

—¿Qué diablos con tu cara? —preguntó Holly cuando me senté al lado de mi padre. ¿Qué diablo con mi cara? ¡Diablos! Mi mujer estaba a punto de correr una carrera y yo estaba sentado con saco y corbata, muy elegante para estar pensando como Race y no Rees.

—Renny —dije sin apartar la vista de mis zapatos completamente lustrados.

—¿Qué tiene Renny? —preguntó mi madre tomando asiento en la sala, donde muchas personas del partido caminaban, discutían y tomaban uno que otro *whisky* para calmar los nervios.

Holly sabía de la carrera, mis padres no tanto. Cada uno estaba demasiado estresado para contarles acerca de una simple carrera de un día. Estaba seguro de que Renny se metería a la del próximo mes, pero, de todos modos, estaba en juego de que pasara a la siguiente categoría o no. Era buena, tenía ágiles movidas, buen cruce y mi motocicleta era la mejor de ese maldito lugar, de eso no había duda.

—Tiene una carrera sencilla —dije viendo a mi madre a los ojos—. De esas que duran un día, me hubiera gustado estar ahí para ella, normalmente, son tranquilas, pero hay otras en las que las cosas pueden tornarse peligrosas.

—Cuando hay dinero de por medio. —Louis entró componiéndose su corbata y las ojeras bien marcadas. Ese idiota venía de turno y de seguro no había dormido absolutamente nada—. Hola, princesa —dijo besando a mi hermana en los labios.

—Espero que no haya ningún tipo de dinero de por medio en el grupo de las mujeres —era la primera vez en el día que pensaba en eso. ¡Maldición, Lou! Ese análisis no había pasado por mi mente hasta ahora.

—¿Recuerdan cuándo te botaron de la moto en la última rampa?
—Lou soltó una carcajada—. Estabas tan enojado que le tiraste el casco.
Le abriste la puta ceja a Brat, fue épico.

¡Brat! Maldición, su maldito exnovio estará ahí, qué jodida.
Confiaba en Renny con los ojos cerrados, en que no haría
absolutamente nada, pero... ¿Por qué tiene que estar Brat ahí?

—Ni me menciones a ese imbécil —realmente me enojaba el
nombre de ese cabrón.

—Oh, pobre pequeño. —Louis sobaba mi pelo como si fuera un
puto perro. Le pegué en la mano para apretársela y que me dejara de
tratar como una mascota—. ¿Estás celoso, Hamilton?

—Claro que lo está. —William se puso de pie señalándome con
un dedo—. Esa es la mejor manera de probarle a una mujer que es la
indicada. Ahora, quédate aquí para que la prensa te vea con la familia
un rato y más tarde te vas a la última carrera. Aún llegarás a tiempo.

Le di una sonrisa a mi padre. Él entendía exactamente lo que
necesitaba en estos momentos. Él sabía que lo apoyaba, que daba todo
por él, pero ella era mi mundo y necesitaba estar ahí.

Las horas pasaron, y la discusión en la cámara se hizo mucho más
complicada. Sabía que la oposición se negaba a que eligieran a mi
padre, pero había algo más fuerte, el lado que apoyaba al partido
conservador era mucho más fuerte e invencible. Las pláticas y
discusiones fueron tomando un rumbo y a eso de las dos y media de
la tarde, papá convocó a la primera reunión preliminar.

La rutina consistía en dar declaraciones de las primeras discusiones. Nosotros permanecíamos en la mansión Hamilton mientras toda nuestra entrada principal se llenaba de gente para discutir nuestro posible ascenso en sociedad. Lo más probable era que mi padre estaba a punto de convertirse en el próximo primer ministro.

—Tienen que recordar que ustedes pasan a ser la segunda familia más importante del Reino Unido —dijo Charles, el asesor de papá—. Tienen que ser ejemplo. Tienen que cumplir con las normas de conducta.

—Ay, no... —Holly negó con la cabeza—. ¿Tan recatados como la familia real? Papá, creo que no vas a lograr que Race o Louis sean recatados —dijo soltando una bromita bastante acertada.

Di media vuelta para ver a Louis mordiéndose el labio como hacía cuando estaba aburrido. Estas mierdas de tener toda la atención no eran lo suyo, en cambio, Holly y yo adorábamos la maldita atención. Le guiñé el ojo antes de dejar que mi padre comenzara a dar indicaciones a sus asesores que peleaban el comportamiento una y otra y otra vez.

Observando mi teléfono celular una vez más antes de salir al caos de la prensa, vi el video de Renny entrando en primer lugar después de dar un salto de campeonato. Esa era mi chica. Me impresionó cómo tomó la última rampa girando el timón para darle más estilo. ¡Un maldito estilo Hamilton! Ella estaba destinada a ser mía.

¡Carajo! Era perfecta.

—Guarda eso, bebé —mamá me dio unos golpecitos en el hombro—. Es hora de salir.

Respirando profundo, empujé a Louis a la mierda por seguir mordiéndose el puto labio. Ya me estaba poniendo nervioso. Este me sacó el dedo más agradable y siguió caminando detrás de Holly justo cuando los flashes comenzaron a saltar entre los periodistas.

Renny

Aguardé unos minutos en el suelo, protegiéndome de no levantarme antes de tiempo. Podía estrellarse una motocicleta encima de mí. ¡Maldita Janette! ¡Me tiró al diablo! Sabía que lo intentaría en la primera vuelta, era su especialidad esa de pegar patadas en los saltos, la odiaba. Me puse de pie a toda prisa tomando mi motocicleta, este era el fin.

Aún me faltaba una carrera más y tenía que tener mucho más cuidado. La siguiente era la decisiva, si entraba en primer lugar, ganaría, esta carrera casi me hace perder todo. Terminando, me di cuenta de que la idiota esa celebraba como si fuera ya la campeona y eso me enojó tres veces más.

Kyle estaba parado con la botella de agua y el celular en la mano.

—Ya te dije que está bien, idiota, solo fue un... Ren, es Rees, ¿puedes asegurarle que estás bien?

Estaba algo molesta porque no entendía por qué le había dicho que me había caído. ¡Maldición! ¿Por qué diablos? Quitándole el teléfono lo bajé para que no pudiera escucharme.

—¿Por qué le dijiste? Eres una mierda —dije, dándole un empujón. Una voz lejana muy conocida me hizo bajar la cabeza para ver a Rees en la pantalla.

—Estoy en videollamada, cariño, puedo verte —¡Carajo! Ya la había jodido otra vez—. Prometiste cuidarte.

—Fue la perra de Janette. —¡Ay, Dios!, estaba tan sexy con esa corbata negra—. La odio. Se debe cuidar de mí la última vuelta que estoy a segundos de patearle el culo.

Lo vi sonreír, esa sonrisa que alcanzaba las orejas, esa que me provocaba cosas hermosas en el estómago. Una sensación nerviosa. Podía ver la sala de la mansión, el alboroto que se hacía atrás de él, Holly aplaudiendo como loca y escuchaba los gritos de felicidad de varias personas.

—¿Ganaron? —pregunté, tomando el teléfono con más fuerza.

—Estás viendo a la segunda familia —dijo Rees dándome un panorama de William besando a Abbi, a Louis cargando a Holly mientras le daba vueltas. Los miembros del partido se somataban la espalda y se felicitaban los unos a los otros.

—¡Felicidades! —grité, captando la atención de varias personas a mi alrededor. Di grititos de loca al tiempo que le contaba a Kyle la

noticia, al parecer él sabía antes que yo, pero me daba igual, quería gritar emocionada.

—Me gustaría que estuvieras aquí. —Rees me dio una mirada triste, esa mirada que cambiaba mi humor y me daban ganas de ir corriendo a la mansión y abrazarlo.

Todos tenían a alguien con quién celebrar, seguramente Rees estaba pegado al teléfono porque eso era lo que necesitaba para sentirse completo. Saber que yo era eso para él, era lo más cool del mundo.

—Dile a William que lo felicito —tirándole un beso, me di cuenta de que Abbi se acercaba a él. Este giró para ver a su madre y dejar el teléfono en una posición que no veía nada más que la lámpara de araña.

—Amor —dijo Rees regresando su atención a mí—, iré a felicitar a papá, te hablo en un rato y Ren... —Me vio fijamente antes de colgar—. Cuídate, bebé, no quiero que nada te pase, pero rómpele el culo a todas.

—Así será. —Mi corazón avivó mil sensaciones en mi interior, de verdad que me hacía sentir incompleta. Quería estar con él, con su familia. Quería celebrar con ellos. ¡Diablos!

Me senté en una silla de plástico en mi carpa. Allí esperé la hora y media que tenía antes de volver a correr. Esta era la última, la decisiva.

Tomando el timón, observé la pista que se pintaba en mi panorama, las rampas de tierra, la gente aglomerada en las orillas, el

pasto aplanado en ciertas zonas para decorar la pista café. Este era mi momento y tenía que ganarlo a como diera lugar. Tenía la motocicleta de un campeón. No podía darme el gusto de no correr como era debido.

Cuando la rampa cayó al suelo anunciando la salida. Aceleré, tambaleándome por la afluencia de motocicletas a mí alrededor. En el primer salto logré tomar un poco de distancia, pero aún Janette me llevaba la delantera. Aceleré aún más, siguiendo cada consejo de Race. No tenía que sentir ningún tipo de miedo, yo dominaba la pista, la pista no me dominaba a mí.

Vi el momento de entrada, la bandera a cuadros. Salté como nunca, me deslicé como siempre había querido y disfruté la adrenalina que me proporcionaba correr. Era ese subidón extremo que te daba el sentirte libre de todo. Levanté las manos, ignorando si era el primer lugar o no, no me importaba para ser sincera.

Había hecho un buen trabajo y eso era lo importante.

Kyle, eufórico, brincaba y levantaba las manos como loco. ¿Había ganado?

—¡Vale madre! —gritó—. Primero o segundo, lo hiciste de maravilla.

¡Maldición! ¿Segundo? Vaya vergüenza, realmente quería ganar la carrera, ahora cómo iba a decirle a Rees que su motocicleta llegó en segundo lugar. Era como ofrecerle chocolate barato en lugar de Nutella.

—¿Por mucho? —pregunté sintiendo la decepción apoderarse de mí.

—Media llanta de distancia, pero tus saltos fueron los mejores. Todos hablan de ellos.

Debía sentirme feliz y orgullosa. ¿Qué más da? Primero o segundo. La vida no era acerca de posiciones, era acerca de disfrutar el momento. Yo estaba disfrutando esta sensación con honores. Corrí una carrera profesional, usé la moto de Race y, encima de todo, logré el segundo lugar. Ahora tenía que correr mucho para practicar y la próxima ser primero.

Papá siempre decía que todo lo que haces, debe hacerse con pasión.

—¡Eso es! —grité emocionada—. ¡Soy lo mejor! ¡Maldición!

—Señora egocéntrica —se burló Kyle.

Quince minutos después, subí al podio para que me colgaran mi medalla. Esto era increíble, era la primera maldita medalla que me daban por una carrera profesional. Sabía que era buena, pero verme en esta posición era genial. Levanté la mano para saludar a las personas. Había cámaras, reporteros y muchas marcas patrocinadoras animaban el bullicio a mi alrededor. Los espectadores gritaban y animaban a las corredoras.

Mi traje negro con naranja Fox era mi favorito. Lo usé en la última carrera para lucirlo en estos momentos, por lo que esperaba a que Rees viniera a buscarnos en una hora para que él pudiera verlo

también. Ya se lo había modelado en el apartamento, pero verlo a él, sudado y con tierra era sexy, quizá si me viera de este modo también le parecería atractiva.

—Ven aquí —unos brazos me envolvieron, apretando más de la cuenta al tiempo que me daban media vuelta. Kyle frunció el ceño antes de perderlo de vista. La cara de Brat estaba a centímetros de mí, muy pegado para mi gusto. Intenté separarme de él, pero en menos de lo que esperaba, sus labios estaban sobre los míos.

Una sensación conocida me invadió la boca, asco y una ingrata sensación le siguieron a ese forzado topón de labios. ¿Quién dijo que los besos repentinos eran pasionales? Esto era horrible.

Los labios de Brat desaparecieron en cuestión de segundos junto a un jalón en seco. Perdí el equilibrio por unos segundos intentando captar lo que estaba pasando.

Un chico tenía a Brat en el suelo, dándole de golpes. El traje negro elegante era un caos en tierra y polvo. El irrepetible cabello negro me comprobó que el chico dándole de bruces a Brat era mi Race, o mejor dicho Rees. Este era Rees celoso perdiendo el control en traje Armani carísimo.

—¡Rees! —grité, sabía lo que decir su nombre provocaba en él, era como si lo desconectara del mundo. En efecto, Rees se detuvo en ese mismo momento. Se puso de pie, dejando a Brat completamente inmóvil y supo lo que estaba a punto de pasar. Este levantó la cabeza para ver el panorama.

Las cámaras estaban cerca, varias personas captaban las imágenes del incidente en video y la cara de mi bebé era todo un poema. Este ignoró a los mirones y me tomó de la mano para alejarme de ese lugar. Caminamos sin decir nada a pesar de que los periodistas deportivos le gritaban un «Race, ¿quién es ella?». «¿Por qué esa reacción?». «¡Felicidades a la familia Hamilton!» gritaban otros. Era un caos a nuestro alrededor y Rees seguía caminando, ignorando todo a nuestro alrededor a pesar de que varias personas aplaudían y felicitaban a la segunda familia.

No estábamos llegando ni siquiera al pick up, con Kyle atrás arrastrando el maletín y la motocicleta cuando el teléfono sonó. Rees le hizo señas a un grandulón que estaba manejando el automóvil para que ayudara a Kyle a meter todo. Este abrió la puerta ignorando el teléfono.

—Viniste antes —dije sin poder decir nada más. Su respiración estaba acelerada y era obvio que estaba preocupado.

—Vine justo a tiempo para verlo besarte. ¡Maldito hijo de puta! Voy a matarlo... Voy a... ¡Mierda! —estaba enojado, es más, estaba fúrico con toda esta situación.

—Yo no sabía que iba a hacerlo, prometo que yo no... —Tenía que darle a entender que yo no jugaba este juego con Brat.

—Lo vi, no tienes que explicarme nada.

Después de la cuarta vez que el teléfono sonó en su mano, decidió tomar la llamada.

—Lo sé... —dijo, dejando la conversación a medias—. Deja de gritar. ¡Ya lo sé!

No entendía su «ya lo sé» y quién podía estar llamando con tanta insistencia. La mano de Rees se paseaba por su pelo. No podía ocultar su preocupación. Cuando finalmente colgó el teléfono, el silencio se hizo eterno. Podía escuchar cómo metían la motocicleta en la parte de atrás y la ansiosa respiración de Rees.

—¿Qué está mal?

—Salió en todos los noticieros. La noticia corrió como agua.

Me acerqué para darle un beso en la mejilla para calmarlo. Todo estaría bien si lo lográbamos manejar bien.

—Todo va a salir de maravilla, amor, tú solo estabas...

—Tengo una maldita sanción por comportamiento violento, Renny. Por haberle dado una paliza al idiota de Adam. —Cerró los ojos como si recordar eso fuera demasiado malo. Definitivamente lo era, vi las noticias y cómo Adam dejó a Holly, era peor de lo que todos creían.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, con un halo de pánico en mis palabras.

—Pueden meterme preso hasta que las cosas se aclaren.

Y con esas palabras, mi vida se vino abajo, otra vez.

Desde tiempos remotos

Rees

Llegamos a la comisaría junto a mi padre y Jonathan, uno de sus asesores políticos. Sabía que David Daniells, mi representante, estaría en la comisaría listo para actuar como era debido, un par de abogados de confianza y Louis, que nunca me dejaba solo.

Él fue el primero en llamar y avisarme de la orden que habían levantado por manejo de ira. Estaba molesto y preocupado. Si algo nunca superó Lou, fue el hecho de que yo pagara por la merecida paliza que le propiné a Adam, él quería matarlo y si no me hubiera metido, de seguro lo hace tres veces más mierda de lo que quedó.

—Tenemos que buscar una solución del porqué esa reacción —decía Jonathan—. Una que sea válida. Él debió estar en casa de campaña o en la mansión con su padre, no en una carrera de motocross viendo a una chica que no es su...

—Cuida esa boca —dije, señalando al imbécil que asesoraba a mi padre—, ¿o quieres que me metan preso por pegarte a ti también?, créeme que no lo dudaría.

Mi padre no podía ocultar su asombro y alzó su mano para hacernos callar a los dos. Vaya con ellos, no iba a permitir que nadie hablara de Renny como mortal o como un amor imposible. Ella sería mi todo, quisieran ellos o no.

—Rees, sé que te gusta la idea de andar defendiendo a Renny, pero ahora necesito que te concentres en este pequeño gran problemita

que tenemos. No tengo ni veinticuatro horas de ser primer ministro y ya mi hijo está detenido por andar de loco en las calles. Necesito que te concentres y me ayudes a salir de esta. ¿Entendido?

Me quedé en silencio porque no sabía que otra cosa decir. Sabía que tenía razón, la cagué en su primer maldito día, pero no pude controlarme cuando vi que el idiota de Brat tomaba a mi chica entre sus brazos y la besaba como si esos labios le pertenecieran.

—William, ¿cómo te sentirías si Harry besara a mi madre en tu cara, otra vez?

Papá entrecerró los ojos evidentemente molesto, claro que no le gustaba pensarlo, pero yo sí necesitaba que lo supiera. Quizá años de relación no se pudieran comparar, pero... ¡Dios! Él debía entenderme.

—No le pegaría —dijo viendo a la ventana.

—¿Que no? ¡Vamos, papá! No seas mentiroso, tú odiabas a Harry, lo detestaste por intentar quitarte a mamá. Odiabas cuando creías que Lui quería estar con ella y odiabas a cualquier persona que tuviera más atención que tú. Así que no me vengas con el cuento de que no le hubieras pegado una paliza al imbécil.

—Te equivocas, tuve que ver a tu madre correr a los brazos de otro, tuve que verla besar no solo a mi mejor amigo, sino también a mi peor enemigo. Pero yo era el maldito culpable de todo, yo la presionaba a que fuera a otros brazos. Luché hasta el maldito cansancio para tenerla y que fuera digna de ser mía. Esa es la puta diferencia, Rees. Que tú crees que las cosas llegaran a ti así de fácil y no es de ese modo.

Y es en ese momento que comprendes que tu padre tiene un punto de razón, no toda, porque no era mi culpa y Renny no había corrido a los brazos de Brat. Brat se merecía esos golpes y no me arrepentía de haberlo hecho, pero sí tenía razón de una cosa pequeña. Luchar. Aún tenía mucho que luchar si quería estar con ella.

—¿Cómo lucho por ella? —dije casi en un susurro.

—No con puños, eso claro está. Luchas con el corazón, siempre con el corazón.



Me senté en mi celda gris, viendo el techo, aburrido. Papá no quiso que me llevaran a la celda real, aquella que era utilizada para cualquier miembro de la élite. Una que tenía computadora, una televisión 4D y esos sillones malditamente cómodos.

En cambio, como castigo, compartía celda con varios detenidos. Muchos eran ladrones callejeros, otros jóvenes por conducir en estado de ebriedad, otros acusados de estafas y muchos otros por distintos casos que me importaban una mierda.

Cerré los ojos para pensar en otras cosas y deshacerme del aburrimiento. Pensé en las últimas carreras, en cómo había montado mi motocicleta con Renny abrazada a mí, en cómo mi maldito mundo estaba siendo destruido por una cosa, una sola cosa que se llamaba injusticia.

Adam había golpeado a mi hermana como un degenerado, la dejó en el hospital y, a cambio, el imbécil entra a un centro de rehabilitación por problemas mentales. Yo, en cambio, termino en una maldita cárcel por golpear a ese ser tan imbécil, y ahora lo mismo con Brat. Los dos se pasaron y aquí estoy, pagando por los dos idiotas que deberían estar en mi lugar.

Injusto, ¿no?

Demasiado injusto.

Estaba empezando a perder la cordura, no soy un ser humano que puede estar encerrado por mucho tiempo y estoy casi seguro de que llevo unas malditas doce horas sin hacer nada. No tengo un móvil, ni nada con que distraerme, seguramente estoy a punto de pegarle a la pared y lo que es aún peor, no les quedará dudas de que sí tengo problemas de ira.

Pues, saben qué, ¡me valen madre! Si tuviera que volver a pegarles a los imbéciles por casi matar a mi hermanita y en el caso de Brat... ¡Besar a mi novia! Lo haría.

¡Malditas leyes!

Además, ¿qué le pasa a papá? Podía ponerme en una buena habitación, en este lugar entre los lamentos y los insultos de los reos, estoy volviéndome loco, sin mencionar que apesta. Esto no es justo, es demasiado estúpido.

—¿Rees Hamilton? —me llamó uno de los policías.

—Depende —le respondí al hombre con su traje bien planchado—, si viene a joderme la existencia, no, no soy yo. Es el loco de la celda de al lado que no deja de lamentarse por cargar droga en un aeropuerto, si viene a sacarme de este maldito lugar, mucho gusto.

—Le traigo una carta de su padre. —El oficial me tendió un sobre blanco con el sello de primer ministro. ¿Me está jodiendo?, debería apoyarme, no dejarme que muera en esta cárcel de mierda. ¡Cuándo no he hecho nada que no merezca!

—Dígale a mi padre que puede meterse la carta entre el culo. ¡Esto es una mierda!

Sí, bueno, quizá también necesitaba que me ingresaran a rehabilitación por problemas de ira, estoy tan molesto que, incluso, las manos me tiemblan. Qué carajo, estaba muy enojado. ¡Madre mía!

—Le dejo la carta aquí. —El policía la introdujo en un buzón—. Ya, mire usted si la lee o no.

Dándose media vuelta, se alejó por donde vino.

Treinta y dos horas encerrado. Cualquiera aprovecharía este tiempo para dormir y no contar los putos minutos que se está aquí encerrado, para mi buena suerte me pasaron para un área privada en la que no había ningún otro reo quejándose y tampoco nadie para platicar. Aquí estaba yo y el idiota que cuidaba mi celda.

En alguna parte de mi desesperación, comencé a cantar temas de Queen, hasta la música más reciente de Lib5, un grupo pop de moda. Pasé también a cantar rap y unas mamadas que Holly escuchaba.

Estaba literalmente pegando gritos cuando escuché a mi padre llamarme del otro lado de la celda. Ahí estaba el primer ministro con su traje azul marino y camisa blanca. La corbata haciéndole juego al traje y el pin que lo identificaba como primer ministro. Mi padre tenía las manos metidas en las bolsas del pantalón para quitarle formalidad a su aspecto.

—No sabía que podías cantar —dijo mi padre con sarcasmo.

—Bueno, ya sabes, en momentos desesperados uno descubre su mejor talento. Si te quedas quince minutos más, podrás escuchar todo mi repertorio. El señor Clark —dije señalando al guardia—, se la ha pasado de maravilla.

Papá puso los ojos en blanco después de pedirle al guardia que abrieran mi celda. Haciéndome señas que lo acompañara, caminamos hasta la sala real. Ahí estaban mis abogados y muchos de los asesores de mi padre. ¡Vaya mierda! Esta sería una tarde muy larga. Ahora es cuando me arrepiento de no haber dormido nada.

Renny

Parte de mi desesperación en la mansión Hamilton es no tener ninguna noticia de cómo está la situación de Rees. He visto las noticias una y otra vez. Hay videos que cuentan la historia de Holly y Adam, al parecer que hubieran encarcelado a uno de los Hamilton después del meollo del asunto con Adam había despertado otra vez las historias viejas, algo que tenía a Holly molesta.

Adam estaba en un centro de rehabilitación para esquizofrénicos, cosa que hasta este punto creo que lo conservan ahí porque si lo sueltan, sería compañero de celda de Rees. Ese hombre sí que tiene una condena larga que pagar por la ley de femicidio. No pueden culparlo por algo que no estaba mal, defender a su hermana era parte de los valores inculcados en Rees.

—¡Los mato! —gritó Holly señalando la televisión—. ¿Qué? ¿Acaso no pueden sacar solo su historia? ¡Esas fotografías son horribles! Me veo como si fuera Frankenstein.

Me tapé la boca porque hasta cierto punto tenía razón, Holly se veía tan destapada y enseñando todo en ese minivestido. Era una situación fatal por no decir otra cosa. Señalando la televisión, me quedé estática al ver que estaban pasando fotos mías y de Holly a los ocho años. Era como un maldito especial Hamilton en todos los canales.

—Así será por un tiempo —dijo Abbi sentándose en una de las sillas—. Nos guste o no, es parte de lo que somos.

—No quiero ser parte de esto. —Holly estaba desesperada—. Solo quiero que no me recuerden una época que causó mucho dolor en mí, quiero que eso desaparezca, mamá. Duele mucho.

Su voz sonaba a genuina desesperación. No lloraba y ni se lamentaba por su catástrofe, simplemente la pequeña Holly evadía sentirse vulnerable y Adam fue lo único que hizo en ella. Causar dolor. Nos sentamos en la sala principal para tomar café, la verdad es que ninguna lo tocaba, solo observábamos el vapor elevarse mientras las noticias seguían en un ir y venir demasiado tedioso.

—Él no tuvo la culpa mamá —dijo Holly finalmente—, es una reacción normal para un chico de su edad que está viendo que le pegan a su hermanita o besan a su novia sin consentimiento, tienes que entenderlo.

Abbi suspiró de manera exagerada. Su rostro reflejaba los rayos de una madre preocupada, una cuyas penas eran más profundas de las que la gente percibía de ella. Era algo demasiado triste y al mismo tiempo demasiado doloroso de ver.

—Lo sé, Holly, pero eso no quita que esté preocupada. Está en la maldita cárcel y la impotencia de no poder hacer nada más que esperar a tu padre es demasiado... Solo no sé qué hacer.

—Quizá —dije, contemplando a Abbi sumida en la desesperación—, leer un libro ayude, o ver películas, de esas increíblemente románticas.

Tenía que distraerla de algún modo... Y funcionó. Nos metimos en una película de horror, quitamos la opción de que fuera algo romántico y cómico. El suspenso que se expandía entre nosotros, los saltos y gritos de las Hamilton eran todo un poema.

Esperé a que la película me diera miedo, pero, al contrario, paré riéndome como nunca, algo que Abbi y Holly alegraron todo el tiempo.

—Ya pareces Rees, no se asusta con nada. Eso es molesto. ¿Lo sabías? ¡Se supone que tienes que cagarte del miedo!

—¡Esa boca! —regañó Abbi. Curioso, ya que era el mismo vocabulario impropio de William y Rees.

—Lo siento, mamá —se disculpó haciendo una mueca de gatito arrepentido muy graciosa.

Bajé la vista al reloj dándome cuenta de que eran pasadas las nueve de la noche, sería mejor pedir un Uber para que viniera por mí y me llevara a la casa de Lucy. A pesar de que prefería estar aquí, era necesario regresar a casa.

—¿A dónde vas? —preguntó Holly, viendo cómo me alejaba sacando mi teléfono.

—Necesito pedir Uber, se está haciendo tarde —le expliqué.

Para mi sorpresa, Holly no dijo nada, pero Abbi estaba negando con la cabeza haciéndome señas con el dedo.

—Te quedas aquí, esta noche vamos a cocinar tacos mexicanos. Tengo antojo y son los favoritos de Will. Le ayudará a quitarse el estrés si viene en algún momento.

Mi estómago se contrajo cuando pensé que tendríamos una cena con tacos y Rees estaría encerrado. Necesitaba verlo, hablarle. Ya habían pasado casi dos días. Cerré los ojos, forcé una sonrisa y asentí. Si iba a casa de Lucy, de seguro estaría sola y pararía llorando como estúpida.

El dictamen

Rees

—¿Un tutor? —pregunté viendo al viejo canoso que estaba dictando mi sentencia.

Después de cuatro largos días en la cárcel, sin ver ni hablar con mamá, Holly ni Renny, ya estaba algo desesperado. Louis había logrado entrar con mi padre ayer que empezaron la discusión de mi comportamiento. También interrogaron a Holly para preguntar detalles, otra vez. Ya habíamos pasado por esto cuando juzgaron a Adam a estar en el hospital psiquiátrico. A mí me dieron la maldita advertencia y ahora revisaban los videos de la paliza que le di a Brat.

¡Genial!

Era un momento injusto, pero como dice la santa Biblia, justos pagan por pecadores y en estos momentos me siento como un santo boxeador que les pega palizas a los malhechores o una mamada de esas. Como Robin Hood que les roba a los ricos para darles a los pobres.

—Más que un tutor es una ayuda psicológica, no porque tengas un problema mental, pero te ayudará a sacar la ira que tienes dentro y de ese modo ir calmando tu comportamiento en la sociedad.

—¿¡Qué!?! ¿¡No tengo ira!?! —grité molesto con este viejo panzón—. Es solo que tiene que entender que Adam agredió a mi hermana y Brat besó a mi novia, se merecían los dos lo que hice.

Vi el rostro de asombro de papá antes de explicarle al juez que seguiría las indicaciones. Tenía que comportarme para que me dejaran ir a casa hoy. No tenían una razón tan válida para dejarme encerrado. Mi liberación estaba a unas horas si cerraba la boca por una vez en mi vida.

—Rees Hamilton, ¿estás de acuerdo en cumplir todo lo establecido en esta reunión?

—Claro, su señoría, estoy de acuerdo. —Claro que no lo estaba, pero, por ahora, debía estarlo, o al menos no decir la verdad al juez, aunque eso estaría penado por la ley, pero no tenía por qué enterarse.

Dos horas y cuatrocientas firmas después, logré salir en libertad. El aroma a tierra húmeda me indicaba que, como era costumbre, había llovido en la hermosa Inglaterra. Estaba hambriento, la comida en este lugar era un asco, realmente ayudaría a mi padre a cambiar esto. Delincuentes o no, merecían comer algo mejor que comida con sabor a mierda, y eso que jamás había comido tal porquería.

Eludí a todos los periodistas, evité responder preguntas y me subí al carro a toda velocidad. Mi padre hizo exactamente lo mismo, dejaríamos al vocero hablar por nosotros. Me quedé viendo a papá aún perdido en sus pensamientos. Mañana los reyes de Inglaterra declararían a mi padre primer ministro.

Sé que mi padre siempre se llevó bien con la realeza, incluso con la reina Isabel, que en paz descansa, era uno de sus consentidos. Sabía que él y mamá rompieron el protocolo el día de su compromiso y el día de su boda, pero da igual, ella, aun así, los tenía en alto.

—¿Estás listo para mañana? —pregunté con curiosidad por si algo había cambiado en mi encierro de tres días.

—Sí, todo listo. Estábamos apurando todo para que estuvieras ahí.

Le sonreí sabiendo que él jamás haría algo que me dejara fuera a mí o a Holly. Papá me comentó acerca de la citación con el comité de élite y la cámara de lores para discutir mi caso con Rene Scott. Me alegraba saber que era para ya la cita, pero también quería resultados rápidos que sabía no llegarían. Esta pelea podía durar años.

Estaba entre la espada y la pared. ¿Perder mi título o perder a Renny? Sabía que perder a Renny no era una opción, pero dejar un legado que venía desde hace más de un siglo era algo que temía como la mierda. Mi hermana había perdido el apellido Hamilton el día que contrajo matrimonio con Louis y no tenía a otra persona que heredara el título de duque de mi padre. Era complicado, porque papá cedería mañana ese título a su heredero, o sea, yo. Si yo accedía a dejarlo por estar con Renny, el título pasaría a otra familia y el legado Hamilton pasaría a ser uno más el día que papá muriera. Perderíamos nuestro linaje.

—¿Me dirás que tengo que decir para la citación? —pregunté, cruzándome de brazos cuando ya estábamos cerca de la mansión.

—Depende de qué tanto estés dispuesto a perder y cuánto estés dispuesto a ganar. Todo se basa en la lucha y en la buena negociación, hijo. Confía en tus instintos y no dejes, por nada del mundo, que te quiten de las manos algo de lo que te arrepientas después.

Sabía que mi padre estaba hablando una vez más desde su juventud. Él luchó hasta el cansancio por recuperar a mamá después de cagarla como nunca antes. Da igual lo que los demás digan, creo que mi decisión se tomó desde hace mucho.

No podía imaginar mi vida sin Renny, pero también no quería dejar un legado familiar, tenía que descubrir la manera de convencerlos el día que me citaran, tenía que luchar con mis malditas fuerzas porque ellos entendieran que esa decisión era la peor. Elegir entre tu familia y la persona con la que quieres formar una familia.

Sé que papá me apoyaría, pero... ¿Puedo tirar todo a la mierda por Renny?



El nombramiento fue largo, con eventos protocolarios de juramentación y bendición. Pasamos horas escuchando a cada miembro que debía hablar. El rey Henry se tardó una eternidad en proclamarlo primer ministro y la reina otra eternidad en poner la banda. Según mi padre, era raro ver a un rey en la familia real, en la época en la que él creció, la reina Isabel era la que gobernaba todo.

Me sentía orgulloso de mi padre, demasiado para ser verdad. Lo que tanto soñó se estaba volviendo una realidad. La reina Isabel solía decir que mi padre tenía un futuro prometedor, uno que mi padre se encargó de forjar. No podía estar más hinchado de esto. Me hacía feliz.

—Por el nombre de la corona de Inglaterra, declaramos a William Hamilton, primer ministro del Reino Unido.

Mamá se secó las lágrimas, aquella mala costumbre que tenía de andar de llorona, pero esta vez Holly estaba igual que ella y, para ser sinceros, incluso yo estaba con los ojos aguados. Giré la vista para ver a la familia de mi padre bañada en aplausos. Mis abuelos, mis tíos y sus esposas, sus hijos a los que poco hablábamos. Incluso, la familia de mi madre veía a William con ojos de orgullo, incluso, la insoportable de Ash. De cajón, la familia pasaba a tener un rango mucho mayor con responsabilidades sociales que cumplir. No solo papá adquiriría un puesto nuevo en la sociedad, toda la familia lo hacíamos y era deber nuestro ser un buen ejemplo.

Para la cena real, celebrando a mi padre, llegamos a casa a cambiarnos y prepararnos. Esperamos a que fuera la hora indicada y llegamos al salón real. Era un lugar ostentoso, lleno de lujos y vestidos de gala. Cuando entramos, llamaron a nuestro nombre como dictaba el protocolo.

Me quedé estático y algo en shock cuando me llamó duque Hamilton. Por un minuto me sentí como un lord de Star Wars o algo por el estilo, que tenía que ir a salvar a alguna princesa del lado oscuro. Me imaginé sacando mi sable de luz, definitivamente este nuevo nombre me estaba gustando. Si no llegaba a ser un superhéroe, al menos podía ser un maestro jedi como Anakin Skywalker.

—¿Duque? —dijo Louis a segundos de reírse.

—¿Qué preguntas, lord Montgomery? Tú tienes tu título desde que tu abuelo falleció hace dos años, que no lo anuncien seguido no es mi culpa —dije, empujando a Lou en forma de broma, me puse a

molestar a Holly con su título de duquesa Montgomery. Definitivamente esta nueva etapa sería única.

Me gustaba ser llamado duque, haber por cuánto podría seguir con ese título.

—Señora Hamilton, duquesa de Westminster para ustedes. — Holly estiró su mano con elegancia lo que se ganó una mala mirada de Louis.

—Montgomery, querrás decir. ¿Qué? ¿Ya te quieres quitar el apellido? No tenemos ni un año de casados y ya me mandaste a la mierda.

Holly fingió molestia ante la broma de Louis, ignorándonos a los dos para pasarnos por alto. Tomé mi teléfono para leer el mensaje de Renny, habíamos dormido juntos ayer. La abracé como si mi vida dependiera de ese abrazo. La besé y le hice el amor como todo un obsesivo. Mi cuerpo la reclamaba, tan linda y tierna. Tan suave y deliciosa.

Renny: Besos mi hermoso Duque de York.

Yo: ¿Lo están televisando?

Yo: Es duque de Westminster, amor.

Renny: En efecto, señor Hamilton, ahora, guarda el teléfono que te ves mal con él en la mano.

Renny: Duque de Westminster.

Negando con la cabeza, bajé el móvil guardándolo en mi bolso, dentro del saco. Esta sería una velada larga sin Renny, al menos tenía a Beth, que estaría en las mismas que yo, muriendo del aburrimiento.

A la hora de la cena, estaba tan feliz de estar sentado al lado de la señora Henrietta y de mi hermana y Louis. Ya no soportaba que una persona más me preguntara acerca de mi escándalo en la cárcel. Juro por mi vida que necesitan estar más relajados y no ser tan metidos.

Agradecí a mi tío Paul cuando llegó a salvarme el pellejo ante las señoras escandalosas de la élite.

Ser parte de los alpha era algo que debía llenarte de orgullo, los alpha eran todos aquellos hijos de duques, vizcondes, eran todos aquellos llamados barones, lores. Un título que acabo de dejar porque mi padre asumió el rol de primer ministro.

Mi madre seguía siendo la duquesa de Westminster, la señora Hamilton, como muchos solían decirle.

—Amable duque —dijo la señora Henrietta—, podría pasarme una de esas fresas que están ahí.

Me estiré para alcanzar el platito de fresas bañadas con chocolate oscuro y blanco, se veían increíbles por lo que dejé el pequeño plato la señora Henrietta y yo. Aún iban por la ensalada y yo seguía muerto del hambre, esto ayudaría a calmar a la bestia dentro de mi estómago.

—A mí también me gustan —le expliqué con una sonrisa en el rostro.

—Claro que te gustan, eres la viva imagen de tu padre y él disfrutaba mucho cuando pasaban el pastel de chocolate. Incluso, recuerdo que fue lo único que comieron tus padres el día de su compromiso, estaban tan nerviosos que derramaron el agua en toda la mesa. —La agradable señora soltó una risita tierna que me recordaba a mi abuela—. La reina rio tanto que se volvió en uno de sus días favoritos. La vieja Isabel era toda una poesía como reina, tan fuera de lo convencional.

—Interesante historia, milady.

—Era una buena época, una donde tu padre cambió mucho el sistema por tu madre. Él impuso sus reglas y todos las acataron. Desde ese entonces supimos que sería uno de los grandes de Inglaterra.

La señora se llevó una fresa a la boca, saboreando la explosión de lo frío de la fresa y lo cálida que es la boca. Lo dulce con lo ácido. Una increíble combinación.

Quizá tener una opinión de alguien de fuera sería ideal. Alguien que supiera la historia externa de Renny y mía, seguramente esta señora se la pasaba viendo televisión al tiempo que tejía o se dedicaba a otra actividad que no implicara mucho movimiento.

Definitivamente tenía que preguntar.

—*Milady*, yo también quiero cambiar el sistema. —No dije más, esperé a que entendiera y me diera sus respuestas.

—Con la hija del Scott, lo sabe toda la élite querido duque. Pero por ella puedes perder tu título. ¿Lo sabías?

—Estoy dispuesto a hacerlo, quiero... No, no quiero, estoy enamorado y no creo que pueda cambiar eso jamás.

—¿Sabías que sus padres iban a ser designados como barones? Se les iba a otorgar el título al siguiente año de su muerte. La reina estaba muy contenta con los logros obtenidos con la negociación en la guerra de Irak, ellos desempeñaron un papel impresionante.

El título de barones era la transición de hijos de duques y vizcondes, también era el título más modesto, pero aún importante en la élite. Con ese título, Renny podría ser mía.

—¿Aun así los llaman traicioneros de la corona? —Esto era increíble, éramos unos falsos. Les querían dar un título y luego los incluyen en el catálogo de alta traición, imposible.

—Ya muertos, no tenían investigación que hacer, o ningún interés, mejor dicho. Sé que los archivos quedaron guardados en el Gran Hall Real, quizá puedas ir a darles un vistazo y comprobar si algo de eso te puede servir. Tener argumentos válidos es lo más importante en una negociación.

¡Qué me valga el protocolo! Quería levantarme y hacer un brindis por la viuda. ¡Por qué no se me ocurrió antes o cómo es posible que no tuviera esa información! ¡Carajo! Al final esta reunión salió tres veces mejor de lo que imaginé.

—Gracias, *milady*.

—De nada, pequeño duque de Westminster.

Linaje y jerarquía

Renny

Rees se había pasado estos dos días, investigando algo acerca de la élite, no dijo bien qué era, pero extrañaba pasar tiempo con él. Hoy tendría que presentar nuestro caso ante la élite, sabía que no iba a ser algo sencillo. La élite era —en su mayoría— una sociedad privada que se creía súper poderosa.

Por estupideces de mantener el linaje y la jerarquía, sabía que esas tradiciones cada vez se estaban perdiendo. William y Abbi rompieron la primera línea de protocolo al comprometerse, anular el compromiso y volverse a comprometer por voluntad. Luego Harry, de la misma generación de William, hizo lo mismo al salirse completamente de la élite para involucrarse con una persona sin título y dedicarse a la música, lo cual causó una gran revolución.

No sabía cuál sería nuestro destino, si dejarían a Rees seguir con su título o tendría que perderlo todo por mí, suena algo envidioso, pero esperaba a que, sin importar qué, él me eligiera a mí. Era demasiado para pedirlo, lo sé. Tendría que dejar quien había sido toda su vida por alguien como yo. Estaba segura de que valía lo suficiente como para hacerlo feliz, de eso no había duda.

—¿A qué hora es la audiencia? —le pregunté a Rees abrochándome la blusa. Había sido una mañana muy activa, tengo la teoría de que está nervioso. Incluso, el día estaba bastante nublado para estar saliendo de nuestra época calurosa.

—En dos horas, estaré ahí una hora antes, pasaré a traer a Louis para que me acompañe. Mi padre estará ahí.

Rees se acercó, tomándome de la cintura. Me acomodé en sus brazos, mi lugar seguro, uno donde olvidaba el dolor y me sentía a salvo, como una niña pequeña con su manta. Rees Hamilton era mi refugio.

—Todo va a salir bien, nena. No dejaré que nada salga mal. Cuando te prometí un para siempre, en realidad quise decir un felices *para siempre*, no un simple *para siempre*.

—¿Cómo una película de Disney? —dije, recordando una vieja historia.

—No, definitivamente no soy ningún príncipe azul. —Tomé la cara con esa gran sonrisa que tanto me gustaba, besó mis labios llevándome a niveles demasiado intensos.

Este era nuestro amor, una cosa demasiado extraña y tierna al mismo tiempo. Le sonreí de vuelta para anudarle la corbata gris delgada que tenía puesta. Amaba a Race, el corredor de motocross, era sexy y atrevido, pero Rees, el político negociador, era otro nivel de seriedad.

—Vamos —dijo, tomando mi mano.

Caminamos hacia la puerta donde estaba Abbi esperándome. Iría con ella a la sala común de lores. Ahí podríamos ver la discusión que se llevará a cabo con Rees y los demás Lores. Esta sería la tarde más

larga de mi vida, quizá, la segunda tarde más larga, la primera fue en el velorio de mis padres.

—Abbi —la saludé, tan elegante con su vestido amarillo pálido de una pieza y una chaqueta blanca de sastre. Su cabello negro formaba perfectas ondas y sus ojos azules resaltaban el maquillaje café oscuro que tenía.

Abbi era hermosa, con rasgos tan extraños. Rees se parecía a William solo que mezclado con los colores de su madre en el cabello.

—Hola, Rene. Vamos, pasaremos dejándole unas cosas a Holly a Guild. Saldrá en unos anuncios y dejó las cosas. Aún no sé cómo sobreviven con Louis, siendo tan despistados los dos.

—Mamá, no hay tanta diferencia a la edad que se casaron con papá —dijo Rees, riendo a carcajadas. Bueno, hasta cierto punto tenía razón.

—No me contradigas, Race Hamilton —dijo Abbi y le propinó un pequeño golpe a su hijo en el brazo.

Rees me tomó de la mano para guiarme al ascensor. ¡Vaya familia de locos! Estos eran un caso totalmente gracioso.

Me pregunté: ¿Qué pasa por la cabeza de esta familia?

Después de pasar a Guild, dejarle a Holly una maleta llena de ropa e ir a buscar a Mary, las tres nos dirigimos a la sala común de los lores. La televisión plana que proyectaba la discusión era enorme, los sillones marrones con flores rosas muy a la antigua estaban en forma

de u, con una mesa de caoba en medio. La sala de lores estaba decorada como si fuera del siglo xviii. Me pregunto si algún día volverán todo lo que tiene que ver con la élite algo más... ¿Moderno? Porque, seamos sinceros, esto ya pasó de moda.

La plática se desarrollaba bastante tranquila, unos viejos raros le hablaban a Rees de la importancia de mantener el linaje de su familia y no sé qué más estupideces. Otros asentían y Rees, que estaba justo en el extremo derecho de la mesa, era nuestro primer plano. Los miembros de la élite rodeaban todo, incluyendo a Louis y a William que eran los que estaban a los dos extremos de Rees.

Lo veía demasiado relajado, más que en la mañana que nos separamos.

En la sala común estaban unas cuantas esposas y unos jóvenes que veían la discusión, odiaba pensar que nuestra vida estaba siendo vista como un maldito show de televisión. Odiaba eso. Como si toda la privacidad se perdiera en un abrir y cerrar de ojos. No es como si ahora se pueda tener algo de privacidad, las redes sociales han sido las culpables de que la realidad sea un mundo cibernético donde, incluso, tener sexo virtual es uno de los placeres de la vida.

—William es un idiota por apoyar a su hijo en esto, lo van a perder todo —dijo uno de los jóvenes a su mamá lo suficientemente alto para que nosotros lo oyéramos. Abbi respiró hondo como si controlara las cosas que quería decir. Mary tomó su mano y le dijo algo en el oído que la calmó. Luego, volvió a concentrarse en la televisión.

Rees seguía estático escuchando, pero algo estaba perdido en su mirada, como solía hacer antes de una carrera. Era la cara de un

hombre que sabía que tenía la victoria ganada antes siquiera de pelearla.

—Caballeros, escucho su preocupación y escucho sus razones para negarme mi petición, pero volveré a decirlo una vez más: la señorita Rene Scott viene de una familia honorable, una que ustedes querían nombrar como barones, una que no traicionó a la corona como muchos de ustedes quisieron hacer creer por intereses políticos. —Rees se puso de pie mostrando unos papeles—. Tengo una investigación a profundidad de la «traición» cometida por los padres de Rene y, adivinen algo, ¡no hay tracción!

—Joven Hamilton...

—No, señor Waterwood, esta vez me toca hablar a mí. Los he escuchado todo este tiempo y estoy de acuerdo que estoy a punto de perder un linaje de más de un siglo, pero... Mi padre me enseñó que hay cosas que valen más y eso es amor. No vine aquí a pedirles que me dejen mantener mi linaje y a Renny, vine a defender su honor y el de su familia. Mi decisión está tomada y voy a estar con ella quieran ustedes o no. Las decisiones de mi vida las tomó yo y nadie más.

Un silencio se hizo en toda la sala tanto en la sala común como en la sala de conferencias. Rees acaba de mandar, literalmente, a la mierda a todos los de la élite. ¡Rees está ahí por mi familia!

Las lágrimas se acumularon cuando descubrí que finalmente alguien estaba defendiendo lo que mis padres trabajaron toda su vida. Alguien había hablado del silencio de mis progenitores y yo estaba para presenciarlo.

Abbi me tomó de los brazos para brindarme apoyo, el abrazo de una madre se hizo presente y mi eternidad se volvió deliciosamente tranquila. Finalmente la memoria y honor que merecían mis padres eran reclamados.

—¿A qué viene esto, joven Hamilton? —preguntó el mismo señor, al parecer Waterwood era el que llevaba el caso.

—Voy a irme a vivir con Rene Scott la otra semana, no me estoy casando aún porque considero que tanto ella como yo aún debemos madurar —giró su cabeza en dirección a Louis con una sonrisa—. No te lo tomes personal, hermano. Sabes que te amo. —Guiñándole un ojo regresó su mirada a Waterwood mientras varios en las dos salas se reían del humor de Rees.

—¿Estás renunciando a tu linaje? —¡No! Quería gritar mentalmente, él no podía hacer esto.

—Si ustedes no aprueban que pueda estar junto a Rene, sí, estoy renunciando a mi linaje.

Abbi soltó un pequeño grito que me dejó estática. Era como si ella ya lo supiera desde antes, pero, aun así, le dolía escucharlo. Tomé su mano temblorosa viendo como mordía su labio con desesperación.

—¡Eres un idiota Hamilton! —gritó uno de los chicos en la sala común, uno rubio pecoso que me dio mala espina inmediatamente—. ¡Es una mortal! ¡Qué patético!

—¡Cierra la boca, Jacks! —le dijo su madre y por primera vez me quise parar de mi asiento para ir a abrazarla.

—¿Algo que decir, William? —Waterwood definitivamente era el juez de sala. Tenía ganas de gritarle que tenía mi futuro en sus manos y que me gustaría un feliz para siempre, aunque de seguro pelearíamos mucho en ese transcurso. Pero no veía nada de sentimiento en él, ¡qué maldito!

—Mi hijo es mayor para saber lo que quiere. Estoy de acuerdo con él y estoy seguro de que muchos de ustedes, mis estimados caballeros, se enamoraron más de alguna vez. Muchos de ustedes fueron mis amigos en aquellas épocas en las que salir a caminar a los centros comerciales era algo común, en el que las fiestas se celebraban con protocolo y en el que tus padres elegían a tu Agapi. Sé que muchos fueron de esa generación que nos revelamos para darles un mejor futuro a nuestros hijos. Pues, aquí está el resultado, el escoger a una Agapi dentro de la élite no siempre es lo correcto, uno tiene que seguir a su corazón y escucharlo cuando se manifiesta.

»Mi hijo está haciendo precisamente eso, está escogiendo escuchar su corazón en lugar de la razón, lo cual no es malo. Arriesgarse es bueno. Si no nos hubiéramos arriesgado en meternos en la guerra contra Irak y llamar a un acuerdo de paz, quizá ahora estaríamos en la iii Guerra Mundial y si no hubiéramos apoyado el plan de educación en los países más pobres, quizá ahora estaríamos con el triple de analfabetismo en el mundo.

William calló y se quedó viendo unos segundos a Rees, como si se comunicaran mentalmente, como si lo alentara a seguir el increíble discurso que estaba dando. Rees se puso de pie, tomando el valor que le hacía falta, soltando todo lo que tenía dentro y sonrió como si estuviera a punto de ser el estelar en la siguiente película de Star Wars.

—Pueden juzgarme todo lo que quieran, pero mi padre tiene razón. Arriesgarse es bueno, nos lleva a hacer y lograr grandes cosas. Si nosotros seguimos preocupándonos por cuál Agapi va a elegir nuestro hijo o el hijo de alguien más, estamos perdiendo lo más importante. Estamos perdiendo el tiempo que podríamos estar invirtiendo en cosas productivas, cosas que sí merecen una reunión. No vengo a pedirles o suplicarles que me dejen mantener un linaje que, al fin y al cabo, nos ayuda a servir a nuestro pueblo, algo que seguiré haciendo con o sin título. Hoy vengo a darles muestras de algo que es mucho más importante, las pruebas que le quitan la culpa a la familia Scott de haber traicionado a la nación. Algo que limpia completamente el nombre de mi novia que, a todas estas, es lo que me interesa.

»Un nudo de corrupción en Estados Unidos infiltró a cuatro personas que se encargaron de propagar el mensaje de los acuerdos de guerra, no sus padres como ustedes pensaron. Aquí están las llamadas telefónicas, mensajes y correos donde comprueba la inocencia de los Scott. Un comunicado será publicado el día de mañana firmado por el primer ministro, William Hamilton. No vengo aquí a imponer una farsa, vengo a defender el honor de mi familia. Y sí, me duele en el alma no poder seguir con el linaje que mi familia ha mantenido intachable durante más de un siglo. Ustedes mejor que nadie lo saben, de no ser así, mi padre no sería primer ministro.

En ese preciso momento no pude más. Me tomé el estómago y comencé a llorar como una estúpida. Me acerqué al televisor como una niña que estaba viendo su programa favorito. Quería correr, abrazarlo y besarlo. Quería que él y yo fuéramos uno.

«Su familia» él está defendiendo «a su familia» ¡Yo tengo familia! No es solo Lucy y yo, también son los Hamilton y los Montgomery. Si mamá y papá estuvieran aquí, de seguro les gustaría que Rees fuera mi pareja. Éramos tan condenadamente perfectos juntos que era imposible de creer.

—Bien, joven Hamilton. Necesitamos que salga un momento en lo que tomamos una decisión. Deja las pruebas ahí y nos veremos el día de mañana a la misma hora.

—No, necesito que me den una respuesta hoy. Estoy cansado de esperar y seguramente la mitad de ustedes ya tienen la respuesta.

Me quedé viendo la pantalla, como todos los duques y demás personas secreteaban entre ellos. No fue hasta que William se puso de pie que todos en la sala se calmaron ante la reacción de Rees. Mis músculos se tensaron y querían salir corriendo para no escuchar más, estaba nerviosa, muy nerviosa.

—Convoco a una votación ahora mismo. ¿Conserva Rees Hamilton el título que se le ha concedido como duque de Westminster, o se le retira todo cargo político dentro de la élite y título real? Un silencio volvió a nacer dentro de los miembros y para ese entonces ya tenía el corazón en la garganta.

Rees

Las pequeñas voces empezaron a surgir en pequeñas discusiones, a la expectativa de qué diría Waterwood, cuál sería el último en votar por ser el juez del pleno. Me sentía como un estúpido en estos

momentos viendo a todos los viejos tomar mi futuro en sus manos y jugar con él como si fuera una maldita pelota de fútbol.

Suspiré, rogándole a ese Dios al que todos le rezan que me concediera un milagro, solo uno para tener las dos cosas, mi título y a Renny.

—Yo voto, sí. —Louis se puso de pie dando inicio a las votaciones. Ya estaba rompiendo el protocolo, pero, bueno, así era mi familia—. Me gustaría también proponer que sea un cambio institucional. No solo una excepción de la regla. Sé de muchos que tienen que dejar al amor de su vida por no pertenecer a la élite y creo que es justo que todos tengan el poder de elegir.

Las voces de todos, alegando y peleando, se elevaron una vez más causando conmoción. Louis tenía planeado esto y era algo que sabía que pasaría. Lo cual me alegraba.

—Voto no, rotundamente no. El linaje está hecho para ser mantenido, sangre real es sangre real —el viejo Acton alegó, era el miembro más viejo de todo el consejo. Aún tenía treinta y ocho votos más, no perdía la esperanza.

—¿Sangre real? ¿Acaso es azul o dorada? Córtese con un cuchillo, Acton, y verá que la maldita sangre es exactamente igual que la de una persona sin título. Métase un tiro y morirá igual que ellos. — Louis estaba de pie somatando su brazo como si buscara su pulso como un médico.

Me agradaba ver a mi amigo sacar sus discusiones políticas, eran tan... Tan no élite que parecían únicas. Él estaba hecho para ser

médico, no político. De eso no había duda, pero sabía que Louis defendía esta posición por su madre también.

—Y usted qué sabe de esto, joven Montgomery, su padre fornicó con una mortal y aquí está el resultado. —El maldito señalaba a Lou como si fuera un monstruo sacado del lago Ness o una pavada de esas. Me valgan.

Me puse de pie, dándoles mi mejor sonrisa al viejo y a Louis antes de agregar.

—Déjalo estar, Lou, a ti y a mí nos queda mucho por delante, el viejo anda solo robando aire por lo visto. Los tiempos cambian y usted, honorable... No olvide lo de honorable, usted, caballero, necesita ver que los tiempos cambian y es momento de evolucionar antes que el mundo destruya lo que queda de la élite.

—¡Basta! —esta vez fue mi padre el que calmó la discusión que se estaba armando con todos los presentes—. Yo voto, sí, no porque sea mi hijo, sino porque todos en esta sala están conscientes que soy partícipe de hacer cambios constitucionales, si no, busquen el acta 235 del 2015.

El año en que mis padres se comprometieron, muy astuto de parte de papá mencionar el acta que aprobó su compromiso por voluntad y no por un legado.

—Voto, no —dijo otro de los viejos de la élite. Este no dio explicaciones ni mencionó nada en absoluto.

En cada «NO» y «SÍ» que recibía, mi cuerpo se volvía una gélida plastilina. Quisiera que todo esto acabara rápido. Quería que, al salir, Renny estuviera afuera, lista para abrazarme, besarme y largarnos de este maldito lugar que me estaba volviendo más viejo con él tiempo.

No estoy seguro como sería esto. Como lo íbamos a trabajar o como estaría determinado todo. No sabía si me casaría algún día con Renny o no, aún estábamos trabajando en conocernos antes de dar ese paso.

Mi vida estaba a un voto, uno donde definiría esto. Diecinueve votos, No; veinte votos, sí. De quedar empatada la votación esta mierda se alargaría aún más y no quería tener que convencerlos otra vez de que mi amor era puro y ellos tenían que entenderme.

Aquellas personas que pensaron en el título y en nada más, fueron los que decidieron ser quienes eran por encima de la felicidad. Aquellos que votaron, sí, eran de los pocos que lograron encontrar la felicidad antes que el título. Todos aquellos de la nueva generación.

—Benjamín Waterwood —dijo el viejo Acton—, trae un poco de paz a este viejo y enséñales a los jóvenes la coherencia de tener intacto nuestro linaje.

¡Qué le dé un ataque cardíaco! ¿Cómo diablos le dice eso ahora que mi vida depende de él?

Este era de la generación de Acton, lo cual me preocupaba de una manera absurda, era de la generación de mis abuelos los cuales hubieran votado por la opción del no, de haber estado aquí. Estaba perdido, literalmente perdido.

—Antes que votes, Ben —mi padre se cruzó de brazos viéndolo fijamente—. Recuerda ese momento en el que le negaste a tu hija el amor de su vida y la obligaste a casarse con un hombre que no amaba. Recuerda el tiempo que no te habló y las traiciones que sufrió por un matrimonio impuesto. No me obligues a sentenciar a mi hijo a eso, ellos merecen ser felices.

Si no estuviera concentrado en Ben, estaría llorando en los brazos de mi padre como en la primera carrera de motocross que perdí. En aquella que me armé de huevos para que nadie viera que me había dolido, pero en el momento en que llegué a casa, caí como niña que perdió su juguete favorito.

—Mi voto... Me la pones difícil, joven Hamilton, pero tu padre tiene un buen punto, por mi hija es que voto, sí.

Mi mundo despegó doscientas veces al infinito. Se sentía como si hubiera destruido la estrella de la muerte en un abrir y cerrar de ojos. Como un triunfo jedi o Superman al ataque. Se sentía como lluvia en época de verano en medio del desierto.

—Rees Hamilton, tienes la aprobación del consejo de élite de que Rene Scott sea tu Agapi, a pesar de ser una persona sin título.

—Gracias —susurré, viendo al hombre que acababa de salvar mi vida. El primer abrazo vino de Louis que gritaba «¡Lo lograste!», rompiendo una vez más el protocolo, pero las personas a mi alrededor comenzaron a palmearme la espalda, felicitándome de una manera poco convencional. Quería gritarles a todos los cielos que lo había logrado.

—La plenaria para la nueva ley será en una semana, a la misma hora —dictó Ben. En ese mismo momento salí corriendo a buscar a Renny, no estaba ni a medio camino cuando la vi corriendo hacia mí.

Ella saltó como si fuera una gata, cayendo en mis brazos de una manera muy pesada. Nada como esas bailarinas finas, Renny era corredora, no tenía nada de fino en sus caídas. Tomé su cara, atrayéndola y la besé como si las cámaras y todas las demás personas que se aglomeraban a nuestro alrededor no existieran.

Era como chocolate, maravillosamente perfecto.

—Defendiste a mis padres, Rees, les diste un para siempre, les regresaste su honor —dijo mi pequeña entre lágrimas.

—El honor de una familia es lo que se conserva, con o sin título. Tú eres mi familia y si vamos a empezar a trabajar en una familia juntos, tiene que tener todas las cuentas pendientes cerradas. Eres mía, nena, toda mía.

La volví a besar, sintiendo los flashes de las cámaras y los gritos, las preguntas o pidiéndonos una fotografía. Ya podía ver nuestra cara en todos los malditos periódicos del Reino Unido, de Europa y Estados Unidos.

—Vamos a casa, tenemos un futuro que planificar.

Y con eso, llevé a Renny al que sería nuestro futuro hogar, o al menos eso esperaba. Aún cabía la posibilidad de que me mandara al diablo con todo y hogar.

Mr. & mrs.

Rees

Acomodé la corbata negra delgada, le hice el respectivo nudo esperando a que Renny la arreglara mejor. En estos cuatro meses después de la audiencia, lo único relevante que había pasado eran las constantes carreras a las que, tanto Renny como yo, asistíamos.

Renny se negó a dejar su trabajo en la biblioteca, le daba independencia y estabilidad, según ella. No era quien para decirle que no trabajara, incluso, yo quería un trabajo estable algún día. Uno que me hiciera no depender de mis padres, pero ahora, que recién nos habíamos graduado y mi carrera en el cross y racing estaba en su mejor época, debía apoyarme en ellos. Casi lo mismo pasaba con Holly y Louis.

Louis tenía su dinero, por herencia de su padre, una cantidad absurda luego que su abuelo le dejara la de él. Sin mencionar que Mary estaba forrada hasta el culo con dólares americanos. Vivían bien, pero estaba seguro de que vivirían igual de bien cuando Louis se independizara y viviera de su trabajo como médico. Holly por su parte ahora tenía el trabajo en Guild, ese que tanto había querido.

—¿Qué te parece? —pregunté dando media vuelta al ver a Renny con un vestido precioso.

—No está nada mal, Hamilton —dijo y estiró su vestido largo.

—Lo mismo digo de ti, señorita Scott.

Sinceramente, quería decirle «¡Mierda, Rene!, ¡te ves hermosa!», pero estaba intentando quitarme las malas expresiones enfrente de Rene función élite. Era otra cosa muy aparte cuando sacábamos a Renny y a Race en cada carrera.

Habíamos tomado la parte de personalidad doble, dentro de la élite y fuera de la élite. De ese modo no podrían juzgarnos por nada. Era una parte extremadamente importante para nosotros mantenernos en línea para que no pudieran juzgarnos y meternos en problemas, otra vez.

La vi sonreír, y me sentí completo. Sacaron muchos reportajes acerca de sus padres y se reanudaron las investigaciones del accidente de sus padres, por ahora, el nombre de los Scott permanece limpio de acusaciones. La mitad de la élite cree que son inocentes, y otro par de necios se niegan a creer en que las cosas cambiaron y que se estaba probando la inocencia de ellos.

Creo que sería cuestión de tiempo.

Tomé la mano de Renny, una mano delicada y hermosa, tenía ciertas partes duras por los callos que salen por el motocross, también tenía las uñas cortas porque tenerlas largas era fatal para los guantes. Holly sentía que era poco femenino, pero había aprendido a aceptar a mi novia con callos y todo.

Su cabello había crecido y estaba recogido en una cosa rara que parecía dona de red velvet. Sus ojos verdes resaltaban con ese maquillaje tan suave que se había aplicado. Era toda una diosa del Olimpo con los velos de tela cayendo en forma de columna. Se veía hermosa, tan hermosa que quería besarla toda la noche en lugar de

compartirla al mundo, pero qué mierda, era Año Nuevo, no podíamos perdernos la fiesta de Año Nuevo en el crucero de Disney.

Observé el cuello de Renny mientras subíamos el ascensor, el collar que llevaba puesto era una réplica del collar de mamá, solo que muy diferente. Era un corazón en oro blanco con una piedra aguamarina, su piedra estelar. Me había encargado que fuera de primera calidad para que nunca tuviera que quitárselo al igual que el de mi madre.

—¿Qué miras? —preguntó Renny, tocándose el cabello. Quizá había pensado que algo se había salido de su lugar. Tomé su mano quitándola de su cabello, la acerqué a mi cuerpo y la besé con suavidad.

—Te ves hermosa, nena, eso es todo. Perfecta.

—¿Perfecta? Me salió una espinilla en la mejilla, nada de perfección. Maldito casco me saca hasta el último centímetro de grasa de la cara.

Era verdad, desde que sus carreras se volvieron constantes, su piel facial se secó en un principio y después se volvió grasa, un proceso que pasé cuando era un adolescente.

Ya tenía un tratamiento a base de angélica y extracto de limón, una que le había mejorado notablemente la piel, no sé por qué alegaba. Se veía bien.

—¡Llamen a la guardia nacional! —grité como loco—. ¡Mi novia tiene una espinilla!

—Eres un... Un...

—¿Un qué...? —Aquí viene nuestra mayor dificultad: insultar sin decir malas expresiones. Éramos unos maleducados en ese sentido, ¡vaya mierda!

—Un Kylo Ren —dijo, sonriendo de oreja a oreja.

Kylo Ren era el personaje más débil de Star Wars, a pesar de ser el «Quiero ser Darth Vader». Mi personaje favorito era Han Solo y Anakin. ¿Por qué mejor no me comparaba con ellos?

—Kylo Ren es un idiota —aseguré.

—Exacto —afirmó ella. ¡Vaya juego de palabras!

—Astuta, señorita Dona en la Cabeza.

Renny asintió para afirmar lo de idiota e ignorar la dona en su cabeza. Renny sacó su teléfono para revisar si, por algún milagro, Beth había escrito o aunque sea Kyle. Pero no tenía mensajes. Seguramente estaba esperando la foto nocturna de Randy, nuestro gato persa que le regalé para nuestro segundo mes viviendo juntos. Era una bola de pelos, gordo gracias a Renny.

—¿No hay foto? —pregunté, sabiendo la respuesta.

—No, no hay. Kyle sabe que necesito la foto de Año Nuevo con su camiseta que le compré —dijo entre pucheros.

—Ni siquiera puede caminar con ropa y lo sabes.

El gato era tan perezoso que no caminaba ni un paso si le colocábamos camisa, Renny lo sabía y, aun así, le compraba esas mierdas para obligarlo a que las usara, era patético. Según dicen, los gatos tienen en el estómago la parte del equilibrio, se las tapas y caen redondos como Randy.

La vi tomar el teléfono para llamar a Kyle al tiempo que las puertas se abrían, comenzamos a caminar hacia el salón de baile donde la gran fiesta de Año Nuevo. Mamá, papá, Mary, su novio, Holly y Louis estarían ahí junto con las demás personas.

Kyle y Beth habían hecho formal su noviazgo después de que aprobaran la ley que permitía comprometerte con quién quisieras sin que tu título fuera afectado, algo que su padre lo tomó de una muy mala manera.

—¿Kyle? —dijo Renny, tapándose la otra oreja como si no escuchara bien—. ¿Dónde está mi foto? Claro que no, quiero mi foto con la camisa... ¿Cómo que no se deja? Vamos, es un gato. ¿Qué tan difícil puede ser? ¡Vaya mierda!

Renny se quedó estática después de decirle la palabra que no debía mencionar, se dio media vuelta para verme antes de pedir disculpas. No es como si realmente me importara. Seamos sinceros, ni ella ni yo podíamos sacar a la doble r de adentro.

—¡Vaya mierda! —repetí para que viera que sinceramente me importaba poco.

—No quiere usar la camisa —dijo, haciendo otro puchero, esos pucheros divinos que me enloquecían—. Dice que es de madrugada y que ya quiere ir a dormir.

Era de madrugada. La diferencia de horario era extrema.

—Pídele solo la fotografía, estará igual de lindo.

Renny terminó de hablar con Kyle y llamó a Lucy para desearle un feliz Año Nuevo. Hoy estaba de turno por lo que su Año Nuevo sería rodeado de pacientes, pero seamos honestos, eso es lo que la llena a ella. Además, su novio estaba de turno con ella.

Cuando llegamos a la mesa, mamá se puso de pie, estábamos cerca de la música. La botella de *champagne* estaba lista para ser destapada y la botella de whisky estaba comenzada por los dos caballeros ya sentados. Louis y Holly aún no aparecían por ningún lado, era normal en Holly ser la última en llegar a todo.

—Oh, Renny —dijo Mary que últimamente estaba tomando el rol de madre de Renny y Abbi el rol de suegra extremadamente cariñosa—. El vestido te quedó hermoso.

—Gracias por comprármelo, Mary, está muy lindo.

—Y bien —dijo mamá cuando nos sentamos a la mesa—. ¿Dónde está la foto de mi nieto?

Y aquí vamos otra vez, mamá tenía una obsesión con el gato al igual que Renny. Se la pasaban viendo fotografías, videos y comprándole cualquier tipo de premio para que se lo comiera. Lo

único que no soportaba era limpiar el arenero, el aroma que desprendía de la arena cagada era mucho para mi sistema.

Como era de esperarse, Rene sacó su teléfono para mostrar la foto que mandó Kyle de un Randy tieso tirado a medio piso de madera con la camisa puesta. Tenía los ojos de «No puedo moverme». Ese gato era un chiste, como si fuera un ser humano completo.

Incluso en las mañanas, se pone encima de mí, como si supiera que Renny no se va a levantar a darle comida, así que las mordidas y los maullidos me los llevo yo a las seis de la madrugada.

—¡Feliz Año Nuevo! —gritó Holly, captando la atención de todos y haciéndonos que olvidáramos a Randy por un momento.

Su vestido azul de princesa y su saco de peluche la hacían ver como la princesa del show de ayer, la que arroja hielo o algo por el estilo. Su cabello negro estaba recogido como el de Renny a diferencia que en lugar de dona era una moña como la que Louis cargaba en el cuello. ¿Qué?, ¿acaso voy a encontrar a alguna mujer con un cisne en el cabello? Al parecer, todas cargan alguna mierda exótica ahora. Ya, dentro de poco, me pondré a decir «Felices juegos del hambre, y que la suerte esté siempre de su lado».

—¡Santa mierda, Sisi! ¡Qué moña! —dije, señalando su cabello.

Renny me pegó en las costillas sin apartar la vista de ella. Ahora resulta que me está regañando por la mala expresión cuando yo acabo de dejarla. A la próxima le hago mala cara. Sí, era un poco sentido cuando lo ameritaba.

Papá levantó la vista para ver a mi hermana, de verdad que no era nada exagerado, era algo bastante ella. Estábamos acostumbrados a su extravagancia por lo que el peluche y la moña no eran absolutamente nada.

—¿Te robaste el disfraz de Frozen? —preguntó mi padre, señalando a Holly.

La risa de todos comenzó a reventar como si fuera la parte más graciosa del universo. Papá siempre estaba sacándole el chiste a todo y esta no era la excepción. Que hubiéramos venido a Disney había ocasionado que sacara el niño que aún, lamentablemente, llevaba adentro.

William Hamilton, primer ministro del Reino Unido JAMÁS MADURARÍA. Eso era un factor real.

—Sí, papá... ¿Y tú? ¿De la bestia? —preguntó en un intento por ser graciosa, pero William fue mucho más rápido que ella.

—Nah, la bestia no me gusta. ¡Soy Chewbacca!

—Sí, claro. ¿Desde cuándo es que Chewbacca usa traje de gala? —pregunté indignado.

Holly y papá pusieron los ojos en blanco ante mi «Mato el juego con mi comentario realista», pero es que ese no tenía sentido. Chewbacca no usa traje, él es una bestia peluda demasiado genial.

Seguimos hablando de nuestro día, de los shows o juegos a los que habíamos ido. Renny y Holly pasaron la mitad del tiempo en el sol y la piscina mientras William, Louis y yo jugábamos en el casino.

Papá lamentaba que esta fecha no celebráramos la tradicional fiesta de Año Nuevo Hamilton, aquella gran celebración a la que asistía buena parte de la élite. Este año queríamos algo más tranquilo, que no nos sacara a todos de esta locura.

El Año Nuevo era una fiesta de renovación, es una época de replantear lo que se está haciendo mal y volver a empezar de nuevo. Es un nuevo despertar y por eso es mi celebración favorita del año. Tengo listo un nuevo comienzo de vida, uno en el que incluyo a Renny de principio a fin. Quiero conseguir un par de medallas más, eso me dará un par de marcas más que incrementarán mi capital como corredor. Además, que necesito mejorar en el negocio familiar, político. La verdad es que no hago mal el trabajo de papá y pagan de maravilla.

Seré un buen político, reconocido y bastante honorable como mi padre, pero también seré el mejor corredor de la historia del racing y del motocross, de eso no hay duda.

—¡Cuenta regresiva! —gritó un Mickey Mouse antes de medianoche. Todos nos pusimos de pie cuando el gran reloj en el escenario marcó la cuenta regresiva de treinta segundos.

La melodía de Auld Lang Syne, la típica canción de Año Nuevo que me ponía la piel de gallina, aquella canción que interpretaron cantantes de renombre en todas las épocas. Aquella maldita canción

que me sacaba las lágrimas siempre que la escuchaba para Año Nuevo, porque me despertaba una extraña esperanza.

Las sonadas de voz llegaron, tranquilas como debía ser, la cuenta comenzó desde el veinte. Tomé a Renny de la cintura viendo cómo el techo del lugar se apagaba. Las lucecitas dejaron de brillar enseñando el gran cielo de altamar iluminado por las estrellas y la luna llena que nos saludaba para un Año Nuevo.

Por más que lo evité, ver los ojos llorosos de Renny, que gritaba la cuenta regresiva, causó estragos en mi interior. Sabía que pensaba en sus padres, sabía que por más feliz que estuviera, año tras año seguiría extrañándolos. Parte de mi deber era estar ahí para abrazarla y darle la certeza que jamás estaría sola.

Cerré los ojos a la espera del último estallido y por más que quise gritar «¡Feliz Año Nuevo!», mi voz estaba quebrada y tenía los malditos ojos llorosos. ¡Maldito Año Nuevo! Siempre me sacaba lágrimas por más que no quisiera. Era momento de empezar algo nuevo y dejar todo atrás.

—¡Feliz Año Nuevo, Motz! —gritó Renny emocionada, llorando como era de esperarse.

—¡Feliz año, Motzi! —dije y besé sus labios haciéndome la promesa de protegerla, cuidarla y, en cada año, proponerme lo mismo. Mamá y papá tenían sus atardeceres, Louis y Holly sus amaneceres, pues yo a Renny le daría cada Año Nuevo algo especial. Mi propuesta era llegar juntos al final de cada año.

La vida está llena de momentos buenos y malos, no todo es un cuento de Hadas como Disney lo pinta, pero si puedo luchar para darle un final feliz, aunque discutamos y muchas veces nos dejemos de hablar, mis padres me enseñaron que se puede salir adelante si existe comunicación.

Los seres humanos somos seres llenos de bondad a pesar de que existan guerras, hambre, robos, terrorismo, entre otras cosas. Los seres humanos aún tenemos la capacidad de dar sin recibir y mejorar el mundo cambiando nosotros, para que logremos recuperar el mundo que estamos perdiendo. Que cada lágrima de dolor se vuelva una risa.

Definitivamente, seguiría trabajando para que el mundo fuera un mejor lugar, para cuando mis hijos lleguen a este mundo, este sea mejor a como lo conozco. Esa era otra promesa que le haría a mi familia, lucharía como nunca antes por vivir en un mundo mejor, como lo ha hecho mi padre.

—¿Qué piensas? —preguntó Renny mientras las bombas de luces estallaban en medio del océano anunciando el Año Nuevo.

—Solo pienso en lo linda que será esta vida juntos.

—Pensé que era en la carrera del 10 de enero —dijo Renny entre risas como si solo ella entendiera su chiste. Le di un beso en los labios antes de ir a abrazar a la familia.

Que intenten detenerme, no estoy acostumbrado a perder una carrera y esta no es la excepción.



Si NO leíste

Tenias que ser Tù

Puede que no entiendas el siguiente capítulo.

Se vale llorar, reír y maltratarme por
lo que están a punto de leer...

¡Qué lo disfruten!

Años atrás

Lucy Montgomery

Hacer tratos definitivamente no era lo mío, no cuando me estaba jugando la amistad de William Hamilton, mi mejor amigo. Aún no podía creer que esto realmente estaba pasando. Asentí, sabiendo que esta era muy mala idea.

—Este es el trato —me aclaré la garganta—, voy a ser tu cómplice, por así decirlo. Para ayudar a que Will muestre interés en ti, con la condición de que le aclaremos todo algún día. Pienso que Will merece una chica increíble, no pensé que pudieras ser tú, pero... Bueno, qué diablos. Ayer me demostraste que eres capaz de llevar las cosas a otro nivel por él —me froté las manos—. ¡Vamos a hacerlo!

Abbi se abalanzó a mis brazos como si no pudiera creer que alguien podía ayudarla, eso me hizo desanimarme por haberla besado la noche anterior. Nunca pensé la reacción de William, tampoco la de ella.

Sabía que esto estaba mal, muuuuy, muuuuy mal. Pero ¿qué más da? Necesito que mi mejor amigo cambie esa mentalidad tan débil sin dejarse llevar por lo que todo el mundo dice, y empezar a pensar más en lo que él realmente quiere.

Salí de la mansión Sheperd aún con un nudo en la garganta, no porque quisiera llorar o una mamada de esas, era simplemente que tenía náuseas y eso no me gustaba para nada. Caminé hacia unos arbolitos que encontré por ahí y vomité puro líquido, como si solamente sacara saliva y eso era asqueroso.

Me limpié la boca con el dorso de la mano y regresé a mi automóvil. Sabía que debía ir con el doctor y decirle que mis síntomas habían vuelto. Pensé que, si no decía nada, esto pasaría desapercibido y regresaría a mi vida normal.

No estaba bien y yo lo sabía a la perfección.

—Hola, doctor Johnson, ¿qué tal le va por la vida? —prendí el automóvil sabiendo que debía ir a la clínica.

—Estaría mejor si no hubiera recibido tu llamada —claro que estaría mejor si no tuviera que volver a llamarlo hasta dentro de seis meses para mi revisión general.

—No llego a los seis —suspiré—. ¿Cree que nos podemos juntar para ver un examen general de cómo estoy?

—Claro, Lui, puedes venir. ¿Te sientes mal?

—Solo creo que algo no está como debería.

Ese era un «me siento fatal», por eso voy a chequear mi maldito cáncer. Creímos que todo estaba bien y controlado, al parecer estábamos completamente equivocados. El cáncer es como ese amigo de mierda con el que tenemos que convivir aun cuando desearíamos que estuviera lejos, muy, muy lejos.

Manejé mientras escuchaba música estridente para evitar pensar en lo que ya sabía que iba a pasar. No es de otro mundo, ya sé la

respuesta del doctor y estoy preparado para recibirla, la pregunta es cómo le vuelvo a decir a mis padres, a William y a Blake.

Este iba a ser un día de mierda lleno de exámenes y cosas que odio. Igualmente, en la noche tenía una cena en la que tendría que actuar como si Abbi me gustaba, engañar a mi mejor amigo y rogar porque este abriera los ojos antes que esto se saliera de control.



Me senté a contemplar el jardín de los Hamilton, la respiración me fallaba un poco por haber subido las escaleras. Odiaba el tratamiento nuevo, y las pastillas de mierda que me tenían agotado todo el tiempo. Yo solo quería un poco de normalidad en mis días.

No iba a mencionar que hace unas horas descubrí lo mucho que se me estaba cayendo el cabello y eso me tenía más deprimido que enamorada recién cortada.

—Me voy a rapar —anuncié a William llevándome una mano a mi cabello. Es hora de raparlo, antes que me vea con parches y escaso cabello como un viejo.

—¿Quieres que lo haga contigo? —Ni por una puta. ¿Qué? ¿También quiere quitarme mi originalidad?

—No, no quiero que nadie tenga mi estilo. En la élite seré único, además de guapo. Tú, quédate con esa melena de tigre, me sorprende que tu madre no te la hubiera cortado para tu compromiso.

—No cambiaría mi imagen. —William se acercó dándome tres golpes en la espalda—. Entonces, ¿vamos al salón a raparte?

—¡Maldición, sí! Por favor, ya tomé la decisión de cambiar un poco. Llévame antes de que me arrepienta.

Y era verdad. Estaba en el proceso de aceptación y este era mi primer paso, aceptar que la muerte tocaba a mi puerta. Mi psicóloga dijo que aún había tiempo para el rapado, pero no estaba para esperar tanto, necesitaba cortarlo ya para estar más tranquilo con mi «aceptación».

Vi a William mandarle un mensaje a Ameli y quise gritarle por hacerlo. Esa mujer no era más que una perra que quería ser parte de la élite y de la popularidad de William, no porque en realidad quisiera estar con él. Ella era manipuladora y loca y William era un estúpido por querer estar con alguien como ella.

Le había indicado al barbero que lo rapara todo, que luego rasurara para que no quedara absolutamente ningún rastro de cabello. Si vamos a hacerlo, vamos a hacerlo bien. Viéndome ahora, no me reconozco, no tengo una cabeza de huevo por lo que agradezco no me vea tan mal.

Todo estaba bien, iba a estar bien e iba a salir de esta.

Tenía que salir de esta, aún tenía mucho tiempo por vivir y no estaba de humor para dejar que el cáncer me ganara esta batalla. No iba a permitirlo. Me llevé la mano a la cabeza, sonriendo y muy seguro de que esta era solo una mala etapa.

—¿Café? —pregunté a William cuando vi que estaba a punto de ponerse a llorar por verme rapado.

Caminamos hasta un café, sintiéndome completamente raro, pero la gente no se fijaba en mí o en William, las personas seguían su vida como si no les importara que me acababa de quitar el pelo porque estaba muriendo. Nadie aquí lo sabía, tampoco nadie lo sabía en la élite, por lo que solo aprovecharía esto como un bonito cambio de look.

Pedí un café espresso para acompañarlo con un helado de fresa. William, por su parte, pidió chocolate con café con leche, a veces se me hace tan nena que siento la necesidad de molestarlo. Me doy vuelta para verlo y soltar un...

—¿No quieres una galletita y pastelito? —William abrió los ojos, simplemente sin entender que le estaba diciendo abuelita.

—¿Tienen de chocolate?

—Algún día te dará un coma diabético, Will. —Negué, tomando asiento en una mesa cerca de la ventana con vista a Picadilly.

Ya, en serio, ¿cómo putas puede comer tanto dulce?

—¿En verdad te importa, Abbi? —preguntó refinamente William. Estaba esperándola desde que nos juntamos. ¡Cómo conozco a mi mejor amigo!

—Sip, es diferente. —Tomé una cucharada de mi helado bastante despreocupado.

—Lo sé. —Will no me veía a los ojos, estaba jugando con su helado como si estuviera perdido en sus pensamientos.

—Tú también sientes cosas por ella, lo puedo ver, Will.

Este negó con la cabeza, haciéndose el fuerte, mintiéndome descaradamente tal y como se mentía a él mismo.

—Siento cosas por Ame, Lui, no por ella. Abbi es solo...

—Tu futura esposa. —Estaba a segundos de gritarle qué diablos le pasaba con esa maldita actitud.

—Sí. Es mi futuro, pero no mi presente.

¡Dios! Abbi siempre fue su pasado, presente y futuro, que no me venga con mamadas que ahora no es nada del presente cuando lo vi reaccionar de manera irracional cuando la besé. Negué con la cabeza, a la espera de que fuera William el que cambiara de conversación.

—¿Viste el partido de tenis ayer? —Y ahí estaba. Tan predecible como siempre.

El tiempo pasó y tomé el celular para revisar Instagram y qué actualizaciones había en las redes de mis amigos. Mark apareció en una fotografía bastante elegante en un escritorio como si de verdad trabajara en algo. De seguro fue de visita con su padre y pidió esa maldita fotografía, cualquiera que supiera bien de él, está al tanto de que es un gran mantenido que no ganó las clases en la universidad. —¿Mark se

compromete en dos meses? —anuncié a William para ver si lograba regresar el tema de Abbi.

—Eso parece. —Sabía que William sentía lástima por mí. Yo, por ahora, no tendría una Agapi. El consejo de élite lo había aceptado por mi condición.

—Espero él sí acepte a su Agapi y no me venga con tus mierdas.

—¿Las mías? —Me dio un pequeño empujón mucho más suave de lo que estaba acostumbrado. Tenía miedo de lastimarme—. Si yo soy feliz como estoy y ya sabes cómo es esto, es simplemente un acuerdo nada más.

—Cierto. Así es. ¿Crees que algún día la élite te dé la libertad de escoger a tu esposa sin que nuestros padres se tengan que meter? —Tomé un sorbo de mi expreso.

—Puede que sí. Imagino que será el día que cambiemos mentalidades.

—Yo pienso que algún maldito se va a rebelar y todo quedará en el pasado. Ese día será la muerte del linaje elitista. Espero que no seas tú.

—Lo decía en serio. William no podía enamorarse de Ameli y escogerla a ella, no por perder su linaje o revelarse, sino porque eso no era amor verdadero.

De corazón, esperaba que algún día cualquiera escogiera a alguien ajeno a la élite y comenzaran una nueva etapa de vida dentro

de la élite. No sé cómo sería mi vida si me dieran una Agapi a la cual jamás pudiera amar.

—Iré contigo a la próxima cita médica. —Y aquí vamos de nuevo. William de verdad estaba evitando hablar de ella.

—Claro, puedes acompañarme. —Volví a sonreír, armándome de valor. Tenía que aparentar bienestar. Tenía que hacerlo.



Me quedé contemplando la piel morena de Mary, era linda en muchos sentidos, con facciones finas y un cuerpo de los que uno suele admirar en Instagram. Le gustaba usar ropa provocativa y, por supuesto, que a mí me gustaba quitársela. Este era nuestro segundo día juntos y aún creía que nada malo podía pasar.

La quimioterapia había aumentado, pero esta semana era mi semana de paz y tranquilidad, por lo que decidí que nos quedáramos encerrados en la habitación de invitados de los Hamilton para poder disfrutar un poco de tenernos unos días para nosotros. Lo bueno es que era normal que pasara todo el día aquí, no levantaba ninguna sospecha.

—Puedo sentir tu respiración —dijo Mary sin moverse.

—¿Y qué esperabas? ¿Que no respire?

La escuché reír quedamente antes de darse la vuelta para verme a los ojos. Estaba riéndose de mí y me gustaba su actitud

despreocupada. Sus tetas estaban debajo de la fina sábana. Me gustaba esta mujer y estaba aprendiendo tanto de ella que jamás pensé en querer algo como lo que quiero de ella.

Si pudiera elegir entre vivir y morir, elegiría vivir sin pensarlo. Si pudiera elegir con quién salir a tomar un café y conocernos, definitivamente sería Mary.

—¿Puedo protestar para que no regreses a Estados Unidos? —No puedes, lo siento.

—¿Puedo mandarte a Estados Unidos embarazada?

La vi abrir los ojos como búho. Claro que le tiré la bola demasiado rápido.

¿Quién diablos va a querer embarazarse a esta edad? Estaba pidiendo milagros donde no los habría. —¿Qué diablos te picó? —Se sentó en la cama, dejando caer las sábanas en su regazo, no importándole que la viera como la había visto toda esta semana. Me gustaba verla.

—El tiempo. Eso me pica.

—¿Tiempo?

Mary negaba con la cabeza, incrédula de lo que estaba diciendo. Una persona normal no entendería a qué diablos me refería. Una persona en su lecho de muerte quizá sí tendría la certeza de que el tiempo es lo único que tenemos en contra.

—Olvidalo —bajé los pies de la cama, dispuesto a buscar mi bóxer y salir a buscar algo de comer, cuando la mano de Mary se posó en mi espalda.

—¿Me dirás qué pasa? —la escuché suspirar—. Te veo tomar pastillas en la mañana y en la noche. Te dan dolores de cabeza insoportables y más de una vez te he escuchado vomitar después de comer.

No dije nada, me quedé estático como idiota, viendo la ventana. Dos pájaros volaban a lo lejos y eso me parecía como una despedida eterna. La libertad de las aves era la mejor de las libertades.

—¿De qué estás enfermo?

¿Qué? ¿Acaso no va a dejar de preguntar? Era estúpido pensar que no se iba a dar cuenta. Estaba pasando más tiempo de lo normal con ella y de seguro hoy que debo ir a inyectarme medicamento en las venas volveré peor. No tenía excusa y Abbi pronto también lo sabría.

Aún no era tiempo de contarle al mundo.

—Nadie lo sabe aún. Solo mis padres, William, Blake y los del comité élite.

No le dije nada más, solo eso. No había necesidad de explicar mi estúpida enfermedad. Si lo decía una vez más en voz alta empezaría a creerme que estaba muriendo y me negaba a aceptarlo.

—No lo sabrá de mí. Lo prometo.

Mary me tomó la cara, atrayéndome a ella. Empezamos a besarnos, de una manera diferente. Esta vez Mary era delicada y dulce, no una bestia salvaje como a veces lo hacía.

—No quiero que me tengas lástima, Mary —dije sin dejar de besarla. Este beso se sentía tan bien.

—Tienes un deportivo del año, una mansión y millones de dólares en la cuenta bancaria. Lo que menos te tengo es lástima —dijo, colocándose sobre mí, trayendo de vuelta a su bestia interna. No mencionó más mi enfermedad y eso me prendió muchísimo.

—Déjame alcanzar un condón —dije, estirándome hacia la mesita.

—¿Tu enfermedad se pega en transmisión sexual? —preguntó muy seria.

—¿Qué? ¡No! —dije frunciendo el ceño.

—¿Quieres ver si era el destino tener un bebé juntos? —Mary estaba encima de mí, viéndome fijamente con los brazos cruzados.

—Quiero ver si ese es mi destino. —No tenía que pensarlo. Alguien tenía que romper el protocolo de élite, sin mencionar que realmente quiero que quede mi legado marcado. Quiero un hijo. ¡Maldita sea!

—Entonces, no necesitamos el condón.

Dicho esto, me sumergí en una aventura de sexo sin condón que jamás imaginé. Veía tan segura a Mary que dudaba que creyera posible

para ella quedar embarazada. De seguro toma la pastilla, o tendrá la t de cobre. Pese a cualquiera de los métodos que estuviera usando, yo guardaba mi esperanza de tener un bebé con ella.



Mi último día en Santorini junto a Blake y William, con un maldito respirador, buena actitud y el reloj en cuenta regresiva. Sabía que no podía cambiar cómo me sentía y cómo se estaba desarrollando mi cáncer, pero al parecer este era mi destino. Al menos dejaba a mis amigos en las mejores manos. William va a ser papá y eso no le emociona mucho, pero sé que será un muy buen papá.

Yo estaba emocionado por pensar que el retraso en Mary era la prueba de que sexo sin protección trae crías al mundo, pero no. Observé como William y Blake tomaban asiento en una de las mesas de Lotza, los seguí haciéndoles señas a los gemelos.

Kat me dio la bienvenida con un beso en los labios, de esos besos que me hacían olvidar que tenía un puto respirador puesto en la nariz que era más incómodo que llevar puesta una tanga de elefante y eso que jamás he usado una.

—Quiero un súper menú griego —dije a Alexander con una efusiva sonrisa.

—En camino, ¿ordenó lo que creo les puede gustar? —realmente este hombre era bueno trabajando en este lugar, sin mencionar que era atractivo, de seguro las mujeres se vuelven locas por él.

—Solo incluye pulpo de entrada, lo demás te lo dejo a ti.

Alex sonrió antes de caminar a la cocina. Lo vi sacar el teléfono y contestar lo que parecía ser una videollamada. Ese pendejo estaba hablando con la tal Mia, su amor de Guatemala. La gente es tan tonta en enamorarse y nunca admitirlo.

—Es un idiota —dije, señalándolo—. Un amor tan fuerte como el de ellos no debería de estar siendo desperdiciado en la distancia.

Will y Blake soltaron carcajadas.

—El cáncer te ha hecho débil, querido Montgomery —dijo Blake, señalándome—. Ahora eres un romántico.

—Come popó, claro que no lo soy. Aun así, creo que deberían juntarse una vez más para ver qué sienten. Kat dice que ella es una buena chica.

—Alex está enamorado hasta la mierda de ella, te apoyo en eso.

—William lo observaba sonreír al teléfono y dar la vuelta a todo para que ella viera cómo estaba el restaurante, incluso Kat se acercó a saludarla.

Comimos como cerdos, y brindamos como nunca. Al momento de llegar a la casa que alquilamos en la caldera, estaba un poco cansado por la caminata, sentía mis pulmones inflarse con dificultad. No estaba tan bien para estas gradas de mierda.

—Último secreto —dije, acercándome a los dos.

—Mío, tuyo o del idiota de Blake —dijo William señalando a Blake, este le dio un empujón en el brazo antes de sentarse en la banca empotrada a la pared.

—Mío, tuyo y del idiota de Blake —respondí.

—¡Ya basta con lo de idiota! No es como si de verdad fuera... ¿Creen que soy idiota de verdad? —Ambos estallamos en risas provocando que Blake se pusiera rojo como un tomate. William me ayudó a acomodarme el tanque para que no molestara a ninguno. Era un fastidio esa cosa.

—Todos tenemos ese secreto que aún no contamos, uno que nos avergüenza decir y hoy vamos a sacarlo. Aunque sea una estupidez como «me masturbo todos los días en la ducha». —Suspiré solo porque necesitaba aire—. Blake, empiezas...

—Voy a proponerle matrimonio a Cora en junio. En dos años cumplimos los veinticuatro, en un año deberíamos estar pensando en la boda y cosas por el estilo —suspiró—. Creo que voy a ser feliz con ella y creo que va siendo hora de madurar. ¿No creen?

—Claro que va siendo hora... —esta vez fue William el que alentó a la mariconada—. Felicidades, Blake. Sé que vas a ser feliz con ella.

—Yo también te felicito. Me gusta saber que estarás con ella por mucho tiempo, son el uno para el otro.

—¿Will? —dijo Blake.

Will retuvo un suspiro que llevaba el nombre de Abbi. Estaba más que seguro de que de ella hablaría, así como sabía que Blake lo haría de Cora. Era como si los pudiera percibir antes de hacerlos hablar. Era un maldito súper poder cancerígeno.

—No quiero ser papá aún —negó con la cabeza—. Quiero ser papá, pero no estoy listo ahora. Quiero disfrutar un poco más mi vida antes de pensar en hijos. Pero ese no es un secreto, está pintado en mi cara que no quiero el cambio que viene en mi vida, pero mi secreto es Abbi, siempre fue de ese modo. Siempre fue mi pequeño secreto. Ella es mi pequeña. Me reservé todo este tiempo para que fuera ella la primera a la que besaría, la primera con la que haría el amor, la primera y la última en mi vida.

—Profundo —dije, imitando una respiración fatal, de la cual ellos se rieron. La verdad era que realmente me estaba costando respirar. Me di la vuelta disimuladamente y le subí al oxígeno.

—Te toca, imbécil, y más vale que sea una buena —dijo Blake, pasándonos una cerveza a cada uno.

—Salud, compañeros de guerra —dije, chocando sus cervezas y dándole un sorbo al líquido amargo que en realidad me sabía como agua—. Voy a extrañarlos en el infierno, de seguro ahí es a donde iré a parar, no me preocupo porque pronto me encuentro con todos ustedes ahí abajo. No quiero que paren su vida solo porque ya no estoy, no quiero que lloren mi ausencia. Solo me estoy adelantando un paso. Uno pequeño. Desde arriba, en el cielo o abajo en el infierno, voy a cuidar a mis hermanos del alma.

Esta era mi despedida. Mi mayor secreto era el miedo que sentía a la muerte y lo mucho que desearía que no llegara ese día, pero también estaba cansado, de no poder respirar, de no sentirme bien y de todo el cansancio psicológico que lleva esta enfermedad.

Había hecho del cáncer mi amigo, pero en estos momentos, este amigo se estaba llevando mi vida. Vi a mis amigos soltar lágrimas y yo estaba en el maldito mismo camino. Will me tomó la mano y sentir su calidez me hizo estar más tranquilo, confiado.

—Cuando tengas a tu bebé, Will, háblale de nosotros, de las aventuras que vivimos, de lo mucho que su tío Lui intentó luchar para verlo nacer. Amo a ese pequeño y aún no sé nada de él. Extraño como suena. Blake, cuida a tu chica, enamórala, hazla tuya. Demuestra que puedes tener el corazón debajo de tanta mierda, al igual que Will lo está haciendo. La vida es una ruleta rusa, nunca sabes cuándo es que vas a tener que jalar por última vez. Mi secreto esta noche es... ¡Mierda! Pensé que iba a ser más fácil.

No sé cómo, pero me rompí, me rompí a llorar como niño y esta mierda en la nariz me lo complicaba todo. Suspiré este sentimiento interno. Rogué al cielo por más tiempo, internamente solo estaba decepcionado por no dejar un linaje, por no haberme enamorado de una sola mujer. Al menos los dejaba a ellos, y creo que los dejó en las mejores manos.

—Le pedí a Mary que quedara embarazada para mí —dije cuando logré calmarme.

—¡¿Qué?! —gritaron mis amigos.

—Así de egoísta como suena. No quería que mi linaje muriera. No quería que el legado Montgomery se perdiera por mi estúpida enfermedad. Quería demostrar lo superficiales que éramos. Mi hijo llevaría sangre real y sangre mortal. Sería un niño diferente, único.

—¿Mary también está embarazada? —William se escuchaba preocupado. No había nada de qué preocuparse.

—La prueba salió negativa. No lo logramos y... —me volví a romper solo de pensarlo—. Iba a pedirles que cuidaran de ella, la apoyaran en su embarazo. Ahora no hay un pequeño Lui en camino, pero sí un pequeño Will y quiero que sepas cuidar a tu mujer como a mí me hubiera gustado cuidar de Mary. Verla crecer. Su panza morena, sus tetas enormes por la leche y el puto mal humor que les da. Quería vivir eso. Imaginarlo es un plus muy grande.

—Lui, no tienes porque... —Will no podía siquiera hablar.

—No, Will, no tengo que llorar ni mendigar por lástima. Solo ese era mi secreto.

Un secreto que no quería llevarme a la tumba. —Extraje un sobre de mi mochila que estaba—. Dentro hay una carta para Mary, donde decía que yo era el padre de su hijo. Otra que le escribí a mi futuro hijo imaginario. Quizá nunca pueda dársela al mío, pero sí puedes dársela al tuyo, así mis palabras quedarán en el recuerdo de alguien más.

Ayer estaba sentado, mientras todos dormían viendo cómo amanecía en Santorini, cómo los colores comenzaban a surgir de la oscuridad. Era hermoso. Inspirado por todo, escribí la carta a mi hijo, o hija imaginaria. Le escribí a Mary dándole mi apoyo. También

dejándole parte de mi cuenta bancaria, lo cual sabía jamás usaría. No se veía el tipo de persona que haría algo como eso.

Cerré los ojos y recordé ese amanecer en que le escribí a él, a ella. En fin. Si hubiera tenido un hijo de seguro se acuesta con la hija de William, de eso no me cabía la menor duda.



Ya no digería nada, ni líquidos, mucho menos comida. Me sentía súper débil y la mayor parte del tiempo me la pasaba durmiendo. Observé a Mary, ya con un poco de panza. Que tan equivocadas estaban cuando hicieron la prueba de embarazo. Cuando me enteré casi me da un ataque al corazón, estaba tan feliz, emocionado.

Me quedé tranquilo porque mis padres, no estando de acuerdo, le hicieron frente a la situación y ahora estábamos juntos, juntos en términos generales. Era una situación complicada, pero Mary quería estar conmigo en todo este camino.

—Me duele todo —dije cuando la vi sentarse a la orilla de la cama.

—Normal, bebé, ¿quieres agua?

¿Que si quería agua? ¡Diablos que sí! Moría de la resequedad en los labios.

—Hielo —le sonreí, a pesar de que mis fuerzas eran nulas.

—William viene en camino. —Mary se acercó con un vaso pequeño con trocitos de hielo—. Abbi está ansiosa por regresar con él y qué dirá el comité.

—Son unos hijos de puta —dije, absorbiendo el frío de la cuchara.

—¿Crees que nuestro pequeño va a tener problemas para ser parte de tu sociedad?

Me quedé estático, pensando unos segundos. ¡No! Esperaba que no fuera de ese modo. Me negaba a pensar que esta sociedad de mierda le pudiera prohibir algo a mi hijo solo por tener una mamá ajena a la élite, eso sí que era una estupidez.

—William no va a permitirlo —respiré algo molesto—. De eso me encargo yo.

—Sé que así será. —Mary se acercó a mis labios dándome un beso. A ella no le repugnaban mis labios reseco, mi aspecto de mierda y el aroma a saber qué putas que tenía en la boca. Ella simplemente me aceptaba y me amaba.

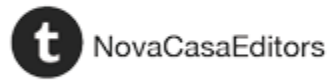
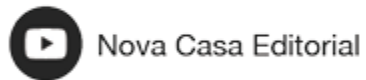
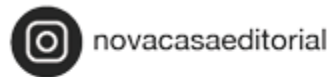
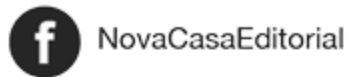
—Mary —dije, tomándole la mano—. Te amo.

—Y yo a ti —susurró, reteniendo lágrimas que jamás soltaría.

Y así de sencillo, aprendí que el amor no es siempre eterno, no es siempre fantástico. A veces el amor es algo tan sencillo que es difícil de creer. Es sacrificio y entregar tu mejor parte a esa persona que está dispuesta a dar todo por ti.

Iba a morir, lo sentía cada vez más cerca, incluso, soñé con el ángel de la muerte anunciando su próxima llegada. Las horas estaban contadas, pero mis sueños y mis esperanzas eran lo que me mantenían cuerdo.

Respiré, dejándome, caer en un sueño profundo, uno donde el dolor desaparecía, donde los sueños se esfumaban y mis recuerdos... Bueno, esos quedarían en manos de aquellos que me han amado y lo seguirán haciendo aunque ya no esté.



Nova Casa Editorial

#novacasaeditorial #leyendoaNova